M. J. FERNÁNDEZ
LA CULPA NO ES DEL GATO
ELLOS LO HABÍAN OLVIDADO, PERO SUS VÍCTIMAS NO

La culpa no es del gato
(Salazar 10)
M.J. Fernández

Capítulo 01

La presión y el frío en la nuca alertaron a Rafael de que algo no iba bien. Miró por el espejo retrovisor, y este le devolvió la imagen de un encapuchado que lo amenazaba desde el asiento trasero, donde había permanecido escondido. Aunque no podía ver la pistola, sí podía sentirla en la parte posterior de su cabeza. Con la voz alterada por un distorsionador, el intruso le ordenó que se desviara de su ruta, hacia el Camino Número 4. Un escalofrío recorrió la espalda de Rojas, que obedeció de inmediato, con las manos apretadas alrededor del volante como si este lo sujetara a la vida. Trató de convencerse a sí mismo de que todo iba a estar bien. Si el sujeto tuviera intenciones de matarlo, no usaría un distorsionador de voz, ¿verdad? Con un movimiento rápido de los ojos, Rafael echó una ojeada al retrovisor del lado externo, y se dio cuenta de que una motocicleta se acercaba por la carretera. Un hilo de esperanza le infundió valor para hablar, aun cuando fuera con voz temblorosa.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Dinero?

La única respuesta del intruso fue un aumento de la presión sobre su nuca. Rojas deslizó las manos sobre el volante como si accionara las manijas de una motocicleta. Resbalaron con facilidad por el sudor, a pesar de que apretaba cada vez con más fuerza. Rafael volvió a mirar por el retrovisor externo. La motocicleta seguía la misma ruta que ellos. Carraspeó para recuperar la voz.

—En mi maletín hay tres mil euros en efectivo… Este reloj de oro me costó treinta mil euros, y la cadena que llevo en el cuello también es de oro. El móvil es de última generación… Un buen botín…

Conforme iba hablando, la voz de Rafael se hacía más aguda y las lágrimas comenzaron a inundar sus ojos. El encapuchado guardó silencio.

—Por favor, lléveselo todo, pero no me lastime… Le juro que ni siquiera pondré una denuncia por el robo… Yo…

—¡Cállate! Una palabra más, y te vuelo la cabeza ahora mismo.

Rafael se mordió los labios y un temblor convulso se apoderó de él, al mismo tiempo que las lágrimas que brotaban de sus ojos le dificultaban ver la carretera.

El intruso le dio instrucciones, hasta que se acercaron a un

descampado. Entonces, le ordenó detenerse y bajar del coche con las manos en alto.

Rafael obedeció, se apeó del BMW y se internó en el descampado, haciendo un esfuerzo para controlar sus piernas, que parecían de gelatina.

—¡Detente!

Rojas se frenó en seco, al mismo tiempo que un vacío subía desde su vientre hasta su estómago, y perdía el control de su esfínter, mojando los pantalones. El intruso había apagado el distorsionador de voz, y él reconoció a quién pertenecía.

—Por favor, no me mates. Yo no tuve la culpa, pero sé quién lo hizo. Te lo puedo decir… por favor… Te ayudaré en tu venganza… Te contaré todo lo que sé y seré tu mejor aliado…

Silencio.

Por el rabillo del ojo, Rojas vio que la motocicleta se había detenido junto al coche. ¿Recibiría ayuda?

Rafael tuvo un atisbo de esperanza cuando vio que el motorista se apeaba y comenzaba a acercarse. Siguiendo un impulso, se giró hacia él hasta tenerlo de frente, y gritó a todo lo que le permitían sus fuerzas.

—¡Auxilio!

En ese momento, se escucharon cuatro detonaciones, y Rafael cayó al suelo con la mirada vacía. El sol le arrancó un destello dorado a su cuello y a su muñeca.

Capítulo 02

Salazar giró cuando llegó al extremo del despacho del comisario y vuelta a empezar. Ortiz jugueteó con el bolígrafo sin quitarle la vista de encima. Aunque se le hacía extraño verlo sin el gabán, su hermano se las había arreglado para que su indumentaria veraniega mantuviera su apariencia descuidada. Durante los meses estivales, Néstor usaba un uniforme que consistía en un traje arrugado y barato de algodón de un horroroso color marrón, una camisa de cuello americano en un tono crema, y una espantosa corbata de poliéster con estampado de aguacates en 3 D. La corbata había sido su última adquisición, y era la que usaba todos los días. Los gemelos se la habían regalado a Santiago el Día del Padre, y su hermano se la confiscó para completar su atuendo. La apropiación de la corbata por parte de su tío hizo felices a los chavales, y también a Santiago, que se vio librado de ponérsela.

—¿Quieres dejar de dar vueltas? Ya me estás mareando.

—Es que lo que quieres hacer no se le ocurre ni al que le pidió fuego a un guardia en medio de una manifestación.

—Tampoco es para tanto. Solo quiero ser honesto con las personas con quienes trabajamos. Es una cuestión de respeto.

—¿Qué tendrá que ver el respeto con todo esto?

—¿Ves normal que llevemos trabajando juntos más de tres años, y nuestros colegas todavía no sepan que somos hermanos?

—¿Y por qué deberían saberlo? Es un asunto privado. No rompemos ninguna norma, los mandos lo tienen claro… Estamos bien así.

—Es deshonesto.

Néstor detuvo su paseo y se aflojó un poco más la corbata.

—Por supuesto que no es deshonesto. Lo sería si manifestaras algún tipo de preferencia hacia mí por ser tu hermano, pero no es así. Para probarlo, ahí tienes el castigo que me impusiste. Más de un año ocupándome de la burocracia que te corresponde, y ni muestra de compasión. A veces llego a casa con la mano hinchada de tanto firmar.

Ortiz enarcó las cejas.

—Sí, claro, y por tu culpa, a mí a veces se me hinchan otras partes del cuerpo y no me quejo. Así que, apechuga.

—Todo por una pequeña broma de nada.

—No te aproveches, Néstor. No estamos hablando de eso.

Además, ya te has desquitado.

Salazar puso su mejor cara de ofendido.

—¿Yo?

—Sí, tú. O acaso crees que no sé de quien fue la idea de pegar una tarántula de papel recortada en la pantalla de la lámpara de mi escritorio. Que, del susto, me la cargué.

Salazar puso la mano en el pecho, los ojos en blanco y parpadeó.

—Soy inocente como un recién nacido.

—¿Inocente? Tú no has sido inocente ni en el vientre de tu madre.

Néstor dejó escapar un suspiro de autocompasión.

—Me duele tu desconfianza.

—Así que tú no tuviste nada que ver con esa broma.

—Nada.

—¿Quién más se atrevería?

El inspector jefe ladeó la cabeza y parpadeó.

—¿Karma?

—¿Desde cuándo el karma hace bromas pesadas?

—Estoy seguro de que eso te pasa por ser tan severo con tu sufrido y abnegado hermano pequeño. Que no hay derecho a tanto ensañamiento.

—No conozco a nadie más que sea capaz de atreverse a tanto. Aunque debo admitir que tú eres más valiente que el que se comió el primer kiwi.

—¿Era valiente?

Ortiz torció la boca en una media sonrisa atemorizante.

—Según los gemelos, debió serlo para comerse una fruta marrón y peluda, que además era verde por dentro.

—Buena esa. Me la anoto.

—¡Mierda! Volviste a hacerlo. Ya me desviaste del tema por el que te hice llamar. Tenemos que resolver esta situación. Les estamos mintiendo a nuestros colegas.

—No les mentimos… Solo dejamos de mencionarles una parte de la verdad.

—Eso es mentir, hermanito. No importa cómo lo veas. Deberíamos ser lo más claros posible con nuestros compañeros: los hombres y mujeres que se juegan la vida codo a codo con nosotros cada día, y se comen los mismos marrones de forma solidaria.

Salazar parpadeó. La cara de panoli que se le puso no era fingida.

—¿Desde cuándo tienes esa labia?

—Algo debo haber aprendido después de tres años trabajando contigo. ¿O crees que eres el único capaz de manipular?

Un par de golpes en la puerta silenciaron a los policías. Salazar dejó escapar el aire de sus pulmones. Salvado. Lali se asomó con timidez.

—Lamento perturbar su reunión, comisario, inspector jefe… Es que acabamos de recibir una llamada… Encontraron un cuerpo en un descampado, junto al Camino Número 4. No habría querido interrumpir, pero el subinspector Álvarez está de permiso por asuntos propios, y los demás investigadores están trabajando en la calle.

Néstor se relajó por primera vez en toda la mañana.

—Descuida, Lali. Yo me ocuparé de atender la emergencia.

Antes de que Santiago tuviera oportunidad de decir palabra, Salazar salió del despacho junto con Lali. La secretaria le proporcionó las coordenadas donde había aparecido el cadáver.

—Ya los coches patrulla están de camino para levantar el perímetro, inspector jefe. También le avisé al juez de guardia, al forense, y al departamento de Científica.

—Gracias, Lali. Eres muy eficiente. Estaríamos perdidos sin ti.

Cuando Néstor salió en dirección a la escalera, dejó a la secretaria con un curioso color camarón cocido. A su paso por la recepción, Salazar recogió las llaves del coche camuflado de la comisaría. Por fin, el Corsa blanco había recibido una jubilación digna, y lo sustituía un Renault Clío negro, que le habían confiscado a un narcotraficante el año anterior.

Salazar subió al coche y de inmediato lo alcanzó un olor a ambientador de pino, que hacía lo posible por esconder un tufillo a marihuana, leve, pero reconocible. Los chicos de mantenimiento hicieron lo que pudieron, pero tampoco se les podían pedir milagros. Tal vez el tiempo y los ambientadores consiguieran hacerlo desaparecer. Mientras tanto, Salazar se aseguró de conducir con las ventanillas abiertas. Tampoco era cuestión de llegar colocado.

De todas formas, las ráfagas de aire entrando por la ventanilla le vinieron bien para aliviar un poco el inusitado calor veraniego, en pleno mayo. Por lo general, usar el gabán se le hacía más pesado conforme se acercaban a la estación estival, pero como solía coger sus vacaciones por esas fechas, solo tenía que sustituirlo durante algunas semanas por un traje de algodón sin forro, comprado en el mercadillo y arrugado con esmero. Además, este año, la espantosa corbata de su hermano, con el nudo aflojado y torcido, había sido un toque maestro que debía agradecer a sus sobrinos. Aun así, le quedaba la duda de si sería suficiente. ¿Tal vez le vendría bien usar un disfraz un poco más molón para el verano? Mientras recorría las calles de Haro y se refrescaba con el aire que se colaba a través de las ventanillas, fantaseó con usar bermudas con tela de camuflaje, camisa hawaiana de algodón y sandalias veraniegas, durante los días de más calor.

Quizá sería exagerar un poco, pero la idea le gustaba cada vez más. Por fortuna, llegó a su destino antes de tomar una decisión.

Capítulo 03

Salazar no necesitó consultar la información que le dio Lali para saber que estaba en el lugar correcto. Ya el equipo de la escena del crimen había llegado y el descampado bullía de actividad. El perímetro incluía un coche abandonado en la carretera. Se trataba de un BMW del año de color rojo.

Néstor se bajó del Clío. El olor a tierra húmeda alcanzó sus fosas nasales, y lo golpeó una ola de aire húmedo y caliente, que le cayó encima como si se tratara de una manta. ¿De verdad estaban en mayo? Después de dejar escapar un suspiro de autocompasión, echó a andar en dirección al juez Aristigueta, que lo recibió en mangas de camisa y sin corbata.

—Bienvenido, inspector. Me alegra que le hayan asignado este caso.

Néstor asintió para agradecer el recibimiento del juez y le devolvió el cumplido. Javier Molina estaba agachado junto al cadáver de un hombre maduro con una calvicie más que incipiente, y con cuatro manchas de sangre en el pecho. El forense echó una ojeada rápida al policía y sonrió de medio lado.

—Veo que dejaste el gabán en casa, Néstor. Me gusta tu nuevo disfraz.

—Ya… Y además de tus opiniones sobre moda masculina. ¿Qué puedes decirme acerca de la víctima?

—Que está muerta.

Néstor frunció el ceño.

—Hoy amanecimos graciosillos.

—Vale, pero ¡qué poco sentido del humor! Le dispararon cuatro veces al pecho a corta distancia. Tendrás que esperar a la autopsia para más detalles.

—Al menos, podrás decirme la hora de la muerte la hora de la muerte.

Molina resopló y negó con la cabeza.

—¡Policías! Todos sois iguales. Está bien… por la temperatura del cuerpo y porque ya apareció el *rigor mortis*, yo diría que lleva muerto unas cinco horas, pero eso podría variar un poco a causa del calor y de que el cadáver quedó a la intemperie.

—¿Ves como no era tan difícil? —Néstor desvió la mirada al

cielo, mientras hacía cálculos—Cinco horas… significa que murió alrededor de las diez de la mañana.

—Es aproximado.

—Me vale. ¿Movieron el cuerpo?

—No. Las livideces se corresponden con la posición en la que lo encontraron.

Salazar asintió.

—Vamos avanzando. Es más difícil sacarte las palabras que a un mimo con laringitis. ¿Qué más?

Molina reprimió una sonrisa.

—Mírale los pies y los brazos.

El inspector siguió las indicaciones del forense.

—Buena observación, Javier. Tiene los brazos extendidos, y los pies están cruzados. Quiere decir que el asesino estaba a su espalda amenazándolo con un arma, y él tenía los brazos alzados. Se volvió hacia su agresor de repente, y este le disparó… Interesante —El inspector parpadeó—. ¿Qué puede hacer que un hombre amenazado por la espalda con un arma se enfrente a ella?

—Eso tendrás que responderlo tú. No te arriendo la ganancia.

Néstor torció la boca y centró su atención en el juez.

—¿Conocemos el nombre de la víctima, señoría?

Aristigueta consultó sus notas.

—Sí lo sabemos, inspector. Encontramos documentos de identificación en su billetera. Se trata de Rafael Rojas, de sesenta y dos años. Residente en el barrio Estación.

Néstor lo anotó en su móvil.

—Si conservaba su billetera, significa que no le robaron.

—Es interesante que lo menciones —intervino Molina—. Mira su muñeca izquierda.

Salazar centró su atención en el cadáver, siguiendo la sugerencia del forense.

—Está más pálida que el resto de la piel, así que solía usar reloj. ¿Dónde está?

El juez cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—No lo encontramos. Tampoco hay rastros del móvil de la víctima.

Néstor entornó los ojos.

—Siendo así, sí podríamos estar ante un homicidio por robo, pero entonces, ¿por qué el asesino dejó la billetera?

—Espera —le advirtió Molina—, que ahora viene lo mejor.

El juez cogió aire antes de hablar.

—Lo extraño es que no tocaron las tarjetas ni el dinero de la billetera. Ciento veinte euros en billetes de baja denominación. Además, en el asiento del acompañante del coche encontramos el

maletín del señor Rojas, con tres mil euros en efectivo.

Salazar parpadeó.

—Esperen, ¿me están diciendo que el asesino se llevó el reloj y el móvil de la víctima, pero dejó atrás el dinero en efectivo?

Molina enderezó la espalda y enarcó las cejas.

—Cada día me sorprendes más, Sherlock.

—¿Qué desayunaste hoy, Javier? Como sigas así, vas a retirarte de la Medicina Forense para dedicarte a la comedia.

Molina sonrió y señaló el cadáver.

—Si se trató de un robo, debe ser el ladrón más tonto de toda La Rioja.

Salazar volvió a mirar al horizonte.

—Ojalá fuera tan sencillo… No, no creo que nos enfrentemos a un ladrón con pocas luces. Y espero que no se trate de lo que temo.

—¿En qué está pensando, inspector?

—Bien, que desapareciera el móvil se explica, pues con eso nos privó de una fuente invaluable de información, pero con respecto al reloj…

Molina apartó la vista del cuerpo.

—¿Cuál es tu teoría?

—O se trataba de un reloj muy valioso… o el asesino se lo llevó como trofeo.

—Pues por el bien de todos, espero que se trate de la primera opción —dijo el forense con una sacudida de la cabeza, y de inmediato volvió a ocuparse de su trabajo.

Salazar no respondió, aunque él esperaba lo mismo. Después de excusarse con el juez, el inspector se apartó del cuerpo y se acercó a uno de los guardias que vigilaba el perímetro.

—Torres, ¿puede decirme quién encontró el cadáver?

—Sí, señor. Fuimos mi compañero y yo. Un conductor avisó de que había un coche abandonado en la vía, y acudimos a investigar. En cuanto vimos de qué se trataba, levantamos el perímetro y lo comunicamos a la comisaría.

—¿Identificaron al conductor?

—No, señor. Se trató de una llamada anónima y no había nadie aquí cuando nos acercamos.

Salazar se disponía a hacer otra pregunta, cuando una voz a su espalda se lo impidió.

—¿Será posible que tenga tan mala suerte? Ya se me echó a perder el día.

—Hola, Casi ¿Cómo llevas el calor?

—Y va él, y mete el dedo en la llaga. Como no podía ser de otra manera. Aquí estoy yo, soportando más sol que el guardia de seguridad de las pirámides, trabajando para que el señorito resuelva

su caso con facilidad y se lleve todo el mérito, sin haber desayunado más que una tostada de centeno con un queso con menos sabor que un helado de agua. Entonces, viene el tío y mete el dedo en la llaga. Qué cómo llevo el calor, pregunta… lo llevo peor que una patada en… déjame callarme, que tengo que guardar una compostura.

—Vale, ya lo pillo.

—Lo dudo, pero en fin… Ven conmigo, que quiero mostrarte algo.

El jefe Barros llevó al inspector hasta el borde de la carretera, muy cerca del coche de la víctima, y le señaló una parte del terreno. Era evidente que la hierba había sido aplastada.

—Deduzco que es importante, Casi.

—Hay que ver que eres ignorante y cazurro. Son marcas de una motocicleta.

Salazar envaró la espalda.

—¿En serio? Eso es muy interesante. ¿Puedes deducir algo más sobre esa motocicleta?

—Pero ¿tú qué crees que soy? ¿El Oráculo? ¿Acaso esperas que te diga la marca de la moto y el DNI del dueño?

Néstor compuso su mejor cara de inocente despistado.

—Hombre, no pido tanto, pero estoy seguro de que un criminalista experimentado como tú, es capaz de conseguir información donde nadie más podría. Confío mucho en tu criterio, Casi.

—Deja de hacerme la pelota, que nos conocemos —Salazar parpadeó sin cambiar su expresión y clavó la mirada en el jefe de Científica, hasta que este soltó un suspiro—. Está bien, tú ganas, manipulador. Lo único que me atrevería a jurar frente a un juez es que para hacer estas marcas, sería necesario el peso de una sola persona.

—Así que el motociclista no llevaba pasajero.

—No. Al menos, no, mientras rodó sobre el descampado. Con respecto a la calle, es imposible saberlo.

—Entendido. ¿Habéis encontrado algo en el coche?

—Pero ¿tú como que te crees que hacer un peritaje es la purga de Ramona, que desde la botica funciona? Todavía estamos recogiendo muestras. Cuando haya algo que decirte, te lo diré. Mientras tanto, te aguantas.

El inspector dio una palmada en el hombro del jefe de Científica.

—Gracias, Casi. Esperaré tus informes, que seguro serán muy valiosos.

—¡Pelota!

Salazar se despidió de Barros y regresó al Clío. Antes de encender el motor, llamó a Lali y le proporcionó el nombre de la

víctima. También le pidió que averiguara todo lo que pudiera sobre Rojas, mientras él regresaba a la comisaría.

Capítulo 04

Salazar tardó poco más de media hora en llegar a San Miguel. A su paso por la recepción, le dijo a García que le avisara a Lali que había llegado y la esperaba en su despacho. Una vez en su territorio, Néstor se quitó la chaqueta, que aunque era de algodón y sin forro, con aquel calor se hacía notar. La idea del uniforme «hot summer» se le hacía cada vez más atractiva. Le pediría su opinión a Paca. En asuntos de moda, confiaba mucho en ella. Así le iba.

Lali golpeó la puerta y se asomó con timidez.

—¿Usted me llamó, inspector jefe?

Con una sonrisa de amigable confianza, Salazar se sentó detrás de su escritorio, y aplanó la corbata de aguacates, al mismo tiempo que señalaba una de las sillas frente a él.

—Siéntate, Lali, por favor. ¿Encontraste alguna información sobre la víctima?

La secretaria se acomodó en el asiento y enderezó la espalda, con lo que pareció crecer medio centímetro. Tampoco se le podían pedir peras al olmo.

—Por supuesto, señor —Lali abrió la libreta que llevaba en la mano—. El señor Rafael Rojas era un exitoso empresario. Divorciado. Era el dueño y CEO de Dronventsa, una fábrica de drones que funciona en la calle Industria.

—Entonces, ¿era el director ejecutivo? —precisó el inspector.

—Sí, señor. El nombre de su exmujer es Iris Moles, y ella es dueña de una *boutique* en la calle Ventilla. Hay un hijo del matrimonio, Félix, de veinticinco años. Está desempleado, y todavía vive con su madre.

Salazar parpadeó y tomó nota mental. Estaban subutilizando las destrezas de Lali.

—¿El hijo cobra el paro?

—No, inspector jefe. Nunca ha trabajado.

—Comprendo. ¿Rojas era el único dueño de la fábrica?

—No, señor. Tenía un socio. Su nombre es Marcos Sosa, y ocupa la plaza de director general de la empresa.

—¿Tienes la dirección de la exmujer?

La secretaria asintió y consultó las notas de la libreta.

—Vive en el 52 de la calle Martínez Lacuesta, inspector jefe. Le

enviaré las señas completas a su móvil.

Después de agradecerle a Lali por su excelente trabajo, Salazar bajó a la recepción, y le preguntó a García dónde estaba Echevarría.

—Está vigilando en las calles, señor.

—Por favor, llámalo y dile que regrese a la comisaría.

García asintió y utilizó la radio para comunicarse con el agente, al mismo tiempo que Salazar consultaba su reloj. Cinco minutos después, el joven policía entraba por la puerta con su sempiterna sonrisa.

—Usted dirá, jefe. ¿En qué puedo ser útil? ¿Necesita que haga algún recado con urgencia?

—No en esta ocasión, Ander. Lo que quiero es que me acompañes.

—¿Para que conduzca?

El inspector negó con la cabeza.

—Quiero que vengas conmigo, porque voy a entrevistar a posibles sospechosos o testigos, relacionados con un homicidio.

Ander abrió los ojos como pescado en sartén.

—¿Y quiere que yo vaya con usted? —Salazar asintió— ¿Para interrogarlos?

—«Sip». Telmo está de permiso, y he decidido que tú sustituyas a mi compañero por hoy. ¿Te sientes capaz?

La sonrisa que se desplegó en el rostro de Ander le recordó a Néstor a sus sobrinos, después de recibir los regalos de Reyes.

—Por supuesto, inspector. Le prometo que haré mi mejor esfuerzo.

El inspector jefe sonrió.

—Es lo que quería escuchar. Vamos.

—¿Quiere que conduzca, señor?

—¡NO! Gracias, Ander, pero de conducir el coche ya me ocupo yo.

El joven agente parpadeó. Sin borrar la sonrisa y con un brillo en los ojos, ocupó el asiento del acompañante en el Clío. Mientras encendía el coche y se incorporaba a la vía, Salazar le resumió el caso en pocas palabras.

—¿Y adónde vamos ahora, inspector?

—La primera persona que quiero visitar es la exmujer de la víctima.

—Sí, señor.

—Dime, Ander, ¿cómo vas en los cursos?

—Muy bien, inspector. He tenido un par de sobresalientes y varios notables. Mis profesores están muy satisfechos con mi desempeño. En seis meses conseguiré la titulación de Criminología en línea.

—No debe ser fácil sacar adelante el curso, al mismo tiempo que cumples con tu trabajo policial.

—Es cierto que me obliga a dedicarle mucho tiempo y esfuerzo. Sin hablar de la paciencia que ha exigido de mi novia, pero creo que vale la pena. Además, la experiencia que he conseguido en la comisaría me está resultando muy útil.

—Me complace que trabajes para alcanzar tus metas. ¿Has considerado la posibilidad de hacer un curso preparatorio para subinspector cuando consigas la titulación?

—Parece que me ha leído la mente, inspector. Esa es mi intención. No me malentienda, me siento orgulloso de mi uniforme y de trabajar como agente, pero cuando los veo a usted y a sus compañeros resolviendo los casos, investigando… Me digo, eso es lo que tú quieres, Ander. La velocidad está bien, es divertida, pero no puedes ser un chiquillo toda la vida.

Salazar echó una rápida ojeada al agente y volvió a centrarse en la carretera. Entonces, se quedó en silencio por unos instantes, antes de dar su opinión.

—Te felicito, Ander. Creo que estás en el camino correcto, y por lo que he observado de ti, pienso que tienes un enorme potencial como investigador.

—¿En serio?

—Muy en serio.

Durante el resto del trayecto, al joven agente no se le borró la sonrisa de oreja a oreja. Salazar aparcó frente al Número 52 de la calle Martínez Lacuesta. El edificio tenía algunos pisos más que sus vecinos y un aspecto un poco más moderno. Aunque no era un ejemplo de arquitectura de vanguardia, sus ventanas sencillas contrastaban con los balcones con barandales de hierro forjado de las construcciones vecinas.

Los policías subieron al quinto piso en el ascensor y llamaron al número 3. La puerta la abrió un musculoso joven que rondaba la veintena, con ojos legañosos, aspecto despistado y un olor que recordaba al Clío. Se espabiló de golpe cuando vio el uniforme del agente. Salazar consultó su reloj. Las catorce treinta. Más vago que el que inventó el mando a distancia.

—¿Es usted Félix Rojas?

El joven asintió y clavó la mirada en Echevarría, conforme perdía el color del rostro. Solo volvió a centrar la atención en Salazar cuando este le puso la identificación frente a la nariz.

—Sí, soy yo. ¿Qué quieren? No pueden entrar sin una orden…

El inspector y Ander intercambiaron una mirada.

—No queremos entrar, señor Rojas. Aunque su reacción está despertando mi curiosidad —Félix tensó los músculos—. Queremos

hablar con usted y con su madre.

—¿Mi madre? Ella no está en casa… A esta hora la encontrarán en la *boutique*, trabajando.

—Claro, alguien tiene que llenar la despensa —murmuró Néstor entre dientes, solo para los oídos de su compañero.

—¿Por qué quieren hablar con nosotros?

Salazar soltó la noticia del hallazgo del cuerpo de Rafael Rojas sin suavizarla y sin quitarle la vista de encima a Félix. El joven parpadeó, bajó la mirada y dejó escapar un suspiro.

—No hubiera creído que algo así podía pasar en Haro. ¿Lo mataron para robarle?

—¿Por qué piensa eso?

Rojas reprimió un bostezo.

—No lo sé… ¿Qué otra razón podría haber? Además, mi padre solía fardar de su dinero… Usaba un reloj muy caro y siempre tenía una cadena de oro bastante gruesa en el cuello… Supongo que eso es como llevar encima un reclamo para los ladrones. ¿Le robaron?

Néstor hizo una pausa antes de responder, para darse tiempo de analizar la reacción del hijo de la víctima.

—Sí, le robaron el móvil, el reloj, y no encontramos ninguna cadena de oro en el cadáver.

—Es terrible que no se pueda andar con seguridad por las calles de una ciudad como esta —sentenció Félix, con una mirada de franco reproche a los policías.

—Necesitaremos que vaya a la morgue para reconocer el cuerpo.

—Por supuesto. Iré enseguida. Después de avisarle a mi madre de lo que ha ocurrido.

Salazar volvió a intercambiar una mirada con Echevarría.

—¿Cómo era la relación de usted con su padre?

—Debo reconocer que no nos llevábamos bien, pero oiga, era mi padre. Que tuviéramos diferencias no significa que no me duela su muerte.

—Claro, eso se comprende. ¿Podría decirnos los motivos de sus desacuerdos?

—Los problemas comenzaron cuando yo tenía catorce años. Vivíamos bien, pero cuando mi padre abrió la fábrica, comenzó a ganar mucho dinero y cambió para mal. Mi madre le pidió el divorcio. Entonces, se marchó de la casa, y a partir de ese momento pasó de mí. Ya sabe, transfería el dinero de la manutención, pero no tenía el menor interés en ejercer como padre… Para mí, fue como si me hubiera abandonado… Nunca se lo perdoné. Aunque debo reconocer que él tampoco parecía muy interesado en pedirme perdón.

—¿Dejó de pasarle la manutención cuando usted llegó a la

mayoría de edad?

El joven asintió.

—Justo el mismo día. De no haber sido por mi madre…

—Ya. ¿Y cómo fue la relación entre sus padres después del divorcio?

Rojas movió los hombros y estiró el cuello hacia atrás.

—Ya se lo podrá imaginar…

—Estos días ando un poco corto de imaginación.

Félix bufó.

—El divorcio fue reñido como suele ser en estos casos, salvo porque la custodia no fue un problema. Mi padre la cedió por completo a mi madre, desde que se mencionó la separación. Él no quería responsabilidades, y yo habría sido una carga muy incómoda para su nueva vida. El pleito fue por los bienes. Así que después de que terminó el proceso legal, mis padres solo se comunicaron a través de los abogados, hasta que cumplí la mayoría de edad. Luego, ni eso.

Néstor asintió con cara de sacerdote en confesionario. Su última adquisición. Una expresión que le había gustado mucho a Paca.

—¿Dónde estuvo usted esta mañana alrededor de las diez?

—No estará creyendo que yo…

—Responda la pregunta, por favor —intervino Ander, y se ganó una mirada aprobatoria de su jefe.

—Estaba aquí, durmiendo.

—¿Solo?

—Eh… sí. Mi madre salió a trabajar temprano.

—¿Es habitual que duerma toda la mañana?

—Por supuesto que no. Es que anoche estuve de marcha, celebrando con algunos amigos… Y llegamos muy tarde.

Salazar ladeó la cabeza en modo panoli.

—¿Y qué celebraban?

Félix se encogió de hombros.

—Era un decir… Soy joven. Si no celebro ahora, ¿cuándo voy a hacerlo? Llegué pedo casi al amanecer, me acosté a dormir y hasta ahora, que ustedes me despertaron con el timbre de la puerta.

—¿Alguien puede corroborar que lo que dice es cierto?

—Pueden preguntarles a mis amigos.

—Creo que no ha entendido, señor Rojas. Sus amigos le pueden proporcionar una coartada hasta la madrugada. Nosotros necesitamos saber dónde estuvo hoy, alrededor de las diez de la mañana.

El joven Rojas se removió con incomodidad.

—Ya se lo dije. Estaba durmiendo aquí. Solo… Mi madre debió salir a trabajar a las ocho treinta. Ella puede corroborarles que estaba en mi habitación.

Salazar negó con la cabeza para mostrar su inconformidad con

la coartada.

—¿Dónde podemos encontrar a su madre?

—En la *boutique*. En el 126 de la calle Ventilla.

Capítulo 05

Cuando el inspector dio por terminado el interrogatorio, los dos policías regresaron al Clío. Después de abrocharse los cinturones, Salazar se volvió hacia su improvisado compañero.

—¿Qué opinas de Félix Rojas?

Ander se quedó pensativo por algunos segundos.

—No lo sé, inspector. Hay algo en su actitud que me pareció extraño…, pero no podría decirle qué fue.

Néstor encendió el motor, cogió el volante con las dos manos, se incorporó a la vía, y asintió.

—Me alegra que lo hayas notado. Te diré qué fue lo que te chirrió. El chico reprimió un bostezo durante la entrevista. No es normal en alguien a quien acaban de informar que su padre murió asesinado.

—Sí, tiene razón, eso fue. ¿Cree que significa que él asesinó a su padre?

El inspector lo pensó por un momento y sacudió la cabeza.

—Es un buen motivo para poner un foco sobre el hijo, pero sin lugar a duda, no es suficiente para presentarle un caso al juez. Podría significar tan solo que a Félix Rojas le resultó indiferente la suerte que corrió su padre.

—Es evidente que no le tenía mucho cariño —sentenció Ander, meditativo—. ¿A Rojas hijo le beneficia esa muerte?

—Buena pregunta. Hasta donde sé, Félix no tiene hermanos, con lo cual, supongo que acaba de heredar todos los bienes que Rafael ostentaba con tanto orgullo. Una vez que lo comprobemos, será una razón más para no perderlo de vista como sospechoso.

—¿Cuál será el siguiente paso, señor?

Néstor le echó un rápido vistazo al chaval y luego volvió a centrarse en la vía.

—¿Qué harías tú?

Ander se removió un poco en el asiento y pensó su respuesta por algunos segundos.

—Yo… entrevistaría a la madre lo antes posible.

El inspector sonrió.

—Es el siguiente paso más lógico, y es lo que haremos.

Salazar aparcó en la calle Ventilla, a pocos metros de la

boutique «Fashion Corner». El tintineo de unas campanillas anunció su llegada en cuanto entraron en la tienda, y los recibió el frescor del aire acondicionado y el olor a madera y ámbar de una vela aromática. En cuanto se escucharon las campanillas, una chica salió a recibirlos con una amplia sonrisa, pero se detuvo en seco con la confusión pintada en el rostro cuando vio a Salazar y sus pintas, junto a Echevarría en uniforme.

De la trastienda salió una mujer madura, muy bien arreglada y con buena apariencia. Enarcó las cejas ante la curiosa pareja que acababa de entrar en su negocio.

—Yo atenderé a los caballeros, Laura. Puedes ir a tomarte un café.

—Sí, doña Iris. Muchas gracias.

Laura pasó a un lado de los policías y se detuvo en la puerta para mirar a Echevarría de arriba abajo. Cuando el joven agente lo notó, ella le sonrió, y el chico enrojeció hasta las orejas. La dependienta salió con aire travieso, al mismo tiempo que Iris los invitaba a entrar.

—Ya mi hijo me llamó por teléfono y me contó lo que le pasó a su padre. ¿Cómo es posible que estas cosas ocurran en Haro? ¿Lo mataron para robarle? Siempre le advertí que era peligroso vivir con tanta ostentación, pero Rafael nunca escuchaba a nadie.

Después de identificarse, el inspector ladeó la cabeza y compuso su cara de despistado en horas laborables.

—Todavía no tenemos claros los motivos del homicidio, señora Moles. Por eso estamos aquí. Necesitaremos la colaboración de los allegados al señor Rojas, para identificar y arrestar a su asesino.

—Lo comprendo, aunque no sé si mi colaboración les resultará útil. Mi exmarido y yo nos distanciamos desde el divorcio. En especial, después de que Félix llegó a la mayoría de edad. Eso no quiere decir que su muerte me resulte indiferente. La noticia me ha dejado desconcertada y con mal cuerpo. Si puedo ayudar en algo, no tenga duda de que lo haré, pero me temo que sé muy poco de las andanzas de Rafael en los últimos años.

—«Las andanzas de Rafael» —repitió Néstor—. Interesante selección de palabras. ¿Puede explicarme a qué andanzas se refiere?

La señora Moles bajó la mirada.

—Mi exmarido se volvió… cómo puedo decírselo para que no suene mal… Su cadáver todavía está tibio.

—Le ruego que olvide cualquier convención social acerca de no hablar mal de los muertos, señora Moles. Estamos buscando a un homicida y todavía no tenemos idea de quién es o por qué escogió al señor Rojas como víctima. Tampoco sabemos si hay alguien más en su lista…

Iris palideció.

—Comprendo. Muy bien, inspector. Le hablaré con claridad. Con el divorcio, Rafael no solo se distanció de su familia, sino de la vida familiar en general. Hasta donde tuve noticias, no desperdiciaba oportunidad de participar en fiestas, en las cuales no había ningún tipo de restricción en cuanto a drogas, alcohol y sexo. Mi exmarido se convirtió en un libertino. No sé si he sido lo bastante clara.

Néstor asintió.

—Gracias, señora Moles. Esa información deja mucho más claro el panorama al que nos enfrentamos, aunque reconozco que no se presenta muy halagüeño. ¿Cuántos años duró su matrimonio?

—Dieciséis años. Félix tenía catorce cuando nos divorciamos.

—Entonces, debió conocer bien al señor Rojas —Ella asintió— ¿Cómo era? Me refiero a su personalidad.

Iris cogió aire y lo dejó escapar en un suspiro.

—Tendría que preguntarle a cuál Rafael se refiere, porque el hombre con el que me casé no se parecía en nada al sujeto del que me divorcié. Cuando me enamoré de él, Rafael era un hombre ambicioso, pero también era un trabajador incansable, dedicado y con ideas brillantes, que luchaba por el bienestar de su familia. El sujeto del que me divorcié solo pensaba en sí mismo, y despreciaba a todos los demás, porque los creía inferiores a él.

—¿Qué lo hizo cambiar?

—El dinero. Llegó de repente y en cantidades que él no supo manejar. Su ego se infló como un globo.

Néstor lanzó una mirada rápida a Echevarría y comprobó que tomaba notas en una libreta. Solo entonces, continuó con el interrogatorio.

—¿De dónde salió todo ese dinero? ¿Tuvo un origen legal?

—Sí, por supuesto. Rafael era un ejecutivo brillante, y lo contrató una empresa europea de piezas de recambio de coche que abrió una filial en España, y que escogió Haro para su sede…

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mucho tiempo. Félix tendría diez u once años. La economía familiar mejoró de inmediato. Dejamos el piso donde vivíamos en la calle Castilla y nos mudamos a un chalé en el barrio Estación. Todo parecía ir bien, pero duró poco...

—¿Qué ocurrió?

—Al cabo de pocos meses, la empresa decidió cerrar la filial.

—¿Por qué? —preguntó Echevarría, sin apartar el bolígrafo de la libreta.

—No conozco el motivo. Nunca llegué a saberlo. De repente, Rafael se quedó sin empleo. Entonces, se asoció con quien había sido su subalterno en la empresa de piezas de recambio de coche, y ambos

abrieron Dronventsa. La fábrica de drones fue exitosa desde sus primeros días. El dinero entró a espuertas y nos catapultó en la clase social. Rafael no fue capaz de recibirlo con naturalidad.

El inspector se quedó pensativo por un momento.

—Su exmarido y su socio acababan de perder el empleo. ¿De dónde sacaron el capital para crear una empresa de alta tecnología?

Iris enderezó la espalda.

—Me temo que eso no se lo puedo responder, inspector, porque no tengo la menor idea.

Salazar compuso su mejor cara de pánfilo en ejercicio.

—¿Nunca se lo preguntó a sí misma?

La señora Moles cogió aire.

—Por supuesto que me lo pregunté, inspector. Muchas veces. Y por más vueltas que le di, la única conclusión a la que pude llegar es que debieron pedir un crédito. En cualquier caso, aquel éxito fue imprevisible, y contrario a lo que era de esperarse, resultó nefasto para mi familia. Rafael cambió, y la convivencia se hizo insoportable. Por eso le pedí el divorcio.

Salazar asintió sin hacer ningún comentario, meditó por algunos segundos y reinició el interrogatorio.

—¿Cómo se llevaba el señor Rojas con su hijo?

—Rafael creía que pasarle la pensión a Félix hasta la mayoría de edad lo convertía en un buen padre. Comprenderá que con semejante actitud, nuestro hijo no tenía una buena relación con él. Casi no se veían. Aun así, Félix siempre respetó a su padre, y estoy segura de que lo quería.

El inspector cambió de postura.

—¿Vio usted a su hijo en su habitación antes de salir de casa esta mañana?

Iris palideció.

—Por supuesto. No estarán pensando… Eso es absurdo. Félix nunca habría sido capaz de hacerle daño a su padre. Además, puedo asegurarle que lo dejé durmiendo en su cama esta mañana.

—¿A qué hora?

—Salí de casa a las ocho treinta. Como siempre.

Salazar intercambió una mirada con Ander, quién negó con la cabeza de forma casi imperceptible. El chico también había sacado cuentas. Según Molina, Rojas murió alrededor de las diez, lo cual le habría dado suficiente tiempo a Félix para asesinar a su padre, aun cuando su madre dijera la verdad.

—¿A qué hora suele abrir la tienda, señora Moles?

—A las diez.

—¿Hoy también?

—Sí, claro. Como cada día.

—¿Por qué sale de casa tan temprano?

Iris se frotó las manos para disimular que temblaban.

—Por la noche suelo terminar muy cansada, así que prefiero ocuparme de las tareas administrativas por la mañana, temprano.

—Muchas gracias, señora Moles. Le avisaremos si descubrimos algo.

Después de una corta despedida, los policías abandonaron la tienda sin mirar atrás.

Capítulo 06

Salazar y Echevarría regresaron al coche, y después de abrocharse los cinturones de seguridad, el inspector le preguntó al agente cuáles eran sus conclusiones. Ander pensó por algunos segundos, antes de responder.

—No estoy seguro, señor… Si lo que dijo la señora Moles acerca de la víctima es cierto, se abren muchas líneas posibles de investigación.

—Muy bien. A menos que ella misma esté involucrada, algo que todavía no podemos descartar, es poco probable que la señora mienta a la Policía. Aunque sí pudo matizar ciertos aspectos de su declaración para proteger a su hijo.

—¿Cree que nos mintió acerca de la coartada de Félix?

—En realidad, tal coartada no existe, así que creo que nos dijo la verdad con respecto a la hora a la que salió de su piso. Sin embargo, su convicción sobre el respeto y el cariño de Félix hacia su padre… esa declaración tenemos que cogerla con pinzas.

—Ella misma no parece que le tenía mucho cariño a su exmarido —opinó Echevarría.

—Lo más interesante de la entrevista fue la información que reveló acerca de Rafael Rojas.

—¿Usted cree que fue honesta, señor?

El inspector asintió, al mismo tiempo que encendía el motor del coche.

—Sus declaraciones fueron coherentes y específicas. Considero que debemos tenerlas en cuenta, y eso nos plantea varias posibilidades.

Ander se enderezó en el asiento como un alumno aplicado.

—¿Cuáles serían esas posibilidades?

—Bien, la primera que me viene a la cabeza es el dinero. Todavía no está claro qué fue lo que hizo Rojas para conseguir el capital suficiente que le permitiera abrir una empresa de alta tecnología, cuando acababa de perder su estupendo empleo.

—¿Tal vez pidió un crédito?

—Es posible, pero los créditos necesitan avales. Con lo cual, me pregunto si recurrió a un prestamista. También debemos considerar sus hábitos libertinos como otra vía de investigación. ¿Se involucró

con gente poco recomendable? ¿Traficantes o proxenetas? Su actitud ante los demás era despótica. ¿Ofendió a quién no debía?

El joven agente resopló.

—¿Cómo lo averiguamos, señor?

Salazar incorporó el Clío a la vía.

—Como dice un proverbio africano… el elefante se come en filetes… Demos un paso a la vez.

—¿Adónde vamos ahora, inspector?

—Es hora de visitar Dronventsa, la empresa de la víctima.

Al cabo de media hora, Salazar aparcó frente a una nave industrial de ladrillo color crema, con una enorme puerta metálica de garaje marrón que abarcaba casi toda la fachada. En el centro encontraron abierta otra pequeña puerta, esta de tamaño normal. Salazar no pudo evitar pensar en una gatera. Sobre la puerta de garaje y con grandes letras, se leía una sola palabra: DRONVENTSA.

Los policías entraron, y los alcanzó un olor a ordenador nuevo, que a Néstor le recordó el laboratorio de informática de la Jefatura Superior. La nave era amplia, pero casi todos los empleados estaban concentrados en un espacio pequeño. La plantilla era reducida. La componían media docena de personas, y todas estaban ocupadas en un dron de tamaño mediano, que de inmediato atrajo la atención del inspector. El dispositivo estaba a medio terminar, y sobre él trabajaban dos hombres con bata y guantes, mientras un joven y una chica se ocupaban de las programaciones en sus respectivos ordenadores. A todos los dirigía una mujer de contextura fuerte y cabello rizado.

Detrás de la zona de trabajo había un espacio bastante amplio y despejado. Néstor supuso que allí se probaría el dron, una vez terminado. Al fondo, vio una furgoneta de color azul oscuro, casi negro, identificada con el logo de la empresa en letras blancas. Detrás del vehículo de carga, Salazar alcanzó a ver una puerta por la que salió un chico con una carretilla cargada de cajas. El inspector dedujo que se trataba de un almacén.

—Entrevista a los empleados, Ander. Yo hablaré con la plana mayor.

El agente abrió los ojos como manga japonés.

—¿Quiere que me ocupe yo solo?

—Por supuesto. Estás aquí para sustituir a Telmo durante su permiso, ¿recuerdas?

—Sí, claro, pero…

El inspector palmeó el hombro del joven agente.

—¡Valor y al toro, chaval! Llegó la hora de demostrar que esos notables y sobresalientes tienen razón de ser.

Sin darse tiempo a escuchar los argumentos de Ander, Néstor se

encaminó a la oficina. En cuanto cruzó la doble puerta de cristal templado, sintió el alivio de un aire acondicionado regulado a temperatura muy baja. Vamos, que de los dieciocho grados no pasaba. Se podría haber quedado allí todo el día, pero tocaba currar.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor…?

La voz de pito de la secretaria lo sacó del nirvana climatológico en el que se había sumergido. La empleada enarcó las cejas cuando él se identificó, documento en mano.

—Bienvenido, inspector. ¿Viene a encargarnos un dron en nombre de la Policía? Tenemos un catálogo pequeño, pero nuestros ingenieros son muy competentes y podemos adaptar los teledirigidos en función de lo que deseen. ¿Para qué lo necesitan?

—Me temo que no estoy aquí para encargar un dron, señora…

—Dalia Martínez, pero entonces, ¿cuál es el motivo de su visita?

Salazar evitó responder de inmediato. Sabía que en cuanto lo hiciera, las barreras defensivas se levantarían sin remedio. Escaneó la oficina. Detrás del escritorio de Martínez había dos puertas, cada una señalada con su correspondiente placa grabada. En la de la izquierda se leía: «Rafael Rojas. Director ejecutivo». La de la derecha decía: «Marcos Sosa. Director general». El inspector señaló la puerta de la izquierda con un gesto de la cabeza.

—¿Esa oficina está cerrada con llave?

—Sí, por supuesto.

—¿Quién tiene la llave?

Dalia frunció el ceño.

—Solo el señor Rojas y yo, pero él todavía no ha llegado.

—¿Lo esperan?

—Sí. Lo esperamos desde las diez treinta. Tenía una cita en su agenda para reunirse con el señor Sosa y un cliente. El director general tuvo que suspenderla porque el señor Rojas no llegó a tiempo. Es probable que tuviera algún contratiempo. Tal vez su coche se averió o se quedó dormido.

—Por su actitud ante la tardanza de su jefe, deduzco que no es la primera vez que ocurre.

Dalia parpadeó.

—Es el jefe. ¿Quién le puede pedir cuentas acerca de su puntualidad? Pero ¿qué interés puede tener la Policía en todo esto?

Salazar dejó escapar un suspiro de resignación, y le informó a la secretaria acerca del verdadero motivo por el que su patrón no había llegado ni iba a llegar. Dalia rompió a llorar. Era la primera vez desde que comenzó aquel caso, que Néstor veía esa reacción, por demás muy normal, en alguien cercano a Rafael Rojas. Interesante.

—¿Cómo… cómo es posible? ¿Quién pudo cometer un acto tan

brutal?

—Es lo que estamos tratando de averiguar, señora Martínez. Por el momento, le agradecería que me entregue la llave del despacho del señor Rojas.

—¿Por qué? ¿No necesita una orden judicial o algo así?

Condenadas series policiales de televisión. Néstor ladeó la cabeza.

—Para el registro, sí. Para que nos aseguremos de que nadie accede al lugar de interés con la finalidad de alterar las pruebas, no la necesitamos. Puede demostrarme su buena disposición a colaborar, entregándome la llave ahora o si lo prefiere, obligarme a esperar la orden judicial, y hacer que me pregunte qué es lo que quiere ocultarnos.

Dalia enarcó las cejas, se secó las lágrimas, rebuscó en uno de los cajones de su escritorio, y sacó un pequeño llavero que le entregó a Salazar. Después de agradecerle su espontánea colaboración, el inspector se aseguró de que la puerta sí estaba cerrada, y guardó las llaves en su bolsillo. Entonces, hizo un par de llamadas a través del móvil.

La primera fue a la comisaría. Sostuvo una corta conversación con Lali, y le pidió que enviara un coche patrulla para levantar un perímetro, y que le avisara a Científica que había un despacho que debían registrar. La segunda llamada fue al juez Aristigueta, para explicarle la situación y solicitarle una orden de registro. También le pidió que la enviara a San Miguel con un mensajero de los juzgados, lo más rápido posible.

El inspector terminó de hablar por el móvil y Dalia lo abordó de inmediato, al mismo tiempo que frotaba sus manos entre sí.

—Comprenderá que debo informar al señor Sosa de todo lo que está ocurriendo.

—Por supuesto. Iba a sugerírselo.

La secretaria llamó a la puerta de Sosa, quien la autorizó a entrar. Pocos segundos después, volvió a salir. La acompañaba un hombre con la cabeza calva como una rodilla, barba de candado y unas gafas de pasta que le conferían el aspecto de un sesudo profesor. Tenía las cejas enarcadas y fruncidas a la vez. Una cosa rara.

—Usted debe ser el policía del que me habló Dalia. Está muy nerviosa y no estoy seguro de haberle comprendido bien. Quiero que me explique qué está ocurriendo aquí.

—Por supuesto, señor Sosa. Por favor, siéntese, mientras esperamos a mis colegas. Y a la señora Martínez, le agradeceré que nos deje solos por algunos minutos.

Capítulo 07

El inspector ocupó la silla de Dalia, y con un gesto de la mano le señaló a Marcos Sosa un asiento frente a él. El director general frunció el ceño. A Salazar le resultó evidente que le incomodaba verse subordinado al policía. Néstor estaba seguro de que habría preferido recibirlo en su propio despacho, manteniendo una postura de autoridad. Salazar se inclinó hacia adelante sobre la mesa y sacó del bolsillo una libreta y un bolígrafo barato.

—Supongo que la señora Dalia Martínez ya le informó de que esta mañana encontramos muerto a su socio.

—Eso fue lo que dijo, pero no supo darme ningún detalle. ¿Qué fue lo que ocurrió?

El inspector levantó la mirada, y le dio la información mínima necesaria para comenzar el interrogatorio.

—… Como comprenderá, para detener al asesino necesitaremos toda la colaboración posible de las personas cercanas al señor Rojas.

—Por supuesto, inspector. Pregunte lo que quiera.

Néstor ladeó la cabeza y compuso su cara de torpe haciendo horas extras.

—¿Dónde estuvo usted esta mañana alrededor de las diez?

—No estará sugiriendo que yo…

El inspector enarcó las cejas, y Sosa se secó la delgada pátina de sudor que se le había formado en la frente, a pesar del ambiente climatizado que los rodeaba.

—Solo responda, por favor —insistió el policía.

—Muy bien. Supongo que es una pregunta rutinaria… —Salazar guardó silencio—. Rafael y yo teníamos programada una reunión con un cliente a las diez y media. A las diez de la mañana yo estaba aquí, esperándolos a ambos. El cliente llegó cinco minutos antes, pero conforme pasaba la hora de la cita y no había noticias de Rafael, se fue enfadando, y al final decidió marcharse.

—¿Quién puede testificar que usted estuvo aquí a las diez?

—Puede preguntárselo a Dalia.

—Muy bien. Lo haré… Dígame, señor Sosa, ¿Sabe usted si el señor Rojas recibió alguna amenaza o si existe alguien que tuviera problemas pendientes con él?

Sosa cogió aire, antes de responder.

—Rafael no era una persona de trato amable, inspector. Me refiero a que podía ser muy rudo y en ocasiones ofensivo, así que casi todo el que lo conocía, lo rechazaba, pero de ahí a estar dispuesto a asesinarlo… No lo sé. Cuando Dalia me dio la noticia, lo primero que pensé fue que lo mataron para robarle. Yo ya se lo había advertido…

—Explíquese, por favor.

—A Rafael le gustaba fardar. Su tema favorito de conversación era todo el dinero que tenía, usaba un reloj de treinta mil euros, y una cadena de oro más gruesa que el pulgar de un gigante. Estoy seguro de que lo asesinaron para robarle.

—Tal vez tenga razón, señor Sosa. Sin embargo, no podemos limitarnos a una sola teoría. Tenemos que considerar todas las opciones posibles y descartarlas una a una. ¿Su socio tuvo problemas con algún cliente o empleado?

Marcos se quedó pensativo por algunos segundos, y entonces negó con la cabeza.

—No tengo noticia de que Rafael tuviera problemas con nadie relacionado con la fábrica.

—¿Hubo despidos recientes? ¿Alguna discusión o recriminación?

—Dronventsa es una empresa de alta tecnología, inspector. Casi toda nuestra plantilla está formada por ingenieros o técnicos que requieren un entrenamiento más o menos prolongado para realizar su trabajo, así que procuramos que se sientan a gusto. Rafael era consciente de ello y aunque mantenía una actitud distante, cuidaba tratar con cortesía a todos los empleados.

—¿Qué me dice de los clientes?

—Aunque estaba presente en algunas reuniones si lo exigía el cliente, yo me ocupaba de cerrar las ventas.

Salazar se quedó pensativo por algunos segundos.

—Ya me dejó claro que a pesar de que nadie relacionado con su empresa habría invitado al señor Rojas a su fiesta de cumpleaños, tampoco hay constancia de que tuvieran motivos para matarlo —Sosa parpadeó y asintió despacio—. Ahora quiero que me responda con honestidad, ¿su socio tenía enemigos en su vida privada?

Marcos llenó sus pulmones de aire y lo retuvo.

—Enemigos, no que yo sepa, pero…

—Lo escucho.

—Rafael estaba a punto de resolver un asunto judicial que lo tuvo incómodo durante mucho tiempo… Era propietario de un piso en la calle Castilla, pero los inquilinos no le pagaban la renta desde hacía más de dos años. Después de una larga disputa en los tribunales, por fin consiguió el desahucio. Ayer me comentó que ya el tribunal les había avisado, y que se iban a mudar el próximo fin de semana.

Salazar tomó nota.

—¿Usted sabe los nombres de los inquilinos?

—Por supuesto —respondió Marcos—, Rafael estaba tan cabreado que no dejaba de nombrarlos. Son madre e hijo. Teresa Rebolledo y Carlos Rojas.

—¿Rojas?

—Los inquilinos eran familia de Rafael. Ella era la viuda de su hermano, y el chico, su sobrino. Cuando Rafael se divorció, le compró su parte de las propiedades inmobiliarias a su exmujer. Él se quedó viviendo en el chalé del barrio Estación. El piso lo quería para su hermano menor, que de otro modo se habría quedado en la calle con su familia.

—¿Le regaló el piso a su hermano?

Sosa sacudió la cabeza.

—No. Raúl se lo habría jugado en una timba. Rafael conservó la propiedad, pero permitió que su hermano y su familia vivieran allí, sin pagar un centavo. Esa generosidad se acabó después de la muerte de Raúl. Entonces, comenzó a exigirle el pago de la renta a Teresa y su hijo.

Salazar frunció el ceño.

—¿Cómo es que permitió que su hermano ocupara su piso, pero quería echar a su viuda y su hijo? No tengo la intención de juzgar al señor Rojas, pero es evidente que debe haber un buen motivo para semejante cambio de conducta.

—Tiene una explicación muy sencilla. Rafael y su hermano perdieron a su padre siendo muy jóvenes, así que Rafa era muy protector con Raúl. Él culpaba a su cuñada de que su hermano hubiera caído en la ludopatía.

—¿Por qué?

Marcos se apoyó en el respaldo.

—Raúl trabajaba como gerente en una tienda por departamentos y llevaba una vida normal, pero su mujer nunca se sentía satisfecha. Siempre aspiraba a tener más, y era muy exigente. Raúl veía por los ojos de ella y se desvivía por complacerla, así que siempre estaba endeudado y sometido a mucha presión. En una ocasión, un amigo lo invitó a un casino para que se relajara, y en un golpe de suerte, Raúl multiplicó la apuesta que hizo en la ruleta, y regresó a casa con mucho dinero. Fue lo peor que le pudo pasar. El dinero no les duró una semana, pero él quedó enganchado. A partir de ahí, no levantó cabeza.

—Ya he escuchado esa historia antes. ¿Cómo murió?

—Como consecuencia de una paliza que le dieron sus acreedores. Rafael siempre culpó a Teresa de las desgracias que sufrió su hermano. Nunca se lo perdonó.

El inspector tomó nota.

—¿Qué edad tiene el hijo de la señora Rebolledo?

—Dieciséis años.

—Supongo que usted sabe cuál es la dirección del piso de la querella.

El inspector anotó los datos que le proporcionó Sosa, y volvió a fijar la mirada en el testigo.

—¿Cómo era su relación con el señor Rojas?

—Era respetuosa y cordial. Cada uno de nosotros cumplía su papel dentro de la empresa, que ha resultado ser muy exitosa. En gran medida, gracias a Rafael, y sus habilidades ejecutivas.

—Tengo entendido que el señor Rojas se llevaba la mayor parte de los beneficios.

—Así es. Él tenía la mayoría de las acciones, porque invirtió y arriesgó más capital. Así son los negocios, inspector.

Salazar entornó los ojos.

—¿Sabe quién heredará los bienes de su socio? ¿El señor Rojas hizo testamento?

Marcos parpadeó.

—Debo serle honesto, inspector. No sé si Rafael hizo testamento. No lo creo, porque nunca mencionó el tema —Sosa cambió de postura—. Supongo que lo más probable es que todos sus bienes pasen a manos de su hijo.

—¿No le preocupa?

—Por supuesto que me preocupa, pero Rafael gozaba de buena salud, así que nunca me había planteado esta situación. Supongo que tendré que hablarlo con mis abogados.

—¿Cómo se llevaba el señor Rojas con su hijo?

Marcos negó con la cabeza, despacio.

—Muy mal. No solo Félix tenía una actitud hostil hacia su padre, sino que también es un vago, que además pretende vivir con todo lujo. Nunca quiso estudiar ni trabajar. Rafael estaba harto de él. Dejó de pasarle la manutención en cuanto llegó a la mayoría de edad. La exmujer de Rafael tampoco ayudaba. Ella asumió el sustento del chico. Rafael y Félix casi nunca tenían contacto, y las pocas veces que el chaval lo llamaba, era para pedirle dinero.

—¿Rojas se lo daba?

—A veces sí y a veces no. Dependía del humor que tuviera en ese momento.

Capítulo 08

Salazar dio por terminada la entrevista con el socio y le permitió volver a su despacho, después de pedirle que llamara de vuelta a su secretaria.

Dalia regresó frotándose las manos y ocupó la silla que su jefe acababa de dejar libre. Néstor le sonrió y ella dio un respingo. Salazar se sintió orgulloso de sí mismo. Llevaba semanas practicando la sonrisa de tiburón de Santiago, y por lo visto, ya había conseguido dominarla.

—No hay de qué preocuparse, señora Martínez. Solo le haré algunas preguntas.

—Pero yo no sé nada —protestó ella, al borde de las lágrimas.

Salazar ladeó la cabeza y compuso su expresión de inocente en Babia.

—Terminaré pronto. ¿A qué hora llegó el señor Sosa a trabajar hoy?

—A las nueve treinta, como siempre.

—¿Salió de su despacho en algún momento durante la mañana?

—Durante la mañana, no. Salió a comer a las catorce treinta y regresó a las diecisiete.

—¿Usted se movió de este escritorio en algún momento?

—No. No estará pensando que…

—Son preguntas de rutina, señora Martínez. sí me responde con la verdad, no tiene nada de qué preocuparse. ¿Dronventsa está involucrada en alguna actividad delictiva?

—¡Por supuesto que no!

—De acuerdo. ¿Tienen competidores agresivos?

—No, señor. Al contrario, tenemos muy poca competencia.

—¿Algún empleado faltó hoy a su trabajo?

Dalia negó con la cabeza.

—Todos asistieron con puntualidad. Hoy no se reportó ninguna baja.

El inspector dejó escapar un suspiro, guardó la libreta y el bolígrafo en un bolsillo y sonrió con amabilidad, al mismo tiempo que se ponía de pie.

—Muchas gracias, señora Martínez. Puede regresar a su trabajo.

Salazar salió de la zona administrativa y se internó en la nave.

Se quedó embobado, mientras miraba el proceso de fabricación del dron que ocupaba el centro de atención de toda la plantilla.

Estaba tan absorto, que la voz de Echevarría a su espalda le hizo dar un respingo.

—Ya interrogué a toda la plantilla, inspector.

—¡Ander! Muy bien. ¿Qué averiguaste?

—Rojas no era un jefe amable, pero ninguno reconoce haber tenido problemas personales con él. Tan solo mantenía un trato distante y cortés. Casi todos los empleados son ingenieros y se sienten satisfechos por trabajar en este tipo de proyecto.

—¿Todos son universitarios?

—Casi todos. Solo hay un empleado en embalaje y transporte que es la excepción. A este no pude interrogarlo porque está haciendo una entrega —Ander negó con la cabeza despacio—. Lo lamento, inspector. No descubrí nada que nos ayude a resolver el caso.

—No te preocupes, Ander. Es normal. Apenas estamos dando los primeros pasos —Néstor se quedó pensativo por un par de segundos—. ¿Quién se ocupa de la limpieza de la nave?

—Según la jefa de planta, está a cargo de una empresa…

La llegada de dos agentes interrumpió la conversación. Llevaban consigo la orden de registro firmada por Aristigueta. Salazar les entregó las llaves del despacho de Rojas y les dio instrucciones para que esperaran a Científica. Después de hacer un gesto para indicarle a Echevarría que lo acompañara, encaminó sus pasos hacia la salida.

En el trayecto hacia el Clío, Salazar le informó a su improvisado compañero acerca del piso que la víctima tenía en alquiler, y de las coartadas que había comprobado.

—¿Adónde vamos ahora, señor?

—Visitaremos a los inquilinos gorrones. Quizá decidieron que quitar a su casero del medio era una buena forma de evitar el desahucio.

—¿Quiere que yo conduzca?

—Ni lo sueñes. Sube.

Salazar incorporó el Clío a la vía y se encaminó a la calle Castilla. Minutos después, aparcaron el coche en la calle y buscaron el número de la dirección señalada por Sosa. Cuando localizaron el edificio, se encontraron frente a una construcción, en cuya fachada se alternaban azulejos pálidos y paredes de color pastel. El conjunto resultaba bastante elegante y original. Salazar calculó que el alquiler que se negaban a pagar los parientes del difunto no podía ser moco de pavo.

Los policías subieron hasta el tercer piso. Por fortuna para los músculos poco entrenados de Néstor, en esta ocasión sí había

ascensor. Se encontraron frente a una puerta de seguridad y llamaron al timbre. Pasaron un par de minutos hasta que les abrió una mujer de cabello rizado, con el rostro arrugado y contextura delgada. Casi cerró de nuevo la puerta al ver a Salazar, pero se contuvo cuando su mirada alcanzó el uniforme de Ander. Parpadeó un par de veces antes de hablar.

—¿Qué es lo que desean?

—¿La señora Teresa Rebolledo?

Ella asintió. Después de identificarse, Salazar le explicó el motivo de su visita, y le preguntó si les podía dedicar unos minutos. Ante la noticia de la muerte violenta de su cuñado, Teresa tan solo enarcó las cejas.

—Todo esto es desconcertante, inspector, pero supongo que no tengo alternativa.

Salazar clavó la mirada en la testigo.

—Puede negarse a colaborar, y esperar que le llegue la citación para declarar en comisaría.

Teresa abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Pasen.

El apartamento era amplio y estaba muy bien decorado. La señora Rebolledo los condujo hasta la sala y los invitó a sentarse en un par de sillones. Ella hizo lo propio en el sofá. El inspector se acomodó en el asiento como si estuviera incómodo, al mismo tiempo que Ander sacaba su libreta y se preparaba para tomar nota. Salazar miró con descaro todo lo que los rodeaba.

—Bonito piso.

—Gracias.

—El alquiler debe ser un pastón.

—¿Quién le dijo que el piso es de alquiler?

Salazar ladeó la cabeza y compuso su cara de pánfilo homologado.

—De acuerdo con la información que tenemos, el piso pertenecía a su cuñado, y hay una orden de desahucio contra usted y su hijo por impago. ¿Olvidé algo?

El color abandonó el rostro de la señora Rebolledo, que cogió aire y lo retuvo, al mismo tiempo que asentía.

—Veo que está bien informado. Aunque, por lo visto, no sabe que Rafael había cambiado de opinión.

—Ah, ¿sí? —Teresa asintió— Entonces, después de meses de luchas judiciales para conseguir el desahucio, cuando por fin sale la sentencia, el señor Rojas decide que no la va a ejecutar. ¿Es eso?

—Todos tenemos derecho a cambiar de opinión.

—Ya. ¿Y su cuñado le mencionó ese cambio de opinión a alguien?

—Eh… A su hijo.

—A Félix.

—Eh… Sí.

Salazar intercambió una mirada con Ander.

—Interesante. ¿Por qué el señor Rojas cambió de opinión?

—Cuando llegó la orden de desahucio, Rafael sintió remordimientos por echarnos a la calle. El recuerdo de su hermano pesó en su conciencia y decidió concedernos un poco más de tiempo.

—¿Cuándo y cómo se lo comunicó?

—Anoche me llamó por teléfono. Me dijo que iba a retractarse en el juzgado, y que podíamos quedarnos el tiempo que fuera necesario. A él no le hacía falta el dinero de la renta.

—Ya veo. ¿Tiene alguna prueba de lo que está diciendo?

Teresa bajó la mirada.

—Todo fue de palabra. Si tomó la decisión anoche, no tuvo tiempo de decírselo a nadie ni de revertir el proceso en el juzgado.

Salazar dejó escapar un suspiro, manteniendo la misma expresión alelada.

—Vaya, qué inoportuno. Así que no tiene cómo demostrar que tuvo esa conversación con su cuñado.

—No, pero puedo jurarlo ante quién fuera necesario. Estoy segura de que Félix me creerá.

—¿Cómo se lleva usted con Félix?

Teresa frunció el ceño.

—¿Con Félix?... Bien… Es mi sobrino y es un buen chico. Él y mi hijo son buenos amigos desde niños.

—¿Dónde estuvo usted hoy en la mañana?

—¿Por qué lo pregunta?

—Rutina.

Teresa parpadeó.

—Pasé la mañana aquí en casa.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Y su hijo?

—En la escuela.

—¿Podría ser un poco más precisa?

—Carlos estudia en el instituto María Lejárraga.

Ander tomó nota, mientras el inspector le agradecía su colaboración a la señora Rebolledo. Ambos policías se pusieron de pie y se despidieron. Aunque Salazar no quedó conforme con las explicaciones que escuchó, todavía no tenían suficiente información para llegar a ninguna conclusión, así que salieron del piso de la calle Castilla, y emprendieron el regreso a la comisaría.

Hacia la mitad del camino, Echevarría consiguió vencer su

timidez, y le preguntó a su jefe cuál era su opinión sobre el caso.

—Me estaba haciendo la misma pregunta acerca de ti. ¿Has llegado a alguna conclusión con lo que sabemos hasta ahora?

—Yo… Eh… —Ander cogió aire y se enderezó en el asiento—. Es… Supongo que es muy pronto para señalar algún sospechoso…

—Estoy de acuerdo. Si tú fueras el inspector y tuvieras este caso a tu cargo, ¿qué harías a continuación?

—Bien, yo… buscaría en el entorno de la víctima quiénes tuvieron un motivo, y también dispusieron de los medios y la oportunidad.

—Buen comienzo. ¿Y alguno de los que hemos conocido hasta ahora te encaja en esos requisitos?

Ander lo pensó por un momento.

—Si tuviera que escoger un sospechoso sobre la base de esos argumentos, pondría a Félix Rojas a la cabeza.

—Buena elección, pero ¿quieres decirme por qué?

—Siendo su único hijo, si Rafael Rojas no dejó testamento, él heredará todos los bienes de su padre. Lo cual parece un buen motivo. Además, no tiene coartada.

Salazar cambió la marcha.

—Estoy de acuerdo contigo, pero todavía no sabemos si tuvo acceso a una pistola del calibre que se usó en el crimen. Por otro lado, no era el único con motivo y oportunidad.

—Está pensando en la inquilina, ¿no es así?

El inspector se quedó en silencio por un segundo, antes de responder.

—Sí, Ander, estoy pensando en ella. La muerte de su casero puede aliviar la presión sobre su mudanza. Es posible que tenga más probabilidad de evitar el desahucio si el piso pertenece a su sobrino. Y ella tampoco tiene coartada. Además, no debemos olvidar que todavía no hemos interrogado a todas las personas relacionadas con la víctima.

—¿En quién más está pensando, inspector?

—De momento, creo que es importante sostener una conversación con el hijo de Teresa.

Echevarría enarcó las cejas y parpadeó.

—¿El sobrino no es solo un chico?

Salazar negó con la cabeza.

—Eso no impide que pueda estar involucrado en el homicidio.

Ander centró su mirada en la carretera, y se quedó pensando por algunos segundos.

—Creo que comprendo lo que está haciendo, señor. No quiere que dé nada por sentado hasta hacer la última comprobación.

Salazar desplegó una amplia sonrisa.

—Esa es la idea, chaval. Esa es la idea.

Capítulo 09

Salazar y Echevarría llegaron a la comisaría. En cuanto entraron en la recepción, García dejó de escribir y prestó atención a la conversación entre ambos, sin cortarse un pelo. Después de darle las gracias por su ayuda, el inspector le dijo al joven agente que podía marcharse a casa. Ander desplegó una sonrisa que se reflejó en sus ojos.

—Quiero darle las gracias por esta oportunidad, inspector. Hoy he aprendido mucho, y he comprobado que esto es lo que quiero hacer.

Salazar ´también sonrió.

—Me complace, Ander. Creo que puedes llegar a ser un excelente investigador. Ahora vete a descansar, que mañana tendremos bastante curro.

—Sí, señor… Yo… Eh… Mis colegas y yo nos reuniremos este fin de semana para dar unas vueltas en la pista de Motocrós… —Echevarría miró de reojo a García—. Sé que usted también es aficionado a las motocicletas y la velocidad, así que he pensado… que quizá le gustaría acompañarnos. Puedo prestarle mi motocicleta. Le aseguro que lo pasará genial.

Néstor abrió los ojos de par en par.

—Te agradezco la invitación, Ander, pero ya tengo planes para el fin de semana. Será en otra ocasión.

—Sí, señor —La sonrisa se amplió un poco más—. Nos vemos mañana.

Echevarría se encaminó a los vestidores, mientras Salazar le devolvía las llaves del Clío a García. El agente le clavó la mirada con descaro y dejó ver una sonrisa sarcástica.

—¿Qué? —preguntó el inspector jefe, con un fruncimiento de ceño.

—Con lo que le gustan a usted las motocicletas y la velocidad, no lo creí capaz de rechazar la invitación a una pista de Motocrós.

—Tienes más mala leche que un tiroteo en un ascensor, García. ¿De dónde sacas la idea de que me gustan las motocicletas o que me complace ir por ahí a toda hostia?

El policía soltó una carcajada y continuó escribiendo.

—Nada, cosas que se le ocurren a uno. No me haga caso.

—Porque me pillas cansado y con ganas de irme a casa, que si

no… Nos vemos mañana, García.

—Vale, hasta mañana. Y dele saludos a su gata neurótica.

Salazar emprendió el camino de regreso a casa. En cuanto pisó la calle se sintió agobiado por el calor, así que se quitó la chaqueta, se aflojó todavía más el nudo de la corbata y abrió el botón del cuello de la camisa. Ala, como en el trópico, pero sin palmeras.

El inspector decidió pasar por La Callecita y saludar a Gyula. Encontró el bar a tope, y a su amigo bastante atareado con los clientes. Cuando vio a Salazar, el tabernero gesticuló para indicarle que le esperara. Se le acercó en cuanto tuvo oportunidad.

—Hola, Néstor. Me alegra verte por aquí. Me gusta tu corbata.

El inspector la miró como si la viera por primera vez.

—Menos cachondeo, que ya sé que es más fea que un yogur de morcilla, pero cumple su función.

Gyula sonrió.

—Encaja bien con tu personalidad.

—A que le regalo un tambor a Joaquín en su próximo cumpleaños.

—No me jodas. Ni siquiera tú puedes ser tan malvado.

—Porque no quiero que Dika pague los platos rotos, que si no…

—Hoy te veo muy belicoso.

—Pues tú pareces bastante contento.

Gyula pasó el trapo sobre la barra.

—Que te puedo decir. La recuperación del negocio no está resultando fácil, pero vamos mejorando y superando lo peor.

—Me alegra mucho, colega.

—¿Quieres que te sirva la cena?

Néstor negó con la cabeza.

—Hoy he tenido un día de aúpa. Mejor me llevo un túper.

Gyula puso una taza de café en la barra y se internó en la cocina. Regresó al cabo de pocos minutos con un túper en la mano.

—Bacalao a la riojana con patatas. Esta vez, Nemesio se ha lucido. Gracias a que te apartó tu ración, que si no… ya no queda ni el olor.

El inspector bebió el último sorbo de su taza y cogió el túper.

—Dale las gracias a Neme por guardarme la cena. También saluda a Dika de mi parte y dale un abrazo a mi ahijado. Nos vemos mañana.

—Vale, hasta mañana.

El inspector subió las escaleras con paso cansado, abrió la puerta de la buhardilla, y se sorprendió porque Paca no acudió a recibirlo. Antes de que tuviera tiempo de preguntarse el motivo, escuchó una voz enojada a su espalda.

—Supongo que usted debe ser el inspector de policía que vive

en la buhardilla.

Salazar parpadeó y se volvió hacia la voz. Frente a él vio a doña Rita, la nueva vecina de abajo. Parecía bastante enfadada. Usaba guantes de goma y llevaba a Paca en una mano, sosteniéndola por detrás de las patas delanteras, de manera que las cuatro patas de la gata colgaban en el aire. Una postura bastante humillante para una gata principesca como ella. La expresión de Paca era de absoluto desconcierto. La misma que se le quedó a su humano.

—Buenas tardes, doña Rita. ¿Cómo es que trae usted a Paca? Se supone que ella no puede salir de la buhardilla.

—Pues parece que supone usted muy mal. ¿Es suyo este… gato?

—Eh… Sí, aunque en realidad es una gata.

—Lo que sea. Doña Gertrudis, la del primero, me dijo que usted era el único vecino en todo el edificio que tenía gato. Así que no me equivoqué al suponer que este pulgoso ladrón le pertenecía.

Néstor enarcó las cejas.

—¿Ladrón?

—O ladrona. Da igual. El caso es que esta calamidad entró en mi casa por el balcón y robó el salmón que iba a preparar para la cena.

Salazar clavó la mirada en Paca con el ceño fruncido. Desde su humillante postura, ella soltó un «miaaauuu» que clamaba al cielo.

—Lo lamento mucho, doña Rita. No tengo idea de cómo pudo escapar de la buhardilla, pero le prometo que no volverá a ocurrir.

—No me parece suficiente. Me quejaré con el casero. No hay justificación para que una gata ladrona me haya dejado sin cena… y… Achú… Además, con un ataque de alergia.

La vecina extendió la mano que sostenía a Paca, y permitió que Néstor la cogiera en brazos.

—En verdad, lo lamento mucho. No comprendo cómo pudo escapar. Permítame compensarla —El inspector sujetó a Paca con firmeza contra su cuerpo con un brazo, mientras rebuscaba en su bolsillo, hasta que sacó un billete de veinte euros—. Por favor, acepte esta indemnización. ¿Será suficiente para pagar el salmón que se comió Paca?

Doña Rita arrancó el billete de la mano de Salazar.

—Vale, por esta vez pasa, pero será mejor que no vuelva a ocurrir, si no quiere que recoja firmas entre los vecinos para que echen a esa descarada. Que no hay derecho a que me dejara sin cena y con una crisis de alergia. Que esta noche seguro no duermo.

Mientras doña Rita bajaba refunfuñando por la escalera, Salazar entró en la buhardilla y clavó la mirada en Paca, que soltó un «marramiau» de absoluta inocencia.

—¿Te parece bien la que has liado, Paca? Solo me faltaba tener problemas con los vecinos porque tú andas por ahí, zampándote cenas ajenas. ¿Es que no te basta con las mías?

—Maaauuu.

—Vale. Sé que te aburres y que siempre tienes hambre, pero eso no es excusa para que me pongas en este brete. ¡Qué soy policía, joder! A ver cómo justifico yo que mi gata sea la ladrona *gourmet* del vecindario. Que menudo paladar tienes. ¿Acaso no encontraste un vecino que cenara sardinas? No, la señorita se tenía que comer sendo filete de salmón. Pero ¿qué estoy diciendo? Está muy mal que te comas la cena de los vecinos. Punto.

—Mieeuu.

—No, tampoco valen la comida ni los desayunos. Tú aquí, tranquilita, que ya te devoras tu ración y parte de la mía. Que desde que eres mi huésped he perdido cinco kilos. Nada mejor para cuidar el peso que vivir con un gato tragaldabas.

—Mrreeeww.

—Sí, por supuesto que me refiero a ti. No te hagas la ofendida, que no cuela. Ahora dime, ¿por dónde te escapaste?

Silencio absoluto.

Ante la falta de colaboración de Paca, Néstor soltó un suspiro de autocompasión y comenzó a revisar la buhardilla. Encontró que la pequeña ventana del cuarto de baño, que daba al tejado estaba abierta en una estrecha rendija, lo bastante amplia para dejar pasar a una gata ladina y escurridiza. ¿Había olvidado cerrarla? No era posible. Recordó haberla abierto el sábado anterior para ventilar la buhardilla, mientras limpiaba y ordenaba un poco. Refunfuñando contra sí mismo por su descuido, Néstor cerró la ventana y le pasó el pestillo. Luego se lavó las manos y regresó a la cocina, donde comenzó a calentar su cena. De inmediato, Paca apareció a su lado. Ignorar el bacalao no estaba en su ADN.

—Eres una caradura. ¿No te basta con el salmón de doña Rita, que también quieres bacalao?

—Meeuuu.

—Como se entere el veterinario, no te cuento el pollo que me monta.

—Mrrreeeww.

—No deberías expresarte así del doctor Becerra. Solo quiere lo mejor para ti.

—Mau.

—Uno de estos días te voy a presentar a Casi. Estoy seguro de que se van a llevar de maravilla.

Néstor comenzó a comer, y aun bajo protesta, compartió su cena con Paca. Una vez que el inspector lavó los platos, por supuesto,

sin la ayuda de Paca, se tendió en el sofá para descansar. La gata se acomodó a su lado, dispuesta a recibir su ración de caricias en el lomo. ¡Faltaría más!

—Me alegra que estés dispuesta a escucharme. Hoy tuve un día más difícil que un trabalenguas en alemán. Estoy investigando un nuevo caso de homicidio.

—Mauu.

—Sí, ya sé lo que opinas sobre los humanos y nuestra manía de matarnos unos a otros. Qué te puedo decir. Así somos. La víctima no era un tío simpático, así que de momento, ya tenemos varios sospechosos. Con un poco de suerte, no será muy complicado resolverlo.

Paca se acomodó para que le acariciara otra parte del lomo.

—¿Aquí? Vale... ¿Sabes? Telmo lleva varios días de permiso y hoy me llevé a Ander como compañero.

—¿Mrauuu?

—Por supuesto que no lo dejé conducir. ¿Por quién me tomas? No, solo quise darle un poco de confianza al chico… El caso es que me hizo recordar a Sofía en sus primeros días, cuando todavía le maravillaba todo lo que veía.

Ronroneo de placer.

—Voy a confesarte algo, Paca. Creo que lo he superado.

—¿Mieu?

—¿Cómo que qué? El duelo, la pérdida, la ilusión por un imposible. La distancia y el tiempo han cerrado las heridas, y ya el dolor se desvaneció.

—Mrrrrr.

—Pues deberías creerme. Sofía es el pasado. Le deseo que sea muy feliz, pero ya no forma parte de mi vida.

Después de pensarlo por unos minutos y comprobar que era honesto en sus sentimientos, Salazar decidió dar por terminado el día, así que se levantó del sofá y se fue a la cama. Paca lo siguió, con el paso orgulloso de quien ha cumplido con sus deberes felinos.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Paca despertó a Salazar lamiéndole la oreja, como ya era costumbre. Después de consultar el reloj y refunfuñar. ¡Las seis de la mañana!, Néstor se levantó de la cama y le sirvió su ración de leche especial para gatos. Eso sí, la cantidad justa permitida por el veterinario. Después de muchas batallas y platos volcados, por fin había encontrado una marca que le gustaba a su felina. Es que su gata era toda una gourmet.

Una vez duchado, vestido, y cumplido su cometido de buen anfitrión, Salazar dejó a Paca tragando leche y salió de la buhardilla, rumbo a la comisaría. Al llegar al portal, encontró a Gyula abriendo la puerta del bar.

—Buenos días. Hoy te levantaste temprano. ¿Paca, otra vez?

—Es más puntual que un reloj digital.

—¿Por qué no entras a tomarte un café? Ayer apenas tuvimos tiempo de conversar.

Néstor entró detrás de Gyula, que comenzó a trastear en la máquina de café. Un par de minutos después, cada uno de ellos tenía una taza humeante sobre la barra.

—Me alegra ver que el negocio se recupera y los peores días van quedando atrás.

Gyula bebió de su taza y asintió.

—Todo esto ha sido muy duro. Llegué a considerar el cierre. Si resistí, fue porque Dika nunca se rindió, y Joaquín resultó ser una motivación muy poderosa. Todavía nos quedan pendientes algunas deudas con los proveedores, pero poco a poco vamos saldándolas.

—Ya superasteis lo peor. Estoy seguro de que os recuperaréis más pronto que tarde.

—Por cierto, hace tiempo que no nos das un concierto. Tu guitarra te debe estar echando de menos.

El inspector se encogió de hombros.

—Cualquier día de estos. ¿Cómo están Dika y Joaquín?

—Dika está como una rosa. Y a Quino ni me lo menciones.

Salazar tragó un sorbo de café y sonrió, adivinando una trastada detrás del cabreo de su amigo.

—¿Qué fue lo que hizo esta vez?

—Pues, desde que cumplió los tres años comenzó a declarar su

independencia.

—Tiene mérito. Algunos no lo hacen hasta llegar a los cuarenta.

—Ya veremos cuando crezca, pero de momento, cree que puede hacerlo todo solo. El fin de semana pasado, lo llevamos a Málaga para que pasara unos días con su abuela. Ella vive en una casa rural, cerca de Yunquera. La madre de Dika lo llevó al gallinero para que viera los polluelos. El chiquillo se emocionó tanto, que al día siguiente quiso acompañarla cuando fue a alimentar a las gallinas y recoger los huevos. En un descuido de su abuela, Joaquín cogió la cesta ya llena por completo «porque quería ayudarla». La cesta era más grande que él y pesaba bastante, así que se fue de boca y se cayó adentro. Por supuesto que todos los huevos terminaron rotos, y él quedó rebozado —Salazar soltó una carcajada—. La madre de Dika nos ha dicho que no lo va a dejar acompañarla de nuevo al gallinero, hasta que tenga un poco más de juicio. Es decir, cuando lo admitan en la universidad.

—Es que no lo comprendéis —lo defendió Néstor entre risas, al mismo tiempo que le daba el último sorbo al café.

—Ya sabía yo que te ibas a poner de su lado.

—Por supuesto. Él solo quería ayudar.

—Pues con ayudas así…

El inspector dejó la taza sobre la barra.

—Hablando de otra cosa, Gyula. ¿Has visto la noticia del empresario asesinado?

El tabernero asintió.

—¿Tú lo investigas?

—Sí, ya sabes que me tocan todos los marrones.

—¿Ya descubristeis quién lo hizo?

—Todavía no, pero una de las hipótesis que barajamos es que se trató de un robo.

Gyula recogió las tazas vacías, al mismo tiempo que asentía.

—Comprendo. Preguntaré por ahí.

Salazar dio una palmada sobre la barra para despedirse.

—Me voy al curro. Nos vemos, colega.

Cuando llegó a la comisaría, el inspector encontró a García en la recepción. En ese mismo momento decidió que ya no soportaba la incertidumbre.

—Dime algo, García. ¿Cómo es que siempre te encuentro aquí? No es posible que te toquen las guardias con tanta frecuencia. Tu familia te debe echar mucho de menos. ¿Hay algo que yo deba saber?

García sacudió la cabeza y soltó el aire de los pulmones.

—Ya me esperaba esta pregunta tarde o temprano. Si le soy honesto, prefiero respondérsela a usted que al comisario, que hay que ver cómo impone. Verá, inspector: hace dos años, mi mujer me pidió el divorcio después de más de cuarenta años de matrimonio. Dijo que

estaba cansada y que quería vivir su propia vida. Éramos demasiado jóvenes cuando nos casamos, ¿sabe? Tenemos una hija, pero ya es adulta y tiene su propia familia en Barcelona. Así que, de repente, me vi más solo que un piojo en una calva. Vamos, que la casa se me viene encima. Por eso cada vez que puedo, les hago las guardias a mis compañeros. En la comisaría siempre me siento acompañado y a gusto.

Salazar dio una palmada en el mostrador.

—Te comprendo, García. Está bien, si es lo que te ayuda, pero evita excederte.

—Descuide, jefe.

—Cuando llegue Echevarría, por favor dile que suba a la oficina común.

—Sí, señor.

El inspector se despidió y subió a su despacho sin demasiada prisa. Lo esperaba una montaña de documentos para firmar. Refunfuñando contra su hermano y en un ejercicio de autocompasión, Néstor comenzó a estampar su rúbrica hasta que llegó la hora de comenzar la jornada. Entonces, dejó plantados los papeles y subió al segundo piso. Diji y Ángela eran los únicos que habían llegado, y sostenían una animada conversación.

Minutos después, para sorpresa de los subinspectores, Ander apareció en el umbral sin disimular su timidez. Buscó con la mirada, hasta que la centró en Salazar.

—Buenos días, Ander. Quédate por aquí.

—Sí, señor.

Detrás del agente apareció Toro.

—Hola, Remigio. ¿Cómo está la salud?

—Muy bien. Me siento como un chaval.

Después de saludar a los presentes, Toro se sentó detrás de su escritorio y encendió su ordenador. En ese momento, los demás llegaron juntos. No faltaron las cejas enarcadas cuando vieron a Ander, pero nadie preguntó. Ya estaban acostumbrados a las extravagancias de Salazar.

Cada uno ocupó su escritorio. Enseguida apareció el comisario, quien no se cortó para preguntar qué hacía allí el agente.

—Echevarría me apoyó ayer en las indagaciones del nuevo caso, así que puede aportar información interesante.

Telmo frunció el ceño, pero no protestó.

Santiago desvió la mirada y refunfuñó algo por lo bajines. Entonces, habló en voz alta.

—De acuerdo, siendo así, y ahora que estamos todos, vamos a comenzar la reunión.

Capítulo 11

Salazar pretendió no darse cuenta de la incomodidad de Ortiz por la presencia de Echevarría. Se dio por satisfecho de que no le echara la bronca allí mismo, así que se hizo el panoli. Algo que se le daba muy bien. El comisario centró su atención en Remigio.

—¿Qué averiguaste con respecto al repunte de droga de las últimas semanas?

—Me temo que no mucho, comisario. Mis informantes están tan sorprendidos como nosotros. Vamos, que no tienen idea de quién es el distribuidor.

Miguel frunció el ceño.

—¿No se sabe en las calles? ¿Cómo es eso posible?

Remigio se apoyó en el respaldo de su silla y negó con la cabeza.

—Por lo visto, se trata de un camello muy discreto. Lo único que me aseguraron mis contactos es que actúa por libre.

—¿Por libre? —repitió Telmo, sacudiendo la cabeza—. Nadie va por libre en ese negocio, a menos que quiera ver crecer la hierba desde abajo.

Remigio apoyó la espalda en el respaldo y se acomodó en la silla.

—Pues parece que tenemos un nuevo vendedor muy audaz en la ciudad. Confío en mis informantes. En especial, en uno de ellos, a quien conozco desde hace muchos años y nunca me ha fallado. Me aseguró que este camello apareció de la nada y le está haciendo la competencia a Yuri Ivanenko y sus colegas.

Salazar envaró la espalda.

—Espera. ¿Estás seguro de que el tío no tiene ninguna conexión con Ivanenko?

—Puedo decirlo más alto, pero no más claro.

—Es hombre muerto —comentó Miguel.

Santiago cruzó los brazos.

—Lo cual nos obliga a identificarlo lo antes posible. Tenemos que encontrarlo, antes que el mafioso.

—¿Cómo contacta a sus clientes? —preguntó Néstor.

Remigio soltó un gruñido.

—Mis informantes no lo saben. Lo único que pudieron decirme

es que Ivanenko está furioso, porque el sujeto desafió su poder cuando invadió lo que él considera su territorio.

—¿Estás seguro de que se trata de un sujeto y no de una organización? —preguntó Salazar.

—De momento, no estoy seguro de nada. Bueno, sí. De que el problema no se limita a Haro. Cuéntales, Diji.

—Sí, señor. Me comuniqué con la Jefatura Superior y con comisarías de otras ciudades. También con la Guardia Civil. El repunte de las últimas semanas lo han notado en casi toda La Rioja.

El comisario rechinó los dientes, antes de hablar.

—Eso hace pensar en algo más grande que un solo individuo. Continúa indagando, Toro. Y avísanos si necesitas respaldo.

—Sí, señor.

Ortiz centró su atención en Miguel.

—¿Habéis encontrado alguna pista sobre el ladrón de la estación?

—Todavía no, señor. Es astuto y escurridizo. Actúa cuando se aglomeran los pasajeros por la salida o llegada de algún tren, pero hasta ahora no hemos encontrado ni un solo testigo.

Telmo parpadeó confundido.

—Lo lamento, pero ese caso debió surgir durante los días que estuve de permiso…

El comisario asintió.

—Es así. Pedrera, por favor, haz un resumen para poner al día al subinspector.

Miguel se inclinó hacia adelante.

—No hay mucho que decir. Se trata de una ola de hurtos a transeúntes despistados en la estación del ferrocarril y sus inmediaciones. Comenzó hace algunos días. El ladrón escoge viajeros que usan bolsos o mochilas de tela, los cuales corta con una navaja muy afilada, para quitarles las billeteras y monederos, que luego aparecen en los contenedores cercanos, pero aliviados del peso del efectivo. Es bastante hábil. Solo cuando las víctimas llegan a su destino o necesitan pagar algo, es que se dan cuenta de que les han robado. Hasta ahora ha habido cinco denuncias en una semana. Tres mujeres y dos hombres.

—¿Y no hay ni un solo testigo? —preguntó Remigio.

—Ni uno solo.

—Eso es extraño.

Salazar frunció el ceño.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad? Deben haber captado al ladrón.

—Las que todavía funcionan son bastante antiguas y las imágenes tienen muy mala calidad. Aun así, hemos revisado varias

veces las grabaciones, y no vimos que ningún sospechoso se acercara a las víctimas.

—¿A qué te refieres con sospechoso?

La pregunta del inspector jefe hizo que Pedrera tensara la mandíbula.

—Ningún hombre ni mujer se les aproximó por la espalda, para poder cometer los robos.

Néstor insistió.

—¿Estáis buscando a una sola persona? Tal vez se trate de una banda. En ese caso, no sería siempre el mismo individuo quien se acerca a la víctima.

Miguel intercambió una mirada con Ángela, antes de responder.

—Las imágenes son tan borrosas que no es posible ver las facciones de nadie. Apenas se distinguen sombras, y ni siquiera estamos seguros de que todas correspondan a personas, así que las cámaras resultan de poca ayuda —Miguel se acercó al mapa de Haro y le clavó algunas chinchetas rojas—. Este sujeto es escurridizo, pero ha cometido un error: la zona en la que actúa es muy reducida, así que Ángela y yo hemos decidido ponerle una trampa.

Santiago lo pensó por un momento.

—De acuerdo, seguid adelante y atrapadlo cuanto antes. No queremos que se diga que Haro es una ciudad insegura. Avisadme si necesitáis algún recurso.

—Sí, señor.

El comisario centró su atención en su hermano.

—Muy bien, Salazar. Infórmanos sobre el homicidio del empresario.

Después de asentir, Néstor puso al día a sus colegas con respecto del asesinato de Rojas y lo que había averiguado hasta el momento. Entonces, señaló a Echevarría.

—Ander colaboró conmigo ayer, y se encargó de entrevistar a los empleados de Dronventsa —El inspector palmeó el brazo del joven agente—. Adelante.

El chico parpadeó y se quedó inmóvil por un par de segundos. Entonces, cogió aire y comenzó su exposición.

—La plantilla de Dronventsa la componen la secretaria, dos ingenieros telemáticos, dos informáticos, la jefa de planta, que es ingeniera industrial, y un encargado del almacén que también es el chófer.

Remigio silbó.

—La nómina debe ser un pastón.

Salazar cruzó los brazos.

—Es una fábrica de alta tecnología. ¿Qué más podemos esperar?

Toro dejó escapar una risa burlona.

—Vale, chaval. Tiene mérito que hayas podido enterarte de algo al entrevistar a esos cerebritos. ¿Qué averiguaste?

Con los músculos de la espalda más rígidos que el cabello de una estatua, Echevarría respondió.

—Todos reconocen que su relación con Rojas era distante, aunque siempre dentro del respeto. Ninguno admite haber tenido problemas con él. Y nadie faltó a su trabajo el día de ayer.

Esta vez, quien intervino fue el comisario.

—Entonces, todos tienen coartada.

—Sí, señor. Todos asistieron a sus puestos de trabajo y estaban presentes en la fábrica a la hora del homicidio. Excepto el chófer, que estaba cumpliendo su ruta.

—Habrá que comprobar esa ruta —sugirió Cheick.

Salazar asintió.

—Me gustaría que lo hicieras tú mismo, Diji. Si Remigio puede prescindir de ti por unas horas.

—Por mí está bien —intervino Toro—. No necesito que Diji me acompañe a las entrevistas que tengo que hacer.

Telmo se inclinó hacia adelante y frunció el ceño.

—Yo lo veo muy claro.

Salazar parpadeó y lo miró con las cejas enarcadas.

—Te escuchamos.

—El homicidio lo cometió el hijo. Es evidente que se trata de un parásito, y que a partir de ahora tendrá a su disposición los bienes del padre —Telmo usó los dedos para enumerar sus argumentos—. Ese sería su motivo. No tiene coartada, así que tuvo la oportunidad. Solo tenemos que averiguar qué tipo de arma usó y cómo la consiguió.

Salazar se quedó pensativo y entornó los ojos.

—Tiene su lógica, pero no basta con rellenar esos tres renglones. ¿Cómo crees que lo hizo?

Telmo envaró la espalda, y con el ceño fruncido echó una ojeada a Ander, que no había movido un músculo.

—Mi teoría es que Félix siguió a Rojas en una motocicleta, lo amenazó para que se detuviera, y después de que se bajó del coche, le disparó.

Salazar lo pensó por un momento.

—Es una buena teoría, pero todavía es pronto para seguir una sola vía de investigación.

Todos asintieron, excepto Echevarría, que negó con la cabeza, muy despacio. Salazar lo notó y lo invitó a hablar, así que todas las miradas se centraron en el joven agente. Él dio un paso atrás, como si hubiera recibido una sacudida. Salazar lo miró con amabilidad.

—Vamos, Ander. Te invité a esta reunión para que participes,

así que puedes dar tu opinión.

—Yo… Eh… Con todo respeto… No estoy de acuerdo con el subinspector.

—¿Por qué?

—Porque ayer temprano cayó un chaparrón. Las calles amanecieron húmedas y llenas de charcos. Cualquier motorista sabría que circular por el asfalto en esas condiciones ya es bastante peligroso. Si además consideramos que iba solo, como señaló el jefe de la Policía Científica, conducir una motocicleta, al mismo tiempo que amenazaba al conductor de un coche para que se detuviera, habría sido suicida.

Telmo tensó los músculos de la mandíbula y respondió con el ceño fruncido.

—De acuerdo. Reconozco que tal vez mi hipótesis no es exacta con respecto de lo que ocurrió, pero eso no descarta a Félix Rojas. Quizá el hijo acompañó a su padre dentro del coche, y la motocicleta pertenecía a un cómplice que los seguía.

El inspector jefe miró a su compañero.

—Es un buen enfoque, Telmo. Ocúpate tú mismo de investigar a Félix Rojas. Averigua si es dueño de una motocicleta o si tiene acceso a una.

—No olvidéis a los inquilinos —opinó Remigio—. Me parecen muy interesantes. Estaban a punto de quedarse en la calle, y la muerte de Rojas podría darles un respiro, en especial si los nuevos dueños están dispuestos a darles una prórroga. Es algo que no debemos descartar, teniendo en cuenta que Félix y Carlos Rojas son primos, y amigos desde la infancia.

Salazar asintió.

—Tienes razón, Remigio. Ambos tenían buenos motivos para querer librarse de la víctima.

Diji levantó el bolígrafo, para llamar la atención del inspector jefe.

—¿Quiere que los investigue también, señor?

—Me parece bien, Diji. Gracias.

—Yo tampoco descartaría al socio —intervino Miguel.

—Tiene coartada.

—Sí, lo tengo claro, pero ¿estamos seguros de que la secretaria no miente?

Antes de que Salazar pudiera responder a Pedrera, Remigio volvió a opinar.

—¿Ya consideraste la posibilidad de que fuera un robo con asalto?

Salazar cogió aire, antes de responder.

—Todavía no lo descarto. Los objetos de valor de la víctima

desaparecieron, y el botín no era despreciable. Tan solo el reloj que usaba Rojas tenía un valor de treinta mil euros. Además de que la víctima tenía la costumbre de fanfarronear. Es posible que su muerte fuera consecuencia de un asalto para robarle.

Toro se acomodó la camisa dentro del pantalón.

—En ese caso, indagaré un poco entre mis informantes.

—Te lo agradezco, Remigio.

—¿Alguien más tiene una sugerencia? —preguntó Santiago.

En vista de que nadie respondió, el comisario dio por terminada la reunión.

Capítulo 12

Cuando Ortiz abandonó la oficina común, Miguel y Ángela se levantaron de sus escritorios. La subinspectora encaró a su compañero.

—De acuerdo, Pedrera. Ya tenemos la autorización del comisario para preparar la trampa. ¿Qué hacemos ahora?

Miguel lo pensó por un instante.

—Lo primero será entrevistar a cada una de las víctimas en persona. Quizá alguna de ellas aporte datos que no aparecen en los informes, y que nos ayuden a cerrar el cerco.

Después de una corta despedida, ambos detectives salieron de la sala. Echevarría permanecía de pie junto al inspector jefe, sin saber qué hacer. Parecía incapaz de moverse. Salazar lo miró y sonrió.

—Te agradezco mucho tu colaboración, Ander. Hiciste un buen trabajo. Ya puedes volver a tus obligaciones.

—Sí, señor.

El joven agente se apresuró a salir de la sala sin mirar atrás. Salazar escuchó una carcajada que le hizo volverse hacia Remigio. Enarcó las cejas a modo de pregunta.

Toro respondió sin dejar de reírse.

—El pobre chaval estaba más asustado que una gamba en Nochebuena. ¿Cómo se te ocurrió meterlo en esta jaula de fieras, Salazar?

—Tiene madera. Solo quería adiestrarlo un poco.

—Pues creo que lo conseguiste.

El móvil de Salazar interrumpió la conversación. Después del aviso de un mensaje, se escuchó el insistente tono de una llamada. El inspector comprobó de quién se trataba y respondió de inmediato.

—Me alegra recibir noticias tuyas, Javier. Supongo que significa que tienes información para mí.

—Ya hice la autopsia, pero no te ilusiones, no encontré el rostro del asesino grabado en la retina de la víctima.

—Muy gracioso. ¿Qué puedes decirme?

—Me temo que no hay mucho. Acabo de enviarte el informe completo, pero te haré un resumen: Rojas murió por cuatro disparos del calibre 22. Dos de las balas atravesaron el corazón, una el estómago y la cuarta el pulmón izquierdo. Te confirmo que no movieron el cuerpo. Rojas murió donde lo encontraron. Por la postura

del cadáver, puedo decirte que debió tener las manos alzadas.

—Me hago una idea. ¿Encontraste heridas defensivas?

—Ninguna, pero…

—Te escucho.

—¿Recuerdas que te hice notar la posición de los pies?

—Lo recuerdo. El cuerpo tenía los pies cruzados y apuntando hacia un lado. Hacia la carretera. Lo cual significa…

—Creo que razonamos de la misma forma. Significa que la víctima estaba de espaldas al asesino y con las manos alzadas. Antes de recibir los disparos, se giró ciento ochenta grados y miró a la cara a su verdugo. Verás si eso te sirve.

—Lo encuentro muy interesante, Javier. Gracias.

Salazar terminó la llamada, compartió la información con los colegas que quedaban en la sala, y anunció que debía marcharse.

—¿Lo acompaño, señor? —preguntó Álvarez.

—No, gracias, Telmo. Prefiero que avances en las indagaciones sobre Félix Rojas.

El subinspector torció la boca en un rictus de incomodidad.

—Sí, jefe.

Después de recoger las llaves del Clío en la recepción, Néstor hizo una parada táctica y condujo hasta la Jefatura Superior.

—Ya estás aquí molestando otra vez —dijo Casi a voz en cuello, en cuanto lo vio—. Deja trabajar, joder. Bonita corbata.

—Hola, Casi. Yo también me alegro de verte.

—¿Dónde está mi desayuno? Trae acá —el jefe Barros le arrebató la bolsa de las manos, la abrió y saco un paquete de galletas cero azúcares.

Néstor también le entregó un vaso de polipropileno con café.

—Vaya desayuno de… Mejor me callo.

—Hay que cuidar la salud, Casi. Eres mi amigo y tengo que ayudarte a respetar tu dieta.

Ya Barros iba por la segunda galleta.

—¿Amigo? Amistad la que hay entre un perro y su hueso, y ya ves cómo termina. Estoy seguro de que te has puesto de acuerdo con mi mujer para hacerme pasar hambre. Pero, en fin. Te estaba esperando. Ya sabía que ibas a venir a dar la tabarra.

—¿Tienes información para mí?

—¿Ves? Eres un interesado. Por supuesto que tengo información para ti. ¿Por quiénes nos tomas? Nosotros hacemos bien nuestro trabajo. No como otros, que vienen como gorrones a buscar respuestas, y luego se cuelgan medallitas.

El inspector suspiró.

—Reconozco que no podría resolver ningún caso sin vuestra valiosa colaboración.

—Ahí, ahí, le diste en el clavo, pero deja de hacerme la pelota. Ahora sígueme, que quiero mostrarte algo.

Salazar acompañó al jefe Barros hasta el departamento de balística.

—Jordi. Explícale al inspector lo que me informaste sobre las balas que trajeron esta mañana. El caso Rojas.

El perito dejó lo que estaba haciendo y centró su atención en los recién llegados.

—Sí, señor. Verá inspector, lo que tenemos hasta ahora son cuatro balas que el forense recuperó del cuerpo. Todas son del calibre 22, y salieron de la misma arma.

—De acuerdo con la planimetría, el asesino estaba a dos metros de la víctima cuando accionó el gatillo —aportó Casimiro.

Barros y Salazar se despidieron del perito y regresaron al despacho del jefe. Néstor permaneció pensativo durante el recorrido. Una vez sentados en la oficina, el inspector expuso lo que pasaba por su cabeza.

—Es interesante. Una veintidós no es el tipo de arma que habría esperado encontrar en manos de un asesino.

Barros gruñó.

—Tengo que darte la razón. Es un calibre más apropiado para la defensa… Quizá fue Rojas quien trató de agredir al asesino, y no sospechaba que este podía defenderse.

Néstor lo meditó por algunos segundos, y negó con la cabeza.

—No, eso no encajaría con las conclusiones del forense acerca de la postura del cuerpo.

Barros frunció el ceño.

—Pues mira, eso ya no nos concierne. Nuestro trabajo es darte los resultados de los peritajes, no entregarte el nombre del asesino. Así que no seas vago y cúrratelo. Ya tienes la información. Tú verás lo qué haces con ella.

—¿Podría llevarme copias de las fotografías del cuerpo y la escena del crimen?

—Hay que ver que eres morboso.

Barros levantó el auricular del teléfono de su escritorio para llamar al fotógrafo y transmitirle la solicitud de Salazar. Un par de minutos después, el inspector recibió un juego completo de fotografías.

—Ahí tienes. Si es que nos exprimes… Por cierto, recogimos muestras de tierra del descampado, así que si nos traes los zapatos del asesino, podremos hacer una comparativa.

—Gracias, Casi. Sé que siempre puedo contar contigo.

—No te hagas falsas ideas. Mejor no cuentes conmigo para nada. Que eres muy pesado.

Salazar sonrió.

—Por cierto, ¿qué puedes decirme acerca de la motocicleta?

—Me temo que no mucho. Solo te puedo confirmar la impresión que tuve en la escena del crimen. Las llantas ejercieron poca presión sobre el terreno, así que no había pasajero y el motorista debió tener poco peso. Si encuentras la motocicleta, podremos comparar el dibujo de los neumáticos con las huellas que dejó sobre el terreno.

—Vale. ¿Habéis encontrado algo más?

—Nada, pero todavía no hemos terminado el peritaje del coche. ¿O te crees que algo así se hace en pocos minutos? Ten un poco de consideración, joder.

—Por supuesto. Tú a tu ritmo, Casi. Ya me avisarás cuando encuentres algo más.

—Qué remedio.

Salazar se levantó de la silla con una sonrisa, y después de darle las gracias a Casimiro, salió del departamento de Científica y de la Jefatura Superior.

Capítulo 13

En cuanto llegó al Clío, Néstor consultó sus notas y tomó la decisión acerca de cuál sería su siguiente paso. Encendió el motor y se incorporó a la vía para regresar a Haro. A mitad de camino, el inspector recibió una llamada de Telmo, que respondió a través del sistema manos libres del coche.

—Ya hice las indagaciones sobre Félix Rojas, jefe.

—Te escucho. ¿Qué encontraste?

—El joven Rojas tiene antecedentes por alteración del orden público y posesión de drogas.

—¿Qué fue lo que hizo para conseguir un lugar en nuestro archivo?

—Tuvo una pelea en una sala de fiestas, según él, por una chica. Estaba ebrio y le encontraron droga, pero era una cantidad muy pequeña, así que su padre pagó la fianza y su abogado consiguió que saliera bien librado. Con respecto a la motocicleta… no encontré nada. El único vehículo registrado a su nombre es un Audi blanco.

Salazar lo pensó por un momento.

—Que no tenga una motocicleta registrada no significa que no pueda acceder a una. Creo que no debemos descartar todavía a Félix.

—Iba a sugerirle lo mismo, jefe.

—Por otro lado, tampoco podemos olvidar a su primo… Averigua si Carlos Rojas es dueño de una motocicleta y si tiene antecedentes. Luego encuéntrate conmigo en el instituto María Lejárraga. Quiero hablar con el chico, y con sus maestros.

—De acuerdo, jefe.

Salazar llegó a su destino, en la avenida Bretón de los Herreros y aparcó frente al instituto. Se bajó del coche y observó el edificio de piedra, no demasiado grande y rodeado por una cerca metálica, que le habría dado un aspecto de corral, de no haber sido por los arbustos que se repartían a lo largo del perímetro. El subinspector Álvarez llegó a los pocos minutos en un coche patrulla, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

—Inspector, ¿lleva mucho tiempo esperándome?

Néstor sacudió la cabeza.

—Acabo de llegar. ¿Qué averiguaste sobre Carlos?

—Es «un pieza». Tiene antecedentes por haber participado en

un robo con violencia. Al tratarse de un menor de edad, solo lo sentenciaron a doce meses de trabajos comunitarios, que ya cumplió… Usted no parece sorprendido.

El inspector torció la boca.

—Ya me esperaba algo así. Si ambos primos se llevan bien y Félix tiene antecedentes, era poco probable que Carlos resultara un chico modelo.

—Supongo que tiene razón —reconoció Telmo en un murmullo y con la mirada fija en la punta de sus zapatos—. Con respecto a la motocicleta, Carlos es propietario de una HONDA.

—Tampoco me sorprende. ¿Todo está bien, Telmo?

—Sí, jefe.

—Entonces, vamos.

En cuanto cruzaron la cerca, encontraron a un hombre podando los arbustos. Se enderezó al notar la presencia de los policías. Su mirada se clavó en la corbata del inspector.

—¿Puedo ayudarles en algo?

Néstor ya tenía la identificación en la mano, se la mostró al empleado y le dijo que querían hablar con el director.

El bedel dejó las tijeras de podar en el suelo y parpadeó.

—Les mostraré el camino a la oficina de la directora. Síganme, por favor.

En cuanto entraron al edificio, Néstor agradeció el descenso de la temperatura que proporcionaban las viejas paredes de piedra. Los rodeó un inconfundible olor a tinta y papel que consiguió que el inspector rememorara su infancia. Subieron al segundo piso y recorrieron en silencio un largo pasillo, delimitado por aulas. A esa hora, los chicos estaban en clase, así que Salazar pudo escuchar el rechinar de sus propios zapatos sobre el suelo de granito pulido.

Llegaron a una oficina, que una placa de metal dorado identificaba como «Dirección». El bedel empujó la puerta sin llamar y les hizo gestos para que lo siguieran.

—Aída. Estos policías quieren hablar con la directora.

La secretaria enarcó las cejas y parpadeó.

—¿Policías? ¿Hay algún problema?

El inspector negó con la cabeza, al mismo tiempo que le entregaba su identificación a la sorprendida secretaria.

—Estamos investigando un caso y debemos entrevistar a uno de sus estudiantes.

—Aguarden un momento, por favor.

Aída le devolvió la identificación a Salazar, se levantó de su escritorio y desapareció detrás de una puerta. Néstor la siguió con la mirada, y se dio cuenta de que había una segunda placa dorada con un nombre. Salazar la leyó con los ojos entornados, y un escalofrío le

recorrió la espalda. El nombre grabado no dejaba espacio a error: «Doña Urraca Gómez. Directora». No era posible que se tratara de la misma doña Urraca, su maestra de quinto de EGB. Esas «coincidencias» no ocurrían en la vida real. Salvo que fueran a él, claro. ¿Qué probabilidad había de que hubiera dos «doña Urraca» en la plantilla educativa de Haro? Nula o casi nula, por supuesto.

Salazar llenó sus pulmones de aire y lo retuvo. Hizo un esfuerzo para convencerse a sí mismo de que era un profesional y tenía que afrontarlo. Antes de que tuviera tiempo de prepararse o cambiar de opinión, la secretaria se asomó y les dijo que podían pasar. La señora Gómez los recibiría de inmediato.

Néstor hizo de tripas corazón, y entró en el despacho con paso decidido. Telmo lo siguió a corta distancia. Detrás del escritorio los esperaba una mujer cercana a la jubilación, con el cabello rizado, y una nariz tan ganchuda, que atraía la mirada de inmediato. Sí, era doña Urraca. La directora abrió los ojos como un búho miope cuando vio entrar a los policías.

—¡Tú! ¿Cómo me has encontrado?

Salazar parpadeó ante el recibimiento.

—Yo… Eh… Soy policía, doña Urraca. Mi compañero y yo estamos aquí por una investigación.

La directora entornó los ojos.

—No te creo. Estoy segura de que esta es una de tus bromas. ¿Qué se te ha ocurrido esta vez?

El inspector sacó su identificación del bolsillo, la puso sobre el escritorio y retrocedió dos pasos. Doña Urraca la miró con el ceño fruncido como si se tratara de material radioactivo, la cogió con dos dedos y la leyó con detenimiento. Su mirada pasó del carné a Salazar y volvió al carné un par de veces.

—¿Néstor Salazar? Ese no es tu nombre.

El inspector miró de reojo a su compañero y dejó escapar un suspiro de resignación.

—Lo es ahora, doña Urraca. Después de la tragedia en la que murió mi hermano, un juez me cambió el nombre para protegerme.

La expresión de la directora se suavizó, y la tristeza se reflejó en sus ojos.

—Lamento mucho lo que le pasó a tu familia, Lucas. Recuerdo con cariño a Gabriel. Era un chiquillo muy dulce, y a diferencia de ti, se comportaba muy bien. Lo que dices tiene lógica, pero conociéndote como te conozco, no sé si creerte.

Doña Urraca volvió a dejar la identificación en el lugar exacto de dónde la había cogido, con el mismo cuidado con el que se manipula un explosivo. Entonces, Telmo acudió en ayuda de su jefe.

—Yo soy el subinspector Álvarez, señora Gómez —el joven

policía le mostró su identificación a la directora—. Y puedo asegurarle que somos policías, y que está frente al inspector jefe de la comisaría de San Miguel. No se trata de una broma.

—Si lo desea, puede llamar a la comisaría y preguntar —sugirió Néstor.

La antigua maestra entrecerró los ojos para mirar a Salazar y a Telmo. Entonces, claudicó.

—Muy bien. Espero no arrepentirme por creerles —Doña Urraca centró su atención en su antiguo alumno—. ¿Qué pintas son esas, Lucas? Cuando eras niño te comportabas como un trasto, pero al menos, tu apariencia siempre era impecable. Tu madre jamás te habría dejado salir de casa con semejante aspecto.

Néstor cogió aire.

—Disculpe, señora Gómez, pero le recuerdo que ya no soy un niño, y que nuestra visita tiene un motivo profesional.

—Es cierto. Lo lamento. Hay hábitos que nunca desaparecen. ¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

—Necesitamos hablar con uno de sus estudiantes. Su nombre es Carlos Rojas. También queremos saber si estuvo en clase ayer por la mañana.

—¿Se ha metido en problemas? ¿Por qué no me sorprende?

Doña Urraca llamó a su secretaria. y le dio la orden de buscar el expediente del chico y averiguar los datos que pedía la Policía. Mientras esperaban que Aída regresara con la información, Salazar cambió el peso de un lado a otro, tratando de evadir la mirada de su antigua maestra. Por fin, se decidió, se armó de valor y afrontó a la directora:

—Quisiera disculparme con usted por todos los malos ratos que le hice pasar, doña Urraca. Solo era un chiquillo insensato, queriendo divertirse. Le aseguro que nunca tuve mala intención.

La señora Gómez soltó un gruñido casi inaudible.

—Lo sé, Lucas. Soy maestra y lo comprendo, pero en toda mi larga carrera, jamás me he vuelto a encontrar con un alumno tan travieso, que a la vez fuera tan imaginativo.

Salazar compuso su mejor cara de inocente vilipendiado y ladeó la cabeza.

—Reconocerá que usted tenía prejuicios contra mí. Siempre me castigaba.

Doña Urraca frunció el ceño.

—Reconozco que cuando escribía en el pizarrón y la clase estallaba en carcajadas a mi espalda, algo que pasaba con bastante frecuencia, de inmediato preguntaba: «¿Ortiz y quién más…?» —Néstor sintió un vacío en el estómago ante el fruncimiento de ceño de Telmo. Doña Urraca continuó su explicación— Cuando eso ocurría, te

enviaba a la dirección, sin siquiera volverme. Y tengo la completa certeza de que nunca me equivoqué. ¿No es así?

Néstor suspiró. No tenía escapatoria.

—Es cierto. Siempre estuve involucrado, pero usted nunca presentó pruebas.

—¡Y esas bromas! ¿Te acuerdas cuando me regalaste el bote de patatas fritas, y me dijiste que no me guardabas rencor por las veces que te había castigado?

—Eh… Tengo un leve recuerdo.

—Pues te refresco la memoria: Yo lo abrí confiada, pero dentro no había patatas.

—Ah, ¿no?

—No. Había un globo lleno de agua a rebosar, cuyo extremo estaba sujeto por la tapa. Cuando lo abrí para coger una patata, el agua salió a presión y me empapó. Tuve que ir a mi casa para cambiarme, y no pillé una neumonía, porque ya casi llegaba el verano. En esa ocasión, incluso llamé a tu padre y le pronostiqué que terminarías siendo un delincuente antes de los doce años. Quién habría dicho que te ibas a convertir en policía. Miedo me da.

Telmo dibujó una media sonrisa, y Néstor enarcó las cejas, sin quitar la cara de pazguato.

—Solo fue una broma inocente y pequeñita. Pelillos a la mar.

El regreso de la secretaria salvó a Salazar del mal rato. Aída le entregó una carpeta a su jefa, y le dijo que Carlos Rojas había asistido a clases el día anterior, pero el profesor de matemáticas lo había echado de la clase por mal comportamiento. Doña Urraca miró de reojo a Salazar, quién cobró un repentino interés por una telaraña que había en un rincón junto al techo. Sin darse cuenta del ambiente cargado, Aída continuó su explicación:

—En lugar de venir a verla a usted, como le había ordenado su maestro, Rojas se marchó, y no regresó en el resto del día.

El inspector perdió el interés en la telaraña.

—¿A qué hora lo echaron de la clase?

—A las nueve y media.

Salazar y Telmo intercambiaron una mirada.

—¿Carlos está en el instituto en este momento?

—Sí, inspector. Está en la biblioteca, cumpliendo un castigo.

—Nos gustaría hablar con él.

—Los acompañaré a la biblioteca.

Salazar se despidió de doña Urraca, diciéndole que se había alegrado mucho de verla. En serio. Entonces, Aída condujo a los policías por los pasillos. La pequeña biblioteca se encontraba vacía, salvo por un chico que permanecía atento a la pantalla de un ordenador. La bibliotecaria parpadeó cuando vio aparecer a la

secretaria con los policías.

Aída le explicó la situación en voz baja a su compañera. Laura señaló al chaval y les habló en murmullos.

—Está ahí desde hace dos horas. Se supone que debería estar estudiando para cumplir un castigo, pero se ha pasado toda la mañana jugando.

Aída frunció el ceño.

—¿Por qué se lo permitiste?

—Porque le tengo miedo. El chaval tiene una actitud muy agresiva, y no seré yo quien lo desafíe.

Los detectives se acercaron al chico, y se plantaron uno a cada lado. En cuanto Salazar se identificó, Carlos hizo un movimiento inesperado, y al mismo tiempo que se levantó de la silla, la cogió por el respaldo y la usó para golpear las pantorrillas del inspector. Néstor soltó una maldición, al mismo tiempo que el chaval comenzó a correr. Telmo lo siguió, y lo alcanzó, gracias a que Laura le puso una zancadilla con disimulo, antes de que pudiera salir de la biblioteca. El subinspector se sentó sobre su espalda. Carlos se removió, y al no poder librarse del peso que lo inmovilizaba, comenzó a gritar.

—¡Soy menor de edad! Se os va a caer el pelo. Os denunciaré por abuso policial.

Salazar se acercó cojeando, al mismo tiempo que Telmo, le ponía los grilletes al chico.

—¿Se encuentra bien, jefe?

—Estoy bien. Solo me molesta mi amor propio, porque dejé que me sorprendiera.

Después de llamar a un coche patrulla para que recogiera al chaval y lo llevara a San Miguel, el inspector y Telmo les agradecieron su colaboración a Aída y a Laura, y salieron del instituto.

Capítulo 14

Telmo no dijo una palabra hasta que llegaron al Clío. Una vez en el coche, y ya camino de la comisaría, el subinspector miró de reojo a su jefe. Una mirada que causó un vacío en el estómago de Salazar. El muy taimado de su compañero había esperado a que estuviera acorralado en la cabina del coche, para tocar el tema. Aprendía rápido.

—Nunca hubiera sospechado que Néstor Salazar no era su verdadero nombre, señor.

—Ya ves, cosas de la vida.

—Y la directora Gómez fue su maestra.

Néstor asintió.

—En quinto de EGB.

—Pero ella lo conocía como Lucas…

—Sí, eso es.

—Lucas Ortiz.

—Ajá —respondió Salazar, después de mirar de reojo a su colega.

—¡Qué coincidencia! Igual que el comisario. ¿Son parientes?

Salazar se disponía a negarlo, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

—Mmmssnmm.

—¿Qué? Disculpe, jefe, pero no le entendí.

—¡Qué somos hermanos! —Los ojos de Telmo se abrieron como los de un personaje de caricatura—. Vale, ya lo dije. Joder, qué alivio.

—¿Usted y el comisario son… hermanos? Quiere decir… ¿hijos del mismo padre y de la misma madre?...

—La última vez que vi el diccionario, de eso se trataba ser hermanos. Bueno, en realidad, somos medio hermanos. Hijos del mismo padre, ¿por qué te sorprende tanto?

—Es que no se parecen en nada. ¿Y alguien más lo sabe?

—Lo saben los mandos y… En la comisaría, ahora solo tú. Y espero que siga siendo así. Confío en ti, Telmo.

—Claro, jefe. No se preocupe, que yo me quedaré más callado que un mimo meditando.

Salazar enarcó las cejas.

—¿Acabas de hacer un chiste, Telmo?

—Es que estoy flipando, y cuando algo me desconcierta, digo tonterías. ¿Cómo es que nadie está enterado de su parentesco?

Néstor giró el volante para dar una curva y suspiró.

—La vida nos separó, pasaron muchos años, y como a mí me habían cambiado el nombre, nosotros mismos no fuimos conscientes del parentesco, hasta pasado un tiempo. Para cuando lo supimos, ya Santiago era el comisario de San Miguel, y a mí me habían nombrado su inspector jefe.

—¿Los jefazos no pusieron pegas cuando se enteraron?

—Pues, no. Tal vez porque comprendieron que no habíamos terminado en la misma comisaría de forma intencionada, y porque Santiago nunca ha mostrado preferencia hacia mí.

Telmo lo pensó por un momento.

—Eso es cierto, pero ahora comprendo por qué usted es el único que no le tiene un miedo cerval al comisario.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Santiago es capaz de darse miedo a sí mismo. Por favor, no dejes que se te escape esta… pequeña coincidencia. Se lo diremos a los compañeros, pero queremos escoger el mejor momento.

—No se preocupe, jefe. Puede confiar en mí. Seré muy discreto.

—Gracias, Telmo.

El inspector llenó sus pulmones de aire. Aquella situación se les comenzaba a escapar de las manos. Tal vez Santiago tenía razón y había llegado la hora de sincerarse con sus colegas. Lo discutiría con su hermano en cuanto tuviera oportunidad. De momento, el caso tenía prioridad. Salazar cambió de tema y le explicó a Telmo lo que el forense y Científica le informaron acerca del arma homicida, lo cual hizo que el ceño de Telmo se frunciera todavía más.

—¿Una veintidós? No es lo que habría esperado. No se corresponde con el tipo de pistola que escogería un asesino. Se trata más bien de un arma defensiva.

—Es lo mismo que yo creo… —El estómago de Salazar rugió para recordarle que no había comido nada desde el día anterior—. La jornada promete ser larga, así que te sugiero que hagamos una parada corta para engañar al estómago, antes de volver al tajo.

Telmo miró a su jefe.

—Me parece bien.

Salazar aparcó el Clío, y ambos se bajaron para comer un par de pinchos en un bar. Media hora después, llegaron a la comisaría y le preguntaron a García si ya había llegado el detenido.

—Está en una de las celdas del tercer piso. Lo trajeron hace veinte minutos, y está reunido con su abogado. Pidió uno de oficio.

—De acuerdo. Démosle tiempo a que hable con su defensor. Gracias, García.

Salazar y Telmo subieron a la sala común, donde solo encontraron a Cheick. Álvarez se sentó detrás de su escritorio, y el inspector se apoyó en el borde de la mesa de Remigio.

—Diji, ¿qué encontraste sobre los inquilinos?

El subinspector se recostó en el respaldo y estiró las piernas en toda su longitud.

—El pleito por el desahucio ha sido largo y penoso. Raúl, el hermano menor de Rafael, era un jugador empedernido que perdió hasta el apellido. Su mujer es adicta.

—¿A qué?

—A todo. Se fuma hasta las telarañas. Ha sido arrestada varias veces por posesión.

—¿Por qué un tío como Rojas le dejó un piso a su hermano sin ninguna compensación? —preguntó Telmo.

Salazar se mordió los labios y se quedó pensativo por algunos segundos.

—Tal vez Rafael se compadeció de él o quizá se sintió importante cuando le cedió el piso a Raúl... Quizá tan solo, muy en el fondo era una buena persona. Continúa, Diji.

—El piso de la calle Castilla era la vivienda de Rafael cuando era el vicepresidente ejecutivo de Coparsa Haro, una de las filiales para España de la poderosa distribuidora europea de piezas de recambio de coches. En 2008, la empresa decidió cerrar esa filial, y eso significó pagar una enorme indemnización a sus principales ejecutivos, con quienes habían firmado un contrato con cláusulas penalizadoras para la parte que lo revocara. En este caso, Coparsa...

Salazar intervino.

—Déjame adivinar: Rafael Rojas y Marcos Sosa.

Cheick asintió.

—Entre otros… Rojas y Sosa se asociaron y fundaron Dronventsa con el dinero que les pagó Coparsa. La fábrica de drones fue un éxito, así que Rojas pudo mudarse del piso de la calle Castilla a un chalé en el barrio Estación…

—Y fue cuando le dejó el piso a su hermano y su familia —concluyó Salazar.

—Sí, señor.

—Así que ahora sabemos de dónde salió el dinero para Dronventsa.

—Rafael Rojas solo le exigió a su hermano una pequeña renta, que apenas cubría poco más que la comunidad —explicó Cheick—. Aunque Raúl no cumplía, Rafael hizo la vista gorda, hasta que su hermano murió como consecuencia de una paliza que le dieron sus acreedores. A partir de ese momento, Rojas comenzó a presionar a la viuda para que le pagara la renta.

—¿Cuándo murió Raúl?

—En el año dos mil dieciocho. El contrato se había firmado entre los dos hermanos. Por supuesto que la viuda tampoco cumplió con los pagos. A los seis meses del fallecimiento, Rafael comenzó el proceso de desahucio. Lo consiguió hace apenas algunas semanas.

Telmo giró su silla de un lado a otro y sostuvo el lápiz con las dos manos, antes de dar su opinión.

—Parece un motivo viable para el homicidio, y por lo visto, Carlos Rojas no es ningún chico modelo.

Salazar lo pensó por un momento.

—No, Telmo. Todavía es pronto para encauzar la investigación en una sola vía. Aunque reconozco que mi interés por Carlitos crece por momentos. Además, no olvido que tiene una motocicleta. Diji, ¿qué más puedes decirnos sobre Dronventsa?

Cheick llenó sus pulmones de aire.

—Hablé con el abogado de la víctima, y me reveló algo muy interesante…

—Te escuchamos.

—Ambos socios querían garantizar que la fábrica se mantendría en funciones bajo cualquier circunstancia, así que firmaron una cláusula… Si uno de ellos moría, su colega conseguiría el 15 % de las acciones del otro, lo cual garantizaba que el superviviente mantendría el control de la empresa, siempre y cuando permaneciera activa.

—Eso pone al socio a la cabeza de los sospechosos —opinó Telmo—, en especial porque le mintió a usted con respecto de sus conocimientos sobre el testamento de su socio.

El teléfono del escritorio de Álvarez interrumpió la reunión. El subinspector respondió, escuchó, dio las gracias y colgó.

—Era Lali. Nos avisa de que ya terminó la reunión entre el detenido y su abogado, y que esperan en la sala de interrogatorios.

Capítulo 15

Salazar y Telmo subieron al tercer piso. Cuando entraron a la sala de interrogatorios, encontraron a Carlos Rojas con el ceño fruncido y la mirada baja. Su abogado le daba las últimas instrucciones en murmullos. Al chico le habían dejado la muñeca derecha sujeta por los grilletes a una argolla de la mesa. Las pantorrillas del inspector daban fe de que era necesario.

Carlos miró de reojo a los dos policías en un gesto hostil, y volvió a centrar su atención en la superficie de la mesa. El abogado tomó la palabra.

—Mi cliente es víctima de un abuso policial y todo esto les va a salir caro, agentes. Carlos es menor de edad, y estaba en la biblioteca de su escuela cumpliendo una asignación de uno de sus maestros. Ustedes entraron como gorilas y lo arrestaron sin ningún motivo, sin una orden, y usando la fuerza bruta como si se tratara de un delincuente peligroso. ¡Un chaval de dieciséis años! Esto les va a costar la carrera como poco. Terminarán controlando el tráfico migratorio de los salmones de los Picos de Europa.

Salazar se aplanó la corbata y cogió aire.

—¿Ya terminó de amenazar, abogado? —El defensor permaneció en silencio y clavó una mirada desafiante en el policía—. Bien, en primer lugar, no somos agentes. Mi compañero es el subinspector Álvarez y yo soy el inspector jefe Salazar. En segundo lugar, no entramos como gorilas en la escuela. Solicitamos permiso a la directora para conversar con uno de sus estudiantes, a quien consideramos un testigo importante en un caso de homicidio. Para ser más concretos, el homicidio de su tío. Cuando intentamos hablar con él, sin ninguna justificación me agredió con una silla, motivo por el que mi compañero lo arrestó. No creo que sea necesario recordarle que golpear a un policía es delito, y que los delitos in fraganti no necesitan orden judicial. Por cierto, dos empleadas de la escuela fueron testigos de lo que ocurrió. Ahora, si usted quiere hacer el ridículo denunciándonos, usted mismo, pero no le arriendo la ganancia.

El abogado parpadeó y murmuró una maldición apenas audible.

—Mierda, ya me lo habían advertido.

—¿Decía usted?

—Nada. Mi cliente se acogerá a su derecho de guardar silencio.

Salazar se sentó frente al detenido, y puso la carpeta que le había entregado Diji sobre la mesa. Telmo permaneció en una esquina con los brazos cruzados y cara de agente funerario.

—Muy bien, Carlos. No perderé el tiempo contigo. ¿Dónde estuviste ayer, alrededor de las diez de la mañana?

—¿A usted qué le importa?

Salazar comenzó a mirar las hojas de la carpeta. Después de echarle una ojeada a cada una, asentía antes de pasar a la siguiente.

—Supongo que no tenías una buena relación con tu tío —Silencio y mirada hostil—. Quiero decir, si mi propio tío tratara de echarme de mi casa, yo tampoco lo consideraría mi pariente favorito.

—No se esfuerce, inspector. Mi cliente ejercerá su derecho a guardar silencio.

—Ya veo. De acuerdo, cómo dice tu abogado, ese es tu derecho. Nosotros como policías también tenemos nuestros derechos, ¿sabes?

Carlos y su abogado intercambiaron una mirada de desconcierto. Salazar se volvió hacia el subinspector, que no había movido un músculo.

—¿Verdad que sí, Telmo?

—Por supuesto, inspector.

Salazar se giró para volver a centrar su atención en la carpeta.

—Verás, Carlitos. Tenemos derecho a entrevistar testigos, reunir evidencias y llegar a conclusiones. ¿Y sabes qué resulta de todo eso? —Carlos parpadeó y su abogado tensó los músculos de la espalda —. Muy bien, te lo diré. De eso resulta que sabemos que tu tío, quien fue la víctima de un homicidio ayer por la mañana, quería echaros a ti y a tu madre de casa. Y que ya tenía la orden de desahucio. Vamos, que estaba a punto de poneros de patitas en la calle.

—Eso no prueba nada —argumentó el defensor.

—Por supuesto que no, pero a eso le debemos sumar que encontramos huellas de una motocicleta en la escena del crimen. Y, Carlos, tú sabes muy bien quién es el dueño de una HONDA CRF230F, ¿verdad?

—Existen muchas motocicletas en Haro —argumentó el abogado—. Que mi cliente sea el dueño de una, no lo relaciona con ese crimen. Está tirando una red a ver si pesca algo, inspector. La realidad es que no tienen nada contra el señor Carlos Rojas.

—El señor Carlos Rojas —repitió Telmo desde su esquina—. Interesante. ¿Ya no es Carlitos, el chaval de dieciséis años al que sacamos a la fuerza de la biblioteca de su escuela?

—Es un ciudadano con derechos —argumentó el defensor—. Y su corta edad no los menoscaba. Al contrario, su juventud debe ser tenida en cuenta para proteger su integridad con mayor celo.

Salazar enarcó las cejas.

—¡Wow! Buen discurso, señor abogado. Descuide, mantendremos intactos los derechos del señor Rojas, mientras sacamos conclusiones acerca de dónde estuvo ayer, a la hora en que su tío recibió cuatro balazos.

Carlos miró a Salazar, y se volvió hacia su abogado en una fracción de segundo.

—Oiga, ¿qué insinúa?

—No diga una sola palabra, señor Rojas. El inspector está tratando de provocarlo. Es bastante conocido en el mundo policial y judicial por sus artimañas en los interrogatorios.

Néstor se llevó una mano al pecho, se echó hacia atrás y puso cara de ofendido.

—Yo no uso artimañas, abogado. «Técnicas de interrogatorio» es el término correcto, pero en fin… Como usted no quiere decirme dónde estuvo a la hora del crimen, y teniendo en cuenta que tenía un motivo, y es propietario de una motocicleta…

—No le busque los tres pies al gato, inspector. Ayer a las diez, mi cliente estuvo en la escuela, como cada día.

Salazar intercambió una rápida mirada con Telmo, quien enarcó las cejas. Luego se volvió hacia Rojas y ladeó la cabeza.

—¿No le has dicho la verdad a tu abogado, Carlitos? Eso está muy mal, chaval. Mira que él está aquí para defenderte, pero si le mientes, tu situación irá de culo.

El defensor frunció el ceño.

—¿De qué está hablando? Está tratando de liarme, ¿verdad?

—Sería incapaz, abogado. Su cliente, aquí presente, ayer hizo novillos. Asistió a clases, sí, pero se marchó de la escuela a las nueve treinta. También tenemos testigos. Eso significa que tuvo tiempo suficiente para salir del instituto, coger la moto e interceptar a su tío, para descerrajarle cuatro balas, y resolver su problema inmobiliario. Ahora, te lo preguntaré por última vez, chaval. ¿Dónde estuviste ayer, a las diez de la mañana?

Carlos parpadeó, y clavó la mirada en su abogado, que en esta ocasión asintió.

—Está bien. Usted gana. Estuve fumando con unos colegas.

—Fumando. Supongo que no sería tabaco rubio.

Rojas lo miró como si fuera imbécil por derecho propio.

—Nos reunimos a fumar porros. ¿Contento?

—No mucho, pero lo que me interesa es que me lo demuestres.

—¿Qué quiere decir?

—¿Quiénes fueron esos colegas? Sus nombres.

—No me joda. No soy un delator.

—Creo que no has entendido nada, chaval. En este asunto, estás

de mierda hasta las orejas. Si no me das una buena coartada, comprobable, tendrás una enorme probabilidad de terminar en prisión, y salir el día que cambie la polaridad de la Tierra.

Carlos clavó la mirada en su abogado.

—No seas necio, chaval —intervino Telmo—. Si tienes una coartada, dila. No nos interesan tus amigos ni sus porros. Estamos detrás de un asesino.

El abogado hizo un ligero asentimiento, y Carlos cogió aire.

—Está bien, ustedes ganan. Mi tío era un cabrón, pero yo no le toqué un pelo. Ayer, a esa hora, estaba reunido con tres colegas. Dos chicas y un chico.

—Sus nombres.

—Juan Trujillo, Silvia Padrón, y Carla Guerra.

—¿Dónde fue el encuentro cultural?

Rojas lo miró con el ceño fruncido.

—En el piso de Carla. Sus padres están de viaje.

—De acuerdo —Salazar puso un papel en blanco y un bolígrafo frente a Carlos—. Escribe aquí sus nombres y direcciones. Les haremos una visita y veremos si dices la verdad.

Una vez que Rojas escribió los datos en el papel y se lo devolvió a Salazar, el abogado se puso de pie.

—Muy bien, con esto debe ser suficiente. Mi cliente tiene una coartada y ha colaborado. No hay motivo para que lo sigan reteniendo, así que quítenle el grillete, que nos vamos.

Telmo descruzó los brazos y se plantó frente a la puerta.

—No tan deprisa, abogado. Todavía no hemos corroborado la coartada.

—Eso ya es asunto de ustedes. No tienen nada contra mi cliente, así que nos vamos.

Carlos también se puso de pie, aunque seguía sujeto a la mesa. Salazar se recostó en la silla y desplegó una sonrisa malintencionada.

—Le sugiero que se siente, señor Rojas. Le recuerdo que usted está aquí por agredir a un policía. Y no se marchará hasta que un juez decida que puede hacerlo.

Rojas agitó la mano como si con eso pudiera soltarse, y miró a su abogado con desamparo. A Néstor le dio un poco de lástima, porque vio al chiquillo debajo de la máscara de tío duro, pero sus pantorrillas le enviaron un recordatorio en forma de punzada, así que se mantuvo firme.

—No se preocupe, señor Rojas —lo animó el defensor—. Encontraré un juez de guardia y conseguiré que lo liberen lo antes posible. No haga más declaraciones, mientras espera.

El abogado salió de la sala. Los policías también se retiraron. Al salir, Salazar instruyó al guardia de la puerta para que regresara al

detenido a su celda.

—¿Cree que el abogado conseguirá que el juez lo libere, jefe?

—Estoy seguro de que así será. Carlos tiene la ventaja de ser menor de edad.

—¿Cree usted que la coartada sea cierta?

Salazar lo pensó por un momento.

—No estoy seguro, Telmo. Es posible que diga la verdad, pero, aunque esos tres jóvenes corroboren su coartada, no pondría la mano en el fuego por la declaración de tres chavales fumadores de porros. Este chico tiene la ira a flor de piel. Desde mi punto de vista, Félix y Carlos siguen siendo nuestros sospechosos más prometedores.

Mientras bajaban las escaleras, Salazar sacó su móvil y tecleó un mensaje corto. Telmo lo observó con curiosidad, pero se mordió los labios y guardó silencio.

Capítulo 16

Salazar y Telmo regresaron a la sala común y encontraron allí al resto de sus compañeros, así que decidieron avisarle al comisario para llevar a cabo una reunión. En cuanto Ortiz cruzó el umbral, Telmo lanzó una mirada escrutadora que fue de Néstor al comisario y vuelta a Néstor. Por fortuna, Santiago no se dio cuenta, pero Salazar, sí. Al inspector jefe se le hizo un nudo en el estómago. Aunque estaba seguro de que Telmo no lo iba a delatar, como siguiera disimulando así, se iban a enterar hasta las cucarachas de la comisaría.

Después de un carraspeo, Salazar le ordenó a Remigio que comenzara la reunión.

—Pues me temo que no traigo muchas novedades. Mis informantes están desconcertados. Ninguno ha conseguido averiguar quién es el camello ni cómo encuentra sus clientes.

—De alguna manera debe contactar a los yonquis —argumentó Miguel—. ¿Tus informantes no les han preguntado a ellos?

—Por lo que me contaron, este tío vende más barato y de mejor calidad, pero exige discreción. Él escoge los clientes, y los cita en algún lugar seguro que nadie conoce. Los yonquis no quieren perder ese chollo por irse de la lengua.

Ortiz rechinó los dientes y sacudió la cabeza.

—Por lo visto, la táctica le ha funcionado hasta ahora, pero me temo que tarde o temprano, alguno de ellos lo va a traicionar. No creo que todos resistan la presión de Ivanenko.

—Eso es lo que más me preocupa. La intervención de Ivanenko podría complicar la situación —opinó Salazar—. Este sujeto debe tener un proveedor. ¿Se sabe algo al respecto?

Remigio cambió de postura en la silla.

—El tío es nuevo en la ciudad. Nadie lo conoce ni sabe nada de él, pero lo más importante es que no se ha relacionado con ninguno de los delincuentes que rondan las calles. En Haro es un fantasma.

Santiago frunció el ceño.

—Eso puede significar que hay una nueva organización criminal con intenciones de incluir a Haro en su territorio. Con Ivanenko todavía libre, existe la posibilidad de que nos veamos inmersos en una guerra de bandas.

Remigio parpadeó.

—Espero no equivocarme, comisario, pero no creo que nos encontremos frente a ese escenario. El sujeto maneja cantidades reducidas de mercancía. Por eso ha sido tan difícil descubrirlo. Pienso que el enfado de Yuri Ivanenko se relaciona más con una cuestión de territorio y autoridad, que con verdadera competencia.

Ortiz frunció el ceño.

—De acuerdo. Yo también espero que estés en lo cierto. ¿Qué más has descubierto?

—Mis informantes me advirtieron que el distribuidor no se limita a vender en Haro, sino que también actúa en los alrededores. Ese podría ser su talón de Aquiles. Si encuentro un patrón, estoy seguro de que tarde o temprano daré con la pista que me conducirá hasta él.

Santiago cruzó los brazos.

—Está bien. No olvides que Ivanenko nos pisa los talones, y que la vida de ese insensato depende de que nosotros lo encontremos primero. Avísame si necesitas más recursos. Este asunto tiene prioridad.

—Sí, señor.

—Miguel, Ángela. ¿Cómo avanza el caso del ladrón?

Pedrera se puso de pie y se acercó al mapa de La Rioja que cubría la pared del fondo. Marcó con chinchetas los lugares donde ocurrieron los robos, y golpeó el área con un dedo.

—Los hurtos se cometieron en un radio de quinientos metros alrededor de la estación de ferrocarril. Interrogamos a todas las víctimas, pero ninguna se enteró de nada cuando el carterista las robó. Se dieron cuenta después, al necesitar usar su dinero. En todos los casos, el ladrón cortó los bolsos y mochilas por abajo y sustrajo el monedero o billetera, según el caso.

Salazar enarcó las cejas.

—¿Por abajo? ¿Estáis seguros?

—Sí. Es lo que declararon todas las víctimas. De hecho, algunos nos mostraron los bolsos cortados. ¿Por qué te sorprendes? ¿Qué importancia tiene?

El inspector jefe miró a su alrededor hasta que encontró lo que buscaba. Junto a Diji había una mochila, así que le pidió a Cheick que se la pusiera a la espalda. El subinspector obedeció. Entonces, Salazar se acercó a él con un bolígrafo en la mano, y le pidió que se quedara de espaldas.

—Si yo fuera el ladrón, y este bolígrafo una navaja… Si quisiera cortar la mochila de Diji, lo haría en un lugar donde fuera cómodo para mí identificar su contenido por el tacto y sacarlo con rapidez. Si hago el corte abajo, no tengo casi espacio para rebuscar con la mano, porque el peso de los objetos los acumula en el lugar

donde quiero «trabajar».

—Joder, es cierto —reconoció Miguel, después de intercambiar una mirada con su compañera—. ¿Por qué crees que lo hace de esa manera?

Néstor lo pensó por un momento.

—No lo sé, pero no creo que sea por torpeza. Debe existir alguna buena razón. Solo os hice la observación para que la tengáis en cuenta. Quizá ayude a la hora de identificar al sujeto.

—Hay otro detalle sobre el ladrón que no comprendemos —señaló Ángela con su vocecita—. Tiene un horario.

—¿Un horario? —repitió Salazar.

Pedrera se mordió los labios, antes de aclarar las palabras de su compañera.

—Es lo que concluimos, después de hablar con las víctimas. Todos los robos se cometieron entre las nueve y las dieciséis horas.

Remigio se apoyó en el respaldo de su silla.

—Quizá el ladrón actúa a esas horas para aprovechar los picos de más movimiento de pasajeros en la estación. ¿Lo habéis tenido en consideración?

—Eso creímos al principio, pero no —dijo Miguel, con una sacudida de la cabeza—. Los picos son a las doce y a las veinte.

—Es extraño que el sujeto no se valga de la oscuridad para cometer los delitos —comentó Néstor—. Es la primera vez que tengo noticia de un ladrón con horario de oficina.

Pedrera resopló.

—Me fastidia reconocerlo, pero estoy de acuerdo contigo, Salazar.

Telmo levantó el bolígrafo para intervenir en la discusión.

—¿No encontrasteis pistas en las tiendas de empeño? Si se llevó algún móvil, quizá lo podamos localizar a través del sistema antirrobo, dependiendo de la marca.

—Es parte del problema —respondió Ángela—. No roba móviles ni tarjetas. Solo se lleva el dinero, y por eso ha sido imposible rastrearlo.

Salazar cruzó los brazos.

—Eso es todavía más extraño. Hoy día, nadie lleva mucho efectivo en la cartera. Casi todos preferimos pagar con tarjeta. Eso significa que vuestro ladrón consigue un beneficio bastante reducido con cada robo. Corre muchos riesgos, para solo conseguir unos cuantos euros.

Antes de que sus colegas pudieran responder, entró un mensaje en el móvil de Salazar, y él lo consultó de un vistazo. Ortiz, que había escuchado en silencio, tomó la palabra.

—Pedrera, López, estáis haciendo un buen trabajo. ¿Cuál será

vuestro siguiente paso?

Ambos policías intercambiaron una mirada.

—Le pondremos una trampa —respondió Miguel—. Le puedo asegurar que el ladrón tiene las horas contadas.

—De acuerdo. Mantenedme informado.

—Sí, señor.

El comisario centró su atención en su hermano.

—Es tu turno, Néstor. ¿Cómo avanza la investigación del homicidio?

—Antes de comenzar, señor, quisiera pedirle un favor…

Ortiz frunció el ceño.

—¿Un favor? ¿De qué se trata?

—Quisiera que el agente Echevarría estuviera presente, mientras informo sobre el caso.

Ante la solicitud del inspector jefe, Telmo frunció el ceño y Ortiz negó con la cabeza.

—Eso me parece muy irregular, Néstor. Ayer lo consentí, porque él había interrogado a varios testigos y tenía que informarlo, pero hoy… El subinspector Álvarez ya se reincorporó, y el papel de un agente no es…

—Echevarría también es policía —argumentó Salazar—. Y está involucrado en la investigación de este caso desde el principio. Es posible que pueda aportar datos importantes a la investigación. En especial, con respecto a la motocicleta que estuvo presente en la escena del crimen.

—Los agentes no están para intervenir en las investigaciones —protestó el comisario—. Si quieres preguntarle algo acerca de la motocicleta, puedes hacerlo en otro momento. Además, tendríamos que esperarlo, y eso nos retrasaría.

—Ya lo hice llamar, y está afuera. Solo espera que lo autoricemos para poder entrar.

Santiago rechinó los dientes y fulminó a Néstor con la mirada, pero después de pensarlo, claudicó.

—De acuerdo, pero que quede claro que es una situación excepcional.

Salazar se asomó a la puerta y le dijo a Ander que podía entrar, pero que no interviniera, a menos que le hicieran alguna pregunta. Cuando el inspector jefe y el agente regresaron a la sala, encontraron un mar de cejas enarcadas y parpadeos. A Néstor no se le escapó la mandíbula tensa y la espalda envarada de su compañero. Se hizo el longuis y comenzó su exposición.

Después de hablar de los resultados de la autopsia y de Científica, relató los avances sobre la investigación del homicidio, incluyendo el interrogatorio de Carlos Rojas. Luego les pasó a sus

colegas las copias de las fotografías de la escena del crimen, y estas comenzaron a circular de unas manos a otras.

Cuando Salazar terminó su explicación, Ángela pidió la palabra:

—Creo que la culpabilidad de Carlos Rojas es evidente. Apostaría que siguió a su tío con la motocicleta, de alguna forma lo obligó a detenerse y lo asesinó a sangre fría, para evitar el desahucio.

Diji levantó el bolígrafo, y Salazar lo señaló con un gesto de la cabeza para darle la palabra.

—No quisiera contradecir a Ángela, pero considero que hay un detalle que no encaja en esa teoría.

—Te escuchamos, Diji —lo animó Salazar.

—El cuerpo fue encontrado en el Camino Número cuatro, y según el forense, la víctima murió allí mismo. Eso está bastante lejos de la ruta entre la casa de la víctima y su empresa… Y según declararon el socio y la secretaria, Rojas debió estar en camino a Dronventsa para reunirse con un cliente. Eso significa…

—Diji tiene razón —intervino el comisario—. Algo o alguien obligó a la víctima a desviarse de su ruta.

Salazar se quedó pensativo por algunos segundos.

—Es una buena observación, Diji. Lo que me hace pensar… Tal vez el asesino esperó a su víctima oculto en el coche.

Miguel sacudió la cabeza con una sonrisa burlona.

—Es absurdo, Salazar. ¿Cómo explicas que un intruso fuera capaz de subir al coche de Rojas? Estamos hablando de un BMW. Esos coches tienen sofisticadas cerraduras automáticas.

Salazar ladeó la cabeza, y miró a su colega con cara de panoli.

—¿De verdad crees que eso detendría a un asesino decidido? ¿Tengo que recordarte que en el mercado negro se pueden encontrar llaves maestras electrónicas, capaces de abrir cualquier tipo de coche?

Miguel se removió en la silla y frunció el ceño.

—Te lo reconozco, pero entonces, ¿cómo explicas las marcas de llantas de motocicleta en la escena del crimen?

El inspector jefe cambió de postura.

—Admito que no lo sé, Pedrera. Quizá la motocicleta pertenece a un cómplice que recogió al asesino, después de que cometió el crimen. Es evidente que el sujeto necesitó emplear algún vehículo para alejarse de allí.

Miguel se dispuso a protestar, pero Ortiz intervino, antes de que tuviera oportunidad de abrir la boca.

—En cualquier caso, ya que todos estamos de acuerdo en que Carlos Rojas es el principal sospechoso, que hay una motocicleta involucrada en el crimen, y que Rojas es dueño de una, no será difícil comprobar si se trata del mismo vehículo. Telmo, elabora un informe, para que el juez expida una orden que nos permita solicitar un peritaje

a la motocicleta del sospechoso, si es posible, antes de que su abogado consiga liberarlo.

Álvarez recibió la orden con el ceño fruncido y refunfuñó entre dientes.

—Echevarría es el experto en motos, ¿no es así? Él debería ser quien escriba el informe.

Las orejas de Ortiz adquirieron un curioso color carabinero cocido.

—¡Le di una orden, subinspector! ¿Se va a negar a cumplirla?

Telmo se puso más pálido que un fantasma finlandés y balbució una excusa.

—Comisario, no señor… No es eso lo que quise decir… yo…

En un primer momento, Salazar quedó desconcertado por la pequeña rebelión de su compañero. Ese no era el Telmo que conocía. En un momento de inspiración, comprendió lo que estaba ocurriendo. El subinspector se sentía amenazado por el joven guardia. Decidió que solo había una forma de resolverlo, aunque tal vez fuera un poco drástica. Intervino, antes de que Santiago pudiera reaccionar.

—Tienes razón, Telmo. Echevarría es el experto en motocicletas, y sería una tontería desperdiciar sus conocimientos sobre el tema, así que será mejor que te ayude a redactar el informe.

Los ojos de Ander se abrieron como los de un lémur en la oscuridad, y Telmo enrojeció hasta la raíz del cuero cabelludo. Con el ceño fruncido, Santiago respaldó la orden de su inspector jefe. Una vez terminada la reunión, Néstor recogió las fotografías, y buscó a Ortiz con la mirada.

—Comisario, me gustaría hablar con usted en privado. Solo nos llevará unos minutos.

—De acuerdo. Baja conmigo.

Salazar y Ortiz llegaron al despacho del comisario. Una vez allí, y con la puerta cerrada, Santiago lo encaró.

—¿Quieres explicarme qué fue eso?

—¿Qué fue qué?

—¿Cómo se te ocurre involucrar a un agente en una investigación criminal, y ponerlo al mismo nivel de un subinspector, que además es tu compañero? No te quise desautorizar frente a todos, pero me pones muy difícil mantener la disciplina en la comisaría. Las jerarquías existen para algo, y hay que respetarlas.

Salazar frunció el ceño.

—Entiendo que te haya cogido por sorpresa, pero no hice nada incorrecto. Ander también es policía, y ha demostrado eficiencia y compromiso, además de que se esfuerza para avanzar en su carrera. Estoy seguro de que pronto será capaz de ascender por sí mismo. Se está preparando para ello y tiene madera para ser un excelente

investigador.

—Todo eso está muy bien, pero de momento, sigue siendo un agente, y tiene que cumplir las funciones que le corresponden.

Salazar ladeó la cabeza en posición pánfilo despistado.

—¿Crees que sería inteligente desaprovechar los conocimientos de Echevarría, para avanzar más rápido en la resolución del caso?

—Por supuesto que no, pero la disciplina…

—La disciplina está para mejorar la eficiencia, no para estorbarla. No le pedí a Echevarría que escriba el informe ni que lo firme. Tan solo que asesore a su compañero con sus conocimientos particulares sobre ese tema.

Ortiz dejó escapar un gruñido.

—¿No te diste cuenta de que a Telmo le cayó mal la «asesoría» que le impusiste?

—Claro que me di cuenta. Por eso lo hice.

Santiago parpadeó.

—No te entiendo. ¿Me estás diciendo que molestaste a tu compañero a propósito?

—Por supuesto. Telmo necesita ver un poco más de color en la vida, y tener la suficiente seguridad en sí mismo para comprender su propia valía. Estoy seguro de que trabajar junto con Ander y su alegría natural le hará mucho bien al chico, aunque todavía no lo sepa.

—Espero que estés en lo cierto y sepas lo que estás haciendo, Néstor. Cuando pones en práctica tus teorías, eres más peligroso que un daltónico desactivando una bomba. Si quieres mi opinión, creo que todo esto va a terminar muy mal.

Salazar enarcó las cejas.

—La intuición me dice que lo sabremos muy pronto.

Capítulo 17

Mientras Salazar y Ortiz estaban reunidos en la oficina del comisario, y después de que sus compañeros salieron a cumplir sus tareas, Telmo, Ander y Diji permanecieron en la sala común. Diji comenzó a teclear, y Telmo desbloqueó la pantalla de su ordenador. Ander se quedó de pie en medio de la sala, con la atención centrada en el subinspector Álvarez. Telmo le lanzó una mirada hostil y volvió a su ordenador.

—No hace falta que te quedes ahí como un pasmarote, Echevarría. Tráeme un café.

—Sí, señor.

—Espera, Ander —intervino Diji—. No estás aquí para eso.

Telmo frunció el ceño y se volvió hacia su colega.

—¿Por qué te metes en dónde no te llaman, Cheick? No es asunto tuyo.

Diji frunció el ceño.

—Recibiste una orden, Telmo. No cometas el error de llevarle la contraria al inspector jefe y al comisario. Echevarría está aquí para ayudarte, y deberías estar agradecido por contar con asesoría en un tema del que no tienes ningún conocimiento. Te ahorrará mucho tiempo.

—No necesito la ayuda de un trepa.

El rostro de Echevarría se encendió.

—Tal vez sea mi superior, subinspector Álvarez, pero le exijo respeto. No soy ningún trepa. Solo obedecí la orden del inspector jefe, que me solicitó que lo asistiera, porque su compañero estaba de permiso. Cumplí lo mejor que pude, y para mí fue un honor acompañarlo, aunque solo fuera por un día. Si no quería que el inspector Salazar lo sustituyera en su ausencia, no debió librar el día. Es malo que a uno lo echen de menos en el trabajo, pero es peor si no lo hacen. Esta situación es consecuencia de sus actos, no de los míos.

Telmo abrió la boca para responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta, porque no encontró argumentos. Solo enfado y miedo. Por primera vez en su vida había encontrado compañeros que lo apreciaban, y un lugar donde encajaba sin que nadie lo rechazara por su pesimismo. No quería perder todo aquello. La sola idea lo aterrorizaba. Tal vez, la amenaza no era Ander, sino su propia inseguridad. El subinspector tragó saliva y moderó el tono de voz.

—Tienes razón, Ander. Solo seguiste las órdenes del jefe. Yo hubiera hecho lo mismo. Estoy comportándome como un chiquillo. Por favor, perdóname… Escuché que estás preparándote para opositar a subinspector…

Echevarría relajó los hombros y suavizó la expresión.

—Me falta mucho para aspirar a las oposiciones, señor. Todavía debo terminar el grado de Criminología en línea, y hacer el curso de ascenso.

Telmo asintió.

—Con tu actitud, estoy seguro de que lo conseguirás pronto. Si necesitas los consejos y el apoyo de un amigo… —Telmo extendió la mano, y Ander se la estrechó con una sonrisa.

—Gracias, subinspector.

La carcajada de Diji hizo que ambos se volvieran hacia él.

—Vaya, Telmo. ¿Te das cuenta de que acabas de hacer una afirmación optimista?

Álvarez sonrió.

—Es cierto, pero no lo divulgues. Tengo una reputación que proteger.

Ander pasó la mirada de un subinspector al otro, y encogió un hombro.

—¿Les gustan las motocicletas? De vez en cuando me reúno con algunos colegas después del trabajo, y damos algunas vueltas por un circuito de Motocrós. Es divertido y lo pasamos bien. ¿Les gustaría acompañarnos?

Diji levantó la mano y negó con la cabeza.

—Gracias, pero no. Con mi tamaño y peso, cualquier motocicleta rompería a llorar si me acerco.

Ander se volvió hacia Telmo.

—¿Y usted, subinspector? ¿Se anima? Le aseguro que no se arrepentirá. Será divertido, y mis colegas son gente guay.

Echevarría se apoyó en el respaldo, y su cabeza se llenó de las imágenes del pequeño piso vacío que lo esperaba al final de la jornada. No tuvo que pensarlo mucho.

—¿Por qué no? Quién sabe. Tal vez encuentre una nueva afición —Telmo señaló la silla frente a él—. Gracias, Ander. Me complacerá acompañarte, pero de momento, volvamos al curro.

La sonrisa en el rostro de Echevarría involucraba hasta sus ojos cuando ocupó la silla que le señalaba el subinspector.

—Sí, señor.

—Si vamos a trabajar juntos y a ser colegas en el Motocrós, será mejor que comiences a tutearme. Puedes llamarme Telmo. Al menos, cuando el comisario no se encuentre cerca. Al jefe no creo que le importe. Ahora, vamos a elaborar ese informe y a conseguir la orden

del juez.

◆◆◆

En el despacho de Ortiz, Salazar permanecía sentado, inclinado sobre el escritorio, frente a Santiago. Jugueteaba con un bolígrafo, al mismo tiempo que movía la pierna de arriba abajo, como si accionara un fuelle. Después de un par de minutos, en los que un absoluto silencio se apoderó de la oficina, el comisario miró a su hermano con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿Qué es lo que quieres decirme y no te atreves?

Néstor se echó hacia atrás, puso una mano en el pecho, y su mejor cara de mártir vapuleado por la vida.

—¿Por qué crees que hay algo que quiero decirte?

—Porque te conozco mejor que la madre que te parió. ¡Suéltalo de una vez!

El inspector centró su mirada en la punta de sus zapatos.

—Telmo ya sabe que somos hermanos —confesó en un murmullo.

Santiago perdió el color.

—¡No me jodas, Néstor! ¿Cómo se te ocurrió decírselo a Álvarez por tu cuenta? Acordamos que íbamos a darles la información en un momento apropiado, y a todos a la vez. ¿Eso es lo que vale tu palabra? ¿Por qué le revelaste nuestro parentesco sin consultármelo? Además, tú eras quien quería guardarlo en secreto. ¿Cómo es que se lo soltaste a tu compañero así, de buenas a primeras? ¿No te das cuenta de que al hacerlo de ese modo, nos pusiste a los dos en un disparadero?

El inspector parpadeó.

—Tranquilízate, Santiago, que no es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Entérate de que si esto se convierte en un cotilleo de pasillo, vamos a perder el respeto de nuestros subalternos.

—Telmo no dirá nada. Me dio su palabra.

—¿Su palabra? Has puesto nuestra credibilidad en las manos de un subinspector, al que acabas de someter a una situación cuando menos, incómoda. ¿Y esperas que te siga guardando el secreto?

—Aunque tal vez no lo parezca, hice lo que hice para ayudar a Telmo.

—Dudo que él lo vea así. En cualquier caso, nunca debiste revelárselo a él solo, y a mis espaldas.

Néstor miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Ni se lo revelé yo ni fue a tus espaldas. Telmo es muy listo, y se dio cuenta por sí mismo.

Santiago entornó los ojos.

—¿Se dio cuenta después de tres años? ¿Quieres explicarte?

Salazar le contó a su hermano las circunstancias en las que Telmo se enteró de su parentesco. Santiago rechinó los dientes.

—¿Cómo te reconoció la directora después de tantos años?

Néstor se encogió de hombros.

—Es maestra y ha visto crecer a docenas de niños, así que debe ser buena fisonomista. Además, es doña Urraca.

—Tendría que haberme imaginado que tarde o temprano te ibas a dar de narices con las consecuencias de tus trastadas de crío.

Néstor cogió aire y se echó hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada.

—Yo no era tan malo.

—Malo, no. Eras más travieso que un mono. Cuidado si lo sigues siendo, pero no me líes, que no estamos hablando de eso. Así que Telmo se enteró de tu verdadero nombre por la directora, y sacó sus conclusiones, por supuesto. ¿Tú se lo confirmaste?

Salazar envaró la espalda.

—¿Y qué esperabas? No le iba a mentir a mi compañero. Eso no hubiera sido ético.

—Pudiste evadir la respuesta, y haberle prometido que se lo ibas a explicar después —Santiago apoyó los codos en la mesa y se sostuvo la cabeza con las manos—. En cambio, al confirmárselo y pedirle que no dijera nada, nos dejaste a los dos en evidencia.

Néstor se puso de pie y encogió los hombros.

—Me cogió por sorpresa. Hice lo que me pareció mejor en el momento.

Ortiz soltó un bufido.

—Néstor, hay que quererte mucho para no estrangularte.

—Mejor me marcho, antes de que comiences a poner en duda tu cariño fraternal.

Sin que Santiago tuviera tiempo de reaccionar o siquiera responder, Salazar salió del despacho y bajó las escaleras a toda prisa. El inspector recogió las llaves del Clío a su paso por la recepción, subió al coche aparcado frente a la comisaría, y condujo hasta el Camino Número Cuatro.

Ya Científica había terminado de procesar la escena del crimen, así que Salazar no encontró las cintas que delimitaban el perímetro. Néstor aparcó a un lado de la carretera, justo donde habían encontrado el BMW, metió las fotografías que le había entregado el jefe Barros en un bolsillo de la chaqueta, y se internó en el descampado.

Salazar avanzó despacio con las manos en alto, y se detuvo en el lugar exacto donde encontraron a Rojas. El conductor que pasó por la carretera en ese momento debió pensar que se le había ido la olla. Una vez que llegó a las coordenadas exactas, Néstor detalló las fotografías.

El inspector se dejó guiar por la posición de los pies de la víctima, así que giró sobre sí mismo ciento ochenta grados. Quedó de frente a la carretera. ¿Qué veía desde ahí? El Clío y la vía. Rojas habría visto su coche y también la motocicleta que dejó las marcas, en el caso de que hubiera llegado en ese momento. ¿El motociclista sería un cómplice o un testigo? O quizá estuvo en el descampado antes de que todo ocurriera y no estaba relacionado con el caso. No, de ser así, la lluvia habría borrado las marcas. Encontrar al motociclista sería clave para resolver el crimen, bien se tratara de un cómplice o de un testigo. Su pequeña representación, le permitió a Salazar confirmar que Molina estaba en lo cierto: la extraña posición de los pies del cadáver se debía a que la víctima se había girado hacia el asesino que lo amenazaba por la espalda. ¿Por qué hizo algo así?

El sonido del móvil sacó al inspector de sus razonamientos. Miró la pantalla, sonrió, y respondió de inmediato. La voz melodiosa y grave de Rebeca lo saludó desde el otro lado de la línea.

—¿Cómo estás, Néstor?

—Un poco liado con un nuevo caso, pero bien. ¿Y tú?

—Estoy muy enfadada contigo.

Salazar sintió un nudo en el estómago e hizo un rápido repaso mental de la última semana. No recordó ninguna pifia.

—¿Conmigo? ¿Por qué estás enfadada conmigo? ¿Qué hice?

—Que ¿qué hiciste? —El tono de Rebeca se dulcificó—. No has querido salir de mi cabeza en toda la semana. Me ha costado una enormidad concentrarme en el trabajo. Y todo es tu culpa por ser tan extraordinario.

El alivio de Salazar fue inmediato.

—Yo también he pensado mucho en ti. Y cuento los minutos para que volvamos a encontrarnos. ¿Has tenido noticias de los mandos?

Néstor escuchó el suspiro a través del móvil.

—Todavía nada. Todas las plazas de Haro están ocupadas y bien arraigadas a la ciudad. Tendré que esperar a que alguien se jubile, pida traslado o se harte y abandone la Policía. No parece probable por el momento.

—No te preocupes… Siempre tendremos la opción de Cenicero.

—Te noto la voz extraña, Néstor. ¿Todo está bien?

—Sí, por supuesto… Es solo que tengo entre manos un nuevo caso de homicidio, y me preocupa un poco.

—¿Te llamé en mal momento?

—No, claro que no —Salazar consultó su reloj—. Ya terminó la jornada. ¿Qué te parece si cenamos juntos?

—Por mí encantada, pero ¿estás seguro? Quiero decir, ¿no estás muy cansado? Tengo claro el trabajo que conlleva una investigación de homicidio, y conducir hasta Cenicero… No me perdonaría que tuvieras un accidente por mi culpa.

—No te preocupes, no es para tanto. Además, quizá me puedas dar tu opinión acerca del caso, mientras cenamos.

—Me encanta la idea. ¿Dónde siempre?

—Donde siempre —confirmó Néstor, antes de terminar la llamada.

Capítulo 18

Salazar subió al Clío y regresó a la comisaría para devolverlo y entregarle las llaves a García. Entonces, recorrió a paso apresurado la distancia que lo separaba de La Callecita. El bar rebosaba de clientes a esa hora.

—Me alegra verte por aquí, colega. ¿Quieres cenar? Los clientes que ocupan tu mesa ya están en los postres, así que quedará libre en un par de minutos.

—Gracias, Gyula, pero hoy no voy a cenar aquí.

El tabernero frunció el ceño.

—¿Has encontrado un lugar donde te tratan mejor?

—No es eso, colega. Es que he quedado. Vengo a pedirte prestado el coche, porque tengo una cita en Cenicero.

Gyula desplegó una sonrisa maliciosa, al mismo tiempo que sacaba las llaves del coche del bolsillo, y las ponía sobre la barra.

—Has quedado... Y en Cenicero… En las últimas semanas has tenido mucho interés por ese pueblo. Dime, ¿qué hay allí? ¿Quién es la chica? ¿La conozco? A tu amigo y colega de toda la vida se lo puedes contar.

—Hay que ver que eres cotilla. Nos vemos luego. Dale saludos a Dika y un abrazo a mi ahijado.

Sin dar tiempo a que su amigo reaccionara, Néstor cogió las llaves y se fue a paso apresurado hacia el aparcamiento donde Gyula guardaba el coche. Media hora después, Salazar aparcó en Cenicero junto a la plaza, dejó la chaqueta en el asiento trasero del coche, se quitó la corbata y la guardó en un bolsillo del pantalón. Entonces, se acercó a la terraza del bar, que ya se había convertido en su lugar favorito de encuentro con Rebeca. Ella lo estaba esperando, mientras picoteaba un poco de jamón y bebía una cerveza. Sobre la mesa también había un vaso de sidra helada. Salazar se acercó y la saludó con un ligero beso en los labios, antes de sentarse a su lado. Ella descruzó las piernas y sonrió.

—Acaban de traer tu sidra, y está muy fría. Te vendrá bien con este calor.

—Gracias. Es justo lo que necesitaba. Pero dime, ¿cómo ha sido tu día?

—Hoy he tenido bastante trabajo. Estoy investigando la

agresión a un chico en la calle Carnicerías. Un par de sujetos le dio una paliza que lo envió al hospital. Todavía no se sabe si se recuperará.

Néstor dejó el vaso de sidra sobre la mesa, después de darle un sorbo, y cogió un trozo de jamón.

—¿Sabéis cuál fue el motivo de la paliza?

—Pues no. Todavía no lo tenemos claro, pero el chaval es adicto, y según las murmuraciones, la paliza tuvo que ver con la aparición de un nuevo camello en las calles.

Salazar terminó de masticar el bocado y lo tragó, antes de hablar.

—Un nuevo camello… Es interesante —Néstor le informó a Rebeca acerca de la investigación que llevaba a cabo Remigio— … así que se me ocurre que ambos casos podrían estar relacionados.

Ella escuchó con atención, antes de expresar su opinión.

—Tienes razón. Es demasiada coincidencia. Mañana llamaré al inspector Toro. Si hay una relación, daremos con ella —Salazar dio otro sorbo a su sidra, y Rebeca escrutó su rostro—. Ahora, dime, ¿qué es lo que te preocupa?

—Se trata de la nueva investigación. No diría que llega a preocuparme…, pero reconozco que un homicidio en una ciudad tan pequeña como Haro, merece atención.

El inspector le hizo un resumen del caso Rojas, y le mostró las fotografías de la escena del crimen. Ella escuchó con atención, al mismo tiempo que observaba las fotos con detenimiento. Cuando Néstor terminó de explicarse, dio un sorbo a la sidra y centró la mirada en la mujer que tenía frente a él. Detalló el cabello castaño liso con reflejos rojizos cayendo como un ala sobre un lado de la cara, y la pequeña arruga que se había formado en su ceño a causa de la concentración. Le llegó el inconfundible olor amaderado de su perfume, que habría podido reconocer en medio de una multitud. Un aroma que le hacía perder la cabeza. Néstor ladeó la cabeza.

—Quiero pedirte disculpas.

Rebeca apartó la mirada de las fotografías y parpadeó.

—¿Disculpas? ¿Por qué?

—Un homicidio es un tema que no tiene cabida en un encuentro... como este. Tendría que haberlo dejado de lado antes de sentarme a la mesa. No tengo derecho a perturbarte en tu tiempo libre con algo así.

—No digas tonterías, Néstor. Es tu trabajo y te preocupa. Todo lo que te preocupa a ti, me importa a mí. Y estaré feliz de ayudarte, si puedo.

Los dedos de él buscaron la mano de ella sobre la mesa, y le habló en susurros.

—¿Sabes que eres una mujer increíble?

Ella cerró su mano y se posesionó de la de él.

—No lo soy, pero me encanta que me lo digas. ¿Sabes? Nunca, nadie había compuesto una canción para mí.

—Solo fue el resultado de la emoción de un aficionado.

Ella usó su mano libre para acariciar la mejilla de él.

—Fue mucho más que eso. Fue un gesto precioso que atesoro como uno de mis mejores recuerdos.

Néstor desplegó una sonrisa pueril que no había sido ensayada. Rebeca lo recompensó con un ligero toque de los labios, que lo dejó sediento. La aparición del camarero rompió el embrujo.

—¿Los señores desean algo más?

Rebeca se echó hacia atrás y Salazar miró al intruso con el ceño fruncido, y ganas de emular al homicida que perseguía.

—Nada, gracias. Si queremos algo, ya lo llamaremos.

El empleado recogió el plato y los vasos vacíos y los puso en una bandeja para retirarlos. El inspector comprendió que quedarse en la mesa sin consumir, no era una opción válida para los dueños del bar.

En cuanto el camarero se alejó, Néstor volvió a centrarse en Rebeca, pero las palabras de ella lo regresaron a la tierra, pues quien habló fue la inspectora.

—El calibre de la pistola me llama mucho la atención.

Salazar se enderezó en la silla.

—A mí también. Se trata de un arma defensiva, así que no resultaba la mejor elección para un asesino. Eso me hace pensar que el criminal no es un delincuente experimentado, sino una persona común con una fuerte motivación.

—Es cierto, pero hay otra forma de verlo… ¿No has considerado la posibilidad de que el homicida fuera una mujer?

—Una mujer… —repitió él.

—Las armas cortas calibre 22 son muy pequeñas y ligeras, además de que tienen poco retroceso. Son ideales para las mujeres.

El inspector parpadeó.

—Es una teoría muy lógica e interesante.

—¿Hay mujeres entre los sospechosos?

—Sí, hay dos. La exmujer de la víctima y la inquilina desahuciada… Tienes mucha razón. Es posible que la mujer se haya ocultado en el coche de Rojas, mientras él conducía, ella lo amenazó con el arma, lo obligó a desviarse de la ruta, lo hizo detenerse junto al descampado y bajar del coche. Luego le disparó...

Rebeca señaló la foto con las marcas de la motocicleta.

—También es posible que el motorista fuera un cómplice que acudió a recogerla.

—El hijo —sentenció Néstor.

—¿Alguna de ellas tiene un hijo con la edad suficiente?

—Ambas lo tienen. Uno de ellos es propietario de una motocicleta. Ya lo estamos investigando. El otro no tiene moto, pero no es difícil que haya conseguido una. ¿Sabes que eres genial, Rebeca? ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido a mí, que llevo el caso? Acabas de darme una nueva perspectiva.

—Me alegra mucho, pero si crees que mi ayuda es gratis, estás muy equivocado.

Salazar dibujó una sonrisa maliciosa.

—¿Y me saldrá muy caro?

Rebeca entornó los ojos en actitud pensativa.

—Al menos una cena, y quién sabe si algo más.

Néstor deslizó su mano sobre el antebrazo de Rebeca y centró su mirada en ella.

—Pagaré con mucho gusto. ¿Prefieres cenar antes o después?

Un brillo de picardía destelló en los ojos castaño verdoso de ella.

—Nunca he sido partidaria de perder el tiempo.

Capítulo 19

Varias horas después, Salazar llegó a su casa y pasó de largo frente al bar de Gyula. Se detuvo a pensar por un momento, y entonces decidió que sería mejor esperar hasta el día siguiente, para devolverle las llaves del coche. Su amigo no solo estaría demasiado ocupado a esa hora, sino que era más cotilla que un ganso, y lo conocía lo suficiente como para darse cuenta de que Néstor había regresado a bordo de una nube. Su colega no iba a dejar pasar una oportunidad de cachondeo así.

El inspector comenzó a considerar la posibilidad de comprar un coche. De ese modo podría encontrarse con Rebeca en Cenicero o visitarla en Logroño, sin que Gyula y medio Haro estuvieran informados acerca de sus movimientos.

Con la decisión casi tomada, Salazar subió las escaleras hasta la buhardilla, y cruzó los dedos para que Paca no le tuviera preparada ninguna sorpresa. Por fortuna, encontró a su gata esperándolo en la puerta. Ella le reclamó su ausencia con maullidos desesperados como si la hubiera abandonado en medio de un desierto. Con cierto sentimiento de culpa, Néstor comprobó que el agua de Paca estuviera limpia. Así era, lo cual significaba que Dika estuvo en la buhardilla, y que a su felina no le faltaron ni su ración de comida ni de mimos, lo cual no evitó la expresión de franco reproche y los «marramiaus» lastimeros. Después de que Salazar le dio una galleta para gatos con sabor a sardinas a su melodramática gata, Paca saltó sobre el sofá, dispuesta a recibir su ración de caricias en el lomo.

—Lo lamento, Paca. Hoy no habrá sesión de mimos. Estoy muy cansado.

—¿Meu?

Néstor le hizo una rápida caricia por debajo de las orejas y el cuello, tiró la chaqueta en el sofá, y sacó la corbata del bolsillo del pantalón, para dejarla caer junto al resto del disfraz de imbécil redomado. Entonces entró en su habitación, y al cabo de pocos minutos salió, con una toalla alrededor de la cintura. Paca lo observó sin pestañear. El inspector se metió bajo la ducha, y a los pocos minutos se escuchó una voz de barítono afinada:

«Al cielo pongo por testigo
que mi corazón te pertenece

y si compartes tu vida conmigo
verás que nuestro amor florece.»

Cuando el inspector regresó a su habitación, encontró a Paca a los pies de la cama. Sus enormes ojos amarillos estaban abiertos de par en par y clavados en él.

—¿Qué ocurre? ¿Nunca escuchaste a nadie cantando en la ducha?

—Mieeeuuu.

—¡Oye! Yo no desafino.

—Mraww.

—A que te quedas sin galletas para gato por una semana.

—Mieuuu.

—Así está mejor.

Salazar se sentó en la esquina de la cama y comenzó a acariciar el lomo de la gata, y a sentir el suave ronroneo bajo su mano.

—¿Sabes, Paca? Estoy enamorado.

—¿Mieuuu?

—¿Cómo que de quién? De Rebeca, por supuesto. ¿Me tomas por un donjuán?

—Mrrreeeuuu.

—¿Sofía? —Néstor suspiró—. Sí, ya sé que te dije lo mismo acerca de Sofía, pero por fin he comprendido que eso se terminó.

—Mau, miau.

—Es posible que tengas razón. ¿Sabes qué creo? He llegado a pensar que mi relación con Sofía solo era una ilusión.

Parpadeo de incomprensión.

—A ver, no me malentiendas, Paca. Sofía es una buena chica y le deseo que sea muy feliz con su marido, pero comprendí que lo que ella sentía por mí, no era amor.

—¿Miau?

—No lo sé, quizá fuera simpatía, tal vez incluso afecto, pero no amor verdadero. No del que te compromete para toda la vida.

—¿Meou?

—¿Yo? Está bien, tampoco soy una víctima inocente. Yo reconozco que estaba obnubilado. No me podía creer que una mujer tan espectacular como Sofía me hubiera prestado atención, pero ahora comprendo que no éramos el uno para el otro. No habríamos durado mucho tiempo juntos.

—¿Mraww?

—Verás, ella era un poco… ¿ingenua? —Paca clavó sus ojos amarillos en su humano—. Está bien, inmadura, pero eso no quiere decir que la estoy criticando. Le sigo teniendo aprecio y le deseo lo mejor. Además, yo tampoco soy ningún dechado de virtudes.

—Mieeeuuu.

—Oye, tampoco hace falta que me lo confirmes con tanta facilidad. Que eso no le hace ningún favor a mi ego —Paca se acomodó para que le acariciara un poco más arriba—. ¿Aquí? Está bien. Como te decía, Sofía es el pasado, pero Rebeca… Rebeca es especial.

Salazar se quedó pensativo por un momento.

—¿Mieeww?

—Pues porque es una mujer hecha y derecha de los pies a la cabeza. ¿No opinas lo mismo?

Paca sacudió la cola como si fuera un látigo.

— De acuerdo, ya sé que solo la has visto una vez, lo cual no es suficiente para formarte una opinión. Además, por la forma en que reaccionaste, me quedó claro que no te agradó su visita. ¿Sabes? Estuvo muy mal que la mordieras. Que no se repita, si quieres seguir disfrutando de tus galletas favoritas... Y ya que estamos… eso de echarte entre ambos en el sofá y empujarla con las patas de atrás, no fue muy cortés.

—Mieeeeuuuuu —Se defendió Paca.

—Que sientas celos no es excusa. Lo menos que espero es que trates bien a quienes invito a casa. ¡Mi casa!

—Mreeewwww.

—Desde luego que es mi casa. No me interesan tus teorías felinas acerca del territorio.

—Mau. Mau.

—Eso no fue amable de tu parte. ¿O tengo que recordarte quién paga la renta y la comida?

—Fzzzz.

—De acuerdo, tampoco es para que te pongas así. Te libras porque estoy muy cansado para discutir, así que terminaremos esta conversación en otro momento.

—Mieu —dijo Paca, maullando la última palabra.

Vencido por el agotamiento, el inspector dio por terminada la discusión, ignoró los gruñidos desafiantes de Paca, y en cuanto puso la cabeza sobre la almohada, se quedó dormido.

Capítulo 20

El timbre del móvil despertó a Salazar. Todavía lo rodeaba la oscuridad, así que consultó su reloj: Las dos de la madrugada. Mala señal. Además, se había acostado más tarde de lo habitual, así que apenas pudo dormir un par de horas. El móvil no daba tregua, por lo que Néstor se obligó a levantarse y corrió hasta la sala para responder. Como fuera algún gracioso… El inspector consultó la pantalla, y como temía, la llamada era de la comisaría. En cuanto respondió, escuchó la voz rasposa de García.

—Inspector, lamento despertarlo, pero me ordenaron avisarle de que ha ocurrido otro homicidio.

El anuncio despabiló por completo a Salazar, que recogió la chaqueta y la corbata que reposaban en el sofá y se las llevó a la habitación, sin soltar el teléfono.

—Dame detalles.

—Sí, señor. Poco después de la medianoche, recibimos una llamada. Los residentes de la calle Miguel de Cervantes escucharon varias detonaciones, y estaban seguros de que fueron disparos. De inmediato envié un coche patrulla para que investigara, y después de preguntar a varios vecinos, identificaron el chalé de donde provinieron las explosiones. Los agentes llamaron a la puerta, pero no hubo respuesta. El SUV del propietario estaba aparcado al frente. Uno de los vecinos lo conocía y trató de comunicarse por el móvil, pero no respondió. A través de una ventana, los agentes vieron una mancha de sangre en el suelo, así que derribaron la puerta y entraron. Encontraron un hombre muerto en la sala con varios disparos en el pecho.

Néstor dejó el móvil sobre la cama y comenzó a vestirse, bajo la mirada reprobadora de Paca. ¡Que el sueño de una gata se respeta!

—¿Por qué decidiste llamarme, García? No estoy de guardia, y ya me estoy ocupando de la investigación de un homicidio.

—Sigo órdenes, señor. Cuando recibí el informe de la patrulla, llamé al inspector Toro. Él se trasladó hasta la escena del crimen y fue quien me ordenó avisarle. Dijo que este crimen se relaciona con su caso, y que usted conocía a la víctima. Su nombre era Marcos Sosa.

—Mierda —murmuró Salazar.

—No le escuché bien, inspector.

—Que me envíes la dirección al móvil. Iré de inmediato.

Salazar ignoró las protestas de Paca, terminó de vestirse y salió de la buhardilla. ¡Sin dejarle su plato de leche! El inspector recorrió las silenciosas calles, en las que una noche demasiado cálida para el gusto de los jarreros, daba fe de que a la ola de calor todavía le quedaba tela.

Una vez que llegó a la comisaría, Néstor recogió el Clío y puso rumbo a la calle Miguel de Cervantes. No le resultó difícil identificar cuál era el chalé de Marcos Sosa, pues ya se había levantado el perímetro. Los vecinos se agolpaban, contenidos por los agentes. Salazar comprendió que el revuelo debió despertar a todo el vecindario. Eso, si no estaban ya despiertos por el calor.

El inspector se acercó muy despacio y la gente se fue apartando con pocas ganas, hasta que él pudo llegar junto al perímetro con su vehículo. Echevarría levantó la cinta y le permitió pasar, pero de inmediato volvió a bajarla para que no se colara ningún curioso. Salazar aparcó detrás de la furgoneta de Científica, y se bajó del coche un poco mareado. Lo recibió una suave brisa fresca que alivió el bochorno de una noche que parecía tropical, y que lo ayudó a despejarse. Tenían que hacer algo con el olor del Clío. Salazar se encontró frente a un chalé de dos plantas, de paredes color crema, techado con tejas y con un pequeño jardín al frente. El inspector respiró profundo un par de veces, antes de entrar.

La puerta estaba abierta, y uno de los chicos de Científica se encontraba agachado junto a ella, concentrado en la cerradura. Al escuchar los pasos de Salazar, echó una ojeada para comprobar de quién se trataba, sin dejar de trabajar.

—Ah, inspector, es usted. Lo que puedo decirle hasta ahora es que la cerradura no fue forzada, pero no le cuente al jefe que se lo adelanté, porque me cruje.

—Vale, muchas gracias.

Néstor entró en el amplio salón y encontró una escena dantesca. Marcos Sosa estaba tendido sobre el sofá en calzoncillos y calcetines, con los ojos abiertos y cuatro heridas enormes en el pecho. El olor viscoso y metálico de la sangre alcanzó al policía en cuanto se acercó, y se vio envuelto en un manto de crudeza. Era testigo de la barbarie del depredador sobre su víctima. A Salazar se le erizó la piel. Haber conocido a Sosa cuando todavía estaba vivo, le imprimía un carácter mucho más personal a la investigación. ¿Habría podido evitar ese desenlace si hubiera sido más eficiente?

El inspector puso en alerta todos sus sentidos, mientras hacía la primera inspección de la escena. Sobre la mesita del centro había una botella de vino, y una copa a medio llenar. Molina se ocupaba del cuerpo y frente a él, Aristigueta y Remigio esperaban con paciencia. El

juez fue el primero en notar su presencia.

—Inspector Salazar. Lo estábamos esperando.

—Vine en cuanto me avisaron, señoría.

Toro cambió su postura.

—Lamento haber interrumpido tu sueño, Salazar, pero ya ves que fue justificado.

—No te preocupes, Remigio. Hiciste lo correcto —Néstor se volvió hacia el forense—. ¿Has descubierto algo, Javier?

Molina centró su atención en el policía.

—La hora de la muerte no es un problema en este caso. Las detonaciones se escucharon diez minutos después de la medianoche, lo cual coincide con la temperatura del cuerpo y el *rigor mortis*. Recibió cuatro disparos en el tórax, igual que su socio. Deberás esperar a que recupere las balas cuando haga la autopsia, pero yo no me sorprendería si fueran del calibre veintidós.

—¿Heridas defensivas?

El forense negó con la cabeza.

—Hasta ahora, ninguna visible, pero por supuesto…

—Tendré que esperar a los resultados de la autopsia —terminó la frase Salazar, en un coro con el doctor Molina.

Néstor miró a su alrededor, fijándose en los detalles.

—El salón está ordenado y no hay señales de lucha.

—Ninguna —intervino Remigio—. Ni aquí ni en el resto de la casa. Al parecer, estaba tendido en el sofá disfrutando de una copa de vino, cuando el asesino lo sorprendió.

—¿Hay evidencias de que movieron el cadáver?

Javier respondió, sin dejar de trabajar sobre el cuerpo.

—No. La víctima murió aquí mismo, y en la posición en que se encuentra.

Salazar continuó su inspección de la sala. La ropa de Sosa estaba amontonada sobre uno de los sillones, y sus zapatos en el suelo, tirados de cualquier manera. A sus espaldas, el inspector escuchó la voz de Telmo, saludando a los peritos de Científica con los que se cruzaba. Apenas llegó junto a su jefe, saludó y dio su opinión.

—Es evidente que sorprendieron a la víctima mientras descansaba, después de regresar del trabajo.

Néstor echó una ojeada a su compañero, pensó en sus palabras por unos momentos antes de responder:

—No lo sé, Telmo. Hay algo que no encaja.

—¿A qué se refiere, jefe? A mí me parece evidente.

—Quizá le esté buscando tres pies al gato, pero según yo lo veo… En la situación que sugieres, lo normal habría sido que Sosa llegara a la casa, subiera hasta su habitación, se quitara la ropa allí, cambiara los zapatos por unas zapatillas de casa y solo entonces,

bajara al salón a relajarse.

Remigio asintió.

—Estoy de acuerdo con Salazar.

El subinspector cambió de postura y defendió su punto.

—¿Quizá no era tan ordenado como para seguir todos esos pasos?

—Observa bien el salón, Telmo —le sugirió Néstor—. Cada objeto ocupa su lugar con una simetría milimétrica. Más adelante podremos comprobarlo con sus allegados, pero esta casa sería el orgullo de una madre con trastorno obsesivo compulsivo por el orden. Que Sosa se quitara el traje, la camisa y los zapatos aquí mismo, en contra de su propia naturaleza meticulosa, sugiere una premura que según creo, solo tiene dos explicaciones posibles.

Aristigueta, que no había dejado de tomar notas, levantó la mirada de su libreta.

—¿Cuáles serían esas explicaciones, inspector?

—Muy bien. Partiendo de la base de que todo son especulaciones, pienso que quizá el asesino obligó a Sosa a desvestirse antes de matarlo o bien lo interrumpió en un encuentro amoroso.

El juez envaró la espalda.

—¿Por cuál opción se inclinaría usted?

—Por la segunda. Sobre todo, teniendo en cuenta que la cerradura de la puerta principal no fue forzada, lo que me hace pensar que es muy probable que fuera el propio Sosa quien permitió que el asesino entrara en su casa…

Telmo cogió aire y cambió la postura.

—No lo sé, jefe… No lo termino de ver. Si lo que usted dice es lo que ocurrió, ¿por qué hay una sola copa de vino servida sobre la mesa? Que no haya una segunda copa, significa que la víctima estaba sola cuando llegó su verdugo.

—Eso podría ser cierto, Telmo, pero también es posible que el asesino haya lavado su copa o que se la llevara. Teniendo en cuenta que acababa de despertar a todo el vecindario con los disparos, y querría huir deprisa, la segunda opción sería la más probable.

Capítulo 21

Salazar se volvió cuando escuchó unos pasos a su espalda. Casimiro se había acercado y prestaba atención a sus palabras.

—No hay nada que deteste más que ayudarte a demostrar tu punto, pero en este caso es muy fácil comprobar si tienes razón.

—Lo escuchamos, jefe Barros —intervino Aristigueta.

—Bien, Solo necesitamos encontrar el juego de copas y contarlas. Suelen ser seis o en todo caso, un número par, así que si tenemos en cuenta la que usó la víctima, debería haber un número impar de copas guardadas.

Néstor sonrió.

—Es una excelente idea, Casi.

Con un gesto, el jefe Barros llamó a uno de los peritos que se encontraba más cerca, y le dio instrucciones para que hiciera la comprobación. Pocos minutos después, el agente de Científica les confirmó que solo había cuatro copas en el armario.

—Así que el asesino bebió con su víctima, y se llevó su copa para eliminar evidencias con rapidez —concluyó Remigio.

Salazar centró su atención en Barros.

—Casi, necesitamos que tus técnicos preserven el contenido de la copa y que analicen el vino.

—Serás pesado. ¿Para qué quieres analizar el vino? ¿Es que piensas abrir una bodega?

Néstor esbozó una leve sonrisa.

—Ya comprobamos que el asesino compartió una copa de vino con su víctima…

—Eso está claro.

—Y es evidente que le disparó a Sosa, mientras estaba desprevenido…

Casimiro gruñó.

—Todo eso lo sabemos. ¿Quieres dejar de hacernos perder el tiempo?

—De acuerdo… El asesino debió tener mucha prisa por salir de aquí. Acababa de despertar a todo el vecindario, pero tenía que llevarse su propia copa, para no dejar evidencias. Es muy probable que todavía contuviera vino, del que necesitaba deshacerse con rapidez. Quizá se lo bebió, pero no lo creo probable, porque querría

conservar todas sus facultades, así que es posible que lo haya vaciado en la copa de Sosa, con lo cual…

—Tal vez haya restos de saliva del asesino en el vino que tenemos frente a nosotros —lo interrumpió Casi—. Al menos, vale la pena comprobarlo. Eres más pesado que un ascensor a manivela. No haces sino darme trabajo.

—Estaríamos perdidos sin vuestra ayuda, Casi.

—Más te vale reconocerlo. Ordenaré que preserven el vino y lo lleven al laboratorio. Yo mismo me ocuparé de realizar las pruebas de ADN.

Telmo se llevó el índice a los labios en actitud meditativa, antes de dirigirse a Salazar.

—Jefe, si usted está en lo cierto, y el asesino tuvo un encuentro romántico con la víctima, necesitaremos establecer si Sosa tenía pareja o era promiscuo. Y también cuáles eran sus preferencias sexuales.

—Es un buen punto, Telmo —Salazar explicó su teoría de que, basados en el arma que se usó, el crimen de Rojas lo habría cometido una mujer—. Claro que tendremos que comprobar si usaron la misma pistola para asesinar a Sosa.

Remigio cambió de postura y gruñó.

—Esto se complica. Es evidente que este crimen se relaciona con el de Rojas, y casi podemos asegurar de que se trata del mismo asesino —Telmo trató de intervenir, pero Toro no dejó que lo interrumpiera—. Sé lo que vas a decir: primero tenemos que asegurarnos de que usaron la misma arma y no se trata de un imitador, pero me sorprendería mucho que esa fuera la situación.

Salazar se quedó pensativo por unos instantes, mientras meditaba sobre los argumentos de su colega.

—Estoy de acuerdo contigo, Remigio. Dos homicidios en menos de cuarenta y ocho horas no son moco de pavo. En especial, porque no sabemos si hay más nombres en la lista del responsable de los crímenes.

—¿Crees que nos enfrentamos a un asesino en serie?

Néstor parpadeó.

—Todavía no lo tengo claro, aunque espero que no. Los asesinos en serie no suelen atacar a víctimas relacionadas entre sí. Sin embargo, cualquiera que sea el motivo, no sabemos qué desencadenó esta matanza ni tampoco si ya ha terminado…

—Debemos darnos prisa —intervino Telmo.

—Eso, sin duda —Salazar meditó por algunos segundos—. En el primer homicidio desaparecieron algunos objetos personales de la víctima como por ejemplo, el móvil. Casi, ¿qué puedes decirnos al respecto en este caso?

El jefe Barros gruñó como un oso.

—Lo dicho. Detesto cuando aciertas. Por más que hemos buscado, no encontramos el reloj de la víctima ni tampoco su móvil.

—¿Estáis seguro de que usaba reloj?

—Todavía conserva la marca en la muñeca —le informó el forense.

—¿Me vas a dejar hablar o piensas seguir interrumpiéndome?

—Lo lamento, Casi. Te escuchamos.

—Hemos buscado por todos los rincones, tanto en la casa como en el coche que está aparcado en el garaje. No los encontramos, así que es muy probable que el asesino se los haya llevado, a menos que Sosa se los dejara olvidados en su oficina.

—Es otro punto a favor de que se trata del mismo asesino —opinó Salazar—. Y la relación más evidente entre las víctimas es la fábrica de drones. Creo que es urgente precintar el despacho de Sosa y llevar a cabo un registro lo antes posible.

El juez asintió.

—Estoy de acuerdo, inspector. Firmaré la orden de inmediato.

Mientras Aristigueta abandonaba la escena del crimen con la intención de cumplir su palabra, Néstor usó el móvil para llamar a la comisaría. También dio instrucciones para que enviaran un par de coches patrulla a Dronventsa y organizaran el procedimiento. En cuanto terminó la llamada, se encontró con el ceño fruncido de Casi.

—¿Es que no te enteras de que tengo más trabajo que la costurera de Hulk? No, tú, venga a idear peritajes nuevos, para que no me aburra.

—Lo lamento mucho, Casi. Es lo que hay, pero te prometo que encontraré la forma de compensarte.

—Compensarme, compensarme… ¡Engañarme como a un crío! Y aliarte con mi mujer, eso es lo que haces.

—Tienes mucho trabajo porque tu labor es invaluable, Casi.

—Vale, por fin has dicho una verdad como un templo.

—¿Encontrasteis algún indicio de que estemos frente a un robo con violencia?

Barros cogió aire.

—No te niego que sea posible, en vista de los objetos personales de la víctima que han desaparecido, pero si todo esto es un robo, sería uno muy extraño. Salvo por este salón, toda la casa está en orden, y no faltan otros objetos valiosos. Así que el supuesto ladrón se conformó con muy poco.

—Lo cual significa que no crees en esa teoría.

—Si te interesa mi opinión, no, pero los detectives sois vosotros. Yo solo hago peritajes, así que no me líes.

Telmo llamó la atención de Salazar.

—Jefe, ¿no cree que debería reconsiderar su opinión acerca de

que no nos enfrentamos a un asesino en serie? Quiero decir, tal vez no debamos descartarlo solo por la relación entre ambas víctimas.

El inspector jefe entornó los ojos.

—Tienes tu punto de razón, Telmo. Debemos ponernos en el peor de los escenarios, y descartarlo solo en el caso de que aparezcan evidencias en contrario. Sin embargo, considero importante hacer una investigación exhaustiva de Dronventsa, y de todas las personas con las que Rojas y Sosa se relacionaron de una u otra forma.

—Tampoco descartes que nos enfrentemos a más de un asesino —sugirió Remigio.

—¿En qué estás pensando?

—En que existan dos o más homicidas colaborando entre sí.

Telmo frunció el ceño.

—¿Se refiere a que sean cómplices, inspector?

—Es evidente que en el asesinato de Rojas intervino un cómplice. Lo demuestran las marcas de la motocicleta, pero… ¿Y si ese cómplice tenía un motivo para matar a Sosa y colaboró en ese crimen a cambio de ayuda?

Salazar enarcó las cejas.

—¿No lo encuentras muy rebuscado, Remigio? ¿Qué te dio de cenar tu mujer anoche?

—A ver, San Cayetano…

—¿Por qué me llamas así?

—Porque le das trabajo a todo el que se te acerca… Te lo digo de otra forma… Por un lado, tenemos al inquilino de Rojas a punto de terminar en la puñetera calle, echado por su propio tío. Un chico que ya apunta maneras de ser carne de presidio.

—Carlos Rojas, vale.

—Por el otro lado, tenemos al hijo de Rafael Rojas, un chaval más vago que la mandíbula de arriba, que no le tenía mucho cariño a su padre, y que seguro querría heredar…

Salazar cruzó los brazos.

—Félix.

—Ambos son primos, y sabemos que se llevan muy bien. ¿Por qué no pudieron ponerse de acuerdo para quitar del medio a los dos tíos que les estorbaban?

Telmo se quedó pensativo por un momento.

—Pero ¿qué sentido tendría asesinar a Sosa? Con la muerte de Rojas, ya ambos conseguían lo que querían.

—O no —insistió Remigio—. Con Marcos Sosa a la cabeza de la empresa, querría seguir adelante con ella. Ya sabemos las condiciones que habían pactado él y Rojas. Con la muerte del socio, es posible que esa cláusula quedara anulada, y eso significa que el patrimonio del hijo se incrementará en un 15 %. Nada despreciable.

El inspector jefe lo pensó por un momento y negó con la cabeza.

—No lo sé, Remigio. Tal como lo planteas tiene lógica, pero lo sigo encontrando forzado. En cualquier caso, ayer detuvimos a Carlos, así que no creo que pudiéramos relacionarlo con este homicidio.

Toro enarcó las cejas.

—¿Estás seguro?

Antes de seguir elaborando teorías, el inspector llamó a la comisaría y le preguntó a García si el sospechoso estaba en su celda.

—Lamento decirle que no, inspector. Su abogado pagó la fianza y lo liberó a última hora de la tarde.

Néstor terminó la llamada y les comunicó a sus colegas la información sobre Carlos Rojas.

—Así que después de todo, el chaval no tiene coartada para este homicidio —afirmó Remigio.

Néstor negó con la cabeza.

—Tendremos en cuenta tu teoría, Remigio. Sin embargo, creo que todavía no debemos cerrarnos a otras alternativas.

—¿Cómo cuáles?

—Como la participación de la madre de alguno de ellos.

—¿Sigues pensando que los asesinatos los cometió una mujer?

—Después de este crimen, estoy más convencido que antes. Además, todavía no hemos indagado el entorno de las víctimas lo suficiente como para descartar que tuvieran otros enemigos.

Antes de que Toro pudiera responder, el perito que se ocupaba de la puerta se acercó a Barros y le informó que ninguna de las cerraduras había sido forzada, pero que la puerta de atrás no estaba cerrada con llave.

—Por allí debió huir el asesino —comentó Salazar.

Por toda respuesta, Casimiro soltó un gruñido y se encaminó a la cocina. Salazar lo siguió, después de pedirle a Telmo que lo acompañara. Remigio también se fue detrás de ellos.

El jefe Barros dio más vueltas que un perro para echarse. Se paseó alrededor de la cocina y el patio trasero, entrando y saliendo varias veces. Cuando por fin dio por terminada la revisión, levantó la mirada hacia los tres detectives, que esperaban su veredicto con paciencia.

—No hay ninguna duda de que esta fue la vía de escape del asesino.

—Doy por buena tu conclusión, Casi, pero ¿por qué estás tan seguro?

Refunfuñando, Casimiro le dijo a Salazar que lo acompañara y lo llevó hasta el patio de atrás, cuyo suelo era de terracota y comunicaba con el jardín del frente del chalé. Entonces, apuntó hacia

una esquina.

Mientras miraba al lugar que le señaló el jefe Barros, Salazar sintió la respiración de sus compañeros en la nuca. En el suelo de terracota se veía con claridad la huella del neumático de una motocicleta.

—Os lo confirmaré cuando compare las fotografías, pero estoy seguro de que es igual a la del descampado donde murió Rojas —sentenció Casimiro.

Remigio enderezó la espalda y se acomodó la cintura del pantalón. El puñetero bicho lo había dejado con algunos kilos menos, y todavía no llenaba su ropa.

—Por si quedaba alguna duda de que se trata del mismo asesino.

Salazar y Telmo se limitaron a intercambiar una mirada.

—Quedaos aquí y no toquéis nada, que os conozco —les advirtió Casi—. Voy a buscar al fotógrafo.

Mientras esperaban el regreso del jefe Barros, Néstor centró la atención en su compañero.

—¿Echevarría y tú pudisteis averiguar algo acerca de la motocicleta de Carlos Rojas?

Telmo cambió de postura, y desvió la mirada hacia las huellas, para luego volver a centrarla en Salazar y responder, al mismo tiempo que encogía los hombros.

—Lo lamento, jefe. Los resultados del peritaje de la motocicleta de Carlos Rojas fueron negativos, pues sus llantas no tenían dibujo. Según Echevarría, ese tipo de neumáticos se usan en Motocrós, y no hubieran sido apropiadas para circular por la carretera. En especial si el pavimento estaba mojado, como habría sido en este caso.

—Ya veo. Sin embargo, las llantas pueden cambiarse.

—Tiene razón, jefe. Echevarría y yo llegamos a la misma conclusión, así que comprobamos en todas las tiendas de neumáticos de Haro. Le aseguro que si Rojas compró llantas con dibujo, no fue en la ciudad. En una tienda encontramos constancia de que compró las lisas hace seis semanas. Es cliente habitual, y siempre ha usado el mismo tipo de neumáticos.

Salazar entornó los ojos al escuchar la explicación de su compañero.

—Comprendo. Dime algo, Telmo. ¿Te resultó útil la colaboración de Echevarría?

Álvarez llenó sus pulmones de aire, y esbozó una sonrisa.

—Debo reconocer que sí, jefe. Ander sabe mucho acerca de motocicletas, y su ayuda me ahorró mucho tiempo en las indagaciones. Además, es tan entusiasta que consiguió interesarme en el tema.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Me invitó a hacer unas prácticas con sus colegas el próximo fin de semana.

—¿Y aceptaste?

Telmo se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No soy bueno para hacer amigos y mi novia me dejó. Supongo que acompañar a Ander siempre será mejor plan que quedarme todo el sábado en casa, viendo pelis.

Casimiro interrumpió la conversación cuando regresó con el fotógrafo y le señaló las marcas de los neumáticos. Después de que el especialista terminó la serie, otro de los chicos de Científica cogió muestras de la tierra de la huella.

El jefe Barros miró a Salazar y soltó un gruñido.

—Aunque seguro que me pesará, te avisaré cuando tenga los resultados.

Capítulo 22

Los detectives salieron del chalé de Marcos Sosa. Después de que Salazar envió a Toro a su casa, Néstor y Telmo subieron al Clío y pusieron rumbo a la comisaría. La oscuridad todavía envolvía las calles de Haro. El frescor de la noche los alivió de la tenaz sensación de bochorno que llevaban a cuestas de todo el día. La brisa que entró por las ventanas del coche despejó a Salazar de la somnolencia de un sueño interrumpido de mala manera, y del persistente tufillo del Clío. Tenían que hacer algo con ese olor. Solo habían pasado algunos minutos, cuando el subinspector abordó a su superior.

—Jefe, quiero que me aclare una duda. Cuando sugerí la posibilidad de que este crimen lo hubiera cometido un imitador, el inspector Toro lo descartó de inmediato, y usted estuvo de acuerdo con él. ¿Podría explicarme por qué?

—Te diré por qué pienso igual que Remigio. En primer lugar, porque el tiempo entre los dos homicidios fue demasiado corto como para que un imitador hubiera podido reunir todos los elementos que le permitieran la simulación… Además de que algunos detalles no se informaron en la prensa. Por eso estamos seguros de que ambos crímenes los cometió el mismo asesino.

—Y usted está convencido de que se trata de una mujer.

—Tanto como convencido… Solo lo considero probable. Es evidente que Sosa tuvo un encuentro romántico con el asesino. Aunque eso no implica que su acompañante fuera una mujer, porque todavía no sabemos cuáles eran sus preferencias sexuales. Sin embargo, si a esto le sumamos la pistola que el asesino usó en el primer homicidio y las coincidencias entre los dos crímenes… yo diría que blanco y en botella.

—¿Y si el uso de la veintidós en el asesinato de Rojas fue una estrategia para confundirnos?

Salazar lo meditó por unos instantes, al mismo tiempo que cambiaba la marcha.

—Te lo concedo, Telmo. Es una posibilidad, y no nos cerraremos a ninguna opción que no sea descartada por las evidencias.

—Entonces, todavía no eliminamos a los principales sospechosos de la lista. Me refiero a Félix y a Carlos.

—Por supuesto que siguen siendo sospechosos. Es solo que también tendremos en cuenta otras opciones.

—¿Cómo cuáles, jefe?

—Lo primero que debemos hacer es centrarnos en lo que ambas víctimas tenían en común.

—La fábrica de drones.

—Dronventsa es lo más evidente —reconoció el inspector—, pero Rojas y Sosa tenían un pasado que los llevó a convertirse en socios.

—¿Se refiere a la filial que cerró y les pagó la indemnización?

Néstor bajó la velocidad al acercarse a un semáforo.

—Creo que debemos indagar qué pasó en esos días. Después de todo, allí nació la sociedad que dio origen a Dronventsa.

El subinspector regresó a su mutismo habitual.

Una vez en San Miguel, subieron al segundo piso y entraron en la sala común. Era el propio Álvarez quien estaba de guardia, así que no encontraron a nadie. Salazar le ordenó a Telmo que elaborara un informe, para entregárselo al comisario en cuanto llegara.

—Yo me ocuparé de indagar todo lo que pueda acerca de Dronventsa.

—De acuerdo, jefe.

El inspector ocupó el escritorio de Remigio, y tanto él como su compañero se pusieron a trabajar. Una hora después, Telmo terminó el informe y se sumó a las indagaciones. Salazar le ordenó averiguar todo lo que pudiera acerca de la vida privada de Marcos Sosa.

Un par de horas más tarde, el sol comenzó a asomarse por las ventanas. Primero con timidez, y luego con la fuerza suficiente para amenazar un día más caluroso que el anterior. Néstor apartó la mirada de la pantalla, se estiró como un gato y consultó su reloj.

—Regresaré en unos minutos, Telmo. Cuida el fuerte.

—Por supuesto, jefe. Me falta poco para terminar.

Después de un corto saludo a un García bastante somnoliento, Salazar salió de la comisaría y encaminó sus pasos hacia La Callecita. Gyula acababa de abrir el bar, pero los clientes debían estar todavía en sus camas. Eran más listos que ellos.

En cuanto entró, el aroma del café recién hecho envolvió al inspector, y desencadenó un concierto de rugidos en su estómago. Entonces, sacó las llaves del coche de Gyula del bolsillo y las puso sobre la barra con un golpe seco.

—Gracias, colega. Te dejé el tanque lleno. Necesito un café con urgencia.

Después de darle los buenos días, Gyula cogió las llaves y las guardó en su bolsillo, al mismo tiempo que escrutaba a Salazar como si quisiera pintarle un retrato. Un par de segundos después, el

tabernero desplegó una sonrisa maliciosa que hizo fruncir el ceño del inspector. Que ya Néstor lo conocía.

Gyula se volvió hacia la cafetera y preparó una taza de café sin decir una palabra, luego la colocó en la barra frente a su amigo, y volvió a sonreír.

—Tienes un aspecto terrible.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Parece que no hubieras dormido en toda la noche.

Néstor dio varios sorbos a su taza.

—Es que no he dormido en toda la noche.

La sonrisa de Gyula le llegó hasta las orejas, se inclinó sobre la barra y abanicó los dedos para animar a su amigo a hablar.

—Cuenta, cuenta. ¿Cómo estuvo ese paseo a Cenicero? ¿Quién es la chica? ¿La conocemos? ¿Por qué no quedamos los cuatro y nos vamos a cenar por ahí un día de estos?

—Hay que ver que eres cotilla. Que no es lo que te estás imaginando, malpensado.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿qué te tuvo despierto toda la noche?

—Una investigación.

Gyula lo miró con los ojos entornados. Entonces, sacudió la cabeza.

—No, a mí no me la cuelas… No me habrías pedido prestado el coche para hacer tu trabajo. Para eso tienes el de la comisaría… No, tú fuiste a Cenicero para encontrarte con alguien que te interesa. Y estoy seguro de que fue con una chica.

Néstor bebió el último sorbo de café y tuvo un asomo de comprensión hacia Casi, porque le supo a poco. Dejó escapar un suspiro de resignación.

—Vale, te reconozco que el motivo por el que fui hasta Cenicero fue personal —Levantó el índice en señal de advertencia—. Y privado…

—¡Lo sabía! —exclamó Gyula triunfal.

—Pero también es cierto que lo que me mantuvo despierto toda la noche fue el trabajo. Me temo que hubo otro homicidio, y tuve que comenzar la jornada a las dos de la madrugada.

—Joder, y yo que creía que mis horarios eran chungos.

—Pues ya ves. Por cierto, el nombre de la víctima era Marcos Sosa. Si llegas a escuchar algo…

—Te avisaré de inmediato.

—Gracias —El inspector sacó de su bolsillo un papel y lo dejó sobre la barra—. Es la descripción de los objetos que les robaron a las víctimas. Me vendría bien que preguntaras por ahí, por si alguno

aparece en las calles.

Gyula cogió el papel y lo guardó en el bolsillo, al mismo tiempo que asentía.

—Veré qué puedo averiguar. Seguro que los ladrones serán menos herméticos que tú, que no eres capaz de confiar ni en tu mejor amigo… tu hermano…

—Deja el melodrama, Gyula, que para eso ya tengo a Paca. Sabrás lo que tengas que saber en el momento que corresponda.

—Habló el policía.

Néstor se apoyó en la barra y cambió de postura.

—Quiero pedirte otro favor.

—Suéltalo.

—Quiero comprar un coche. Lo más simple y barato posible…

—¿Te sirve un seiscientos?

—No me seas cebollino, Gyula. Anda, ponme un par de cafés para llevar y unas rosquillas.

El tabernero comenzó a preparar la comanda, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo a su colega en franca picardía.

—Trabajar de madrugada da hambre, ¿verdad?

—A que la vamos a tener…

Capítulo 23

Salazar regresó a la comisaría, y a su paso por la recepción, le dejó uno de los cafés y una rosquilla a García, quien se lo agradeció con efusividad. Entonces, subió al segundo piso y le entregó el otro café y la segunda rosquilla a su compañero, para que desayunara.

—Muchas gracias, jefe. Tengo que reconocer que estaba hambriento.

El subinspector atacó la rosquilla sin más preámbulo, y la acompañó con un sorbo de café de vez en cuando. En ese momento llegó Diji, quien después de saludar, se sentó detrás de su escritorio y encendió su ordenador.

A los pocos minutos, Ángela y Miguel entraron juntos.

—¿Qué haces visitando tan temprano a los plebeyos, Salazar?

—Yo siempre llego temprano, Miguel.

—Lo sé, pero te encierras en tu despacho y no sueles acercarte a nuestra humilde sala, hasta que la reunión de la mañana está a punto de comenzar. ¿Qué ha pasado?

—Otro homicidio —respondió Telmo, con la ingenuidad propia de quien no sabe leer entrelíneas.

Néstor clavó una mirada ceñuda en su compañero, pero el joven subinspector ni siquiera se había dado cuenta de que acababa de meter la pezuña, al seguirle el juego a Pedrera. En ese momento, Remigio y el comisario entraron y dieron por terminada la conversación que habían sostenido desde la escalera. Toro se sentó detrás de su escritorio, y el comisario se quedó junto a la puerta. El ambiente de la sala perdió tensión de inmediato. Telmo apuró el último bocado de la rosquilla con el fondo del vaso de café.

Ortiz saludó, llenando la sala con su vozarrón. Telmo miró al comisario como si lo viera por primera vez en su vida. De inmediato, su atención pasó al inspector jefe y vuelta al comisario. Santiago se centró en Salazar, y habló después de un leve carraspeo.

—García me llamó en la madrugada para informarme de que hubo otro homicidio, y también me dijo que tú ya te estabas ocupando, porque se relacionaba con tu caso. ¿Qué ocurrió?

El inspector jefe cambió de postura, antes de comenzar su explicación. Luego resumió los acontecimientos de la madrugada, y le anunció al comisario que Telmo ya había elaborado un informe y que

lo encontraría en su bandeja de correos.

Santiago retuvo el aire por unos instantes.

—Este asunto se nos está yendo de las manos. Así que el socio… ¿Qué sabemos de él?

Álvarez tomó la palabra.

—Yo me ocupé de investigar a la víctima, comisario. Marcos Sosa era divorciado, y tenía dos hijas adultas. Marta y Carolina Sosa, de 26 y 23 años. Ninguna de ellas vive en La Rioja. Ya les notifiqué acerca de la muerte de su padre.

—¿Dónde viven? —preguntó Pedrera—. No podemos perder de vista que ellas se beneficiarán de la herencia.

—Marta está casada y vive en Vitoria…

Pedrera frunció el ceño.

—Bastante cerca.

—No seas pelma, Miguel —intervino el inspector jefe—. Deja que Telmo termine de dar su informe.

Álvarez continuó como si no lo hubieran interrumpido.

—Con respecto a Carolina, cursa Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense. Me comuniqué con la residencia de estudiantes, y pasó la noche allí.

El comisario clavó la mirada en el subinspector.

—Muy bien, Álvarez. ¿Qué sabemos de la exmujer?

Telmo se apoyó en el respaldo.

—Se volvió a casar y está empadronada en Barcelona.

—¿La víctima tenía enemigos? —preguntó Ángela.

—Todavía es pronto para saberlo —reconoció Salazar—, pero lo averiguaremos.

Santiago se quedó pensativo, y frunció el ceño.

—Nos estamos enfrentando a dos homicidios en menos de veinticuatro horas. ¿Cómo vas a abordarlo, Néstor? No es necesario que te diga que esto le imprime urgencia a la investigación, y que en pocas horas tendremos encima a los mandos, los medios de comunicación y la opinión pública.

—Lo tengo claro. Además, ambos crímenes son idénticos en todos sus detalles, lo cual deja pocas dudas acerca de que los cometió el mismo individuo… Considero que debemos buscar al asesino en los elementos comunes a ambas víctimas.

El ceño de Santiago siguió fruncido, y se le sumó la tensión de los músculos de la barbilla.

—¿Eso significa que descartarás a los sospechosos del primer homicidio?

—Por supuesto que no. Seguiremos teniéndolos en cuenta, pero tengo que ser honesto contigo, y reconocer que ya no ocupan el primer lugar en mi interés —Antes de que Ortiz pudiera reaccionar,

Salazar se volvió hacia el inspector Toro—. Remigio, necesitaré ayuda adicional. ¿Crees que podrás prescindir de Diji por algunas horas?

Toro se apoyó en el respaldo de su silla.

—Un doble homicidio es un doble homicidio. Me las arreglaré.

Salazar relajó los músculos.

—De acuerdo. En ese caso, Diji, por favor comprueba las coartadas de los sospechosos del caso Rojas para la hora en que asesinaron a Sosa, y ya que estamos, averigua también las coartadas de la familia de la víctima.

Cheick tomó nota.

—Muy bien, señor. ¿Algo más?

—Sí. Indaga en las tiendas de empeño, por si aparece alguno de los objetos perdidos de las víctimas. Científica puede proporcionarte una lista con las características detalladas.

—Yo también puedo preguntar entre mis informantes —intervino Toro.

—Te lo agradezco, Remigio, pero ya te privé de tu compañero. ¿Ayudarme no te sobrecargará de trabajo? Tú tienes tu propio caso.

El inspector Toro encogió los hombros.

—Solo haré un par de llamadas y si surge algo, te avisaré. Eso no me debería quitar mucho tiempo.

—Genial.

—¿Qué harás tú? —le preguntó Santiago a Salazar.

—Yo quiero investigar más a fondo a Dronventsa. Cuándo y cómo se creó la empresa, quiénes son sus proveedores, sus clientes, y su competencia. Por otro lado, las víctimas se conocían desde hace tiempo, así que vale la pena investigar a los amigos y enemigos en común.

Ortiz relajó un poco los músculos de la cara, pero mantuvo el ceño fruncido.

—De acuerdo, Néstor. Mantenme informado —Santiago se volvió para mirar a Remigio—. Toro, ¿cómo avanza la investigación del repunte de droga? ¿Alguna novedad?

El inspector intercambió una mirada con Diji.

—Tengo que reconocer que este camello nos tiene desconcertados. Nadie lo conoce ni tiene información acerca de él. Además, el tío no solo vende en Haro, sino también en los pueblos cercanos. Se mueve más que un saco de ratones.

—Quizá se trate de una organización y no de un individuo —sugirió Pedrera.

—Ya lo hemos considerado, Miguel —reconoció Toro—, pero el patrón de distribución me hace pensar en un solo sujeto.

—¿Por qué? —preguntó Ángela.

—Porque los repuntes no son simultáneos. Son consecutivos.

Como si recorriera los pueblos siguiendo un itinerario.

Salazar aprobó las conclusiones de su colega con un asentimiento.

—Sigue tu instinto, Remigio. Estoy seguro de que con tu experiencia, tarde o temprano conseguirás identificar al camello. Por cierto, en Logroño tienen abierta una investigación similar. Se trata de la agresión a un yonqui. Quizá se relaciona con el caso que tú llevas. De cualquier manera, vale la pena investigarlo. La inspectora Araujo te va a llamar hoy para comparar datos y sumar esfuerzos.

Al escuchar el nombre de Rebeca, Santiago enarcó las cejas, pero no hizo ningún comentario sobre la inspectora. En cambio, se volvió hacia Miguel y Ángela.

—¿Qué podéis decirnos acerca del ladrón que actúa en la estación de ferrocarril? ¿Habéis encontrado algún indicio para identificarlo?

Miguel se apoyó en el respaldo de la silla, sin disimular su satisfacción.

—Es muy escurridizo, señor, pero estamos a punto de ponerle una trampa. Ayer sostuvimos una reunión con el personal de seguridad de la estación, y todo está preparado. Estoy seguro de que lo atraparemos, antes de que termine el día.

—De acuerdo. No necesito recordaros que debéis tener cuidado. Lo único que sabemos de él es que usa una navaja como herramienta, pero podría ser capaz de emplearla como arma si se siente acorralado. No quiero perder el tiempo rellenando informes sobre policías heridos bajo mis órdenes. ¿Está claro?

—Lo tenemos claro, comisario. Seremos cuidadosos.

—Bien, en ese caso, a trabajar. Salazar, ¿podrías acompañarme a mi despacho? Debo hablar contigo. No te quitaré mucho tiempo.

Néstor le dio una palmada a su compañero en el hombro.

—Espérame en el Clío, Telmo. Estaré contigo en un par de minutos.

El inspector jefe salió de la sala, al mismo tiempo que soltaba un suspiro de resignación. El ceño fruncido de Santiago no auguraba nada bueno. ¿De qué se le acusaría esta vez? Él que era tan disciplinado, confiable, respetuoso de las normas… Está bien, tal vez se estaba pasando un poco, pero no teniendo quién reconociera sus virtudes, de vez en cuando tenía derecho a darse un poco de autobombo, que uno también tenía su corazoncito.

Después de saludar a Lali al paso, Ortiz entró en su despacho, con Salazar detrás de él, avanzando con paso retrasado como el reo que se acerca al cadalso y no quisiera llegar. Santiago se quedó junto a la puerta, y en cuanto Néstor cruzó el umbral, la cerró de un golpe. El inspector dio un respingo, y el famoso texto de la Divina Comedia

surgió en su cabeza: «¡Oh, vosotros que entráis, abandonad toda esperanza!» Estaba perdido. La voz de su hermano lo sacó de sus meditaciones autocompasivas.

—Anoche no pude dormir.

—Pues mira qué coincidencia, yo tampoco —respondió Néstor, con un parpadeo que pretendía inocencia.

Las orejas de Santiago se encendieron. Mala señal.

—¡Estoy hablando en serio, Néstor! ¿Acaso no te diste cuenta de que Telmo estuvo observándonos y comparándonos durante toda la reunión? Es increíble que nadie más lo haya notado. Aunque también es posible que alguien sí se haya dado cuenta, pero decidió guardar silencio por prudencia. Tenemos que resolver este asunto cuanto antes.

Salazar entornó los ojos.

—¿A qué te refieres con resolver este asunto?

—Informaré a la plantilla acerca de nuestro parentesco en la próxima reunión.

Un escalofrío recorrió la espalda del inspector.

—No puedes hacer eso. Sería un grave error.

—¿Por qué? Como están las cosas, se van a enterar tarde o temprano. Mejor que sea a través de nosotros, y no por un cotilleo. Nos jugamos la credibilidad y el respeto de nuestros colegas, Néstor.

El inspector jefe frunció el ceño.

—Ahora mismo tenemos que resolver tres casos peliagudos. No es el mejor momento para distraer al personal con un asunto de nuestra vida privada. Que, además, tenemos derecho a que siga siendo privada.

—Tan listo que eres y no has entendido nada. Desde que Álvarez lo sabe, dejó de ser un asunto privado.

—Telmo no dirá nada.

—No hace falta. Me temo que el subinspector disimula muy mal. Cualquiera puede leer en su rostro que sabe algo que los demás no.

Salazar se dejó caer en una silla.

—No, si reconozco que Telmo es más transparente que caldo de hostal barato, pero al menos dame un poco más de tiempo.

—¿Por qué? Mientras lo sepan por nosotros, lo que tenemos que decirles no es reprobable. Los jefes ya lo saben. ¿Acaso te avergüenzas de que seamos hermanos?

—Por supuesto que no, es solo que…

—¿Qué?

—Una cosa lleva a la otra, y después de enterarse de nuestro parentesco, querrán saber cómo es que siendo hijos del mismo padre, tenemos apellidos diferentes. Tendré que contar toda la historia,

revivir malos recuerdos, ver la lástima en los ojos de mis colegas, y si te soy honesto, no me apetece. Para mí, todo este asunto es más difícil que hacer gárgaras con grapas. Lo lamento, Santiago, pero es que no me siento preparado.

Ortiz dejó de fruncir el ceño y suspiró.

—De acuerdo. Comprendo que para ti no debe ser fácil, así que esperaré, pero solo lo suficiente para que te prepares. Si el resto del equipo se entera de la verdad por una imprudencia de Telmo, tú y yo nos veremos en una situación muy difícil. Te daré tres días de plazo para que te hagas a la idea.

—¿Tres días? Yo esperaba un poco más de tiempo.

—¿Cuánto necesitas?

—¿Tres años?

El ceño de Santiago se volvió a fruncir.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo! ¡Quítate de mi vista, antes de que se me olvide que soy policía! Preparado o no, en tres días daré la noticia, si es que los demás no se dan cuenta antes, por sí mismos.

Refunfuñando contra su hermano, Néstor salió del despacho. A su paso por la recepción, García le entregó un sobre con la orden judicial para registrar Dronventsa. El inspector le ordenó que enviara un coche patrulla a la fábrica de drones, y una vez en la calle, se reunió con Telmo. El subinspector no le quitó la vista de encima conforme él se acercaba al Clío. En cuanto se subieron al coche, Telmo rompió el silencio.

—Trae mala cara, jefe. ¿Tiene problemas con su hermano?

Salazar frunció el ceño y clavó una mirada hostil en su compañero. Estuvo a punto de soltarle una impertinencia, pero se dio cuenta de la inocencia implícita en el tono de la pregunta del chico, así que se limitó a encender el coche sin decir ni una palabra. Mientras recorrían las calles de Haro, Néstor fue consciente de su mal humor. Sin apartar la atención de la vía, el inspector echó una rápida mirada a su compañero y pudo ver el desconcierto en su rostro. Entonces, comprendió que estaba pagando su mala leche con el chaval. Después de obligarse a relajar los músculos, respiró profundo y se concedió algunos segundos para calmarse.

—No es nada personal contra ti, Telmo. Es solo que el tema de mi parentesco con el comisario me pone de los nervios, porque me hace recordar situaciones que preferiría poder olvidar.

Telmo relajó las facciones y dejó escapar un suspiro.

—No se preocupe, jefe. No volveré a mencionárselo. ¿Adónde vamos?

—A Dronventsa. Quiero tomarle el pulso al ambiente de la fábrica, y también interrogar de nuevo a todo el personal. En especial, a la secretaria.

Capítulo 24

Miguel y Ángela llegaron a la estación de ferrocarril de Haro, y cruzaron las puertas de madera blanca y cristal. Sus pasos rechinaron en las relucientes baldosas negras. La temperatura era más agradable que en el exterior, pero era evidente que el aire acondicionado no resultaba suficiente para contrarrestar el inusual calor en la hora de mayor movimiento de pasajeros. Hasta ellos llegó un batiburrillo de olores, en el que se mezclaban el sudor, la colonia barata, y el tufo a tabaco que desprendía algún que otro fumador empedernido. El fondo musical lo componía un murmullo confuso de voces, solo roto de vez en cuando por los anuncios de la llegada y salida de trenes. Los pasajeros se movían de un lado a otro, cada uno sumido en su propia burbuja, sin ser del todo conscientes de lo que les rodeaba. Algunos hacían rodar sus pequeñas maletas de viaje, mientras que aquellos que abordarían los trenes de cercanías, solo llevaban sus bolsos y mochilas al hombro.

Pedrera le envió el mensaje acordado al jefe de seguridad. Era la señal de que estaban listos para tender la trampa. Ángela usaba ropa y zapatos de una conocida marca deportiva, y un bolso de tela a la espalda a modo de mochila, muy simple, pero de la misma marca.

La subinspectora se despidió de Miguel con un toque de labios y comenzó a merodear por la estación con aire despistado. Pedrera simuló marcharse, pero se metió en uno de los servicios, que se encontraba «cerrado por averías». Permaneció escondido allí, sin perder de vista a su compañera y todo lo que ocurría a su alrededor. Nadie se acercó a la subinspectora ni a otro pasajero, así que Ángela cogió un tren a Logroño. Miguel se quedó observando, escondido desde su improvisada cabina de vigilancia. Ya habían previsto que el ladrón tomaría sus precauciones y no iría tras ella la primera vez que la viera. Había demostrado ser bastante listo. En un intento por identificar alguna conducta sospechosa, Miguel hizo una observación detallada de los pasajeros, pero no fue capaz de llegar a ninguna conclusión. Casi todos permanecieron en la estación por pocos minutos, excepto una mujer muy elegante que miraba el reloj y el tablero de salida una y otra vez. También vio a un chico sentado en un banco, que ya estaba allí cuando ellos llegaron. Parecía muy concentrado en el libro que leía y permanecía ajeno al mundo real.

Además, Miguel vio a una familia: padre, madre, y dos chiquillos, niño y niña, que se entretenían con un móvil. Ninguno de aquellos «pasajeros» parecía ser el ratero de la estación. ¿Habrían escogido un mal día?

Un par de horas después, Ángela regresó en uno de los trenes provenientes de Logroño. Llevaba una bolsa de papel de una reconocida tienda de ropa, recorrió el andén y se internó en la estación. Tenía una actitud bastante distraída. Miguel tensó los músculos de la espalda y los hombros, en especial, cuando el chiquillo que jugaba con su hermana se alejó de su familia con paso decidido, para acercarse a la subinspectora por la espalda. El chaval sacó una navaja del bolsillo, y cortó la mochila de Ángela a la altura que le permitía su estatura. Cuando ya había metido la mano para coger el monedero, Miguel apresó su muñeca. Ángela giró sobre sí misma para apoyar a su compañero en la captura del ladrón, y se quedó de una pieza cuando se vio obligada a bajar la vista hacia el chiquillo.

Con la muñeca sujeta con firmeza por el policía, el niño comenzó a removerse con desesperación, pero la fuerza de la tenaza que lo sujetaba era desproporcionada. El chico apretó los dientes y le propinó una patada en la espinilla a Miguel, empleando toda la fuerza que imprime el instinto de supervivencia. Con un grito, el inspector soltó al pequeño y fiero ladrón. El ratero comenzó a correr, pero uno de los guardias de seguridad de la estación, que había permanecido atento, lo interceptó antes de que pudiera alcanzar la puerta. Ángela se acercó a su compañero, sin disimular su preocupación, mientras Pedrera se ponía de pie con el rostro desfigurado por el dolor.

—Estoy bien, aunque el cabroncete me pateó con ganas.

El vigilante sujetaba al chiquillo por los brazos, cuidando mantener la suficiente distancia para no sufrir la suerte del inspector.

Los policías se acercaron al vigilante y el chico. Miguel todavía cojeando.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la subinspectora.

La única respuesta del chaval fue un gruñido, y un intento de zafarse del guardia a la desesperada. El jefe de seguridad de la estación y otro vigilante se acercaron a la familia, que contemplaba los acontecimientos con ojos de besugo al horno.

Miguel usó su manaza para sujetar al chico por el hombro, sin que el vigilante le hubiera soltado el brazo. Por lo visto, el chaval comprendió que no tenía escapatoria, porque dejó de forcejear. Entonces, lo condujeron hasta la hilera de sillas que ocupaba la familia. Ángela se identificó y les mostró sus credenciales.

—Necesitamos saber sus nombres y el de su hijo.

La madre cruzó los brazos por delante de la niña en gesto protector, al mismo tiempo que el padre cogía aire para responder.

—Mi nombre es Pedro Gutiérrez, y ellas son mi mujer, María, y mi hija, Pilar. En cuanto al nombre del chico, lo lamento, pero lo desconozco.

—¿No es su hijo?

Pedro negó con la cabeza.

—No. Pilar es nuestra única hija. Perdimos el tren a Madrid, y no tenemos otra alternativa que esperar el que sale esta tarde. Este chiquillo se acercó para jugar con nuestra hija —Gutiérrez encogió los hombros—, pero es la primera vez que lo vemos. Solo nos dijo que se llamaba Juan, y no tenemos idea de cuál es su apellido.

Miguel apretó un poco el hombro del chico.

—Te lo preguntaremos de nuevo, Juan. ¿Cuál es tu nombre completo? ¿Cuántos años tienes y dónde vives?

El chaval solo negó con la cabeza y clavó la mirada en la punta de sus pies, pero no dijo una palabra. Ángela miró al chico de arriba abajo.

—Yo diría que debe tener ocho o nueve años.

Miguel rechinó los dientes. Estaba acostumbrado a arrestar a delincuentes peligrosos, pero ¿qué hacía con un niño de ocho o nueve años, del que no sabía ni su nombre?

—Lo último que esperaba era encontrarme en una situación como esta —reconoció Pedrera, mirando a su compañera con desamparo. Ángela suspiró.

—Supongo que tendremos que llamar a los Servicios Sociales. Ellos están preparados para este tipo de situaciones.

Al escucharlos, el chaval intentó zafarse de nuevo, pero entre el vigilante y Miguel lo tenían bien sujeto, y procuraban mantener sus pantorrillas a una distancia prudente.

—Si quieren, pueden usar mi despacho mientras resuelven la situación —ofreció el jefe de seguridad.

Los policías aceptaron de inmediato y llevaron al chaval hasta allí, casi a rastras. Ángela se apartó del grupo. Una vez que llegaron a la cómoda y climatizada oficina, el jefe de seguridad cerró la puerta con llave, y solo entonces, Miguel aflojó la tenaza que sujetaba el hombro del chaval.

—Siéntate y no te muevas —le ordenó con voz autoritaria—. Como me des problemas, me olvidaré de consideraciones y te llevaré a un reformatorio. Así que tú mismo.

El chiquillo obedeció, se mordió los labios y bajó la mirada. Sin quitarle la vista de encima, Pedrera usó su móvil para comunicarse con los Servicios Sociales. Pocos minutos después, llamaron a la puerta. El jefe de seguridad abrió, teniendo cuidado para no darle oportunidad al chaval de escapar. Le permitió entrar a la subinspectora y volvió a cerrar la puerta.

Ángela llevaba una bolsa de papel en la mano, y se la entregó a Juan. El chico escrutó en ella, y sus ojos se abrieron como los de una lechuza. De inmediato comenzó a dar cuenta del bollo y el refresco, con avidez de ave rapaz.

—Acabo de hablar con los Servicios Sociales —le anunció Miguel a su compañera—. Enviarán a alguien. Solo queda esperar.

Cuarenta y cinco minutos después, llegó una mujer de casi sesenta años, con el cabello blanco, los ojos azules, y una sorprendente agilidad para su sobrepeso.

—Mi nombre es Emma Navarro. ¿Ustedes son los policías que arrestaron a un niño cometiendo un delito in fraganti?

—No fue «en fraganti» —protestó Juan—. Fue en la sala de espera de la estación.

A Miguel no se le escapó que Ángela tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar la carcajada. Él mismo se vio en apuros. Carraspeó un par de veces para recuperar el control y le informó todos los detalles del arresto a la trabajadora social.

Después de escuchar el relato de los policías, Emma se sentó en la silla junto al ladronzuelo y con palabras suaves y promesas de ayuda, trató de convencerlo de que les dijera su nombre completo, pero no lo consiguió.

Ante el fracaso de la trabajadora, Ángela se agachó junto al chiquillo.

—Escucha, Juan. Todo lo que queremos es llevarte con tu familia, pero para ello necesitamos saber quiénes son y dónde viven.

El chaval negó con la cabeza y comenzó a llorar.

—No puedo decirles dónde vivo. Déjenme marchar, por favor.

Emma miró al chico con tristeza.

—No podemos dejarte a tu suerte, Juan. Me temo que si no nos dices cómo encontrar a tu familia, tendremos que llevarte a un Centro de Acogida.

Juan sacudió la cabeza con desesperación, saltó de la silla y corrió hacia la puerta para tratar de abrirla, a pesar de que está cerrada con llave.

—¡Dejen que me marche, por favor! ¡Quiero irme! ¡Juro que no volveré a robar! ¡Se los suplico!

Sus gritos se le clavaron en el alma a Miguel. El curtido policía intercambió una mirada con su compañera, y comprendió que ella sentía lo mismo que él.

Emma se acercó al chiquillo y le habló con una dulzura digna de una madre, al mismo tiempo que le acariciaba la cabeza.

—No queremos hacerte daño, Juan. Nuestra intención es protegerte. Si nos dices dónde vives, te llevaremos a casa, pero no podemos dejarte solo por las calles, sin saber si estarás bien.

Juan se acurrucó en el suelo y lloró con desesperación.

—¿Es que no lo entienden? Tengo que ir a casa. Tengo que ir a casa.

La señora Navarro se puso de pie, y con los ojos humedecidos encaró a los policías.

—¿Pueden darme apoyo para llevar a Juan al Centro de Acogida? Temo que sin su respaldo intente escaparse por el camino, y no me perdonaría si le llegara a pasar algo.

Con el corazón encogido, Miguel y Ángela asintieron.

Capítulo 25

Salazar y Telmo llegaron a Dronventsa con el coche patrulla pisándoles los talones. Aparcaron el Clío al frente de la fábrica y entraron con paso decidido. Los agentes los siguieron a corta distancia. En cuanto cruzaron la puerta de la nave, los recibió una agradable temperatura, varios grados más baja que en el exterior, y una mezcla de olores a plástico, resina sintética y fibra de vidrio, que al inspector le recordó el laboratorio de informática. Los policías no pasaron desapercibidos. Mientras recorrían la distancia que los separaba de la oficina de Administración, se levantó un murmullo sordo y se repartieron varios codazos. Como si usaran anteojeras, los detectives ignoraron las naturales reacciones de curiosidad, y siguieron adelante.

En cuanto cruzaron la doble puerta de cristal, Dalia apartó la mirada de la pantalla del ordenador y enarcó las cejas.

—Inspector. Es muy temprano. El señor Sosa todavía no ha llegado.

Néstor negó con la cabeza.

—Créame que soy muy consciente de la hora, señora Martínez. Me temo que traemos malas noticias.

El rostro de la secretaria perdió el color.

—¿Malas noticias? ¿A qué se refiere?

—El señor Marcos Sosa fue asesinado anoche en su casa.

Dalia se cubrió la boca con la mano y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo es posible? ¿El señor Sosa, muerto? ¿Qué está ocurriendo, inspector?

—Eso es lo que queremos averiguar, señora Martínez. Y necesitaremos su colaboración.

Dalia parpadeó.

—Sí, claro, por supuesto, pero ¿qué puedo hacer yo?

—De momento, le pediré que salga de la oficina. Los peritos de Científica deben estar por llegar, y debemos levantar un perímetro alrededor de toda el área administrativa.

—Por supuesto. Permítame apagar el ordenador, coger mi bolso, y…

El inspector frunció el ceño.

—Me temo que no se lo puedo permitir, Dalia. Todo debe permanecer como está en este momento. Le agradecería que nos acompañara afuera.

La secretaria parpadeó. A un gesto de Salazar, Telmo les dio instrucciones a los agentes. Debían levantar el perímetro y vigilar que nadie se acercara, hasta que llegaran el jefe Barros y su equipo.

Dalia se quedó plantada a las puertas de su lugar de trabajo con la mirada perdida, y el desconcierto pintado en el rostro. Después de comprobar que se estaba siguiendo el procedimiento, Salazar se acercó a ella.

—Señora Martínez, ¿hay algún despacho fuera del área de Administración que podamos usar para entrevistar a los empleados?

—Eh, sí, claro. La jefa de planta dispone de un cubículo cerca del departamento de ensamblaje.

—Perfecto, llévenos allí, por favor.

La secretaria acompañó a los detectives al otro extremo de la nave, bajo la mirada curiosa de los empleados que hasta ese momento habían estado ocupados con un dron de considerable tamaño. Otros dos operarios apartaron la atención de las pantallas de sus ordenadores, para centrarla en los policías. Salazar observó que cada ordenador se conectaba con el dron a través de un cable como si se tratara de un Frankenstein moderno. La secretaria siguió adelante hasta que llegaron a un pequeño cubículo, apenas un poco más grande que un cuarto de escobas. La puerta era de cristal templado, y Dalia la cruzó sin llamar. Detrás del escritorio había una chica que rondaba los treinta años, con una larga cabellera lacia recogida en una coleta, y gafas de pasta. Levantó la mirada de la pantalla y frunció el ceño ante la intromisión. Dalia hizo un gesto hacia ella con la mano.

—Inspector, le presento a Marisol Ferrero, nuestra jefa de planta. Lamento interrumpirte, Marisol. Estos policías necesitan usar tu despacho por algunas horas.

—¿Policías? Dalia, ¿tú has estado llorando? ¿Qué ocurre?

Después de secarse los ojos con su pañuelo, la secretaria puso al día a su compañera, acerca de los últimos acontecimientos. Marisol llenó sus pulmones de aire, cerró el portátil y se levantó de su silla.

—Estaré afuera. Hablaré con el personal, mientras…

Telmo la interrumpió.

—Preferiríamos que no les dijera nada, todavía. Ya les explicaremos nosotros cuando les toque su turno en la entrevista.

—Como quieran.

El inspector ocupó la silla que Ferrero acababa de dejar libre.

—Comenzaremos por usted, señora Martínez.

Telmo se quedó de pie junto a su jefe. Dalia se sentó frente a Salazar y comenzó a retorcer el pañuelo que tenía en las manos,

enjugándose una lágrima de vez en cuando.

—Ayer le dije lo poco que sabía.

Néstor balanceó un poco la silla, y relajó los músculos.

—Ayer fue ayer, señora Martínez. Hoy todo ha cambiado. Sus dos jefes han muerto en menos de veinticuatro horas, y estamos aquí para tratar de averiguar quién lo hizo y por qué.

—Me temo que no sé nada, pero, pregunte lo que quiera.

—¿El señor Sosa tenía problemas en la fábrica? ¿Alguna discusión con un empleado, por ejemplo?

—Nada de eso. Al contrario del señor Rojas, el señor Sosa era muy amable y cercano con sus empleados.

—¿Alguna queja por acoso sexual?

—Por supuesto que no.

—¿Qué nos puede decir de la empresa? ¿Tiene dificultades?

—No. La mayoría de los drones se utilizan para fotografía o labores del campo. Dronventsa dispone de todos los permisos y documentación legal. Todavía hay poca competencia y casi no nos damos abasto con los pedidos.

—¿Y las cuentas?

—Estamos solventes y tenemos una buena facturación. Los proveedores entregan y cobran con puntualidad. Todo iba bien. No me explico por qué…

Telmo cruzó los brazos y frunció el ceño.

—¿Sabe si alguno de los empleados estaba descontento?

—Acabo de decirles que no.

El subinspector negó con la cabeza.

—No, lo que nos dijo fue que Sosa no tenía problemas con ningún empleado. Ahora le estoy preguntando por la empresa. Es diferente.

Dalia suspiró.

—La plantilla es muy estable y no se ha despedido a nadie, desde que la fábrica se abrió.

Salazar se inclinó hacia adelante.

—Así que nunca ha habido cambios en la plantilla.

—A ver, eso no fue lo que dije. En realidad, sí hubo un cambio.

Néstor y su compañero cruzaron una mirada, después de la cual, el inspector tensó los músculos de la espalda.

—¿En qué consistió ese cambio?

—Uno de los chicos de embalaje y transporte renunció hace pocas semanas.

—¿Cuál es su nombre?

—Edgar Soliz.

Telmo tomó nota en su móvil y levantó la mirada.

—¿Quién lo sustituyó?

—El nombre del chico nuevo es Tomás Ríos. Estamos muy satisfechos con su trabajo.

El inspector se apoyó en el respaldo y comenzó a juguetear con un bolígrafo que encontró sobre la mesa.

—¿Por qué renunció Soliz?

—No dio un motivo. Tan solo se presentó un día con una carta de renuncia.

—¿Tiene su dirección?

—Sí, claro, pero tendré que buscarla en el archivo, y ustedes mismos no me permiten acercarme ahora.

—No se preocupe, si está en el archivo, nosotros lo encontraremos —Salazar lanzó una mirada a Telmo, quien salió del cubículo sin decir una palabra—. De acuerdo, señora Martínez, necesito que me aclare algo sobre el señor Sosa… ¿era una persona ordenada?

—Es curioso que lo pregunte. Yo diría que era su mayor virtud y su peor defecto. Era meticuloso y ordenado hasta la obsesión. Todo tenía un espacio asignado y estaba clasificado por colores. Al principio fue muy duro adaptarme a su forma de trabajar, pero una vez que comprendí su sistema, todo resultó mucho más fácil.

—Así que nunca dejaba las cosas tiradas por ahí.

—¿El señor Sosa? Por supuesto que no.

—¿Tiene usted noticia de cuáles eran las preferencias sexuales de su jefe?

Dalia enrojeció hasta las orejas.

—Eso no lo sé, inspector. Nunca llegamos a hablar sobre temas personales.

—Entonces, supongo que tampoco hubo murmuraciones ni cotilleos.

La secretaria frunció el ceño y enderezó la espalda.

—Por supuesto que no. Estamos aquí para trabajar. Estoy segura de que ese tipo de comportamiento no habría sido tolerado por nuestros jefes.

—Le agradezco mucho su colaboración, señora Martínez. Ahora debo hablar con el resto de los empleados. Quiero comenzar por el nuevo.

—¿Por Tomás?

Salazar asintió.

—Por favor, hágalo llamar.

Mientras Néstor esperaba la llegada del empleado, Telmo regresó y le confirmó que ya tenía la dirección de Soliz. También puso sobre el escritorio las carpetas con las fichas de todos los empleados. Casi de inmediato, un chico apareció en la puerta. Vestía un mono de trabajo con el logo de Dronventsa. El ceño fruncido y la mandíbula

tensa contrastaban con el rostro angelical y el cabello rubio rizado. Salazar abrió la carpeta que correspondía al joven y leyó su ficha: «Tomás Ríos, 18 años, trabajador no cualificado. Salario: 965 euros». Ríos se sentó frente al inspector.

—Me dijo Dalia que ustedes son policías. ¿Qué quieren?

Salazar y Telmo intercambiaron una mirada, y el subinspector cruzó los brazos. Néstor se inclinó hacia adelante para comenzar la entrevista.

—Solo queremos hacerte algunas preguntas, Tomás.

—¿Sobre qué? Yo aquí soy el último mono y además, estoy recién llegado. Si alguien no sabe nada, ese soy yo.

—Supongo que conocías a tus jefes —intervino Telmo.

—Aquí todos son mis jefes. Ya les dije que yo soy el último mono.

Salazar llenó sus pulmones de aire.

—Mi compañero se refiere a Rafael Rojas y Marcos Sosa. Ambos asesinados en las últimas veinticuatro horas.

Tomás se recostó en el respaldo y estiró las piernas.

—Apenas los conocía. La jefa de planta es quien se ocupa de la logística del transporte. Ella me da las órdenes.

—¿Cómo conseguiste el trabajo? ¿Te envió una agencia de empleo?

Ríos soltó un gruñido.

—No. Conseguí el empleo gracias a Edgar. Me contó que pensaba renunciar y que su plaza iba a quedar vacante. Yo estaba buscando trabajo y le dije que me interesaba. Él habló con Dalia y me recomendó. Me contrataron. Fin de la historia.

—¿Dónde conociste a Edgar?

Tomás torció la boca.

—Por ahí. Tenemos amigos comunes.

—¿Por qué renunció Soliz?

—Eso tendrán que preguntárselo a él. ¿No creen?

Telmo cambió la postura y clavó la mirada en el joven.

—¿En qué consiste tu trabajo, Tomás?

El chico guardó silencio por un par de segundos, antes de responder.

—Embalo los drones y los entrego a los clientes en la furgoneta de la empresa. Son piezas muy delicadas, y si no se manipulan bien, pueden dañarse con facilidad.

—De acuerdo, Tomás —Salazar apoyó la espalda en el respaldo —. Es todo por ahora. Por favor, dile a la señora Ferrero que entre.

Mientras Marisol sustituía a Tomás en la silla frente a Salazar, él consultó la carpeta correspondiente a la jefa de planta: «Marisol Ferrero, 32 años, ingeniera industrial con máster en electrónica.

Sueldo: 2150 euros». La fecha de su contratación coincidía con la de la creación de la empresa. El inspector sostuvo la carpeta entre las manos y enderezó la espalda.

—¿Cómo era su relación con sus jefes, señora Ferrero?

Ella parpadeó como si esa fuera la última pregunta que esperaba.

—Eran mis patrones. Teníamos una relación profesional. Supongo que podría calificarla como cordial y distante.

—¿Era igual con los dos o había alguna diferencia?

Marisol se tomó un par de segundos para responder.

—El señor Rojas mantenía las formas, Sosa, en cambio, era más campechano, pero la conducta de ambos era muy correcta. Supongo que la diferencia del trato se debía a sus correspondientes personalidades.

—¿Usted tuvo algún problema con cualquiera de ellos?

—No.

—¿Acoso sexual? —preguntó Telmo.

—Por supuesto que no. Lo habría denunciado de inmediato.

—¿Sabe si alguno de los otros empleados tenía algo contra los patrones? —preguntó el inspector.

—No, que yo sepa. Al menos, ninguno se quejó conmigo.

Telmo negó con la cabeza, despacio.

—Esta empresa tiene varios años en funcionamiento… Cuesta creer que todos fueran felices y nadie tuviera ninguna queja.

Marisol se acomodó en el asiento.

—Dronventsa es una empresa de alta tecnología, señor…

—Telmo, subinspector Telmo Álvarez.

—De acuerdo, subinspector Álvarez. Los patrones eran muy conscientes de que los trabajadores de Dronventsa son muy calificados, y que la buena marcha de la fábrica depende de su pericia, así que cuidaban mantenernos satisfechos con nuestros empleos.

—¿Con eso quiere decir que no hay suficientes aspirantes calificados para esas plazas?

—Por supuesto que los hay, pero además de los estudios previos, la experiencia también es importante. Y eso lo sabían los jefes.

El móvil de Salazar comenzó a sonar con insistencia. Después de consultar quién lo llamaba, el inspector respondió.

—Espera un momento, Diji. Muchas gracias, señora Ferrero. Puede marcharse.

—¿Quiere que haga pasar…?

—No se preocupe. Ya nos ocupamos nosotros.

La jefa de planta abandonó el cubículo con evidente alivio, al mismo tiempo que Néstor intercambiaba una mirada con Telmo, y

volvía a centrarse en la llamada.

—Ya estoy contigo, Diji.

—Investigué las coartadas de los sospechosos del caso Rojas para la hora del homicidio del socio, inspector.

—Te escucho.

—Teresa Rebolledo, Iris Moles y sus correspondientes hijos afirmaron que estaban durmiendo en sus camas a la hora en que Sosa fue asesinado. Cada uno de ellos confirma la coartada de su conviviente.

Néstor negó con la cabeza.

—Eso significa que ninguno tiene una coartada sólida, pues todas las evidencias señalan que el asesino actuó con la ayuda de un cómplice.

—Con respecto a la exmujer y las hijas de Sosa, la situación es muy diferente. Ellas sí pueden demostrar que pasaron la noche en sus correspondientes ciudades.

—Bien, al menos hay alguien a quién podemos descartar como sospechoso.

—Hay más, señor —le advirtió Cheick—. Me puse en contacto con todas las tiendas de empeño de la ciudad. Ninguna admite haber recibido algún objeto con las características de los bienes robados a las víctimas.

—De acuerdo, Diji. Buen trabajo.

Antes de llamar al siguiente empleado, Salazar compartió la información con su compañero. Telmo escuchó con atención y frunció el ceño.

—Si quiere saber lo que pienso, jefe…

—Por supuesto, Telmo.

—Yo sigo creyendo que encontraremos al homicida entre la exmujer y la inquilina de Rojas, y sus correspondientes hijos, por supuesto.

—Quizá, pero…

—Lo sé. No podemos descartar otras vías de investigación, a menos que encontremos evidencias concretas.

—Que es lo que no tenemos en este caso. Haz pasar al siguiente empleado, Telmo. Sé que resulta tedioso escuchar lo mismo una y otra vez, pero es necesario, y es parte de nuestro trabajo.

Los policías continuaron con los interrogatorios, y como bien predijo el inspector, el resto de los empleados respondió de manera similar a las preguntas de los policías. Sus relaciones con sus jefes eran cordiales, pero distantes. Ninguno tenía nada contra ellos ni sabían de alguien que albergara resentimientos.

Cuando por fin terminaron de entrevistar al último, Salazar pidió hablar de nuevo con Dalia. La secretaria ya estaba más calmada.

El inspector la invitó a sentarse frente a él.

—Dígame, señora Martínez. ¿Quién se ocupa de llevar los libros de la empresa?

—El señor Antonio Valbuena es el gestor de Dronventsa.

—Debemos hablar con él.

La secretaria escribió sobre una libreta de notas que reposaba en el escritorio.

—Tiene su despacho en la calle Ventilla, y estos son sus datos de contacto.

Capítulo 26

Después de recibir la información sobre el gestor de la empresa, Salazar y Telmo salieron del cubículo. Pasaron frente a las oficinas administrativas y encontraron a los dos agentes de guardia en el perímetro. Rodríguez se acercó a sus superiores.

—Inspector, ya los peritos de Científica llegaron y están trabajando.

—Gracias, Rodríguez. ¿El jefe Barros está con ellos?

—No, señor.

—De acuerdo. Hablaré con él en el laboratorio, más tarde.

Los detectives salieron de Dronventsa y regresaron al Clío.

—¿Y ahora qué, jefe?

Néstor lo pensó por un momento.

—El gestor. Hagámosle una visita ahora mismo.

—¿Piensa que puede estar involucrado?

—Eso todavía no lo sé, Telmo, pero no creo que sea coincidencia que el asesino haya ido a por ambos socios. Debemos centrar el foco en la fábrica de drones, y las cuentas de la empresa pueden proporcionarnos información interesante.

El subinspector regresó a su mutismo habitual. Quince minutos después, Salazar aparcaba frente a la dirección que les había proporcionado Dalia. El edificio hacía esquina, y sus cinco pisos resaltaban sobre las construcciones vecinas. En el segundo piso, un cartel pintado bajo una de las ventanas anunciaba: «Gestoría Antonio Valbuena». Después de localizar el portal entre dos tiendas, los policías subieron la empinada escalera, al final de la cual, se encontraron en un amplio pasillo donde solo había una puerta de vidrio templado. La oficina debía ser muy grande si abarcaba toda la planta.

Llamaron al timbre, y un chirrido les avisó de que les habían abierto. Néstor empujó la puerta de vidrio y enseguida sintió el frescor de un aire acondicionado a temperatura de iglú. Se habría quedado allí el resto del día. Entraron en una amplia sala de espera vacía. Una secretaria los esperaba detrás de un mostrador de mármol con una mampara de vidrio. Un aromatizador poco definido hacía esfuerzos desesperados por ocultar el olor a humedad de la alfombra, con poco éxito.

La secretaria los esperó con una sonrisa artificial que apenas alcanzaba la comisura de sus labios, y que enseguida fue sustituida por un fruncimiento de ceño. Su mirada se clavó en la corbata de aguacates de Salazar.

—¿En qué puedo ayudarlos, caballeros? —preguntó con voz de hastío.

El inspector ladeó la cabeza y compuso su cara de pánfilo atolondrado. Una de sus favoritas, aunque Paca no debía opinar lo mismo, pues le bufaba cada vez que la ensayaba. Después de identificarse con la poco comunicativa mujer, los detectives solicitaron hablar con el señor Valbuena. Ella pasó del mal humor al desconcierto.

—Denme un momento para avisarle —La secretaria se ausentó por un par de minutos y regresó con una actitud más cordial—. El señor Valbuena los recibirá de inmediato. Síganme por aquí, por favor.

Antonio Valbuena los esperaba detrás de su escritorio. El gestor de Dronventsa rompía el cliché del chupatintas sedentario, pues debajo del traje a la medida se intuían horas de gimnasio. La mirada de Salazar se centró en los diplomas que estaban detrás del treintañero con apariencia de jugador de rugbi. Casi todos estaban a nombre de José Luis Valbuena, y Néstor comprendió que se trataba del padre de Antonio.

—Mi secretaria me dijo que ustedes son de la Policía. Supongo que están aquí por la trágica muerte de mi cliente, el señor Rafael Rojas.

—Supone bien, señor Valbuena, pero me temo que traemos malas nuevas: el señor Marcos Sosa fue asesinado anoche.

Después de soltarle la información así, sin anestesia, Néstor observó la reacción del gestor sin dejar escapar detalle. Lo primero que notó fue que perdió el color, como si los pigmentos de su piel se hubieran evaporado de un momento a otro. Señal de que la noticia lo cogió por sorpresa.

—Es… Es espantoso. ¿Y ustedes creen que esos crímenes tienen algo que ver con la contabilidad de Dronventsa?

—No lo sabemos, señor Valbuena. Díganoslo usted. ¿Tienen algo que ver?

Antonio parpadeó.

—Yo no… No, no lo creo. No hay nada mal con las cuentas de Dronventsa.

—¿Está seguro? —preguntó Telmo con su acostumbrado tono fúnebre—. Si sabe algo, este es el mejor momento para decirlo.

—Les aseguro que no. Dronventsa mantiene saldos positivos y es una empresa rentable.

El inspector ocupó una de las sillas frente al gestor, sin que este lo invitara a sentarse.

—¿Cuál fue el Banco que otorgó el crédito?

Antonio parpadeó.

—¿Qué le hace pensar que hubo un crédito?

Salazar clavó su mirada en el gestor.

—Estamos hablando de una empresa de alta tecnología, con trabajadores especializados que cobran muy por encima de la media… Yo no diría que es un negocio familiar. Debió necesitar una inversión inicial considerable para si quiera abrir sus puertas.

El gestor negó con la cabeza.

—Entre los socios reunieron el capital necesario. No tuvieron necesidad de solicitar ningún crédito para crear la fábrica.

Néstor y Telmo intercambiaron una mirada, y Álvarez movió los labios en silencio para que Salazar los leyera: «Coparsa». El inspector parpadeó. La indemnización debió ser más alta de lo que habían creído en un principio.

—¿Qué valor tiene Dronventsa en este momento? —preguntó Telmo.

—Alrededor de quince millones de euros.

Álvarez contuvo la respiración por un momento, y luego dejó escapar un silbido que hizo enarcar las cejas de Salazar, más por la reacción de su compañero que por la desorbitada cifra.

—¿Y cuál fue el capital que invirtieron en el momento de su creación? —preguntó el inspector.

—La empresa se ha revalorizado. La inversión inicial fue de tres millones doscientos veinticinco mil.

—¿Con cuántos céntimos? —Valbuena enarcó las cejas—. Era broma. Solo para relajarnos un poco, después de semejante baile de millones.

Antonio llenó sus pulmones de aire y enderezó la espalda.

—Dronventsa no era un proyecto que estuviera al alcance de cualquiera.

—Eso, desde luego. ¿Sabe usted dónde consiguieron sus clientes el dinero para semejante aventura?

—Sí, por supuesto. Recibieron una indemnización de…

—¿Se está burlando de nosotros? —lo interrumpió Telmo.

—Todos los documentos estaban en regla —se defendió Valbuena.

—¿De cuánto fue la indemnización?

—Medio millón para el señor Rojas y trescientos cincuenta mil para el señor Sosa.

Néstor entornó los ojos.

—Eso está muy lejos de lo que invirtieron para crear

Dronventsa. ¿De dónde salió el resto del dinero?

Valbuena carraspeó.

—Le hice esa pregunta al señor Sosa cuando me contrataron… Me dijo que hicieron inversiones en la bolsa que resultaron muy lucrativas.

Salazar y Telmo intercambiaron una mirada. Entonces, el inspector chasqueó la lengua.

—¿Lucrativas? Yo diría que desproporcionadas. ¿Por qué lo escogieron a usted como gestor?

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué no?

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre su salida de la universidad y el momento en que lo contrataron?

—Yo… Eh… Siete meses —Antonio se enderezó en la silla para parecer más alto—, pero me gradué con matrícula de honor.

Salazar frunció el ceño.

—¿Qué puede decirnos acerca de las cuentas de Dronventsa?

—Es una empresa próspera y sin ningún problema financiero. Ha conseguido salvar los períodos de crisis con éxito.

Telmo cruzó los brazos y rechinó los dientes.

—¿Cómo lo consiguió?

—La fabricación de drones es un negocio en el cual todavía hay poca competencia, y el perfil de sus clientes es de alto poder adquisitivo o con una necesidad que convierte sus productos en una inversión y no un gasto.

—¿La reciente escasez de microchips no los afectó? —insistió el subinspector.

Valbuena llenó sus pulmones de aire y se recostó en el respaldo.

—El señor Rojas era muy previsor, así que cuando el problema se presentó, la fábrica disponía de suficiente inventario de componentes como para no detener la producción.

Salazar frunció el ceño.

—De acuerdo, señor Valbuena. Deberá entregar los libros de contabilidad de Dronventsa para que los revisen nuestros peritos.

—¿No necesitan una orden judicial para eso?

Condenadas series policiales.

—Descuide, el mensajero de la Jefatura Superior que pasará a recogerlos traerá una orden.

—Los tendré preparados.

Después de concluir la entrevista, Salazar y Telmo regresaron al Clío. En cuanto se colocaron los cinturones de seguridad, Néstor se volvió hacia el subinspector y le ordenó comunicarse con Aristigueta y con Científica para procesar la orden y recoger los libros de contabilidad. Telmo usó su móvil para seguir las instrucciones de su jefe, mientras Salazar conducía por las calles de Haro, casi desiertas a

esa hora. Que los jarreros eran demasiado listos como para salir con ese calor. Solo un par de pringados como ellos desafiaba a un Lorenzo tan iracundo como el que resplandecía ese día. Telmo terminó su última llamada.

—¿Adónde vamos ahora, jefe?

—Es hora de hablar con Edgar Soliz.

Capítulo 27

Ya los detectives se encontraban a solo un par de manzanas de la casa del exempleado. Salazar aparcó en la calle Conde de Haro, y se apearon del coche, contentos de dejar atrás la cabina cerrada y el tufo nostálgico del Clío. Después de internarse a pie en la calle Taranco, llegaron al número quince y se detuvieron frente a una vieja casa de dos plantas, agobiada entre los edificios que la circundaban. La fachada de piedra, la vieja puerta de madera medio podrida, y las ventanas con rejas de hierro forjado, pintado de negro capa sobre capa, daban fe de su antigüedad y escaso mantenimiento.

A un gesto de Salazar, Telmo llamó a la puerta. Les abrió una anciana que frunció el ceño en cuanto vio al inspector.

—No compro nada, no me convertiré a ninguna religión extraña, no respondo encuestas y no tengo nada para donar, así que por favor, sigan su camino.

Néstor vació sus pulmones de aire por completo. Entonces, le mostró la identificación que ya tenía en la mano. Experimentado que era uno. La mujer se puso las gafas que llevaba colgadas al cuello y estudió el carné, de la misma forma que un científico estudia una bacteria recién descubierta, a través de un microscopio.

—¿Usted es policía?

—Es lo que dice ahí.

Ella cogió aire para decir algo, pero debió arrepentirse, porque se quedó callada por un instante, antes de volver a hablar.

—No hemos llamado a la Policía. ¿Qué desean, inspector?

—¿Podría decirnos su nombre, señora…?

—Olivares. María de Jesús Olivares.

—¿Es esta la casa de Edgar Soliz? —preguntó Salazar.

El color abandonó el rostro de María Jesús.

—Es mi nieto.

—¿Está en casa? Necesitamos hablar con él.

—Salió esta mañana temprano para buscar trabajo. No ha regresado todavía.

—¿Podría llamarlo y pedirle que regrese a casa? Es importante.

—¿Está en problemas?

El inspector desplegó su sonrisa más cándida.

—Puede ser un testigo vital para el caso que investigamos.

Nada de qué preocuparse.

—De acuerdo, lo llamaré. ¿Quieren esperarlo adentro?

Salazar sacudió la cabeza.

—Lo esperaremos aquí, gracias.

La señora Olivares asintió y cerró la puerta. Veinte minutos después, un joven desgarbado se acercó a ellos desde la calle De La Vega. Néstor lo identificó, porque llevaba la confusión pintada en el rostro. En cuanto vio a los policías, el chico enarcó las cejas y sacó sus llaves del bolsillo. Salazar dejó que se aproximara, antes de abordarlo.

—¿Es usted Edgar Soliz?

La mirada del joven se clavó en la corbata del inspector.

—Eh… sí. Mi abuela me llamó al móvil para decirme que regresara de inmediato, que la Policía quería hablar conmigo. ¿Son ustedes?

Néstor le mostró la identificación que tenía en la mano. Soliz tragó saliva y abrió la puerta. María Jesús lo esperaba en la entrada, frotándose las manos.

—Edgar, ¿qué está ocurriendo?

—Tranquilízate, abuela. No hay nada de qué preocuparse.

Soliz escrutó los rostros de los policías, pero ellos no movieron ni un músculo.

—¿Dónde podemos hablar en privado, señor Soliz?

—Eh, por aquí.

Edgar condujo a los detectives al salón y los invitó a sentarse. Él ocupó una silla frente a ellos. Salazar se acomodó la corbata. Que la apariencia era importante. Comenzó el interrogatorio a quemarropa.

—¿Por qué dejó su trabajo en Dronventsa, señor Soliz?

—Era demasiado rutinario. Sentía que era capaz de hacer algo mejor.

—¿Tenía algún otro proyecto en mente?

Soliz centró su atención en la punta de sus zapatos.

—Nada concreto, pero estoy seguro de que encontraré una mejor oportunidad.

Néstor intercambió una mirada con su compañero, y le hizo un gesto con la cabeza. El subinspector cogió el relevo.

—¿Cuándo renunció?

—Hace tres semanas.

—Y usted vive aquí con su abuela.

—Sí, yo… Vivía en Badajoz con mis padres, pero me dieron la oportunidad de trabajar en Dronventsa y…

—¿Por qué le dieron esa oportunidad? —lo interrumpió Salazar.

—¿Disculpe?

—Acaba de reconocer que su trabajo en Dronventsa era

rutinario, y estará de acuerdo conmigo en que no se requiere mucha cualificación para llevarlo a cabo… Cualquier persona que buscara empleo en Haro podría haber cubierto la plaza. ¿Por qué hacerle venir a usted desde Badajoz?

Soliz bajó la mirada y habló en murmullos.

—Mi padre conoce al señor Sosa, y le pidió que me contratara.

Salazar se inclinó hacia adelante y frunció el ceño.

—¿Su padre? ¿De qué conoce al señor Sosa?

Ante el interés del policía, Edgar se echó hacia atrás.

—Él… Mi padre es de Haro. Él… él fue el chófer del señor Sosa hace algunos años, contratado por una empresa en la que ambos trabajaban.

—¿Cuál era el nombre de esa empresa? —preguntó Telmo.

—Yo no… No lo recuerdo.

Nuevo intercambio de miradas entre los detectives. Salazar se removió en el asiento, relajó los músculos y desplegó una sonrisa, que a Telmo le recordó al comisario.

—No importa, chaval. Lo investigaremos. ¿Cuál es el nombre de tu padre? Eso sí lo recuerdas, ¿no?

—Eh, sí, claro. Felipe Soliz.

Telmo tomó nota y Salazar cambió de postura.

—Así que, resumiendo, tu padre conocía a Marcos Sosa porque fue su chófer en su trabajo anterior, luego se marchó a Badajoz porque…

—Mi madre es pacense y ella quería vivir cerca de su familia.

El inspector se estiró la chaqueta.

—Comprensible. Así que el señor Sosa te dio el trabajo gracias a tu padre, y tú viniste a vivir con tu abuela para aprovechar la oportunidad, porque supongo que tienes la intención de independizarte…

—Sí, señor —respondió Edgar con formalidad.

—¿Tienes estudios?

—Eh, terminé la ESO, señor.

—Así que no estás cualificado en ningún oficio.

—No, señor.

—¿Tienes novia?

Soliz parpadeó ante la pregunta.

—Sí, señor.

Salazar cogió aire, antes de volver a la carga.

—Explícame algo, chaval. Dejaste a tu familia y amigos en Badajoz para venir a trabajar a Haro. Todavía no has conseguido independizarte, sino que sigues viviendo con tu abuela, y además tienes novia. No tienes una preparación que sea competitiva en el campo laboral. ¿Y aun así dejaste un trabajo fijo que te consiguió tu

padre solo porque te parecía rutinario, para deambular en búsqueda de un nuevo curro? ¿Cómo se explica semejante desatino? O eres más vago que el sastre de Tarzán o más tonto que el que quiso barrer el desierto.

Edgar cambió de posición en la silla y miró a los lados como si buscara una escapatoria.

—Es que… Me agobié.

—¿Por qué? —preguntó Telmo en tono seco.

Soliz se encogió de hombros en lugar de responder.

Salazar empleó el tono de voz más amable que pudo salir de su garganta, como si le estuviera hablando a un niño.

—¿Qué pasó, Edgar? ¿Acaso tuviste problemas con alguno de los jefes? ¿Alguien se quejó de ti?

El chico comenzó a frotar los dedos contra las manos como si quisiera arrancarse la piel.

—Claro que no. No tuve ningún problema con ellos. Y lo lamenté mucho cuando me enteré de la muerte del señor Rojas por las noticias.

—Del señor Rojas —repitió el inspector, pensativo—. Veo que no lo sabes todavía, Edgar… Marcos Sosa fue encontrado muerto en su casa anoche. También asesinado.

Los ojos de Edgar se abrieron más que el bostezo de un cocodrilo.

—¿El señor Sosa? Yo, eh… No lo sabía, inspector —El chico parpadeó para contener las lágrimas que pugnaban por salir—. Yo… Solo me cansé de empacar drones y recorrer La Rioja dos veces por semana para entregarlos. Es todo.

Telmo gruñó.

—No es creíble que dejaras un trabajo fijo para irte al paro, sin ningún motivo concreto.

Edgar pareció encogerse al escuchar las palabras del subinspector. Salazar ladeó la cabeza.

—Chaval, seamos adultos. Si no tienes nada que ver con lo que ha pasado, dinos la verdad y evítate problemas. Te puedo asegurar que mentirle a la Policía no es una buena idea.

—Le estoy diciendo la verdad, señor —insistió el chico, al borde del llanto—. Tiene que creerme.

Telmo frunció el ceño.

—Sabes que si tienes información acerca de los homicidios y te niegas a revelarla, podemos acusarte de obstrucción, ¿verdad?

—Le aseguro que no sé nada. Conseguir este trabajo resultó tan fácil, que creí que sería igual con cualquier otro que buscara. He sido un estúpido, lo reconozco, pero no tengo nada que ver con todo lo que está pasando.

Salazar cogió aire y más que pronunciar, disparó la siguiente pregunta.

—¿Dónde estuviste ayer, después de la medianoche?

—No creerá que yo…

—Responde.

—Yo… pasé la noche con mi novia.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Telmo.

—¿Por qué? No quiero que la molesten.

El inspector negó con la cabeza.

—Siempre será mejor que hable con nosotros y no que tenga que visitarte en una celda.

Edgar parpadeó.

—Su nombre es Juana Saavedra. Vive en el número 38 de esta misma calle.

Telmo tomó nota. Salazar no le dio pausa a Soliz.

—También necesitas una coartada para anteayer a las diez.

—Yo… estuve en una entrevista de trabajo.

—Tendremos que comprobarlo.

Soliz escribió una nota, y se la entregó al subinspector.

—De acuerdo, averiguaremos si nos has dicho la verdad —le advirtió Salazar—Ahora dime, ¿de qué conoces a Tomás Ríos?

—¿A quién?

El inspector y su compañero volvieron a intercambiar miradas.

—A Tomás Ríos.

—Ah, sí, Tomás. De por ahí. Creo que algún amigo me lo presentó un día que salí de marcha.

—¿Y lo recomendaste para que te sustituyera así, casi sin conocerlo? —preguntó Telmo con el ceño fruncido.

—Yo solo quería renunciar, pero temía que si dejaba el trabajo sin encontrar un sustituto, el señor Sosa se quejaría a mi padre y la tendría liada.

Néstor frunció el ceño.

—Liada creo que ya la tienes, chaval.

Salazar miró a su compañero y este hizo un ligero movimiento de negación con la cabeza. El inspector analizó sus opciones y se puso de pie.

—De momento nos vamos, Edgar, pero es posible que regresemos. No salgas de la ciudad sin avisarnos.

El chico tragó saliva.

—Sí, señor.

Cuando Salazar y su compañero ya habían salido de la casa, Telmo se detuvo en seco.

—¿Por qué abandonó tan fácil, jefe? Es evidente que oculta algo.

—Estoy de acuerdo contigo, Telmo, pero no tenemos ninguna evidencia para presionarlo. Si lo atosigamos, se cerrará en banda y no habrá forma de conseguir que nos revele algo. Deja que lo consulte con la almohada y se cocine en su propio jugo. Ya volveremos sobre su historia en otro momento, que esa no se la cree ni el que le puso un retrovisor a la bici estática. Mientras tanto, confirma sus coartadas.

—Sí, jefe.

La entrada de un mensaje en el móvil de Salazar interrumpió la conversación. El inspector lo leyó y torció la boca. Luego se volvió hacia su compañero.

—Telmo, coge un taxi y regresa a la comisaría. Indaga todo lo que puedas acerca de este pájaro —Señaló la casa con el pulgar—, pero antes de hacerlo, elabora un informe sobre Dronventsa. Quiero saber cuándo y cómo se creó, quiénes son sus proveedores y su competencia. Y por favor, envía la información a mi móvil lo antes posible.

Capítulo 28

Los detectives regresaron a la calle Conde de Haro. Una vez allí, Telmo sacó su móvil y llamó a un taxi. Salazar se acercó a un supermercado con cafetería y compró un café para llevar, y un paquete de rosquillas sin azúcar. Solo entonces regresó al Clío, para poner rumbo a la Jefatura Superior.

Cuando entró en el laboratorio de Científica, encontró al jefe Barros detrás de su escritorio, terminando de comerse una hamburguesa. En cuanto vio a Néstor, tiró el vaso de refresco vacío y los envoltorios a la papelera.

—¿Dónde está mi desayuno?

Salazar parpadeó y consultó su reloj. Eran las catorce treinta.

—¿Cómo es que me preguntas por el desayuno si acabas de terminar la comida?

—¡Yo desayuno a la hora que me sale de las narices!

El inspector sonrió, al mismo tiempo que le entregaba el café, y una bolsa de papel con el paquete de rosquillas.

—¿La hamburguesa entra dentro de la dieta, Casi?

—Además de tacaño, metomentodo. ¿Quién eres? ¿El fiscal de calorías y nutrientes designado por mi mujer? Que no te enteras, que la dieta me tiene hasta los… mejor me callo.

—Es por tu salud, Casi.

—Mi salud, mi salud, mi salud es asunto mío y de nadie más —El jefe Barros ya se había comido una rosquilla y comenzaba a saborear el café—. No está mal… En fin, no te he llamado para hablar de mis pesares. Ya tenemos un resultado de balística. Ambos crímenes se cometieron con la misma pistola calibre 22. Es definitivo.

El inspector sonrió.

—No tenía duda de que esa sería la conclusión.

Casimiro tragó el sorbo de café y lo miró con el ceño fruncido.

—¡Entonces para qué demonios nos haces perder el tiempo haciendo peritajes! Si ya el señorito lo sabe todo por arte de birlibirloque, resuelve tu problema con tu bola de cristal, y deja que nos ocupemos de los casos de los detectives que sí valoran nuestro trabajo. ¡Aguafiestas!

—Valoro vuestro extraordinario trabajo, Casi. Y no me serviría de nada sospechar los resultados del peritaje, si vosotros no los

confirmáis.

—Ya deja de hacerme la pelota. Sigues siendo un malagradecido y un aguafiestas.

—Vale.

—¿Me vas a dejar hablar, «bocachancla»?

—Soy todo oídos.

Casimiro cogió aire y se hinchó como un pavo real.

—De acuerdo. También confirmamos que ninguna de las cerraduras de la casa de Marcos Sosa fue forzada. Y que la puerta de atrás la abrieron desde adentro. Lo cual quiere decir…

—Que el propio Sosa le abrió la puerta al asesino, y que este salió por la cocina.

El jefe Barros clavó una mirada asesina en el inspector. Salazar enarcó las cejas y pasó los dedos por los labios, en un claro gesto de cerrarlos. Casimiro mantuvo la expresión feroz durante unos cinco segundos, en los que Néstor se quedó inmóvil como un pajarito frente a una serpiente. Entonces, Casi relajó los músculos y señaló la pantalla del ordenador, al mismo tiempo que el cursor del ratón volaba de un lugar a otro. Por fin, la pantalla mostró la comparación entre dos fotografías. En ellas se veían las huellas amplificadas de dos neumáticos. Casimiro las señaló y se explicó.

—La de la izquierda es la que encontramos en el descampado donde murió Rojas, como ya te habrá informado tu bola de cristal. La de la derecha es la que estaba en el patio trasero de la casa de Sosa. Son idénticas, así que no hay duda de que pertenecen al mismo vehículo. Debéis encontrar una motocicleta con neumáticos *touring*.

El inspector frunció el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Hay que ver que eres ignorante. Lo que significa es que las llantas tienen el dibujo muy marcado. Este tipo de neumáticos se usa en recorridos urbanos y tienen una duración muy larga, así que si vas a indagar a quién pudieron vendérselas, tendrás que remontarte algunos meses.

—Entendido, Casi. Es admirable todo lo que sabes sobre este tema.

El jefe Barros torció la boca.

—Tengo que reconocer que acabo de enterarme por el perito que analizó las fotografías, pero eso no significa que tú no seas un ignorante.

—Vale —Néstor sonrió, y se quedó pensativo por algunos segundos con la vista fija en las fotografías—. No me queda ninguna duda de que ambos crímenes los cometió el mismo individuo, y me temo que no es una buena noticia. Es posible que haya más nombres en su lista de víctimas, y eso le imprime urgencia a la investigación.

Tenemos que encontrar a este asesino y su cómplice, antes de que vuelvan a matar.

El jefe Barros frunció el ceño.

—Le daré prioridad a los peritajes de este caso y te mantendré informado. Todavía hay muchas evidencias en proceso. Siempre te las arreglas para meterme caña.

El ordenador de Casimiro y el móvil de Salazar anunciaron la entrada de un mensaje urgente al mismo tiempo. Barros fue el primero en abrirlo.

—Esto te interesa. Lo envía el forense. Es el resultado toxicológico de Rafael Rojas —Salazar tensó los músculos de la espalda y esperó a que el jefe de Científica leyera las conclusiones—. Negativo. La víctima no estaba bajo el efecto de ninguna droga. Y como me digas que ya lo suponías, te haré tragar la carpeta de los informes del caso. Así que tú verás.

Néstor levantó las manos, se echó hacia atrás y negó con la cabeza. Que Casi era capaz.

Después de jurarle al jefe Barros que no sería posible resolver ni un crucigrama sin su invaluable ayuda, Salazar salió de la Jefatura Superior y subió al Clío, para regresar a Haro. Cuando estaba a punto de llegar, recibió una llamada de Telmo, y la respondió de inmediato con el dispositivo de manos libres.

—Jefe, le estoy enviando un informe a su móvil con todo lo que encontré acerca de la empresa de drones.

—Estoy conduciendo, Telmo. Por favor, hazme un resumen.

—De acuerdo, jefe. La registraron en el año 2012 como Sociedad Civil. Rojas y Sosa eran los únicos socios. También le envié una lista de los proveedores y otra de los clientes de los últimos tres años.

—¿Encontraste alguna información importante? ¿Cualquier detalle que te llamara la atención?

—En todo este tiempo, solo recibieron media docena de reclamos de garantía por fallas de fábrica, y los resolvieron en corto tiempo, cambiando el dron defectuoso o reparándolo, según exigiera el caso. La empresa tiene buena reputación. Sus drones están en el tope de las listas de calidad.

El inspector se quedó en silencio por un par de segundos, mientras daba una curva y meditaba la información que le acababa de dar su compañero.

—Coincide con las declaraciones de los testigos, pero no nos acerca a identificar al asesino.

—Lo lamento, jefe. No encontré nada más que llamara mi atención.

—No te disculpes, Telmo. Las cosas son como son. La idea no es

forzarlas. Si no es por ahí, tendremos que buscar otras explicaciones posibles —Salazar se mordió los labios, mientras pensaba—. Hagamos un último intento. Envía el informe al juez Aristigueta, y solicítale una orden para acceder a todos los registros de la empresa. Luego continúa con la investigación de Edgar, y quiero que también indagues todo lo que puedas acerca de su padre.

—Entendido, jefe. ¿Va a regresar a San Miguel? El comisario ha preguntado por usted dos veces, y no parecía de buen humor.

Néstor lo pensó por un momento.

—Todavía tengo que hacer un par de paradas antes de volver a la comisaría, Telmo, pero si Santiago vuelve a preguntar por mí, dile que llegaré a tiempo para la reunión del final de la jornada.

Capítulo 29

Néstor condujo hasta la calle Castilla, y aparcó frente a los tribunales. Cuando se bajó del Clío, sintió que lo envolvía un calor húmedo y desagradable. Se felicitó por haber decidido dejar de usar el gabán hasta que refrescara. Que tampoco era cuestión de pasar más calor que camello con fiebre. Una vez en el edificio neobarroco, se encaminó a la oficina de Aristigueta. La secretaria del juez lo recibió con una sonrisa.

—Inspector, me alegra volver a verlo. Hacía tiempo que no pasaba por aquí y se le echaba de menos.

—Gracias, Estela. El poco tiempo, ya sabes…

—Se comprende. El trabajo que tendrá como inspector jefe. Sobre todo, con la burocracia.

Salazar compuso su mejor expresión de mártir desconocido.

—Si yo le contara... ¿El juez está en su oficina?

—Sí, pero se encuentra reunido con el fiscal y el defensor de un juicio que ha traído bastantes quebraderos de cabeza. ¿Quiere esperarlo?

—Tal vez no sea necesario. En realidad, solo vine a recoger la orden que debe haber solicitado el subinspector Álvarez hace unos minutos.

—Ah, sí, por supuesto. Por suerte, la solicitud llegó a tiempo para que el juez la firmara, antes de comenzar su reunión. Iba a enviarla a última hora de la tarde con un mensajero. Debe ser muy importante si la recoge usted en persona.

—Digamos que el caso tiene prioridad y quiero ganar tiempo.

—Por supuesto. Usted siempre tan dedicado con su trabajo. Espere un momento, que ahora se la doy.

Sin quitar la sonrisa del rostro, Estela rebuscó entre los sobres que tenía en la bandeja de documentos, hasta que encontró el que le había solicitado Salazar. Se lo entregó de inmediato.

—Muchas gracias, Estela.

—Es un placer, inspector. Y no se pierda de vista por tanto tiempo.

Salazar se despidió con una sonrisa, salió del edificio y recorrió a pie la corta distancia que lo separaba de la sede del Registro de la Propiedad de Haro. La construcción con fachada de ladrillos que se

alzaba frente a él hacía esquina, y sobresalía por encima de los edificios circundantes. Salazar entró, y después de informarse en la recepción, siguió las instrucciones del encargado, hasta que localizó la ventanilla correspondiente al registro de empresas. La empleada detrás del escritorio era una mujer que rondaba los cincuenta años, y cuyo ceño fruncido formaba una arruga imborrable de forma triangular, en el nacimiento de la nariz. La mujer recibió al inspector con una mirada despectiva que lo escaneó de arriba abajo, concluyendo su inspección en la corbata. Debió gustarle, porque no dejó de mirar los aguacates durante toda la conversación. Salazar se fijó en la plaquita prendida de su blusa: «Victoria Méndez».

—¿En qué puedo ayudarle?

El inspector se identificó, lo cual causó un alzamiento de cejas, que no fue suficiente para borrar la arruga.

—Quiero ver los documentos de una empresa, señora Méndez. Su nombre es Dronventsa.

La voz seca de la mujer consiguió que Néstor pensara en un ladrido.

—¿Trajo una orden?

Salazar le entregó el documento que acababa de recoger, y ella lo estudió al detalle como si sospechara acerca de su autenticidad. Un par de minutos después, se lo devolvió al inspector.

—Espere un momento —le pidió con una voz más humanizada.

Victoria se ausentó por algunos minutos, al cabo de los cuales regresó con una carpeta.

—Aquí lo tiene —la señora Méndez puso la carpeta en manos de Salazar—. Es todo lo que tenemos acerca de Dronventsa. Es una copia, así que puede llevársela, y no hace falta que la devuelva.

—Se lo agradezco mucho, señora Méndez.

Ella volvió a centrar su atención en el ordenador como si el inspector hubiera desaparecido de su mundo particular.

Néstor exhaló un suspiro de sufrida incomprensión, abrió la carpeta y revisó los datos más importantes en una ojeada. Después de hacerse una idea de la situación de la empresa y de los socios con respecto a ella, el inspector abandonó el edificio de Registros.

Los engranajes del cerebro de Salazar no se detuvieron durante el recorrido de regreso al Clío ni tampoco mientras conducía de vuelta a San Miguel, así que cuando se vio frente a la comisaría, se preguntó cómo había llegado allí.

En esta ocasión, el agente que lo recibió no fue García.

—Los demás ya llegaron y lo esperan para la reunión, inspector.

—Gracias, Mendoza.

Salazar subió hasta el segundo piso y comprobó que había sido

el último en llegar. Diji, Remigio y Telmo estaban ocupados, y muy centrados en sus correspondientes ordenadores, mientras que Miguel y Ángela parecían perdidos en sus propios pensamientos. Apenas Néstor puso un pie en el umbral, dio un respingo al escuchar la voz profunda de Santiago a su espalda. Joder, ya tendría que haberse acostumbrado, pero es que el tío imponía. Incluso a él.

—Muy bien. Ahora que estamos todos presentes, podemos comenzar la reunión —Santiago clavó la mirada en Toro, y el inspector se echó un poco hacia atrás—. Remigio, ¿cómo avanzan tus indagaciones?

El aludido tragó saliva.

—De acuerdo. Como ya nos había anunciado Salazar, esta mañana recibí una llamada de la inspectora Rebeca Araujo, de la Jefatura Superior. ¿La recuerdan?

Santiago miró de reojo a Néstor, quien cobró un repentino interés en una mancha de humedad de la pared. Miguel parpadeó al escuchar el nombre.

—¿Esa no es la inspectora de Asuntos Internos que hace un par de años estuvo investigando el caso de Celso Rivera, que…?

—Ella misma —lo interrumpió el inspector jefe.

El comisario acudió en su ayuda.

—La inspectora Araujo se quedó prendada de La Rioja, así que renunció a Asuntos Internos, y ahora trabaja en la Jefatura Superior, en Logroño.

Pedrera frunció el ceño, pero no hizo ningún comentario. Telmo paseó la vista del comisario al inspector jefe y vuelta al comisario con las cejas enarcadas. Comparó a sus jefes entre sí, hasta que Salazar lo miró con ojos de búho buscando a su presa. Los demás no parecieron darse cuenta, en tanto que Ortiz pretendió no haberlo visto y señaló con la cabeza a Toro.

—Por favor, continúa, Remigio.

—De acuerdo. La inspectora me informó que en Logroño y los pueblos cercanos también hay un repunte de droga en las calles, de cuya procedencia los informantes no tienen noticia.

Ángela levantó el bolígrafo para llamar la atención.

—¿Sospechan que se trata del mismo traficante?

Toro carraspeó.

—Teniendo en cuenta las evidencias, estamos casi seguros. Por eso hemos decidido sumar esfuerzos.

—¿Tenéis algún indicio? —preguntó el comisario.

Remigio se acercó al mapa de La Rioja, cerca de la mancha por la que se había interesado Néstor minutos antes. Toro marcó con chinchetas los lugares en los que se habían presentado los repuntes, y también les informó el orden en el cual fueron detectados.

—… cuando sumamos la información de ambas investigaciones, pudimos reconstruir dos rutas muy claras. La primera bordea el límite norte de la provincia saliendo de Haro, pasa por Logroño y continua hacia Lodosa, Calahorra y Alfaro. La segunda ruta se desvía hacia el sur, en dirección a Nájera, Santo Domingo de la Calzada y Ezcaray.

Salazar cruzó los brazos, al mismo tiempo que analizaba la información que acababa de proporcionar su colega. Entonces, señaló el mapa.

—¿Sabéis si el traficante se limita a La Rioja o si continúa hacia Corella, por un lado, y Pradoluengo por el otro?

Remigio negó con la cabeza.

—Todavía no estamos seguros, pero la inspectora Araujo se va a ocupar de contactar a las autoridades de Navarra y Burgos para comprobarlo.

—¿Estás seguro de que es buena idea implicar a un detective de la Jefatura Superior en un caso de San Miguel? —preguntó Pedrera.

Ortiz gruñó y frunció el ceño. Parecía un oso a punto de atacar.

—Es evidente que las implicaciones del repunte van más allá de Haro, así que considero que sumar esfuerzos con la Jefatura Superior es una decisión muy inteligente. Continúa con tu estrategia, Remigio, y no dejes de informarnos acerca de los avances.

Toro relajó los hombros.

—Sí, señor.

El comisario se centró en Pedrera y su compañera.

—Os veo menos animados que esta mañana. ¿El ladrón consiguió escapar?

Miguel sacudió la cabeza.

—Al contrario, comisario. Ya lo atrapamos y lo hemos retirado de las calles, que vuelven a ser seguras.

—Felicitaciones. No esperaba menos de vosotros, pero entonces, ¿a qué vienen esas caras?

Pedrera informó quién era el ladrón y la incómoda situación en la que se vieron inmersos.

—Se trataba tan solo de un chiquillo —se quejó Miguel, con tono lastimero—, y hubiéramos preferido devolverlo a su familia y tener una conversación seria con sus padres, pero no fue posible. Nos vimos obligados a llevarlo al Centro de Acogida…

—Hicisteis lo correcto.

—Lo sabemos, comisario, pero le confieso que dejar al chaval en el Centro nos rompió el alma.

Salazar llenó sus pulmones de aire y empleó su tono más amable.

—Tranquilizaros. Os aseguro que el chico estará bien. Será duro al principio, pero recibirá protección. Lo que hicisteis fue lo mejor

para él.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó Pedrera con el ceño fruncido.

—Conozco bien el Centro y a su director. Sé que su principal preocupación son los chavales. Si vosotros queréis, puedo hablar con él para que os permita visitar al chico. Estoy seguro de que eso le hará bien al chiquillo. Una de las situaciones más difíciles de sobrellevar en ese lugar es la soledad. En especial, si no se tienen visitas.

—¿Por qué piensa que es así? —preguntó Ángela.

—Porque yo pasé la mayor parte de mi infancia en ese Centro. Y nunca recibí ninguna visita.

Néstor se dio cuenta de lo que estaba diciendo y dónde, por lo que miró de reojo a su hermano. Santiago estaba más pálido que un oso polar, y hacía grandes esfuerzos para evitar que los ojos se le humedecieran. Salazar simuló no haberse dado cuenta. En cambio, dio un par de palmadas para destrabar el ambiente melancólico que él mismo había creado.

—Pero bueno, pelillos a la mar. Después de todo, ¿quién habría querido visitar un trasto como yo? Solo un insensato. Esta misma noche hablaré con don Alejandro, el director del Centro. Tenéis que averiguar qué pasó con la familia del chico y por qué terminó de ratero en la estación.

Capítulo 30

Un corto, pero incómodo silencio, se apoderó de la sala. Santiago carraspeó

—¿Cómo avanza tu investigación, Néstor?

Salazar cogió aire, lo retuvo por un par de segundos y luego lo soltó.

—Me temo que debo reconocer que todavía no lo tengo muy claro. Ayer estaba seguro de que el asesino y su cómplice estaban entre la exmujer y el hijo o los inquilinos desahuciados. Después de la muerte de Sosa, las sospechas no son tan evidentes.

Ángela levantó su bolígrafo.

—Inspector. ¿No ha considerado la posibilidad de que el asesinato del socio fuera una forma de desviar el foco de las investigaciones?

Néstor lo pensó por un momento y negó con la cabeza.

—Demasiado riesgo para los implicados, aunque no lo descarto por completo.

Remigio se removió en su silla.

—Yo hice un par de preguntas por ahí sobre tu caso, Néstor, pero me temo que mis informantes no han escuchado nada acerca de los homicidios, y me juraron que los objetos robados no han circulado por las calles, al menos de momento. ¿Estás seguro de que ambos homicidios los cometió la misma persona?

Salazar asintió, y les informó acerca de los resultados de balística y la comparación de las huellas de la motocicleta.

—¿Quiere decir que descartaremos la lista de sospechosos que tenemos hasta ahora? —preguntó Álvarez.

—No, Telmo. Todavía no los vamos a descartar. Ninguno de los parientes de Rafael Rojas tiene una coartada válida para la noche de ayer. Sin embargo, las nuevas evidencias apuntan a que el motivo de los crímenes estaría relacionado con algo que las víctimas tenían en común.

—Algo como ¿qué? —preguntó Miguel.

—Lo más evidente es Dronventsa. Las víctimas registraron la empresa en el año 2012. Rojas aportó el 65 % del capital, y Sosa el 35 % restante. Crearon una Sociedad Civil, y repartían los dividendos en esa misma proporción. De acuerdo con lo que hemos comprobado

hasta ahora, todo lo que se relaciona con la empresa parece estar en regla, pero...

—Algo chirría —intervino Santiago.

Salazar asintió.

—La explicación sobre el origen de los fondos para crear Dronventsa no es convincente.

Néstor les detalló su entrevista con Valbuena.

—¿Y el gestor se tragó esa historia? —preguntó Remigio.

—Cuando lo contrataron tenía muy poca experiencia, pero si quieres saber mi opinión, Valbuena aceptó la explicación porque le resultaba conveniente.

—Creo que vale la pena investigar el verdadero origen de ese dinero —opinó el comisario.

—Yo también pienso que es nuestra mejor apuesta. Diji, elabora un informe y comunícate con Científica. Que sus peritos de finanzas se ocupen de comprobar si hubo algo turbio en el capital para la creación de la fábrica de drones.

—Ahora mismo, inspector.

—¿Qué más se sabe de la fábrica? —preguntó Remigio.

—Dronventsa paga a los proveedores con puntualidad, tiene una buena cartera de clientes y es solvente.

Toro frunció el ceño y se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué hay de la contabilidad y el pago de impuestos? ¿Está todo claro?

—Los libros están en manos de Científica ahora mismo —respondió Néstor con un encogimiento de hombros.

Pedrera se apoyó en el respaldo del asiento y comenzó a juguetear con el bolígrafo.

—¿Habéis identificado a alguien que tuviera motivos para matar a Sosa?

Salazar negó con la cabeza.

—Nadie, todavía.

—¿Qué hay de su familia? El 35 % de un negocio tan lucrativo podría ser un buen motivo.

Diji levantó la mano como si estuviera en la escuela.

—Yo me ocupé de comprobar las coartadas de los familiares de Marcos Sosa, y ninguno estaba en La Rioja en el momento del crimen.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Podrían haber contratado a un asesino a sueldo —insistió Pedrera.

Salazar movió las manos para llamar a la calma.

—Me parece que te estás yendo por las ramas, Miguel. Además, ¿para qué querrían matar a Rojas los herederos de Sosa o viceversa?

—¿Has tenido en consideración que pudieron ponerse de acuerdo, para quitar del medio a sus correspondientes progenitores?

Salazar lo meditó por un momento y negó con la cabeza.

—Ninguno de los herederos está familiarizado con la empresa. Habría sido una torpeza eliminar a los principales ejecutivos de Dronventsa sin que hubiera nadie capaz de sustituirlos. Una situación como esa representa el desplome del valor del negocio. Se arriesgarían a perderlo todo. No, si bien es cierto que no podemos descartarlos por completo, reconozco que con el segundo crimen, se han reducido bastante las probabilidades de que alguno de ellos sea el asesino.

Ortiz frunció el ceño.

—¿Y qué puedes decirnos de los empleados? Quizá entre ellos había quien tenía cuentas pendientes con la fábrica o sus directivos.

—Me temo que los interrogatorios a los empleados tampoco han arrojado ninguna luz sobre la investigación.

Pedrera se inclinó hacia adelante en su escritorio.

—No olvidemos la desaparición de los objetos de valor de las víctimas. Quizá el verdadero motivo de los homicidios fue el robo.

El inspector jefe cruzó los brazos y encogió los hombros.

—Es posible que tengas razón, Miguel, pero no lo creo probable.

—¿Por qué?

—Entre otros detalles, a ambos les dispararon cuatro veces. Semejante ensañamiento es más previsible si el motivo era personal.

—¿Y qué? —insistió Pedrera—. Sabes muy bien que muchos de los tíos que son amigos de los bienes ajenos, suelen albergar una ira mal contenida contra sus víctimas.

—Tienes razón, pero si lo piensas bien, en el caso de Sosa, los cuatro disparos despertaron a todo el vecindario, y obligaron al criminal a salir por patas. Con lo cual, el asesino se redujo a sí mismo la oportunidad de registrar la casa en busca de objetos de valor o dinero. No tendría sentido, a menos que el robo no fuera su objetivo.

—Entonces, explícame por qué se llevó los móviles, relojes y joyas de las víctimas.

—Quizá fue un robo oportunista o tal vez consideró esos objetos como trofeos, y esa es la razón por la que todavía no han aparecido en las calles. Además, cuando se llevó los móviles, nos privó de una fuente de información muy valiosa.

—A mí me preocupa más que existan otras víctimas en la lista del asesino —los interrumpió Santiago.

—Yo temo lo mismo, comisario —reconoció Salazar—. Telmo, ¿qué averiguaste sobre Edgar Soliz y su padre?

—¿Quiénes son esos? —preguntó Ortiz.

Salazar hizo un corto resumen de la visita que le hicieron al

exempleado, y luego le cedió la palabra a Telmo.

—Edgar Soliz no tiene antecedentes criminales, y su historia es cierta hasta donde pude investigarla.

—¿Y su padre?

—Felipe Soliz tiene sesenta y dos años. Trabajó como chófer de Coparsa, hasta que la filial cerró sus puertas en Haro.

—¿También lo indemnizaron?

Telmo torció la boca, antes de hablar.

—No recibió el mismo trato que los ejecutivos. Las sumas que les pagaron a Rojas y a Sosa se debieron a una cláusula del contrato que firmaron cuando los pusieron al frente de la filial.

—Ese podría ser un motivo de resentimiento hacia las víctimas —opinó Miguel.

Néstor lo meditó por algunos segundos.

—No es por llevarte la contraria, Miguel, pero no lo veo.

—¿Por qué?

—Porque Coparsa cerró su filial en el 2008. Han pasado catorce años. No tendría sentido que Felipe Soliz diera rienda suelta a su resentimiento por un motivo tan insignificante, después de catorce años. Sin embargo, debo darte un punto de razón. El simple hecho de que fuera el chófer de Sosa, lo pone en la mira como sospechoso. Diji, averigua si Felipe Soliz tiene coartada para los crímenes de Rojas y Sosa.

—Sí, señor.

—Yo tampoco perdería de vista al exempleado —opinó Toro—. Sus argumentos son muy extraños.

—Tienes toda la razón, Remigio. Telmo y yo estamos seguros de que Edgar Soliz oculta algo. Debemos averiguar de qué se trata.

—Me temo que yo no encontré nada cuando lo investigué —se lamentó el subinspector.

Salazar apoyó la mano en el hombro de su compañero.

—No te preocupes, Telmo. Estoy seguro de que durante las indagaciones surgirá algún indicio que nos revelará el camino correcto.

El comisario reforzó las palabras de Salazar con un asentimiento.

—De acuerdo, ¿Cuál será tu siguiente paso, Néstor?

El inspector jefe se ajustó el nudo de la corbata de aguacates, antes de dirigirse a Cheick.

—Diji, ¿los familiares de Marcos Sosa te comentaron quién de ellos se ocupará de las exequias?

—Sí, señor. La hija mayor, Marta, ya debe estar en Haro o a punto de llegar.

—De acuerdo. Hablaré con ella a primera hora de la mañana.

Quizá pueda proporcionarnos alguna información importante acerca de su padre. Para que Rojas y Sosa decidieran ser socios, debieron tener en común mucho más que el proyecto de Dronventsa. Es posible que encontremos al asesino entre sus relacionados por fuera de la fábrica de drones.

—Me parece un buen enfoque, Néstor —lo respaldó Santiago—. Continúa con esa línea de investigación y mantenme informado. ¿Alguien más tiene novedades para reportar?

En el silencio más absoluto, solo hubo intercambio de miradas.

—Entonces, podemos dar por terminada la reunión. Iros a casa y descansad. El día de mañana promete ser muy atareado.

Todos se levantaron de sus asientos y se dispusieron a marcharse, con excepción de Ángela, a quien le correspondía la guardia.

Capítulo 31

Néstor adivinó en el rostro de su hermano la intención de volver sobre el tema del parentesco, así que antes de que Santiago tuviera tiempo de interceptarlo, se despidió de sus compañeros y bajó al primer piso. En la antesala del despacho del comisario, encontró a Lali preparando los documentos que debían firmarse al día siguiente, y que se sumaban a los que ya venían atrasados, porque había pasado de ellos. La vida era muy cruel. Al paso, Néstor le pidió a Lali que citara a Marta Sosa para el día siguiente y se marchó a toda hostia, sin darle oportunidad a Santiago de que lo alcanzara.

En el recorrido hacia la buhardilla, Néstor hizo un recuento de los resultados del día y rechinó los dientes. No estaba más cerca de descubrir al asesino que el día anterior, y lo apremió el temor de que hubiera más víctimas. ¿Qué se le estaba escapando? El móvil lo sacó de sus reflexiones. Después de comprobar la pantalla, soltó un suspiro de alivio y respondió.

—Hola, Néstor, ¿cómo ha ido tu día? —preguntó Rebeca.

—Ya sabes, lo de siempre, testigos que no quieren colaborar, evidencias que arruinan teorías… Vamos, una jornada normal.

—Te noto muy pesimista.

—No me tomes en serio. Es que este caso es más difícil que tejerle un abrigo a un pulpo… Remigio nos comentó que estáis trabajando juntos.

—Es cierto. Lo contacté esta mañana, y después de intercambiar datos, llegamos a la conclusión de que estamos detrás del mismo camello. Te confieso que me agrada la idea de volver a trabajar con el inspector Toro. Es muy profesional.

—Te comprendo. Remigio es un crac.

Después de una corta pausa, ella volvió a hablar.

—Ayer lo pasé muy bien.

—Para mí también fue una experiencia maravillosa.

—Te echo de menos.

—Te prometo que volveremos a reunirnos en cuanto sea posible. Yo también te extraño.

—¿Cenicero?

—Ahora es mi pueblo favorito.

Cuando Néstor terminó la llamada, ya se encontraba frente a La

Callecita, aunque no hubiera podido decir cuánto tiempo llevaba plantado allí. Entró en el bar de su amigo y se alegró al comprobar que estaba hasta el tope de clientes. Gyula lo recibió con una sonrisa.

—Hola, Néstor. No te reconocí sin el gabán.

—Serás…

—¿Quieres cenar? Nemesio preparó una trucha a la riojana, que los parroquianos se zamparon en menos de una hora, pero Neme te guardó una ración.

—Agradezco el detalle, Gyula, pero estoy más cansado que un grafitero en la Muralla China. Prefiero llevarme la trucha en un túper.

—Vale.

El tabernero le sirvió un vaso de sidra, entró en la cocina, y regresó al cabo de un par de minutos con el túper.

—Aquí lo tienes, pero que no se te ocurra compartir la trucha con Paca. Eso sería un pecado imperdonable.

Salazar cogió aire, frunció el ceño y se llevó la mano al pecho.

—¿Cómo me crees capaz?

—Porque te conozco, y esa gata te tiene sorbido el seso.

—Eres un calumniador. Oye, hablando de otra cosa, ¿pudiste averiguar algo acerca de los asesinatos?

Gyula limpió la superficie de la barra con el trapo que tenía en la mano y negó con la cabeza.

—En las calles no tienen idea de quién fue. Y tampoco ha aparecido ningún objeto similar a los que robaron. ¿Estás seguro de que el tío que buscas es de Haro?

—Pues tengo que reconocer que con respecto a este asunto, no estoy seguro de nada.

—Mantendré las antenas desplegadas, y si me entero de algo, te aviso.

—Muchas gracias.

Gyula volvió a pasar el trapo sobre el mostrador.

—Cambiando de tema, les dije a mis conocidos que estoy interesado en un coche. Te avisaré si surge algo.

—Te lo agradezco, colega —Salazar dio un sorbo a la sidra helada, y sonrió. Justo lo que necesitaba—. ¿Cómo están Dika y Quino?

Gyula puso los ojos en blanco.

—A Joaquín estoy a punto de devolverlo.

Néstor soltó una carcajada.

—¿Por qué? ¿Qué hizo esta vez?

—Ayer cogió su martillo de juguete, se puso a «reparar» una lámpara y se la cargó. Nos costó sesenta euros el manitas del chaval. Salazar se echó a reír, defendió el derecho al trabajo de su ahijado, salió de La Callecita y subió las escaleras hasta la buhardilla.

Néstor se preocupó cuando entró y Paca no salió a recibirlo. De alguna manera, su gata era capaz de reconocer el pescado, aun a través del plástico del túper. ¿Sexto sentido felino? Que no lo estuviera acosando a maullidos no era normal. Salazar dejó el túper sobre la encimera de la cocina, y después de comprobar que Paca no estaba en la buhardilla, corrió al servicio. Una vez allí, revisó la ventana y la encontró abierta.

—¿Cómo es que…? —murmuró para sí mismo—. Condenada gata.

Tenía la certeza de que la había dejado cerrada, así que movió el pestillo, y se dio cuenta de que se deslizaba con demasiada facilidad. Entonces, comprendió que su ladina gata había aprendido a abrir el pasador, y que se había escapado a recorrer mundo. Salazar se reprochó a sí mismo por haber sido tan confiado, y un nudo subió desde su estómago hasta su garganta. ¿Qué debía hacer? La cartilla de identificación de Paca. Por suerte, había seguido los consejos del veterinario después de su última escapada, y le hizo poner un chip de identificación. Néstor corrió hacia el armario donde guardaba los documentos y comenzó a rebuscar entre las carpetas. En ese momento, el timbre de la puerta interrumpió su tarea. No esperaba a nadie. ¿Quién podía ser a esa hora?

Cuando abrió, Néstor encontró en el umbral a doña Rita, que llevaba a Paca en brazos. Salazar sintió que se le quitaba un peso de los hombros y el pecho cuando vio a su revoltosa gata, reposando con comodidad en los brazos de la vecina, y mirándolo como si nunca hubiera visto un pestillo en toda su felina vida.

En esta ocasión, doña Rita cargaba a Paca con respeto, y mucho cuidado de que la pequeña gata se encontrara cómoda y a gusto, mientras la sostenía. Además, había prescindido de los guantes.

Salazar se dio cuenta de que la vecina tenía los ojos enrojecidos, recordó la alergia de la señora, y la culpa lo asaeteó. Clavó una mirada de reproche en Paca, quien le devolvió una expresión de gatuna inocencia.

—Doña Rita, lo lamento mucho. Le aseguro que tomaré medidas para que esto no vuelva a ocurrir…

La vecina le devolvió a Paca con mucho cuidado.

—No se preocupe, inspector. La pequeña no ha causado ninguna molestia. Se la traje en cuanto lo escuché subir las escaleras, pues supuse que se había escapado, y que usted debía estar angustiado por su ausencia.

—Eh… sí, doña Rita, es así. Ya estaba buscando su cartilla de identificación.

La vecina sonrió.

—Pues mire, ya no es necesario. Aquí la tiene, sana y salva.

Salazar parpadeó.

—Gracias, doña Rita, pero no comprendo…

—No comprende mi cambio de actitud con respecto de la chiquitina, ¿no es así?

—Debo reconocer que estoy confundido.

—Se lo explicaré. Esta tarde, cuando la gata entró en mi casa a hurtadillas, la muy pillina, yo estaba llorando. Había recibido una llamada de mi único hijo, en la que me dijo que no podría visitarme esta semana ni traer a mis nietos. Yo esperaba esa visita con mucha ilusión, porque hace más de dos meses que no los veo. Hasta planeaba hornearles unas galletas. Cuando Borja me dijo que no iban a venir, porque los habían invitado a un campamento, me entró una congoja… que en cuanto colgué el teléfono, me puse a llorar.

Salazar cambió de posición a Paca, que ya comenzaba a pesarle, y ella le dedicó una mirada de reproche por tanto meneo.

—Es comprensible, doña Rita, pero…

—Le gustaría saber qué tiene que ver eso con su gata —Salazar asintió con las cejas enarcadas—. Pues que me sentía muy sola, inspector, pero Paca se me acercó y frotó su cabecita peluda contra mis piernas. Yo la acaricié y fue… Me tranquilicé de inmediato. Entonces, en agradecimiento le di una lata de sardinas a la granujilla, y pasé el resto de la tarde acariciándola. Nunca me había sentido mejor. Lo felicito, tiene usted una gata muy amorosa.

Néstor miró a Paca con las cejas enarcadas. ¿Amorosa? Debería tener una conversación seria con ella. Él solo recibía órdenes maulladas y mordiscos varios. Su felina debía creer que él le pertenecía y era su esclavo.

—Me alegra que la incursión de Paca en su casa fuera para bien, doña Rita.

—Es una ternura. Cuando usted quiera, me la puede dejar para que se la cuide. Ya está cenada.

—Muchas gracias.

Después de acariciar la cabecita de Paca, que permanecía bien acomodada en los brazos de su humano, doña Rita comenzó a alejarse por el pasillo, pero antes de llegar a la escalera se detuvo y volvió sobre sus pasos. La vecina metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó veinte euros, que le devolvió al inspector.

—No es necesario que me indemnice por el salmón, inspector. No fue su culpa.

—¿Está segura, doña Rita? Paca la dejó sin su cena.

—Valió la pena.

Antes de que Salazar pudiera responder, la vecina regresó a la escalera y comenzó a bajar. El inspector se quedó en el umbral, con la gata en brazos y el billete en la mano. Después de un par de segundos,

entró en la buhardilla, dejó a Paca en el suelo y cerró la puerta.

—Vaya susto me diste, Paca. No sé si reñirte por haberte escapado o felicitarte por hacer sentir bien a la vecina.

—Miaaaauuuu —argumentó ella en su defensa.

—Quizá lo mejor sea dejarlo así, pero tengo que hacer algo con ese pestillo, antes de que tenga un disgusto a cuenta de tus ansias aventureras.

—Meeeew —protestó Paca.

Salazar entró en el cuarto de baño y estudió la ventana con actitud entendida. Ni puñetera idea de cómo resolverlo. El principal problema era que de momento estaba muy liado para dedicarle tiempo a cambiar el pestillo, así que hizo un apaño con cinta americana, mientras tanto.

Una vez que recuperó a Paca y su adrenalina descendió a niveles manejables, su estómago le recordó que no había comido nada en todo el día, y que estaba hambriento. Cuando se acercó al túper, encontró a Paca olisqueándolo.

—Eres más interesada que un político en campaña. Vienes de comer en casa de la vecina, y ¿tienes la cara tan dura que te antojas también de mi cena? ¡Comes más que un remordimiento!

—Mreeewww.

—A mí no me desafíes.

—Miau. Meu.

—Vale. Hiciste una buena obra, pero ya recibiste tu recompensa. Una lata de sardinas para ti sola. Ya cenaste, y de acuerdo con las instrucciones de tu veterinario…

—Mieeeeeeuuuuuuu.

—No deberías expresarte así del doctor Becerra. Quién sabe lo que maullarás de mí a mis espaldas.

—Marramiau.

—Sí, claro, como para creerte —Salazar lo pensó por un momento—. Está bien, te dejaré probar la trucha. ¡Pero solo probarla! Y no le digas nada a Gyula, que cualquiera aguanta el cachondeo.

El inspector calentó su cena, y al final, compartió la mitad de la trucha con su tiránica gata. Como para no hacerlo. No había duda de que la mejor forma de mantener el peso era tener una mascota voraz.

Después de cenar, Salazar llamó a don Alejandro, el director del Centro de Acogida.

—Néstor, hijo, que alegría hablar contigo. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Quiero pedirle un favor, don Alejandro. Es sobre un chiquillo que ingresaron hoy al Centro de Acogida.

—Ah, sí. Juan. ¿Tus compañeros encontraron a su familia?

—Me temo que todavía no, pero ese es su objetivo. Les

ayudaría mucho que usted les permitiera visitar al chico.

Hubo una corta pausa, y la voz del director se apagó un poco.

—No lo sé, Néstor. No quisiera que la intervención de la Policía dificulte la adaptación de Juan al Centro. Ya está resultando bastante difícil.

—De eso se trata, don Alejandro. Le aseguro que la única intención de Miguel y Ángela es ayudar y favorecer al chaval. Conozco bien a mis compañeros. Es como si me estuviera dando el permiso a mí.

—Entonces, ¿respondes por ellos?

—Sin lugar a duda.

—Siendo así, accederé. Confío en ti. Mañana temprano daré la orden de que les permitan visitarlo, y espero que sea para bien.

—Lo será, don Alejandro. Le prometo que lo será.

Después de terminar la llamada, Salazar se quitó la chaqueta y la corbata y se recostó en el sofá con Paca. Le acarició el lomo a su gata hasta que se quedó dormido. Ella lo despertó con un maullido de protesta.

—¡Tirana!

Néstor se levantó del sofá y se encaminó a su habitación, tan cansado, que ni siquiera se le pasó por la cabeza quitarse la ropa antes de acostarse. Paca lo siguió a dos pasos, con los andares orgullosos de haber cumplido sus deberes felinos.

Capítulo 32

A la mañana siguiente, Paca despertó al inspector con lametones en la oreja, como ya era costumbre. Néstor sospechaba que el grosor de la piel de sus pabellones auriculares ya debía haber perdido algunas micras, después de sufrir semejante lijado todos los días. Como estaba bien entrenado, lo primero que hizo fue servirle su leche especial para gatos a Paca. ¡Faltaría más! Luego se metió en la ducha y se preparó para salir. Corbata de aguacates incluida. Mientras se tomaba un café, que consiguió no quemar gracias a la cafetera automática, su móvil comenzó a sonar. La llamada provenía de la comisaría, y Salazar de inmediato sintió un nudo en el estómago. A esa hora, no podían ser buenas noticias.

En efecto, quien lo llamaba era García, para informarle que habían encontrado un cadáver en la LR111, cerca de Ezcaray.

—La Guardia Civil ya está en el lugar, señor.

—Me complace la eficiencia de la Guardia Civil, García, pero si está en la jurisdicción de ellos y ya se están haciendo cargo, ¿por qué me lo cuentas?

—Es que el guardia que llamó para informarnos insistió mucho en que le diera el mensaje de su parte, inspector. Me dijo que su nombre era Ismael Albiar.

Salazar parpadeó. Debía existir un buen motivo para que el joven guardia lo involucrara en uno de sus casos.

—Iré ahora mismo. Prepárame las llaves del Clío, por favor.

—Aquí mismo las tengo, señor.

Salazar se dio prisa en salir de la buhardilla, y recorrer la distancia que lo separaba de San Miguel. Después de recoger el Clío, condujo por la LR111 en dirección a Ezcaray. En cuanto se acercó al lugar de los hechos, vio el despliegue de la Guardia Civil al borde de la vía. Rodeaban un coche junto a un terreno lleno de matorrales. El inspector se detuvo, y uno de los guardias se le acercó para decirle que debía continuar su camino. Salazar sacó su identificación y ya comenzaba a explicarse, cuando Ismael apareció junto al Clío.

—Yo hice llamar al inspector, Sáez. Por favor, déjalo pasar.

El guardia miró a su compañero con el ceño fruncido, y después de un par de segundos le dijo a Salazar que aparcara más adelante, fuera del perímetro de la escena del crimen.

Salazar siguió las instrucciones y para cuando se bajó, Albiar ya había llegado junto al coche. Un calor sofocante recibió al policía. Aquella era la primavera más calurosa desde que tenía memoria.

—Gracias por venir, Néstor.

Salazar palmeó el hombro de Albiar. La escena del crimen le causó un desagradable *déjà vu,* pues era una copia al carbón del homicidio de Rojas. Un coche abandonado al borde de la carretera, y un hombre muerto en medio de un descampado. Sin embargo, la Guardia Civil no tenía forma de saber que la escena era igual a la de su investigación, pues la mayor parte de la información era parte del sumario y no se había publicado ni compartido.

—Supongo que hay una buena razón para que me hayas llamado, Ismael. ¿Qué ha ocurrido?

—Decidimos avisarte, a causa de la identidad de la víctima.

Néstor notó cómo la sangre huía de su rostro, al mismo tiempo que una sensación de vacío se apoderaba de su estómago.

—¿Quién fue la víctima y qué tiene que ver conmigo?

—Acompáñame, por favor. Mi compañera te lo explicará todo.

Con las piernas temblando, Néstor siguió al joven guardia al centro del descampado, donde el forense se ocupaba del cuerpo, bajo la atenta mirada de un juez y de una mujer de la Guardia Civil. Desde cierta distancia, Salazar clavó la mirada en el rostro de la víctima, y comprobó con alivio que no se trataba de ningún conocido. En cuanto él y Albiar se acercaron, la compañera de Ismael levantó la mirada y sonrió a modo de bienvenida. A Néstor le sorprendió y alegró reconocer a Valentina. El inspector se volvió hacia Ismael.

—¿Valentina es tu pareja en la Guardia?

—Desde hace un par de meses. Mi anterior compañera, Maritza, pidió traslado, así que la plaza quedó vacante y Valentina la solicitó. Ella es mi nueva mentora, y quién tuvo la idea de llamarte.

Después de los saludos y confirmaciones de alegría por el reencuentro, Valentina se explicó.

—Decidimos avisarte por la identidad de la víctima, Néstor.

—Es la primera vez que lo veo.

—No me sorprende —reconoció Valentina—. Su nombre es Modesto Diez, tenía setenta y tres años y vivía en Ezcaray. En las primeras averiguaciones descubrimos que era un comisario general jubilado, así que consideramos que lo más prudente sería informaros como un gesto de cortesía. Por eso estás aquí.

El inspector parpadeó ante las implicaciones.

—Os agradezco mucho el aviso.

El forense continuaba trabajando en el cuerpo, ajeno a la conversación, y los agentes del laboratorio de Criminalística de la Guardia Civil se movían de un lugar a otro por todo el descampado.

Uno de ellos frunció el ceño cuando vio a Salazar.

Valentina miró a los lados.

—Ismael, será mejor que informes al inspector de lo que sabemos hasta ahora, pero hazlo fuera de la escena del crimen. Evitemos suspicacias.

Después de asentir, Albiar acompañó a Salazar de vuelta al Clío. Néstor se recostó en el coche.

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Esta mañana, muy temprano, un conductor nos llamó para decirnos que había un coche abandonado al borde de la vía. Valentina y yo estábamos de guardia, nos acercamos para investigar de qué se trataba y encontramos el cadáver del conductor. Lo asesinaron con un arma de fuego. Cuatro disparos en el pecho. La documentación que llevaba encima nos permitió identificarlo de inmediato.

Salazar parpadeó. Por si tenía alguna duda de que era una copia al carbón.

—Cuatro disparos. ¿De qué calibre estamos hablando?

Ismael cambió de postura.

—El forense todavía no ha sacado las balas del cuerpo, y tampoco hemos encontrado los casquillos.

—¿La víctima tenía teléfono móvil?

—Si lo tenía, desapareció. Aunque vista la edad del comisario, es posible que no fuera aficionado a la tecnología.

Salazar mostró su acuerdo con un asentimiento.

—¿Habéis encontrado huellas de una motocicleta?

Ismael enarcó las cejas.

—No, pero en un terreno cubierto por la vegetación como este, no esperamos encontrar ningún tipo de huellas.

—Tienes razón… Ismael. Te confieso que es posible que mi intervención en ese caso deba ser mayor de lo que esperaba.

El joven guardia frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Néstor? Valentina y yo decidimos llamarte porque la víctima fue un alto cargo de la Policía, y queríamos que estuvieras prevenido. ¿Sabes algo que nosotros no?

Néstor le informó a Albiar acerca de los dos homicidios que estaba investigando.

—Es importante que nos mantengamos en contacto. Si comprobamos que se trató del mismo asesino, todos nos beneficiaremos si colaboramos en la resolución del caso.

Ismael lo pensó por un momento.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué sugieres que debemos hacer?

—Seguid adelante con la investigación de este homicidio. En realidad, la relación con los asesinatos de los directivos de Dronventsa no está comprobada todavía. Me interesa conocer los resultados de

balística y compararlos con los de las otras víctimas. Considero que ese es el primer paso. En caso de que se comprueben nuestras sospechas, haré una solicitud por los canales oficiales para compartir la información.

—Me parece bien. Yo me ocuparé de explicárselo a Valentina y me mantendré en contacto contigo.

Capítulo 33

Una vez garantizada la colaboración de la Guardia Civil, Salazar regresó a la comisaría. En cuanto entró, García le informó que Marta Sosa ya había llegado y lo estaba esperando.

—De acuerdo. Dame cinco minutos y acompáñala a mi despacho.

El inspector subió las escaleras de dos en dos, se acomodó detrás de su escritorio, encendió su ordenador, y miró de reojo la pila de papeles que esperaban por su firma y que cada día era más alta. Refunfuñó en voz baja contra Santiago por mantenerle el escarmiento durante tantos meses. Que ya estaba bien. Tanto ensañamiento por un desliz de nada.

Un par de golpes en la puerta lo regresaron al presente y dejó de rumiar su frustración. Mejor. No creía que las ideas que se le habían ocurrido para desquitarse de su hermano fueran legales.

Cuando la puerta se abrió, entró una joven con los ojos enrojecidos, el ceño fruncido y una actitud decidida. Salazar la invitó a sentarse con un gesto, se presentó a sí mismo, y le dijo que lamentaba lo que había ocurrido.

—Espero que me haya hecho venir para decirme que ya atraparon al malnacido que asesinó a mi padre, inspector.

—Me temo que todavía estamos en averiguaciones, señora Sosa. Está aquí porque necesitamos su colaboración. Debo aclarar algunas interrogantes sobre su padre.

Marta se removió en la silla.

—Comprendo.

—Perdone si la pregunta le parece muy íntima, pero le aseguro que es muy importante. Necesitamos saber cuáles eran las preferencias sexuales del señor Sosa.

Marta parpadeó y se ruborizó.

—Era heterosexual.

—¿Está segura?

—Por supuesto.

—¿Su padre tenía enemigos?

—No.

Salazar enarcó las cejas.

—¿Ninguno? Discúlpeme. No quiero contrariarla, pero se me

hace difícil creer que un hombre de negocios exitoso haya transitado por la vida sin levantar ninguna ampolla a su paso.

—Comprendo lo que quiere decir, inspector. Supongo que se refiere a la envidia que puede haber despertado.

—Esa es solo una de las muchas posibilidades —reconoció Salazar.

—Mi padre era un hombre tranquilo y cordial, a quien no le gustaban las discusiones ni los conflictos. Cuando me enteré de que habían asesinado a Rafael Rojas, por supuesto que me sorprendí, pero nunca se me pasó por la cabeza que mi padre estuviera en peligro. Le confieso que todo esto es incomprensible para mí.

—Los homicidios no suelen tener ninguna lógica, salvo para el asesino.

Marta se removió en el asiento.

—Es como si estuviera viviendo una pesadilla. Algo así no puede haberle pasado a mi padre.

—A su padre —repitió Salazar—. Sin embargo, aunque le causó sorpresa, sí lo consideró posible en el caso del señor Rojas… ¿Por qué?

La hija de Sosa cogió aire y lo retuvo por un instante, antes de responder.

—Tal vez está mal que lo diga, porque Rafael está muerto…

—Le agradeceré que no se detenga en ese tipo de consideraciones, señora Sosa. Buscamos a un asesino.

—De acuerdo, se lo diré sin pelos en la lengua. Rafael Rojas era un hombre muy desagradable. Creía que su dinero le confería poder sobre los demás, así que no dejaba de ostentar y su trato era despótico. No es difícil creer que tuviera muchos detractores.

—Comprendo… Sin embargo, su padre era su socio, y eso implicaba cierta amistad. Nadie se asocia con un enemigo. ¿Cómo explica esa relación?

—Rojas fue una mala influencia para mi padre.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Marta se mordió los labios y desvió la mirada

—Es solo una impresión.

—¿Por qué, señora Sosa? Su padre era un hombre adulto. ¿En qué sentido, Rojas fue una mala influencia?

La joven frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Inspector, estamos hablando de mi padre, que acaba de morir de la peor forma posible. Supongo que usted no espera que lo critique.

—Señora Sosa, permítame recordarle que no estamos compartiendo cotilleos o emitiendo juicios. Lo que queremos es identificar y arrestar al asesino de su padre, pero no podremos hacerlo si quiénes lo conocieron nos ponen palos en las ruedas.

—Lo que pudiera influir Rafael Rojas en mi padre no tiene nada

que ver…

—Al contrario. Todo tiene que ver. Debe permitirnos a los investigadores decidir qué es importante y qué no.

Marta lo pensó por un momento.

—Usted gana, inspector. Siempre he creído que, de no haber sido por la influencia de Rojas, mis padres nunca se hubieran divorciado…

—Continúe.

—Mi padre era un hombre hogareño, tranquilo, pero Rojas era… le gustaba el alterne y relacionarse con prostitutas. Presionó tanto a mi padre para que lo acompañara en sus juergas, que al final lo consiguió. Fue hace mucho tiempo, durante una convención en la empresa donde trabajaban antes, pero mi madre lo descubrió y le pidió el divorcio. Aunque mi padre siempre juró que fue la única ocasión en que le había sido infiel.

Salazar se quedó pensativo. Un hombre no cambiaba su postura con respecto a la fidelidad o la contratación de prostitutas por la presión de un socio, por muy amigo que fuera. Además, la forma en que fue hallado el cuerpo de Sosa encajaba en un encuentro fortuito, a cambio de un pago. Sin embargo, también comprendía que Marta Sosa necesitaba mantener una imagen idealizada de su padre, y la investigación no avanzaría porque él derrumbara esa imagen. Dejó que la chica conservara su ilusión, le dio las gracias y le prometió que la mantendrían informada.

Después de despedirse de Marta Sosa, Salazar subió al segundo piso, y llegó justo a tiempo para la reunión de la mañana. Ya todos los demás estaban allí, incluido el comisario.

—Remigio, comienza tú —ordenó Ortiz.

—De acuerdo. La inspectora Araujo comprobó que las actividades del camello que buscamos se limitan a La Rioja. Además, nos dimos cuenta de que sigue un patrón de tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Miguel.

—Alterna una de las rutas cada semana.

Pedrera sacudió el bolígrafo.

—Quizá hace el reparto, dependiendo de cuándo recibe la mercancía. ¿Sabéis quién es su proveedor?

—Ni puñetera idea, pero uno de mis informantes me envió un mensaje urgente esta mañana, y me reuniré con él en un par de horas.

—De acuerdo. Mantenme informado —dijo el comisario, y se volvió hacia Miguel—. Pedrera, López, habéis hecho un buen trabajo deteniendo al ladrón, así que después de cerrar el caso, quedaréis a disposición del inspector jefe, para ayudarlo con la investigación de Dronventsa.

Miguel intercambió una mirada con su compañera.

—Comisario, si nos permite…

—¿Qué ocurre?

—Estamos listos para trabajar en los homicidios, pero queremos pedirle que nos autorice a mantener abierto el caso del ladrón un poco más de tiempo.

Santiago frunció el ceño y Miguel se echó un poco hacia atrás.

—¿Por qué? Habéis sacado al ladrón de las calles, que es vuestro trabajo. A partir de ahora, el asunto le corresponde a los Servicios Sociales.

Miguel y Ángela volvieron a intercambiar miradas, lo cual insufló valor al inspector.

—Señor, ninguno de nosotros está conforme con la situación del chico, y queremos encontrar a su familia.

—Estoy de acuerdo con ellos —intervino Salazar, antes de que Ortiz pudiera responder—. Esto no se acaba hasta que se acaba. No podemos dejar al chico en el Centro de Acogida y desentendernos del asunto. Es un deber de esta comisaría encontrar a su familia, averiguar por qué terminó de ratero en la estación, y asegurarnos de que queda en las mejores condiciones posibles para él. Además…

Santiago dejó escapar un suspiro de resignación.

—Además, ¿qué?

—Además, no sabemos si hay otros chicos en riesgo en el lugar de dónde vino este.

El comisario parpadeó.

—¿Cuándo aprenderé a no dejarte argumentar mis decisiones?

Néstor ladeó la cabeza en una expresión que había copiado de Paca. Ella la usaba cuando quería una ración extra de galletas. Y siempre le funcionaba. El comisario se quedó pensativo por un momento.

—De acuerdo, vosotros ganáis. Encontrad a la familia del chico y descubramos su historia, pero en cuanto resolváis ese asunto, debéis poneros a las órdenes del inspector jefe.

—Pierda cuidado, comisario —respondió Pedrera, con una sonrisa—. Así lo haremos.

Después de comprobar un mensaje que acababa de entrar en su móvil, Salazar tomó la palabra y les informó acerca de la llamada que recibió aquella mañana, y la posibilidad de que el asesino hubiera actuado de nuevo. También les relató la entrevista que sostuvo con la hija de Sosa.

El comisario cambió de posición y gruñó. A Néstor le recordó un oso saliendo de hibernación.

—No me gusta nada. Este asunto se complica por minutos. ¿Cuál será tu siguiente paso, Néstor?

—Cuando termine la reunión, iré a la Jefatura Superior. El jefe

Barros acaba de enviarme un mensaje. Tiene algo que mostrarme.

—¿De qué se trata?

—Todavía no lo sé, pero lo mantendré informado, comisario.

El inspector se volvió hacia su compañero.

—Telmo, elabora un informe acerca del caso, y solicítale a la Guardia Civil que nos proporcione los resultados de los peritajes del homicidio del comisario general.

—Sí, jefe.

—Diji, investiga si durante las últimas semanas ha ocurrido algún homicidio similar a los que nos ocupan, en cualquier otro lugar de España.

—Sí, señor.

El comisario frunció el ceño.

—¿En qué estás pensando, Néstor?

—Temo que nos estemos enfrentando a algo mucho más grande de lo que creímos en un principio.

Capítulo 34

Una vez que el comisario dio por terminada la reunión, Remigio salió con prisa de la comisaría. Llegaba tarde para encontrarse con Sixto, y el tiquismiquis de su informante era capaz de dejarlo plantado y largarse con viento fresco, si no llegaba a la hora acordada.

Toro subió a su coche y se encaminó a su lugar de encuentro habitual. Aparcó en la calle Siervas de Jesús y recorrió a pie la distancia que lo separaba de los pórticos de la calle Hermanos Sánchez del Río. Iba con cinco minutos de retraso, pero por fortuna, Sixto todavía lo esperaba.

Desde la esquina vio la larga y delgada figura de Rondón, un poco cargada de hombros. Se paseaba de un lado a otro sin dejar de mirar a su alrededor, al mismo tiempo que fumaba como si el aire que respiraba dependiera del pitillo. Y quizá era así.

Sixto detuvo su inquietante paseo cuando vio aparecer al inspector. Entonces relajó los hombros, lo cual los cargó un poco más. Remigio se acercó a una distancia prudente. ¡Que el tufo a tabaco que despedía el tío era como para tirar para atrás a cualquiera!

Rondón llenó sus pulmones de humo y retiró el cigarrillo de la boca.

—Llega tarde, inspector.

—Estaba en una reunión, Suricato. Algunos trabajamos —Sixto respondió con un gruñido y se llevó el cigarrillo a la boca—. ¿Cuál es esa información tan importante que tienes para mí?

El informante soltó una bocanada de humo en las narices de Toro.

—No tan deprisa, inspector. Primero quiero que comprenda que me juego mucho por contarle esto.

—Lo cual significa que esperas una buena recompensa.

—Solo lo suficiente para mantenerme lejos de las calles por unos días, hasta que todo se calme. ¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Eso depende de qué tan buena sea la información.

Suricato se rascó la mata de pelo revuelto.

—Vale oro y me juego el gaznate.

—Ya será menos.

Rondón negó con la cabeza.

—Tiene que ver con El Ruso.

Remigio entornó los ojos.

—¿Te refieres a Ivanenko?

—¡Shhh! —le advirtió Sixto, mirando a un lado y otro del pórtico, para comprobar que estaban solos— ¿Qué quiere? ¿Encontrarme en un descampado como pasto de las moscas?

Toro se quedó en silencio por un momento, y luego comenzó a negar con la cabeza.

—No, no creo que te arriesgues tanto, solo para ayudarme. Aquí hay gato encerrado. ¿Qué es lo que no me estás contando, Suricato?

Rondón sacó otro cigarrillo de la cajetilla, manteniendo la colilla del primero en los labios. Entonces, encendió el nuevo con lo que quedaba del anterior, tiró la colilla al suelo y la pisó. Levantó la mirada y la clavó en el policía.

—Quiero pasta para largarme por algunos días.

—¿Por qué?

Suricato volvió a mirar a uno y otro lado con desconfianza

—Estamos solos, inspector, pero si seguimos aquí plantados, terminaremos atrayendo la atención hasta de las palomas.

—Dime de una vez, ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme?

Suricato soltó el humo por la nariz y la boca al mismo tiempo.

—Hay mucha preocupación en las calles…

—A ver si voy a tener que darte protección policial en una celda para que termines de hablar. ¿Qué les preocupa?

—Hay un camello nuevo vendiendo mercancía. Va por libre…

Remigio tensó los músculos de la espalda.

—Sigue.

—Ivanenko no va a tolerar que cualquier pringado invada su territorio. Ha ofrecido una recompensa por la cabeza del tío. Así que se abrió la temporada de caza. Ya imaginará lo que eso significa.

Un escalofrío recorrió la espalda de Remigio, solo por pensarlo.

—¿Qué más sabes?

Suricato dio una calada y negó con la cabeza.

—Primero quiero ver la pasta. Tengo que estar seguro de que podré pirarme, antes de decirle nada más.

Toro sacó un par de billetes. El informante los miró con el ceño fruncido, así que el inspector le agregó un par más de su propio bolsillo. Ya arreglaría cuentas con el comisario. Suricato cogió los billetes y los puso a buen recaudo. Expulsó el humo y cogió otra bocanada, como si el humo le infundiera valor.

—Por lo que sé, Ivanenko tiene identificado al chaval. Y le puedo asegurar que ya es cadáver. Si todavía respira, tiene los minutos contados.

—¿Cómo lo descubrió El Ruso?

Nueva exhalación y otra bocanada para adentro.

—Yuri tiene sus métodos, que todo hay que reconocerlo, son más eficaces que los de los polis. Hace un par de días, dos de sus gorilas consiguieron sacarle la información a uno de los clientes del traficante.

Remigio se quedó en silencio por algunos segundos, mientras encajaba las piezas.

—¿Ese cliente es de Logroño?

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Rondón con desconfianza.

El inspector negó con la cabeza, y por toda respuesta, le dio cincuenta euros más al informante.

—Toma, Suricato. Ponte a buen recaudo, y si llegas a enterarte de algo más, no dejes de llamarme.

Sixto cogió el billete y salió corriendo como si lo persiguiera el diablo. Remigio se quedó plantado en medio del pórtico, pensando lo que debía hacer a continuación. Entonces, sacó su móvil, llamó a la inspectora Araujo y la puso al día con respecto de la información que acababa de recibir.

—Ivanenko —repitió Rebeca—. Por lo que he escuchado de él, esto pone el caso en otro nivel.

—Sin ninguna duda. Debemos reunirnos. Urge encontrar al camello, antes de que lo haga El Ruso.

Capítulo 35

Después de subir al Clío y antes de salir de Haro, Salazar hizo una parada táctica para aprovisionarse con rosquillas sin azúcar y un café con edulcorante. Solo entonces, siguió su camino hacia la Jefatura Superior.

En cuanto Barros lo vio llegar, soltó un gruñido.

—Vaya, ya está aquí otra vez el inspector plomo. ¿Es que no tienes otra cosa mejor que hacer que molestar a los que sí curramos?

—Pero si fuiste tú quien me llamó, Casi.

—¿Y qué? Eso no quita que seas un pelmazo. ¿Dónde está mi desayuno?

El inspector le entregó el café y una bolsa de papel. De inmediato, Barros atacó las rosquillas y bebió un sorbo.

—¡Puaj! Este café es una birria. ¡Tiene edulcorante en vez de azúcar!

Salazar enarcó las cejas.

—Es por tu dieta, Casi. Soy tu amigo y no voy a traerte algo que te perjudique.

—Mi dieta, mi dieta, estoy harto de mi dieta. Y el filimincias de mi médico pretende que sea para toda la vida. Además, ¡con la complicidad de mi mujer!

—Ellos lo hacen por tu bien, Casi.

Casimiro frunció el ceño y clavó una mirada asesina en el policía, al mismo tiempo que sacaba la tercera rosquilla de la bolsa.

—¿Por mi bien? —El inspector se echó un poco hacia atrás en la silla, y enarcó las cejas—. Pues escúchame bien, gaznápiro: como te pongas de su parte y me sigas trayendo estas mierdas de desayuno, te voy a dar una hostia, que de una vez te voy a mandar a la semana que viene.

Salazar levantó las palmas para llamar a la calma.

—Me llamaste para mostrarme algo, Casi.

—¡Eres un insensible! Solo piensas en tu propio interés —El jefe Barros negó con la cabeza—. Está bien, pongámonos a ello… cuanto antes lo veas, antes te pierdo de vista. Echa un vistazo a esto.

Casimiro giró la pantalla hasta ponerla frente a Néstor. El inspector vio dos imágenes, una al lado de la otra. La de la izquierda era una nota escaneada, y la de la derecha, la fotografía de una libreta

de direcciones. Estaban escritas a mano con caligrafías diferentes.

Salazar leyó lo mismo en ambas: «Rosa, 688592000».

—¿Quién es Rosa?

—Pero tú, ¿qué pretendes? ¿Que haga tu trabajo? No seas vago, Averígualo, que para eso te pagan.

—¿De dónde salieron estas notas, Casi?

—Eso sí te lo puedo decir. La de la izquierda la encontramos en la guantera del coche de Rojas, y la de la derecha, en un directorio en el despacho de Sosa.

El inspector frunció el ceño y cambió de postura en la silla.

—¿La gente sigue usando notas y libretas para los teléfonos? Yo habría jurado que ese tipo de recordatorios desapareció cuando se impusieron los móviles.

—Pues ya ves. Algunos hábitos están muy arraigados. Además, los móviles pueden perderse o dañarse, y con ellos desaparece toda tu lista de contactos, lo cual no dejaría de ser una putada. Yo mismo, siempre guardo los números telefónicos más importantes anotados en una libreta. Por si acaso. ¿Por qué te sorprende?

—No quisiera seguir una pista falsa, que tal vez nos conduzca a un callejón sin salida. ¿Hay alguna forma de comprobar la autenticidad de estas notas?

—Te puedo garantizar que fueron encontradas en las correspondientes escenas de los crímenes, y que se mantuvo intacta la cadena de custodia. Ahora, si el asesino las escribió y las dejó para confundirnos… Mi bola de cristal amaneció averiada. Lo que sí te puedo asegurar, es que el grafólogo nos confirmó que no fueron escritas por la misma persona.

—Es un buen indicio —reconoció Néstor con un asentimiento —. ¿Podrías…?

Antes de que Salazar terminara de decir lo que quería, su móvil anunció la entrada de un mensaje.

—Ya te envié la imagen.

—Sois geniales, Casi. Las notas representan una pista muy prometedora. Investigaré quién es Rosa y qué tiene que ver con todo este tema, lo antes posible.

—Vale, eso ya es asunto tuyo. Por cierto, te interesará saber que los peritos financieros han estado ocupados con la solicitud que hizo el subinspector Cheick. Han hecho lo posible por encontrar el origen de los fondos que se usaron para crear la empresa de drones.

—¿Y qué encontraron?

—Callejones sin salida. Inversiones dispersas en todo tipo de negocios: fondos y cuentas remuneradas alrededor del mundo, acciones de la bolsa y hasta criptomonedas. El seguimiento llevará varias semanas.

—¿Consideran posible un incremento del capital de esa magnitud en ese tiempo?

—No seas mendrugo. Si lo supieran, no necesitarían seguir trabajando en ello, ¿no crees?

—Vale, esperaré que lleguen a una conclusión.

—Pues eso. Por otro lado, ya revisaron los libros de contabilidad de Dronventsa y todo está en orden.

Néstor se quedó pensativo por algunos segundos.

—¿Estáis seguros? Tenía la certeza de que encontraríais algo turbio en la empresa. Un hilo del cual podríamos tirar para deshacer esta madeja.

—Pues te equivocaste, lo cual no tiene nada de extraño en un zoquete como tú. Ahora, lárgate y déjame trabajar. Que pareces una cotorra con verborrea.

Salazar volvió a darle las gracias al jefe Barros y salió de la Jefatura Superior. Antes de encender el Clío, llamó a Telmo para informarle acerca de la pista que les acababa de proporcionar Científica, y le envió la imagen de las notas.

—Me pondré a trabajar de inmediato para averiguar quién es Rosa. Por cierto, jefe, ya contacté a la Guardia Civil por las vías oficiales, para que compartan con nosotros la información sobre el último homicidio.

—Perfecto, Telmo. Tengo la certeza de que se trata del mismo asesino.

En cuanto terminó la llamada con su compañero, Néstor se comunicó con Albiar. El joven guardia le respondió de inmediato.

—Estaba a punto de llamarlo, inspector. Ya el teniente Soler recibió el informe de la comisaría de San Miguel. Nos dio la orden a Valentina y a mí de que colaboremos con usted, si balística confirma que se trató del mismo asesino.

—Es una buena noticia, Ismael. Hay algunas novedades que debéis saber —Salazar le informó acerca de Rosa, y le envió la imagen de las notas—. Es importante que mantengáis los ojos abiertos.

—Gracias, inspector. Estaremos atentos y si averiguamos algo más, se lo haremos saber.

Salazar subió al Clío y se incorporó a la vía en dirección a Haro. Cuarenta y cinco minutos después, aparcaba frente a Dronventsa. Entró con actitud resuelta, y todas las miradas se centraron en él. Se sintió como un pájaro de mal agüero.

Aunque la fábrica continuaba abierta y en funciones, la preocupación se veía pintada en los rostros de todos los trabajadores. El policía se fue directo a las oficinas. Dalia lo recibió con las cejas enarcadas.

—Inspector, no esperaba volver a verlo tan pronto. ¿Ya

encontraron al asesino?

—Trabajamos en ello, señora Martínez. Me complace ver que la empresa no ha tenido que cerrar por la muerte de sus directivos.

Dalia negó con la cabeza.

—Me temo que no sabemos por cuánto tiempo permaneceremos con las puertas abiertas. Se dice que los herederos pondrán Dronventsa a la venta, en cuanto terminen los trámites de la sucesión. Por supuesto, semejantes cotilleos han causado mucha incertidumbre y preocupación en la plantilla.

—Lo comprendo —Néstor cambió de postura y dejó caer la pregunta como si se le hubiera ocurrido en ese momento—. Dígame, señora Martínez, ¿el nombre de Rosa le dice algo?

—¿Rosa? ¿Rosa, qué?

—Me temo que todavía no lo sabemos. Se relacionaba tanto con el señor Rojas como con el señor Sosa.

—¿Está seguro de que no es un error? Nunca conocí a nadie cercano a ellos que tuviera ese nombre.

Salazar se mordió los labios.

—¿Y qué puede decirme de Edgar?

—¿Edgar?

—Edgar Soliz. ¿Sabe usted cuál fue el verdadero motivo de su renuncia? ¿Tuvo algún problema con los directivos o con sus compañeros?

Dalia se enderezó en el asiento.

—Si lo tuvo, yo no me enteré, y los directivos, tampoco. Ambos se sorprendieron mucho cuando les mostré la carta de renuncia.

—¿La renuncia de Soliz le causó algún problema a la empresa?

—En realidad, no. La plaza que Edgar dejó vacante no era cualificada, así que resultó muy fácil sustituirlo.

—¿Cómo se desempeña su sustituto?

Dalia se encogió de hombros.

—Bien. Por fortuna, no tenemos ninguna queja de él. Tomás es un chico taciturno y poco conversador, pero cumple con su trabajo, que es de lo que se trata.

—Tengo entendido que lo recomendó el propio Edgar.

—Así fue —comentó la secretaria con un asentimiento—. Me habló de él, el mismo día que entregó la carta.

Salazar le dio las gracias a Dalia, y salió de Dronventsa para regresar a la comisaría.

Capítulo 36

Miguel y Ángela llegaron al Centro de Acogida y una vez que se identificaron, la secretaria del director los hizo pasar. Don Alejandro los esperaba de pie detrás de su escritorio y después de las presentaciones, los invitó a sentarse. Ambos ocuparon las sillas frente a él.

—Bienvenidos. Ya Néstor me informó acerca de su preocupación por la situación de Juan. Y les agradezco su interés en resolverla.

—¿El chico está bien? —preguntó Ángela.

El director rechinó los dientes, antes de responder.

—Todo lo bien que puede estar un chiquillo cuando ingresa a un lugar como este, subinspectora. El Centro de Acogida es lo que es. Hacemos lo que podemos por los chavales, pero nunca podremos sustituir a sus familias.

Miguel se enderezó en la silla.

—Es lo que queremos, señor Lamas, encontrar a la familia de Juan. Y averiguar por qué terminó robando a los pasajeros en la estación. No quiso hablar con nosotros. ¿Han conseguido ustedes que les proporcione alguna información sobre sí mismo?

—Me temo que no. Es evidente que tampoco nos tiene confianza.

Ángela cogió aire y lo retuvo.

—Señor Lamas… De acuerdo con su experiencia, ¿tiene idea de cuál podría ser el motivo por el cual Juan se muestra tan reacio a proporcionar cualquier dato sobre sí mismo?

Don Alejandro apoyó la espalda en el respaldo e inclinó la silla hacia atrás, mientras pensaba en las posibles respuestas. Él mismo ya se había planteado esa interrogante desde el día anterior.

—Le confieso que no me atrevo a aventurar ninguna hipótesis, pero existen varias posibilidades. Ninguna buena.

Ángela frunció el ceño.

—¿Usted cree que Juan ha sido maltratado? —le preguntó al director.

—No lo sé, aunque no parece que se trate de eso. Uno de los requisitos de ingreso al Centro es que los chavales deben recibir atención médica y psicológica inmediata. Esta mañana estuve

revisando los informes. En el caso de Juan no hay señales de maltrato. De acuerdo con el psicólogo, su insistencia en que quiere volver a casa no concuerda con lo que sería de esperarse en un niño maltratado. Así que es posible que exista otra explicación para su caso, pero por el momento, no tengo idea de qué puede ser.

Miguel se inclinó hacia adelante.

—Queremos verlo y hablar con él a solas. Es posible que hoy esté más tranquilo y se muestre más comunicativo.

El director observó a los policías como si pudiera leer el pensamiento de ambos, a fuerza de observar sus gestos y posturas. Considerando su experiencia laboral, tal vez era así. Al cabo de algunos segundos, asintió.

—Néstor me pidió que confiara en ustedes, y yo confío en Néstor, así que permitiré que vean a Juan a solas, pero deben ser muy cuidadosos. La adaptación del chaval ya está resultando bastante difícil sin la intervención de la Policía.

—No se preocupe, don Alejandro —dijo Ángela—. Nuestro principal interés es el bienestar del chiquillo.

Don Alejandro usó el interfono para llamar a su secretaria y en cuanto ella se asomó, le dio instrucciones y la orden de que los acompañara hasta la sala de visitas.

Los policías siguieron a Marlene, quien los llevó hasta un amplio salón, lleno de mesas con bancos incorporados. Olía a cera para madera y desinfectante. Aparte de las mesas, solo contaba con un dispensador de agua y una cafetera junto a una pila de vasos desechables. El espacio era tan impersonal, que a Miguel le recordó la sala de visitas de una cárcel. En ese momento, el salón se encontraba vacío por completo.

—Pueden escoger una mesa y esperar aquí. Enseguida iré a buscar a Juan.

—Espere, Marlene… —dijo Miguel, con una sacudida de cabeza.

—¿Qué ocurre?

—En este lugar, el chaval se sentirá como si estuviera en una sala de interrogatorios, y lo que queremos es que confíe en nosotros.

La secretaria parpadeó.

—Este es el único salón de visitas que tenemos. Y don Alejandro dijo que…

—¿Hay un gimnasio en este centro? —la interrumpió el inspector.

—Sí, pero…

—En ese caso, nos reuniremos con el chaval allí.

—Tendré que preguntárselo a don Alejandro.

—Adelante. Podemos esperar.

Marlene se ausentó y reapareció cinco minutos después.

—El señor Lamas dio su autorización para que usen el gimnasio. Síganme por favor. Cuando llegaron al pabellón deportivo, se encontraron a una profesora impartiendo clase. Marlene habló por un par de minutos con la instructora, que no le quitó la vista de encima a los policías, mientras escuchaba los argumentos de la secretaria.

La profesora ordenó a sus alumnos que hicieran una fila y se dispuso a sacarlos de allí, pero antes de que se marcharan, Miguel le pidió que le dejara uno de los balones de baloncesto. La mujer parpadeó con desconcierto, pero cedió a la solicitud del inspector. Miguel miró a la secretaria, al mismo tiempo que rebotaba el balón.

—Ya puede traer a Juan. Estamos listos.

Marlene desapareció por la puerta, y pocos minutos después, quien entró en su lugar fue Juan. Obedeciendo a un gesto de Ángela, el chaval se acercó a ellos a paso lento y arrastrando los pies.

Miguel continuaba dando botes al balón. Una vez que llegó junto a los policías, el chiquillo clavó la mirada en el suelo y se cruzó de brazos. Ángela se agachó junto a él.

—Hola, Juan. ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Has conseguido hacer algún amigo?

El chico se mantuvo en silencio.

—Entendemos que esto no debe ser fácil para ti, colega —le dijo Miguel, sin dejar de rebotar el balón—, pero si nos ayudas a encontrar a tu familia, podremos llevarte a casa.

Juan se quedó inmóvil, sin decir una palabra. Los policías intercambiaron una mirada. De repente, Miguel le tiró el balón al chiquillo, que no tuvo otra alternativa que descruzar los brazos para atraparlo. El chico le devolvió la pelota al policía con el ceño fruncido, y toda la fuerza que pudo reunir en sus escuálidos brazos. Miguel cogió el balón sin ningún esfuerzo, lo rebotó y lo tiró a la canasta. El balón rebotó en el tablero, se paseó por el aro, y cayó por el lado de afuera. El inspector lo recogió, y se lo tiró a su compañera. Ángela lo rebotó una vez, lo lanzó al aro, e hizo canasta. Miguel volvió a cogerlo, lo rebotó y se lo tiró de nuevo a Juan.

—Es tu turno, chaval. Vamos a ver de qué madera estás hecho.

El chico frunció el ceño y tiró en dirección a la canasta con todas sus fuerzas, pero el balón ni siquiera se acercó a la cesta. Entonces, Miguel recogió la pelota, se agachó junto al chaval, y le enseñó cómo cogerla.

—Así… Ahora coloca el codo debajo del balón, flexiona las rodillas y la cadera… perfecto. Este pie un poco más adelante… la vista en el punto donde quieres que termine la esférica: en la cesta o el tablero. Tú decides. Cuando tires, salta hacia adelante. ¿Estás listo? —

Juan adoptó la postura que le indicó Miguel—. Excelente. Inténtalo.

El chiquillo se concentró en la tarea, tiró el balón e hizo canasta. Miguel chocó los cinco dedos con Juan, al mismo tiempo que Ángela celebraba la proeza con aplausos. Por primera vez desde que lo conocieron en la estación, vieron una sonrisa de felicidad iluminando el rostro del niño. Miguel también sonrió, y cuando miró a su compañera, pudo ver el destello de la humedad en sus ojos.

Las siguientes dos horas las pasaron jugando al baloncesto, sin hacerle ninguna pregunta a Juan. Ambos policías le iban dando instrucciones al chaval para que corrigiera errores, y el chico fue mejorando su desempeño en la medida en que jugaban. Al cabo de ese tiempo, Miguel consultó el reloj y anunció que tenían que volver al curro.

Con el balón en la mano, Juan no escondió su decepción.

—¿Volveréis?

—No lo dudes, colega —le prometió Miguel—. Así que será mejor que practiques para nuestro próximo encuentro.

—Practicaré y os ganaré —anunció el chiquillo con una sonrisa.

Satisfechos por el avance en el acercamiento al chico, los detectives acompañaron a Juan hasta la oficina del director, para que Marlene lo llevara a su clase.

Los policías salieron del Centro de Acogida y regresaron al coche. Mientras Miguel se ajustaba el cinturón de seguridad, Ángela se quedó pensativa. Entonces, se volvió hacia él.

—Gracias, Miguel.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por lo que acabas de hacer con ese chiquillo… Me siento muy orgullosa de ti.

Miguel parpadeó y enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Eso es porque no me conoces… que si no…

Ángela lo hizo callar con un beso. El curtido policía enarcó las cejas, y tensó todos los músculos por un instante. Luego se relajó, y se dejó llevar. Después de separarse, ella le sonrió. Él llenó sus pulmones de aire al mismo tiempo que sonreía, encendió el coche y puso rumbo a la comisaría.

Capítulo 37

Remigio aparcó su coche en la calle Hospital Viejo, en Logroño. Que hubieran encontrado un espacio en ese aparcamiento saturado por los vehículos de los vecinos, había sido un golpe de suerte que el inspector no se esperaba. En cuanto apagó el motor, Rebeca se quitó el cinturón de seguridad y se apeó del coche. Él la imitó, y observó con detenimiento el lugar al que lo había conducido la inspectora.

—Entonces, ¿el chico que sufrió la paliza vive en este barrio? —Rebeca asintió—. ¿Usted ya ha hablado con él?

—No. Los agentes que atendieron la llamada de los vecinos le tomaron declaración en el hospital, pero no consiguieron mucha información. Mauro les dijo que no sabía quiénes habían sido sus agresores ni el motivo de la paliza.

Remigio suspiró.

—El miedo es libre, incluso entre los yonquis.

El sol caía a plomo, y el inspector tuvo que secarse el sudor de la frente con un pañuelo. La ropa tendida en los balcones no se movía ni un centímetro. El aparcamiento olía a… nada. Coches y cemento. Tan impersonal como el turno de una sala de espera.

—Bonito barrio —comentó Remigio con sorna.

—Es por aquí.

Rebeca se acercó a un muro de piedra medio derruido, y cruzó una de las «puertas» que daban acceso a una calle bastante estrecha. A juzgar por su aspecto, las viejas casas que se alineaban a lo largo debían tener más de cien años de antigüedad.

Remigio siguió a la inspectora y se preguntó qué habría sido aquel muro, antes de quedar reducido a ruinas. Rebeca no le dio tiempo de sacar conclusiones, pues ya se había detenido frente a una vieja construcción, en la cual la pintura de la fachada se caía a jirones.

Toro agradeció la sombra que proporcionaban las propias casas, y en la medida en que se acercó a su colega, le llegó el olor a moho y madera podrida. No había timbre, y cuando Rebeca golpeó la puerta, el inspector temió que sus manos atravesaran la deteriorada madera.

—¿Quién es? —la voz temblorosa que salió del interior de la casa era de un hombre joven.

—¡Abre, Mauro! Somos de la Policía. Venimos a conversar contigo sobre la agresión que sufriste.

Remigio escuchó un ligero tac tac detrás de la puerta e intercambió una mirada con Araujo. Ella también lo había escuchado.

—¡Ya les dije todo lo que sabía! ¡Márchense!

El inspector resopló. Aquel calor lo estaba poniendo de mal humor.

—Abre la puerta, Mauro. No seas estúpido. Somos los únicos que podemos protegerte de Ivanenko.

La puerta se abrió de repente, y frente a ellos apareció un chico delgado y pálido, con el cabello rubio y lacio, más sucio que factura de mecánico, y que se mantenía en pie con dificultad, apoyado en dos muletas.

—¿Quién les habló de Ivanenko?

—Eso no es asunto tuyo —respondió Remigio—. Déjanos entrar, y quizá podamos evitar que El Ruso te obligue a tragarte las muletas, porque crea que te fuiste de lengua.

—¡Ustedes saben que yo no les dije nada!

—Nosotros, sí, pero… ¿lo sabe Ivanenko? ¿Crees que le importe?

—Queremos protegerte, Mauro —intervino Rebeca—, pero para hacerlo, necesitaremos que colabores con nosotros.

El chico miró a ambos lados de la calle desierta.

—Pasen.

Los policías entraron, y Remigio se sintió como si estuviera en una cueva. Se vio en un pasillo oscuro, donde la humedad era casi palpable, y el olor a moho de la calle era solo un pálido reflejo de lo que se respiraba en el interior. Estuvo seguro de que los desinfectantes no habían tocado ese suelo desde que la casa se estrenó.

—Síganme.

Mauro los condujo hasta una habitación que servía de sala. En ella había un sofá de color indeterminado, entre granate, marrón y negro, con los bordes de las costuras deshilachados, y un par de muelles amenazantes por debajo de una tela, que resistía a duras penas la presión. El chico señaló el mueble.

—Siéntense.

—Ni lo sueñes, chaval —El inspector acercó una silla de madera para Rebeca, y cogió un pequeño banco de madera para sí mismo—. Así estamos bien.

Mauro ocupó el único rincón del sofá que no parecía a punto de explotar, y dejó las muletas a un lado.

—Saben que con su visita pueden conseguir que me maten, ¿no es así?

Remigio se acomodó los holgados pantalones.

—¿Quién?

—Usted sabe quién.

Remigio y Rebeca intercambiaron una mirada. La inspectora tomó la palabra.

—A los agentes que te cogieron declaración en el hospital les dijiste que quien te dio la paliza fueron un par de chicos a los que no conocías, y a quienes nunca habías visto en el barrio. Que estabas drogado y por eso no recordabas lo que te habían dicho. ¿Es así?

—Sí.

—¿Mantienes tus palabras?

—Es la verdad.

Toro llenó sus pulmones de aire, y los dejó escapar en un suspiro.

—Chaval, un poco más imbécil y no naces. Te lo explicaré de forma sencilla: los que te dejaron más golpeado que el pecho de un gorila, pueden volver a por ti. La única forma de que te protejamos es que nos ayudes a identificarlos y meterlos en chirona, pero si insistes en mentirnos, es muy probable que decidan que después de todo, mantenerte vivo no vale la pena el riesgo. No sé si me entiendes…

—Si los delato, soy hombre muerto.

—Confía en nosotros —le pidió Rebeca.

—¿Confiar en la Policía? ¿Es en serio?

Remigio se levantó del banco.

—Pues me parece que no tienes alternativa, pero si quieres enfrentarte tú solo a Ivanenko, tú mismo.

Rebeca imitó a su colega y abandonó la silla, al mismo tiempo que Remigio se abotonaba la chaqueta del traje de algodón con movimientos lentos.

—¿Nos vamos, inspectora?

—¡No! ¡Esperen! ¿Me prometen que estaré a salvo?

—Si nos dices la verdad, te trasladaremos a una casa de seguridad y te protegerán dos agentes —le prometió Rebeca—. Al menos, hasta que podamos detener a Ivanenko.

Mauro se frotó la cara con las manos.

—¿Hasta que puedan detener a Ivanenko? Usted no tiene idea de lo que dice. No es de por aquí, ¿verdad?

Remigio frunció el ceño.

—Necesitas un poco más de fe en tu vida, chaval.

—¿Qué pasará conmigo si nunca detienen a Ivanenko?

Remigio y Rebeca intercambiaron miradas. La inspectora fue quien respondió.

—Serás un testigo protegido y te ayudaremos a trasladarte a otra provincia.

Mauro lo pensó por un momento.

—Está bien, ustedes ganan. Colaboraré. Es evidente que ya saben que fue Ivanenko quien ordenó darme la paliza.

—¿Por qué? —preguntó Remigio—. Eres demasiado insignificante para que un tío como Yuri sepa siquiera que existes. ¿Qué quería de ti?

—Se interesó por mí, porque hace un mes dejé de comprarle a sus camellos y conseguí un nuevo distribuidor. El Ruso quiso saberlo todo acerca de la competencia.

—Y tú se lo dijiste, por supuesto.

—De no haberlo hecho, no estaría vivo.

—¿Por qué cambiaste de distribuidor? —preguntó Rebeca.

—La mercancía era más barata y de mejor calidad.

—¿Quién es? ¿Cuál es el nombre de ese nuevo camello?

Mauro desvió la mirada por un momento y volvió a centrarla en los policías.

—Es una chica muy joven, y solo la conozco como María. No sé si ese es su verdadero nombre ni nunca me interesó. Es lo mismo que les dije a los tíos que mandó Ivanenko.

Remigio se ajustó los pantalones.

—¿Cómo la contactabas?

—Ella era quien organizaba los encuentros. Nos reuníamos en hoteles baratos… ya sabe, picaderos. A través de mensajes cifrados en las redes sociales, yo le hacía saber que quería comprar. Ella me señalaba el día, la hora y el lugar donde nos íbamos a encontrar… Yo me trasladaba hasta allí en mi motocicleta, subía hasta la habitación, y ella me vendía la mercancía.

—¿Ella es una prostituta? —preguntó el inspector.

Mauro parpadeó.

—No lo sé. Lo supongo, porque es lo que parecía, pero no tengo la certeza.

Rebeca frunció el ceño.

—¿Crees que podrías identificarla?

—Supongo que puedo intentarlo.

Los policías decidieron llevar al yonqui hasta el despacho de Rebeca, en la Jefatura Superior. Remigio lo dejó revisando fotografías, bajo la mirada atenta de la inspectora, y decidió regresar a la comisaría. La participación de Ivanenko en aquel asunto elevaba la prioridad del caso. Necesitaba informar al equipo de San Miguel, acerca de sus últimos descubrimientos.

Capítulo 38

Cuando Salazar llegó a la comisaría, encontró a Diji y a Telmo en sus escritorios, concentrados en sus respectivos ordenadores.

—¿Sabéis dónde están los demás?

Diji se recostó en el respaldo de su silla, que crujió amenazante.

—Miguel y Ángela ya avisaron de que vienen en camino, y Remigio también debe estar por llegar, señor.

—De acuerdo. Los esperaremos para comenzar la reunión.

En un ejercicio de audacia, Néstor decidió bajar a por un café de la comisaría. Regresó un par de minutos después, dando pequeños sorbos a su vaso con el ceño fruncido. ¿Es que no aprendía? No iba ni por la mitad, cuando Miguel y Ángela entraron sonriendo en la sala común. Buena excusa para tirar el resto de la pócima. Salazar se preguntó qué le pondría Lali al café, para conseguir que supiera peor que el de él. Tenía su mérito.

—Venís de buen ánimo. ¿Habéis encontrado a la familia del chico?

Cada uno de los detectives se sentó detrás de su correspondiente escritorio y encendió su ordenador. Miguel se echó hacia atrás y comenzó a balancear la silla de un lado al otro.

—Todavía no, pero creemos que conseguimos ganarnos la confianza del chaval. Estoy seguro de que pronto nos revelará su apellido, y sabremos el motivo de su silencio.

—Me complace escucharlo.

—No hubiera sido posible sin su ayuda, inspector —intervino Ángela.

Miguel frunció el ceño.

—Sí, tengo que reconocer que en esta ocasión la bordaste, Salazar. El director fue muy receptivo y colaboró con nosotros en todo lo que le pedimos. No te debe conocer bien, porque tiene un buen concepto de ti.

Néstor sonrió.

—Ya os lo había dicho. El principal interés de don Alejandro es proteger a los chavales. Seguid trabajando en encontrar a la familia de Juan.

—¿Y su caso de doble homicidio? —preguntó la subinspectora.

—Me las arreglaré.

—Lo cual quiere decir que nos meterá más caña a los demás —La voz de Remigio los sorprendió a todos, pues no lo habían visto llegar.

A dos pasos detrás de Toro, venía Santiago. Lali le habría avisado de que ya habían llegado todos. La secretaria del comisario valía su peso en oro, excepto preparando café.

—Dejaros de cháchara —se impuso Ortiz—. Comencemos la reunión de una vez. Remigio, tú primero.

El inspector Toro informó acerca de los últimos avances de su investigación. Cuando ya terminaba de relatar la visita al yonqui, su teléfono comenzó a sonar. El ceño del comisario se frunció, y Remigio levantó la palma de la mano en un gesto apaciguador. Después de una corta conversación, terminó la llamada y se encaró a sus compañeros.

—Era la inspectora Araujo. Mauro no ha reconocido a ninguna de las mujeres con antecedentes por prostitución en toda La Rioja.

—Eso puede significar que no buscamos a una prostituta o que nunca fue arrestada —opinó Diji.

Ángela sacudió el bolígrafo para llamar la atención.

—Quizá es nueva en la provincia.

—O Mauro está mintiendo —dijo Salazar.

Toro apoyó la espalda en el respaldo de su silla.

—En todo caso, la inspectora se ocupará de hacer averiguaciones con sus informantes.

Néstor se quedó pensativo por un momento con los músculos en tensión. Después de un par de segundos, dio su opinión.

—Lo que más me preocupa es la intervención de Ivanenko en todo esto. Cuando El Ruso está involucrado, comienzan a aparecer cadáveres en los descampados.

—Salazar tiene razón —dijo Ortiz—. Tenemos que encontrar a esa chica antes que el mafioso o podríamos tener otro homicidio entre manos.

El inspector jefe cambió de postura y cruzó los brazos. Su cerebro trabajaba a marchas forzadas. Yuri tenía ese efecto en él. Sus colegas esperaron su opinión.

—Es muy probable que María sea un nombre ficticio… Yo le pondría una trampa a través del móvil del yonqui.

—Me parece una buena idea —opinó Toro.

—De acuerdo, Remigio —intervino el comisario—. Consulta la opinión de la inspectora Araujo y mantennos informados.

—Cuente con ello, señor.

Santiago se volvió hacia su hermano.

—Néstor. ¿Qué novedades hay en tu investigación?

Salazar puso al día a sus compañeros. Antes de que pudiera terminar, la entrada de un mensaje en su móvil lo interrumpió.

Cuando lo leyó, el estómago del inspector se apretó en un nudo.

—Por favor, permítame una pausa de un par de minutos, comisario.

Ortiz soltó un gruñido, pero antes de que pudiera reaccionar, Néstor le devolvió la llamada a Valentina. Después de hablar por un minuto, cortó la comunicación y se mordió los labios.

—Me temo que no estábamos equivocados con respecto al homicidio del comisario general. Lo asesinaron con una pistola calibre 22. Ya el teniente Soler dio la autorización para cooperar, y acaban de enviar los resultados de balística a la Policía Científica, para que comparen las balas con las de los otros homicidios.

—¡Maldición! —exclamó Santiago—. Creo que todos sabemos cuáles serán los resultados.

—Hay más…

—Te escuchamos.

—La Guardia Civil encontró el nombre de Rosa y su número telefónico en una libreta en la casa de Diez.

El comisario se frotó la cara con las manos.

—Eso nos deja pocas dudas acerca de la relación entre los crímenes. La confirmación de Científica solo es un formulismo que hay que cumplir.

—Mismo *modus operandi*, mismo tipo de arma… —puntualizó Salazar—. Son demasiadas coincidencias. Tendremos que cambiar el enfoque de la investigación. Me temo que nos enfrentamos a algo mucho más grande de lo que creímos en un principio.

Telmo se inclinó hacia adelante.

—Todas las evidencias sugieren que estamos frente a un asesino en serie, jefe, pero ¿cómo escoge a sus víctimas?

Salazar se acercó a la pizarra, rotulador en mano, y el olor a tinta invadió sus fosas nasales.

—Lo que sabemos hasta el momento es que las víctimas son dos ejecutivos de una empresa exitosa y rentable, y un alto mando de la Policía retirado. A simple vista, no parece haber ninguna relación entre los dos primeros homicidios y el tercero. Sin embargo, esa relación tiene que existir —Miguel se inclinó hacia adelante, bolígrafo en ristre, pero Salazar evitó que lo interrumpiera con un gesto de la mano—. Si se tratara de un asesino en serie que mata por el color de los ojos o de la camisa, las dos primeras víctimas tampoco estarían relacionadas… Hay algo que se nos escapa. ¿Alguna idea, Miguel?

—Es más o menos lo que iba a decir.

El inspector jefe suspiró.

—De acuerdo, me temo que tendré que retractarme. Haré lo posible para dejaros espacio para encontrar a la familia de Juan, pero necesitaré vuestra ayuda.

—Nos las arreglaremos —respondió Pedrera, parafraseando a Salazar.

—En ese caso, quiero que tú y Ángela tratéis de identificar esa relación entre las víctimas. ¡Diji!

El subinspector dio un respingo.

—Todavía no he encontrado ningún crimen similar fuera de La Rioja, inspector.

—Continúa buscando hasta que cubras todo el país.

—Sí, señor. También indagué la coartada del padre de Edgar Soliz. Tiene dos trabajos. Es chófer de autobús en Badajoz en el turno de la mañana, y conduce un taxi por la tarde. Ha cumplido sus horarios con puntualidad en los últimos tres meses.

Néstor entornó los ojos.

—Así que habría sido imposible que viniera hasta Haro y regresara a tiempo. Un sospechoso menos. ¿Qué dijo la novia acerca de las coartadas de Edgar?

Telmo tomó la palabra.

—Confirmé las coartadas para ambos homicidios.

—Muy bien, otro menos. ¿Has encontrado a Rosa?

—Estoy en ello, jefe. Conseguí algunos datos sobre ella, pero no son concluyentes.

—Tenemos que identificarla. Cada vez hay más indicios de que es la persona que está detrás de todo esto.

Santiago respiró profundo y cruzó los brazos.

—Estoy de acuerdo contigo, Néstor. Yo también creo que Rosa es la clave de este escabroso asunto. ¿Qué sabemos de ella hasta ahora, Álvarez?

Telmo tensó los músculos de la espalda, antes de responder la pregunta del comisario.

—Indagué a través del número del móvil, señor. Localicé cuál es la empresa de telefonía que emplea el prefijo 688, y le solicité los datos de su cliente. El teléfono estaba a nombre de Rosa Pérez, residente en la calle Mota. Sin embargo, esa línea está inactiva, porque la dejaron de pagar hace más de tres años.

—Rosa Pérez… —repitió Salazar—. Conocer su apellido es un gran avance, Telmo. ¿La buscaste en el padrón municipal?

—Sí, jefe. Encontré dos Rosa Pérez en Haro, aunque ninguna vive en esa calle —El subinspector se removió en la silla y bajó la mirada—. Como estaba tan cerca de encontrarla, decidí visitar la dirección que dio la sospechosa a la empresa telefónica.

Néstor frunció el ceño.

—Eso fue una imprudencia, Telmo. No debiste correr ese riesgo, sino avisarme, para hacer esa visita juntos.

Álvarez soltó el aire que retenía.

—Lo sé, jefe, pero no crea que fui solo. Le pedí a Echevarría que me llevara, y él me acompañó. En cualquier caso, la casa está abandonada, y dudo que alguien haya vivido allí en los últimos veinticinco años.

—Así que la dirección de Rosa era falsa —concluyó Remigio—. ¿Por qué no me sorprende?

Miguel gruñó para llamar la atención.

—Lo más probable es que el nombre también sea falso.

Salazar frunció el ceño.

—Estoy de acuerdo. En cualquier caso, debemos entrevistar a las Rosa Pérez que hemos localizado.

—Creo que bastará con una, jefe.

—¿Por qué?

—La otra solo tiene diez años.

El inspector jefe negó con la cabeza.

—En ese caso, hablaremos con los padres de la chiquilla. No tenemos idea del motivo por el que su nombre estaba escrito en esas notas, y después de tres homicidios no pienso correr ningún riesgo. Indagaremos si existe alguna relación, y las descartaremos solo cuando estemos seguros de que no tienen nada que ver con el caso. Me ocuparé en persona.

El comisario consultó el reloj.

—Ya se acerca la hora de irse a casa, pero el asesino podría estar planificando su próximo homicidio, así que prolongaremos la jornada durante algunas horas. Necesitamos avanzar.

—Cuente con nosotros, comisario —respondió Miguel, y los demás detectives asintieron.

Toro levantó el bolígrafo y el comisario centró su atención en él.

—Solo quiero pedirle un par de minutos para avisarle a mi parienta, comisario. Que no sabe cómo se las gasta.

—Adelante, Remigio. Yo haré lo propio con la mía.

Ortiz regresó a su despacho, y cada uno comenzó a ocuparse de la tarea que tenía entre manos.

Capítulo 39

Salazar salió de la sala común y tomó una decisión muy difícil. Era vital no perder el tiempo y podía haber vidas en peligro, así que se acercó a la recepción y le ordenó a García que llamara a Echevarría, porque necesitaba que lo llevara a un par de lugares. El agente enarcó las cejas.

—¿Está seguro, inspector?

—Por supuesto.

García se comunicó por radio con el agente. En menos de cinco minutos, Ander entró por la puerta con su sonrisa de chaval.

—Usted dirá, inspector. ¿Para qué soy útil?

Néstor tragó saliva.

—Necesito entrevistar a dos testigos, antes de que termine el día, Ander.

—Y quiere que lo lleve en la motocicleta —El agente mostró su complicidad con una sonrisa de medio lado—. Además, es una buena oportunidad para disfrutar de un poco de velocidad, ¿verdad, señor?

Salazar clavó la mirada en García, que hacía esfuerzos sobrehumanos para contener la carcajada. El inspector frunció el ceño.

—Supongo que tienes algo de razón, Ander. Es una buena oportunidad para probarme a mí mismo… —Entre dientes murmuró— lo tarugo que soy.

—No le escuché bien, señor.

—Nada. Vamos, que tengo prisa.

Echevarría salió de la comisaría con la alegría de sentirse útil, y Salazar lo siguió como el condenado que avanza hacia el cadalso. El inspector subió de paquete a la motocicleta de Ander y se aferró a su chaqueta como si le fuera la vida en ello. ¡Ah, era que le iba la vida en ello!

El agente aceleró, y el grito de Néstor solapó el ruido del motor.

—¡La madre que me parió, que descansada quedó!

Siguiendo las instrucciones que le había dado el inspector, Echevarría condujo en dirección a la calle Severo Ochoa. Entre murmullos, durante todo el trayecto Salazar intercaló maldiciones con oraciones, y soltó algún grito de vez en cuando, pero solo en las ocasiones en que vio pasar su vida ante sus ojos. Una vez que llegaron a su destino, el inspector se bajó de la motocicleta con las piernas

temblorosas y el corazón latiendo a su aire.

—¿Lo espero, señor?

—¡Qué remedio! —murmuró el inspector.

—¿Cómo dijo? —preguntó el joven agente, quitándose el casco para escuchar mejor a su superior.

—Sí, Ander. Espera aquí, que regresaré en algunos minutos.

Echevarría se quedó en la motocicleta, mientras Salazar se acercaba al edificio donde vivía la primera Rosa de la lista. El inspector echó una ojeada a su alrededor para hacerse una idea del barrio. De un lado, edificios con pocos años de construcción, del otro, adosados de estilo moderno. Un bonito lugar para vivir, pero no en una ola de calor. Con tan poca sombra disponible, el sol se hacía notar en todo su esplendor, y hasta la corbata de aguacates comenzó a estorbarle, así que se aflojó el nudo. Después de llamar a varios pisos por el interfono, uno de los vecinos le abrió sin preguntarle quién era. Olé, la seguridad. Al menos, un edificio como aquel seguro tendría ascensor. Sus esperanzas se fueron al traste cuando vio el cartel de «Averiado». Ala, a ejercitarse con cuarenta grados… Está bien, eran treinta y tres, pero él también tenía derecho de exagerar un poco.

Por fortuna, la primera Rosa, la maestra, vivía en el primer piso. Salazar encaró el reto con resignado espíritu de sacrificio. Vale, se estaba dando autobombo, pero había que entender que ya no tenía abuela. Llamó al timbre, y enseguida le abrió una mujer en la treintena, con rostro maternal y actitud amable.

El inspector se identificó, antes de que a ella se le pasara por la cabeza la idea de darle con la puerta en las narices.

—No comprendo qué interés puede tener la Policía en hablar conmigo.

—Su nombre es Rosa Pérez. ¿No es así?

—Sí.

—¿Le dice algo el nombre de Dronventsa?

Rosa frunció el ceño, mientras se esforzaba por recordar.

—No. Es la primera vez que lo escucho.

—¿Conoció usted al señor Rafael Rojas o al señor Marcos Sosa?

—No… Quizá mi marido...

—En realidad, buscamos a una mujer llamada Rosa Pérez, que se relacione con ellos.

—Pues no soy yo.

—¿Y Modesto Diez?

—Tampoco. Lamento no estar resultando de ayuda, inspector, pero creo que usted busca a otra Rosa Pérez.

Néstor sospechó que la maestra tenía razón, pero no iba a darse por vencido con tanta facilidad. Salazar dejó escapar un suspiro y le mostró el número telefónico que encontraron en las tres escenas del

crimen. Ella lo leyó y volvió a negar con la cabeza.

—Nunca había visto este número, inspector. Lo lamento.

El policía le pidió coartada para los tres homicidios. Rosa le comentó que tenía una rutina muy ajustada, así que no era difícil recordar dónde estuvo los días y horas por los que él preguntaba. Pasaba toda la mañana en la escuela dando clases. Por la noche, se quedaba en casa, con su marido y sus dos hijos. Salazar le agradeció su colaboración y se disculpó por las molestias. Entonces, regresó junto a Ander, y se preparó para una nueva experiencia de terror.

Después de darle la nueva dirección al chaval, y encomendarse a toda la corte celestial, Salazar subió a la moto y se aferró a la chaqueta de Ander como una garrapata a un banco de sangre. Echevarría lo llevó hasta la Avenida La Rioja, con más rapidez que soltero haciendo limpieza. Cuando llegaron al edificio donde vivía la segunda Rosa, la niña, el inspector se bajó de la motocicleta y le dijo al agente que lo esperara. En esta ocasión, el ascensor sí funcionaba. Néstor subió hasta el piso y llamó a la puerta con la identificación en la mano. La mujer que le abrió no ocultó su sorpresa cuando supo que era policía.

—No hemos llamado a la Policía, y perdone, pero para serle honesta, usted no parece inspector.

Salazar ladeó la cabeza con expresión de panoli.

—Ya. Eso me han dicho. No quiero molestarla, pero tenemos información de que aquí vive Rosa Pérez.

La mujer perdió el color del rostro.

—¿Rosa? Sí, es mi hija, pero tiene diez años. ¿Qué interés puede tener la Policía en ella?

—Por favor, no se preocupe. El nombre de su hija surgió en relación con un caso que investigamos.

—Debe haber muchas mujeres con ese nombre en La Rioja. No creo que una niña…

—Solo seguimos el procedimiento. Le agradecería mucho su colaboración, y si no tiene nada que ver, le prometo que no la molestaremos más.

—Pero es que…

—Incluso por el bien de la niña, es importante que nos aseguremos de que ella no tiene ninguna relación con la persona que queremos identificar.

La madre suspiró.

—Está bien. Como comprenderá, no me gusta nada este asunto, pero si es para proteger a Rosa, accederé a colaborar con usted.

—Muchas gracias.

Salazar le hizo las mismas preguntas que a la maestra. En todas, las respuestas fueron muy parecidas. No conocían a nadie relacionado

con una fábrica de drones ni tampoco a un comisario jubilado. Era la primera vez que veía ese número telefónico. Debían estar buscando a otra persona con el mismo nombre.

Después de darse por satisfecho, Néstor regresó junto a Ander, y le ordenó que lo llevara a la calle Conde de Haro. De nuevo, Echevarría satisfizo sus ansias de velocidad, dejando al inspector con las piernas temblorosas y la sensación de que sus órganos pélvicos habían migrado hasta su garganta. Después de un par de respiraciones profundas para apaciguar el ánimo, Salazar subió hasta la oficina de don Braulio. Para su tranquilidad, Evelia lo recibió con el ceño fruncido. Nada más relajante que encontrar lo que se esperaba.

—Ah, es usted. Ya me parecía que había pasado mucho tiempo sin que viniera a dar la tabarra.

Néstor desplegó su sonrisa más hipócrita. Esa que ni Paca soportaba.

—A mí también me alegra verla, Evelia. ¿Está don Braulio?

El detective abrió la puerta del despacho de par en par.

—¿Quién es, Evelia? Néstor, hijo, que alegría verte por aquí. Pasa.

La secretaria puso los ojos en blanco.

—¿Responde eso a su pregunta?

El inspector aceptó la invitación de don Braulio, ignorando la mala leche de la secretaria. Ya se le pasaría.

—¿Quieres un café, chaval? —le preguntó Quintero, mientras se le acercaba.

Salazar miró de reojo a Evelia. ¡Ni por equivocación!

—No, gracias, don Braulio. Ya he cubierto mi cuota de café por el día de hoy.

El detective respondió con un asentimiento y una palmada en el hombro. Una vez que entraron, se pusieron cómodos, y la puerta quedó cerrada a oídos indiscretos, Néstor le contó al detective todos los detalles acerca del caso.

—Vine a preguntarle si usted conocía al comisario Diez. Nos resultaría muy útil saber quién era, más allá de los datos que encontremos en su ficha.

Quintero se apoyó en el respaldo y lo echó hacia atrás.

—Me dejas desconcertado, Néstor. ¡Modesto Diez asesinado! Te confieso que no me esperaba algo así… No, después de tantos años.

Salazar enderezó la espalda.

—¿Después de tantos años? ¿Qué quiere decir con eso, don Braulio? ¿Tantos años de qué?

Quintero se mordió los labios antes de responder.

—De acuerdo. Sí conocí a Diez. No éramos amigos, pero sí compañeros. Aunque nunca trabajamos juntos.

—¿Por qué?

—Teníamos estilos diferentes —Néstor entornó los ojos—. Está bien. Yo siempre lo eludí. Había… ciertos cotilleos de pasillo.

—¿Qué tipo de cotilleos, don Braulio?

El detective apoyó los brazos en el escritorio y comenzó a tamborilear con los dedos de una mano, mientras pensaba. Salazar esperó con paciencia. Por fin, don Braulio dio una palmada a la mesa, se enderezó y encaró a su visitante.

—Quiero que comprendas que nunca se comprobó nada de lo que te voy a decir. Yo me jubilé por aquellos días, así que si hubo alguna investigación, yo no llegué a enterarme —El inspector esperó —. De acuerdo. Se decía que el nivel de vida de Modesto no hacía honor a su nombre. Vamos, que no se correspondía con sus ingresos como comisario general.

—¿Era de familia adinerada?

—Nada de eso. Un currante, como todos. Aunque su carrera iba muy bien, solicitó la jubilación antes de tiempo y se distanció de todos sus amigos y conocidos. Lo que acabas de contarme es la primera noticia que tengo de él desde hace muchos años.

El inspector buscó en su móvil, y le mostró a don Braulio la fotografía de las notas que encontró Científica en las escenas del crimen.

—Por favor, mire esto, don Braulio. ¿El nombre de Rosa Pérez o el número del móvil le dicen algo?

Quintero miró la imagen con detenimiento, y después de algunos segundos, negó con la cabeza.

—Lo siento, chaval. No me dice nada, pero preguntaré por ahí y te avisaré si descubro algo.

—Se lo agradezco mucho, don Braulio, pero sea cuidadoso. Tenga en cuenta que estamos detrás de un asesino que ya ha acabado con la vida de tres personas, hasta donde sabemos.

—No te preocupes. Lo tendré muy en cuenta.

Después de agradecerle de nuevo a don Braulio por su colaboración, Salazar salió de la oficina del detective, se reunió con Echevarría y le ordenó volver a la comisaría.

—Ya no hay ninguna prisa, Ander.

El joven agente bajó los hombros, y pareció desinflarse.

—¿Está seguro, señor?

—Muy, muy seguro. Así que ala, a respetar los límites de velocidad.

Echevarría suspiró y encendió la motocicleta, al mismo tiempo que Néstor subía de paquete. Al cabo de treinta minutos llegaron a San Miguel, sin que Salazar soltara ni un solo grito. Así daba gusto.

Capítulo 40

Después de despedirse de Echevarría y permitirle volver a sus labores habituales, Salazar decidió hacer una parada táctica, y antes de regresar a la comisaría, el inspector recorrió la distancia que lo separaba de La Callecita.

—¡Me alegra verte por aquí, Néstor! Tu mesa favorita está a punto de desocuparse. ¿Quieres cenar o prefieres que te prepare un túper?

—Te lo agradezco, Gyula, pero todavía toca currar. Solo me acerqué hasta aquí para pedirte un favor.

El tabernero pasó el trapo por la superficie de la barra, sirvió un café, un trozo de tortilla, y los puso delante de su amigo.

—Cuando menos, esto llévatelo puesto, que seguro que has pasado todo el día sin probar bocado. Si parece que te estás entrenando para faquir.

Néstor no le hizo ascos al refrigerio, así que comenzó a hacerle honores a la tortilla con apetito.

—Está muy bueno.

—Transmitiré tus felicitaciones a Nemesio, que seguro que se alegrará. Tú dirás, colega, ¿en qué puedo serte útil?

Mientras daba cuenta del pincho y el café, Salazar le habló acerca de las generalidades del caso.

—… así que buscamos a una mujer que se hace llamar Rosa Pérez, y hasta hace tres años usaba este número telefónico —el inspector le mostró a su amigo la imagen de las notas—. Nos urge encontrarla.

Gyula escribió los datos en una hoja de papel.

—Trataré de localizarla.

—Hazlo con cuidado, Gyula. No sabemos hasta qué punto está involucrada, y no quisiera que mi ahijado se quedara huérfano.

—No te preocupes, seré más sigiloso que el televisor de un tanatorio.

—Vale. Gracias por la ayuda y por el piscolabis, colega. Ha sido muy oportuno.

El inspector emprendió el regreso a la comisaría. Allí encontró a todos sus compañeros trabajando. Remigio fue el primero en notar su presencia. Apartó la mirada del ordenador y se apoyó en el

respaldo de la silla.

—Hombre, apareció el que faltaba. Te estaba esperando, Salazar.

—¿Hay alguna novedad?

—Sobre tu caso, no tengo idea, pero quería comentarte que vamos a seguir tu consejo.

Néstor parpadeó.

—Te refieres a…

—La trampa. La trampa que sugeriste esta mañana. Se lo comenté a la inspectora Araujo y también le pareció una buena idea. Ya Rebeca publicó un mensaje cifrado en las redes sociales de Mauro desde su móvil, para indicarle a María que quiere comprar mercancía.

—¿Ella respondió?

Remigio asintió.

—A través de un chat. Ya concertaron una cita. Nos encontraremos mañana, en un hotel de la N-124. Es un lugar muy poco recomendable, a menos que seas una cucaracha. La estaremos esperando con refuerzos. Me encontraste preparando los últimos detalles.

—Estoy seguro de que María caerá en la trampa. Felicitaciones, Remigio. Creo que lo mejor que puedes hacer ahora es irte a casa. Tu mujer y tus hijos te deben estar echando de menos.

—¿Estás seguro? Con la que hay liada con tu caso…

—No te preocupes, ya tengo suficiente ayuda con el resto de la plantilla. Lo más recomendable es que mañana estés descansado, que seguro que tú y Rebeca vais a tener tela. En cualquier caso, si llegamos a necesitarte, siempre te podemos llamar.

—Pues te lo agradezco, Salazar —dijo Toro, al mismo tiempo que apagaba su ordenador, se ponía de pie y cogía su chaqueta de algodón—. Por eso es por lo que siempre digo que no eres tan mal tío.

Remigio se marchó y Néstor llamó la atención de todos con un par de palmadas. Los puso al día acerca de las entrevistas que había realizado esa misma tarde.

—… así que identificar a Rosa y encontrarla sigue siendo nuestra prioridad. Telmo, ¿has tenido suerte?

—Me temo que no, jefe. Si la tal Rosa existe, se la ha tragado la tierra. Salvo estas a quienes usted visitó, no hay nadie más con ese nombre en Haro.

Salazar cogió el rotulador y se acercó a la pizarra. Después de encerrar los nombres de las víctimas en círculos, escribió el nombre de Rosa en el centro.

—Rosa no solo existe, sino que las evidencias la señalan como la primera sospechosa. Las tres víctimas la conocían y guardaban su número telefónico. Eso no puede ser coincidencia. En especial, si

tenemos en cuenta que por el tipo de arma que se usó en los homicidios y la forma en que se llevaron a cabo, es muy probable que el asesino que estamos buscando sea una mujer.

La llamada de don Braulio y el mensaje de Científica entraron al móvil de Salazar al mismo tiempo. Respondió al primero.

—Néstor, chaval. Espero no estar interrumpiendo nada importante…

—Por supuesto que no, don Braulio. Lo escucho.

—Hice algunas indagaciones entre mis antiguos compañeros: Modesto Diez ascendió por intereses y apoyos más que por méritos propios. Su nombre estuvo rodeado de un halo de sospecha por mucho tiempo, que acabó por obligarlo a solicitar el retiro anticipado.

—¿Pudo averiguar cómo se relacionaba Rosa Pérez con Diez?

—Uno de los excompañeros de Modesto reconoció el nombre. Al parecer, en su momento se habló mucho del tema en los pasillos de la Jefatura. Verás, Rosa fue una prostituta que Diez arrestó en una redada por droga, y que terminó amenazándolo con denunciarlo.

—¿Ella a él? ¿Por qué?

—Por acoso. Según Rosa, Diez le propuso hacer desaparecer sus antecedentes, a cambio de que ella le concediera algunos favores. Ya imaginas cuáles.

—Sí, por supuesto.

—Bien. Rosa aceptó, pero Modesto se encaprichó y no la dejaba en paz. La amenaza de la chica llegó en un momento muy difícil para Diez, que decidió apartarse de su cargo y retirarse a la vida civil.

—Comprendo. ¿Diez continuó relacionándose con Rosa después de eso?

—Nadie lo sabe con certeza, pero el colega que me informó de todo esto, que en el fondo no pasó de ser un cotilleo de pasillo, está seguro de que ella nunca se habría acercado a él de nuevo. Al menos, no de forma voluntaria.

—Gracias, don Braulio. Es usted una mina de información.

—Se hace lo que se puede, chaval.

Salazar terminó la llamada, y aprovechó para leer el mensaje del jefe Barros. Entonces, les transmitió la información sobre Diez a sus subalternos, y les confirmó que Científica había terminado de comparar las balas que recuperaron del cuerpo del comisario general, y confirmaba que salieron de la misma pistola que asesinó a Rojas y a Sosa.

El inspector remarcó el círculo que rodeaba el nombre de Rosa.

—De modo que ya tenemos la certeza de que los tres crímenes fueron cometidos por el mismo asesino, y que Rosa tuvo problemas con una de las víctimas. Néstor se volvió hacia Miguel y Ángela.

—¿Habéis encontrado alguna relación entre el excomisario y

los ejecutivos de Dronventsa?

Los dos detectives se miraron entre sí. Pedrera respondió, al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—Todavía no tenemos nada que los conecte. Vivían en mundos diferentes.

Salazar se quedó pensativo por algunos momentos.

—Buscad en el pasado… cuando Diez todavía era un policía currante más —El inspector jefe consultó su reloj—… pero hacedlo mañana.

—Se trata de un caso urgente —protestó Miguel—, y el comisario dijo…

—Lo sé, pero a esta hora avanzaremos muy poco. Os necesitaré descansados y en plena forma mañana, así que será mejor que os marchéis a casa. Diji, eso también va por ti.

Telmo levantó el bolígrafo.

—Yo debo quedarme, porque tengo guardia, jefe.

—De acuerdo. Los demás, a casa. Y os quiero aquí mañana muy temprano con las baterías recargadas. Además, haremos la reunión a última hora de la mañana, porque así dispondremos de más información para discutir.

Nadie protestó la orden. Los detectives apagaron los ordenadores, se pusieron de pie y comenzaron a recoger sus pertenencias.

—¿Quién le avisará al comisario el cambio de horario de la reunión? —preguntó Pedrera.

—Ocúpate tú mismo —respondió Salazar—. Os deseo una noche tranquila. El día de mañana promete ser muy activo.

Capítulo 41

Néstor siguió su propio consejo y recorrió el camino hacia la buhardilla. Estaba tan cansado, que ni siquiera sentía deseos de cenar en condiciones. El pincho de tortilla y el café le parecieron suficientes. Pasó de largo La Callecita, y subió hasta la buhardilla con paso lento y cansado. En cuanto abrió la puerta, comprendió que le esperaba una mala noche. No había señales de Paca, que a esa hora tendría que estar esperándolo para reclamarle su cena. El inspector registró toda la buhardilla, pero la pequeña felina no estaba allí. Entonces revisó la ventana del cuarto de baño, y la encontró abierta. La cinta americana estaba rasgada, y con marcas de mordiscos y arañazos. Era evidente que su apaño no había sido suficiente para detener las ansias libertarias de su gata. ¿Estaría Paca en casa de doña Rita? Era casi la una de la madrugada, así que no consideró prudente llamar a su vecina para preguntárselo. Quería llegar vivo al día siguiente.

Con un nudo en el estómago y una sensación de vacío en el pecho, Néstor salió de la buhardilla y buscó a Paca por toda la calle, sin éxito. El nudo apretaba cada vez más. Decidió entrar en La Callecita. Quizá Gyula la había visto.

—Néstor. ¿Qué haces por aquí a esta hora? ¿Ha ocurrido algo?

—Paca se escapó, Gyula. No está en la buhardilla. ¿Has visto un gato negro por aquí?

El tabernero resopló y negó con la cabeza.

—Lo siento, colega. Hoy Chicho libró, así que estuve muy liado toda la tarde y la noche. Apenas he mirado hacia la puerta una o dos veces… Esa gata te va a sacar canas.

—Ya te digo.

—¿Ya buscaste alrededor de los contenedores que hay en la plaza, cerca de la esquina? Quizá el olor de las sobras atrajo a tu siempre hambrienta gata.

—Es una buena idea. Déjame comprobarlo.

—Que haya suerte.

Salazar siguió el consejo de Gyula y se acercó a la Plaza de la Iglesia. Pasó junto a los muros del templo, hasta llegar a los contenedores. La oscuridad que lo envolvía cedió cuando alcanzó su objetivo. Un faro ubicado en forma estratégica iluminaba los depósitos de basura, para facilitarle la tarea a los vecinos más trasnochadores.

Se acercó con sigilo. Como los contenedores estaban cerrados, no percibió ningún olor que pudiera atraer a una gata golosa, pero con el sentido del olfato que tenía su felina para la comida, cualquiera sabía.

Néstor paseó la luz de la linterna alrededor del contenedor, y en un rincón, un par de ojos amarillos la reflejó como si el ayuntamiento hubiera encendido un par de faros.

—Miaaaauuuu.

El nudo del estómago se aflojó un poco.

—¡Paca! ¿Qué coño haces aquí?

—Meeuuu.

Salazar miró a los lados. Como alguien lo viera conversando con un gato en la calle, del psiquiatra no lo libraba ni el apuntador. Así que bajó el tono de voz y comenzó a hablar en susurros.

—No me valen tus excusas. Vamos a casa.

El inspector se acercó a Paca y se agachó con la intención de cogerla, pero la escurridiza felina se escabulló debajo del contenedor.

—Paca, que no estoy para juegos. Vamos a casa y te daré una galleta con sabor a sardinas.

Si la gata entendió o no sus palabras, siempre sería un misterio, pero salió de debajo del contenedor con las orejas en ristre, los ojos muy abiertos, y algo entre los dientes.

Salazar frunció el ceño. ¿Qué era aquello? Parecía un ratón. ¿Estaría su gata respondiendo a sus instintos y se habría ido de cacería? El chillido que salió de lo que ella sostenía entre los dientes parecía confirmar las sospechas de Néstor.

El inspector enfocó la linterna en aquello y parpadeó. No era un ratón, sino una cría de gato. Rojizo y atigrado. Tan pequeño, que todavía tenía los ojos cerrados, y era evidente que no era capaz de maullar.

Néstor encajó en su cabeza lo que había ocurrido. Paca se fue de garbeo, encontró al gatito, y decidió quedárselo. Ala, que para eso tenemos al esclavo humano. Olvidando donde estaba, Salazar frunció el ceño.

—Pero tú qué te has creído. ¡Que no estoy para cuidar gatos abandonados! ¡Qué solo contigo ya tengo tela!

Paca dejó el gatito en el suelo, y soltó un maullido lastimero que clamaba al cielo. La mirada suplicante que le dedicó tampoco ayudó mucho a la firmeza del inspector. ¿Por qué tenían que ser los gatos tan expresivos?

—Que no Paca, que ya tengo bastante lío con lo que tengo.

Néstor estaba decidido a mantenerse firme en su postura, así que cogió a Paca, antes de que pudiera volver a escapar.

—Mieeeeeuuuuu.

El gatito quedó en el suelo, donde su gata lo había dejado,

sacudiendo sus patitas en el aire. Al inspector se le hizo un nudo en la garganta. No tenía corazón para abandonarlo, y a aquella hora de la madrugada no le quedaban muchas alternativas, así que sacó su pañuelo del bolsillo, envolvió a la cría y se la llevó en la mano, sin dejar de sostener a su taimada gata con la otra.

—Mrew.

—Sí, ya sé que ganaste. No es necesario que me lo restriegues en la cara.

Después de asomarse a La Callecita, para decirle a Gyula desde la puerta que ya había encontrado a la fugitiva, Salazar regresó a la buhardilla. Dejó a su gata en el suelo y al gatito en la cesta de Paca. Las aventuras felinas debían dar hambre, porque Paca desplegó todo el repertorio de inconfundibles maullidos que usaba para pedir comida. El inspector le dio la galleta prometida, y después de quitarse la chaqueta y la corbata, diluyó un poco de leche para gatos con agua, y usó un gotero para alimentar al gatito. Paca observó los movimientos de su humano con ojos atentos, hasta que Néstor dejó a la cría sobre el sofá, mientras recogía todo lo que había usado.

Cuando Salazar regresaba de la cocina, Paca volvió a coger al gatito entre los dientes, pasó de largo frente a su desconcertado humano, y depositó al minino en su cesta.

—Maaaauuuuu.

¿Eso era un «gracias»? El inspector decidió no tratar de comprender a su gata, y se preparó para ir a dormir. Tenía que hacer algo con esa ventana. De momento, además de cerrarla y volver a poner la cinta americana, que en algo retrasaría a su felina escapista, aseguró la puerta del cuarto de baño al salir. Así podría dormir un poco más tranquilo.

Capítulo 42

A la mañana siguiente, Paca lo despertó a las seis como era su costumbre. Que la hora de su desayuno se respetaba. Refunfuñando, Salazar se levantó de la cama, le sirvió la leche a su gata, diluyó un poco para el pequeño invitado y lo alimentó con el gotero. Después de ducharse y vestirse, se aseguró de que la ventana y la puerta del servicio estuvieran bien cerradas y solo entonces, salió de la buhardilla. Antes de encaminarse a la comisaría, Néstor hizo una parada estratégica en el bar de Gyula, para tomarse un café y pedirle un favor a su amigo.

—Me temo que si no resuelvo este asunto de forma definitiva, voy a pasarme las noches persiguiendo a Paca por todo Haro como si fuera una adolescente díscola. Que como les coja el gusto a esos paseos…

Gyula se rio de su amigo en la cara, al mismo tiempo que le servía un café y le ponía delante una magdalena que no le había pedido.

—No te preocupes, Chicho debe estar por llegar, así que tendré disponible un poco más de tiempo libre. Yo me ocuparé de buscar un cerrajero para que cambie el pestillo de la ventana. Y que ponga uno a prueba de gatos.

Salazar no le hizo ascos a la magdalena.

—De gatos maquiavélicos.

Gyula soltó una carcajada.

—Maquiavélicos y taimados. También le pediré a Dika que lleve el gatito al veterinario, para que le dé instrucciones acerca de cómo cuidarlo.

—¿Dika no está muy liada con Quino? —preguntó Néstor, entre bocado y bocado—. No quisiera saturarla de trabajo, que ya tendrá bastante con el diablillo.

—No te preocupes, mientras tanto, yo me ocuparé del chaval. Estoy seguro de que con lo que le gustan los gatos, ella estará encantada de ayudar.

—Vale, pero que no se sienta obligada.

—Tú, déjalo de nuestra cuenta. Por cierto, con respecto a lo que me pediste que averiguara, ya puse en movimiento mis contactos, y estoy seguro de que durante del día te podré dar una respuesta.

—Te lo agradezco mucho, colega. Sé que siempre puedo contar contigo.

—Eso no lo dudes.

Salazar se limpió los labios con una servilleta y bebió el último sorbo de café.

—Estaba muy buena la magdalena.

—Estas son de Dika. Hasta ella reconoce que es lo único en lo que supera a Nemesio.

—Es que Neme es un crac. Prepárame un par de cafés y de magdalenas para llevar, por favor, y anótamelo en la cuenta.

Salazar salió de La Callecita con una bolsa de papel en la mano, y recorrió el camino en dirección a la comisaría. Después de saludar a García y dejarle el desayuno al agradecido agente, pasó de los documentos que tenía que firmar y subió hasta la sala común, donde encontró a Telmo más solo, que un piojo en la cabeza de un calvo. El inspector le dio la bolsa a su compañero, y se quedó de piedra cuando el chico recibió el desayuno con una sonrisa. No era habitual ver sonreír al subinspector.

—Me alegra verte de tan buen ánimo, Telmo.

El joven detective respondió con otra sonrisa y un encogimiento de hombros.

—¿Cree que Rosa fue quien cometió los crímenes, jefe?

Salazar se quedó pensativo por un momento.

—Todas las evidencias apuntan en ese sentido, y su nombre se relaciona con todas las víctimas. No creo que sea una coincidencia.

—Yo pienso lo mismo —reconoció Telmo—. Ya sabemos que el comisario Diez acosó a Rosa, y eso podría ser un motivo para que ella atentara contra él, pero ¿por qué querría matar a los ejecutivos de Dronventsa?

Salazar retuvo el aire de sus pulmones por un momento, antes de responder.

—Rosa es o era prostituta. No olvidemos que la escena del crimen de Sosa tiene indicios de haber ocurrido en medio de un encuentro sexual. Tal vez ellos también fueron sus clientes, y la maltrataron de alguna forma.

Telmo ya se había comido la mitad de la magdalena y la acompañó con un sorbo de café.

—Que fueran sus clientes explicaría por qué los tres guardaban su número telefónico, pero no podemos olvidar que esa línea no está activa, lo cual me hace pensar que ninguna de las víctimas habría solicitado los servicios de Rosa desde hace tiempo.

Salazar pensó en las palabras de su compañero.

—Es una buena observación, Telmo. Cada vez estoy más convencido de que el motivo de los crímenes debe estar en el pasado

de las víctimas, cuando Diez todavía estaba en servicio activo, y Dronventsa aún no existía —Salazar se detuvo un par de minutos para pensar—. Es posible que no hayamos avanzado, porque nos estamos centrando en el momento y el objetivo equivocados. Felicitaciones, Telmo. Acabas de hacer una observación muy inteligente.

El subinspector se ruborizó.

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

Salazar frunció el ceño.

—Centrémonos en el pasado de las víctimas. Indaguemos un poco más acerca de la empresa donde Rojas y Sosa se conocieron, antes de ser socios.

—Coparsa.

—Lo que ocurrió con esa compañía fue muy extraño, y ya es hora que le prestemos la atención que merece. Abrir la filial debió representar una gran inversión. ¿Por qué la cerraron con tanta premura? ¿Qué pasó?

—¿Tal vez no contaban con la crisis económica? —sugirió Telmo.

Néstor lo pensó por un momento.

—¿Una empresa de esas características? Te aseguro que conocen todos los escenarios posibles a diez años, antes de sacar un euro del bolsillo. No. Debe haber alguna otra explicación. Además, para cerrar tuvieron que pagar altas indemnizaciones a sus ejecutivos. ¿Por qué asumieron ese costo?

—No lo sé, jefe, pero es evidente que debió existir alguna buena razón.

—Es un dato importante que pasamos por alto cuando centramos las indagaciones en Dronventsa. Y debo reconocer que fue mi error. Telmo…

El subinspector prestó atención a Salazar, al mismo tiempo que tiraba la bolsa con los envoltorios de su desayuno.

—Indagaré todo lo que pueda acerca de la filial y sus motivos. ¿Qué hará usted, jefe?

—Trataré de averiguar un poco más acerca de la relación de Rosa con las víctimas.

Néstor salió de la comisaría y cogió el Clío. Llegó a la calle Ventilla y aparcó frente a la tienda de la exmujer de Rojas. A esa hora estaba cerrada, por supuesto, pero Salazar sabía por las declaraciones de Iris, que ella debía estar en la trastienda, ocupándose de tareas administrativas. La llamó a través del móvil, y un par de minutos después, la exmujer de Rojas le permitió entrar. Lo recibió con el ceño fruncido.

—¿Qué ha ocurrido ahora?

—No se preocupe, señora Moles, solo quiero hacerle algunas

preguntas acerca de su exmarido.

Iris suspiró.

—Adelante, inspector. Pregunte.

—¿El nombre de Rosa significa algo para usted?

Después de pensarlo por un momento, la señora Moles frunció el ceño.

—En realidad, no. ¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con la muerte de Rafael?

Salazar desvió la mirada y cogió aire.

—Discúlpeme si lo que voy a preguntarle resulta descortés… ¿Su exmarido acostumbraba a contratar servicios sexuales?

—Ah, entonces es eso. Se trata de una prostituta. Sí. Rafael lo consideraba un derecho. Tenía esa actitud de "soy un buen proveedor. Eso me convierte en buen padre y marido, así que tengo licencia para hacer lo que quiera". Cuando por fin comprendí que esa era su forma de ver la vida y que no iba a cambiar, le pedí el divorcio.

—¿Rojas peleó el divorcio?

Iris negó con la cabeza.

—En realidad, Rafael lo vio como una liberación. Solo puso trabas en la separación de bienes. Tuve que pelear cada euro.

Salazar dio por terminada la entrevista, salió de la tienda y puso rumbo a la calle Industria. Fue evidente que Dalia no se alegró de volverlo a ver.

—Espero que no sea portador de malas noticias otra vez, inspector.

—No en esta ocasión, señora Martínez. Dígame, ¿le resulta familiar el nombre de Rosa Pérez?

—¿Rosa Pérez? —la secretaria se quedó en silencio por algunos instantes—. No. No me parece conocido.

—¿Está segura?

—Muy segura. ¿Por qué? ¿Quién es?

—¿El señor Sosa sostenía alguna relación estable? ¿Se veía con alguien?

Dalia enderezó la espalda y frunció el ceño.

—Inspector, quiero dejar claro que mis deberes aquí se limitan a tareas administrativas. La vida privada de mis jefes no era de mi incumbencia.

—¿Nunca le pidieron que enviara un regalo de cumpleaños o un ramo de flores?

—Por supuesto que no. Mis obligaciones nunca incluyeron atender los asuntos personales de nadie.

Capítulo 43

El inspector salió de Dronventsa con las manos vacías, regresó al Clío, y se incorporó a la vía en dirección a la Avenida Diputación. Aparcó frente al chalé de Sosa. El perímetro ya había sido levantado, pero todavía se podía ver una cinta que quedó atada a la rama de un árbol y que el viento mecía como si se tratara de una serpiente hiperactiva. Néstor se quedó plantado en el jardín del frente de la casa y echó una ojeada a su alrededor. Un reflejo rojo y el movimiento de una cortina en uno de los elegantes edificios del frente, le dio la pauta de por dónde debía comenzar. Era la segunda planta del lado oeste.

El inspector cruzó la calle y se acercó a la construcción que había seleccionado. Presionó los botones de los pisos en el interfono, hasta que uno de ellos abrió la puerta. El suelo de mármol pulido olía a cera y desinfectante. Había ascensor, pero ese día Salazar estaba en modo atlético, así que subió al segundo piso por las escaleras, y llamó al timbre correspondiente a la cortina que se había movido. Pasaron un par de minutos, antes de que se abriera la puerta. Frente a él había una mujer mayor, con un jersey rojo y el cabello corto teñido de rubio y bien arreglado. Ella lo miró de arriba abajo en un rápido escaneo. Sus ojos se detuvieron por un par de segundos en la corbata, y comenzó a cerrarle la puerta en las narices, pero Néstor fue más rápido y levantó la identificación que ya tenía en la mano.

La vecina parpadeó.

—¿Usted es policía?

—Sí, señora.

La mujer iba a decir algo, pero se interrumpió a sí misma. Entonces, soltó el aire en un suspiro.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy el inspector Néstor Salazar, de la comisaría de San Miguel. Estoy investigando la muerte del señor Marcos Sosa, su vecino. ¿Puede decirme su nombre?

—Emiliana Peña.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas acerca de lo que ocurrió al frente, señora Peña.

—Le advierto que yo no sé nada, aunque supongo que mi deber como buena ciudadana es colaborar en lo que pueda… —Salazar esperó sin decir palabra— Pase, inspector.

Néstor siguió a Emiliana hasta la sala, donde se sentaron uno frente al otro. Salazar sacó una libreta y un bolígrafo. Nunca tomaba notas, porque prefería concentrarse en las reacciones de los entrevistados, pero sabía que los testigos daban más importancia a sus declaraciones si quedaban registradas de alguna forma. Así que comenzó a hacer garabatos conforme la vecina respondía, sin perder detalle de cada uno de sus gestos.

—Le agradezco su buena disposición a colaborar, señora Peña. Dígame, ¿alguna vez vio si alguien visitaba al señor Sosa?

Emiliana cogió aire.

—Quiero que comprenda que no me interesa la vida ajena. Soy muy respetuosa de la privacidad, pero… —Salazar enderezó la espalda y se preparó para una revelación— lo que ocurría en esa casa me tenía muy preocupada. No me sorprende que haya terminado en una desgracia.

—¿Qué ocurría?

La señora Peña clavó la mirada en la punta de sus zapatos. La respuesta salió en un susurro.

—Al menos tres veces a la semana, el hombre que vivía en ese chalé llegaba con una mujer, que era diferente en cada ocasión. Y todas tenían un aspecto… ya se lo puede usted imaginar...

—Comprendo, pero necesito que me lo diga usted con claridad, doña Emiliana. Es para el informe.

La señora Peña miró a Salazar como si fuera tonto.

—Pues ya sabe… Poca ropa y mucho maquillaje. Que no sé cómo no se resfriaban las criaturas. Además, le gustaban jóvenes.

—¿Se refiere a que eran menores de edad?

—No, no tanto o al menos, no creo que lo fueran. Quién puede saberlo con tanto maquillaje… Se quedaban casi toda la noche, y antes del amanecer, se iban en un taxi. Escandaloso.

—¿Usted vio algo la noche en que mataron al señor Sosa?

La vecina se mordió los labios.

—Los vi llegar.

El inspector se sentó en el borde del sofá.

—¿A quiénes?

—A él con la chica.

—¿Usted vio a la mujer? —Emiliana asintió despacio—. ¿Por qué no lo reportó a la Policía cuando se enteró del homicidio?

La señora Peña se removió en el sillón.

—Es que… me asomé cuando ya estaban en la puerta del chalé, y solo vi la silueta de la persona que acompañaba al vecino. Ni siquiera podría jurar que era una chica, pero lo parecía por la forma del cuerpo, ¿sabe?... Entonces, me fui a dormir, y me despertó el ruido de los disparos. Unos estruendos espantosos. Cuando le comenté a mi

hijo lo que había pasado, él me aconsejó que no me entrometiera… En realidad, no vi nada. Si se lo contaba a la Policía, solo iba a traerme quebraderos de cabeza.

Néstor respiró profundo, para digerir las excusas de la anciana.

—¿Vio usted una motocicleta?

Emiliana negó con la cabeza.

—No. Estaba muy nerviosa. Cuando me desperté con esas espantosas explosiones, creí que había tenido una pesadilla. Entonces, me levanté para asomarme, y vi que había varios vecinos en las ventanas, tratando de averiguar lo que había ocurrido. Fue cuando supe que no se trató de un sueño. A los pocos minutos, llegó la Policía.

Salazar terminó el garabato que había dibujado en la libreta y la guardó en su bolsillo.

—Le agradezco que me haya dedicado parte de su tiempo, señora Peña. Por favor, en cuanto tenga oportunidad, vaya a la comisaría de San Miguel y pregunte por el subinspector Álvarez. Él le tomará declaración. Solo debe repetirle todo lo que me ha contado. Y le prometo que no la molestaremos más.

—Iré sin falta, inspector.

Salazar regresó al Clío, se quitó la chaqueta y consultó su reloj. Ya la mañana estaba llegando a su fin, así que se encaminó a la comisaría, para llegar a tiempo a la reunión que él mismo había convocado.

Capítulo 44

Remigio cambió de postura sin dejar de vigilar el pasillo. Su posición desde la puerta entreabierta de la habitación veintitrés del hotel Las mil y una noche orientales, era privilegiada para su objetivo. Después de permanecer inmóvil por más de veinte minutos, su cintura comenzó a resentirse. ¡Qué ya no estaba para esos trotes! No perdía de vista la habitación número veinte, que era donde María había citado a la inspectora Araujo cuando Rebeca se hizo pasar por Mauro, en las redes sociales.

La inspectora apoyaba la operación de vigilancia desde el rellano del piso superior. Dos agentes se ocupaban de vigilar la entrada del hotel, para impedir que la escurridiza vendedora de sustancias ilegales pudiera escapar. Todos los policías involucrados en la operación de captura se mantenían comunicados a través de sus radios transmisores portátiles. La trampa estaba tendida.

Al inspector lo alcanzó un desagradable olor a alfombra húmeda, y bajó la mirada por un instante. No fue capaz de definir el color original de la moqueta. Tenía más mugre que tela. Prefirió no pensar en la biodiversidad que con toda seguridad pululaba bajo sus pies. Siendo generoso, aquel hotel era un cuchitril, y no veía la hora de salir de allí. Desde su paso por el hospital, se había vuelto un poco tiquismiquis con cualquier bicho que no fuera visible. Y no era para menos.

Toro consultó su reloj por tercera vez en los últimos diez minutos. La chica ya estaba retrasada, y eso inspiró un mal presentimiento en el experimentado policía. El encuentro tendría que haberse dado a las diez treinta. El reloj continuó su andanza…Once, once treinta... A las doce treinta, los detectives comprendieron que María había olido la trampa. Rebeca bajó las escaleras y se acercó a su colega.

—¿Cómo lo supo?

Remigio soltó un gruñido.

—Hay varias posibilidades. Quizá le llegó la noticia acerca de la paliza que recibió Mauro o de alguna manera se enteró de la visita que le hicimos. Tal vez vio algo en los alrededores del hotel que la alertó. En cualquier caso, lo único que importa es que no cayó en la trampa.

La inspectora bajó la mirada.

—Supongo que esto significa que abortamos la misión.

—No tiene sentido seguir esperando. Está claro que no va a venir. Tendremos que pensar en otra estrategia.

Los detectives salieron del hotel con la frustración pintada en el rostro.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Rebeca.

Remigio se quedó pensativo por algunos segundos.

—Sería inútil intentar hacer una nueva cita a través del mismo móvil. Es evidente que ya no confía en Mauro.

—¿Se te ocurre alguna otra idea?

—De momento, no. No lo sé… Estaba tan seguro de que iba a caer en la trampa…

Remigio miró hacia el horizonte durante algunos segundos. En la lejanía solo vio descampados, y algún viñedo distante. El sol caía a plomo, y el calor ya era insoportable. En el aparcamiento solo había un par de coches, y una furgoneta con un logo comercial. Los coches patrulla todavía se mantenían ocultos.

Toro suspiró.

—No lo comprendo. ¿Cómo supo que no debía acudir a la cita? ¿En qué nos equivocamos?

Rebeca ajustó el radio transmisor en su cinturón.

—Creo que no tiene sentido darle más vueltas, Remigio. Lo más importante en este momento es encontrar otra forma de identificar a María…

—Estábamos tan cerca —se lamentó el inspector, interrumpiendo a su colega—, que tengo la sensación de que estoy a punto de tocar la solución. Lo lamento, estaba distraído y no escuché lo último que dijiste.

—Te comentaba que las indagaciones con mis informantes no rindieron frutos. Nadie tiene noticias de María. Es un fantasma.

Remigio soltó un gruñido.

—Supongo que solo nos queda regresar a nuestras correspondientes comisarías, y seguir indagando. Alguien tiene que saber algo sobre la chica.

—La encontraremos, Remigio —lo animó Rebeca—. Es solo cuestión de tiempo.

Después de dar instrucciones a los agentes para que abandonaran sus puestos de vigilancia y regresaran a sus labores habituales, los detectives subieron a sus coches, y cada uno siguió su camino.

Capítulo 45

Salazar aparcó el Clío frente a la comisaría. Tenían que hacer algo con ese olor. A su paso por la recepción, le dio instrucciones a García.

—Espero a una testigo, Pedro. Su nombre es Emiliana Peña. Cuando llegue, por favor acompáñala hasta el escritorio del subinspector Álvarez, para que le tome declaración.

—Sí, señor. Estaré pendiente.

Salazar dio una suave palmada sobre el mostrador, y subió las escaleras hasta el segundo piso. Allí encontró a toda la plantilla esperándolo, incluyendo al comisario. Solo faltaba Remigio, que llegó pocos minutos después, con cara de león desdentado.

El inspector jefe enarcó las cejas en cuanto lo vio.

—¿La operación no fue bien?

—Fue un desastre.

Toro no fue muy explícito, pero les informó a sus colegas acerca del fracaso de la trampa que le habían puesto a María.

Néstor se le acercó y le dio una suave palmada en el hombro.

—No te preocupes, pensaremos en algo y encontraremos a la chica.

Remigio rechinó los dientes.

—Será mejor que nos demos prisa, antes de que Ivanenko se nos adelante. Lo más probable es que María no sea consciente del follón en el que está metida.

Ortiz rechinó los dientes.

—Tienes razón, Remigio. Así que si alguien tiene una idea para identificar a esa joven, que la diga —Todas las cabezas asintieron a la vez—. Ahora, quiero saber cómo avanza el caso de los homicidios. También podríamos enfrentarnos a más muertes si no lo resolvemos pronto.

Salazar hizo un corto resumen de sus últimas indagaciones, y se volvió hacia su compañero.

—Telmo, ¿encontraste algo importante sobre la filial donde se conocieron Rojas y Sosa?

—Sí, señor —el subinspector consultó las notas de su ordenador —. Coparsa cerró operaciones aquí solo seis meses después de su inauguración. Lo motivó un desfalco millonario que hizo tambalear las acciones de la empresa. El golpe sobre sus finanzas fue tan duro, que

prefirieron asumir las consecuencias de romper los contratos laborales, que continuar operaciones a través de esa filial.

—¿Cuánto se llevaron?

—Cinco millones de euros.

Remigio dejó escapar un silbido. Miguel y Ángela preguntaron al mismo tiempo.

—¿Se supo quién cometió el desfalco?

—¿Recuperaron el dinero?

Ambos intercambiaron una mirada. Telmo parpadeó, antes de responder.

—Sí se arrestó al ladrón, pero no se recuperó el dinero. Las evidencias apuntaron a la directora general de finanzas de la filial. Su nombre era Violeta Muñoz, de treinta años. La enjuiciaron en el año 2010, y la condenaron a seis años de prisión. El dinero nunca apareció, a pesar de que le ofrecieron reducirle la condena si confesaba y revelaba dónde lo había ocultado.

El comisario frunció el ceño.

—¿Actuó sola?

—Nunca hubo indicios contra nadie más.

Diji levantó el bolígrafo y todos centraron su atención en él.

—Me temo que encontré otro homicidio similar a los que estamos investigando...

Salazar cambió la postura y centró su atención en Cheick.

—Adelante, Diji. Danos los detalles.

—Sí, señor. Ocurrió en Valencia hace tres semanas…

—Entonces, fue anterior a los de aquí —lo interrumpió Pedrera.

El inspector jefe levantó la mano para que Miguel no siguiera hablando, y miró en dirección al subinspector.

—Continúa, Diji.

—El nombre de la víctima era Jacinto Roca. Los compañeros de Valencia lo encontraron muerto en su coche, después de que se salió de la vía y se estrelló contra un árbol. Le habían disparado cuatro veces desde el asiento trasero, con una veintidós. El departamento de Científica de Valencia encontró rastros de sangre en una de las puertas de atrás. Asumen que la asesina resultó herida, y aunque trató de limpiar las manchas, no fue lo bastante cuidadosa.

—¿Asesina?

—Sí, señor. El ADN corresponde a una mujer.

—Bien, por fin sabemos algo concreto —intervino Remigio.

Diji cogió aire y continuó su informe.

—Solicité que nos envíen toda la información correspondiente al caso, y una copia de los resultados de la muestra de sangre, para que Científica pueda comparar el ADN con el de la copa de vino.

Néstor sonrió y relajó los músculos de los hombros.

—Excelente, Diji. Es un gran avance.

—También les envié toda la información de la que disponemos nosotros a los detectives encargados de Valencia.

—Hiciste bien —dijo el comisario—. La colaboración nos permitirá avanzar más rápido.

Salazar se sentó en una de las sillas frente al escritorio de su compañero.

—Esto comienza a avanzar. ¿Qué más puedes decirnos acerca de esa víctima y su relación con Rojas y Sosa, Diji?

Cheick se apoyó en el respaldo de la silla, y continuó su explicación.

—Jacinto Roca tenía una tienda de dispositivos electrónicos que abrió en el año 2012, y hace cinco meses recibió un reconocimiento como empresario del año.

Remigio frunció el ceño.

—¿De dónde provino el capital para abrir la tienda?

—Me hice la misma pregunta, señor, y por eso lo indagué... Roca consiguió su capital a través de un crédito bancario. Lo avaló con su propio chalé, que ya estaba libre de la hipoteca.

—¿En cuánto tiempo cubrió la hipoteca? —preguntó Salazar.

—Dos años. La pagó por completo, gracias a la indemnización que recibió de la empresa donde trabajaba…

—Coparsa —aventuró el comisario.

—Sí, señor. La misma.

—Las piezas comienzan a encajar —murmuró Néstor.

Miguel llamó la atención levantando el bolígrafo.

—Hay más. Creo que lo que descubrimos Ángela y yo cierra el círculo. ¿Quién creéis que estuvo a cargo de la investigación del desfalco?

—Modesto Diez —respondió Salazar.

Miguel asintió y continuó con su informe.

—En el año 2008, Diez era un comisario más en la Jefatura Superior, y se ocupó de todas las indagaciones en persona.

Telmo levantó la mano como si estuviera en la escuela.

—Han pasado catorce años. Violeta Muñoz ya debió cumplir su condena. ¿Dónde está?

Diji respondió.

—En cuanto salió de prisión, ella y su hija se marcharon del país.

Salazar frunció el ceño.

—¿Su hija?

—Cuando se cometió el desfalco, Violeta estaba casada y tenía una hija, Amalia, que en el momento de su arresto acababa de cumplir seis años.

—¿Qué pasó con la chiquilla? —preguntó el inspector jefe.

—Ya había pasado la edad permitida para que pudiera acompañar a su madre en la prisión, así que las separaron. El marido de Violeta solicitó el divorcio y se marchó de La Rioja. Dejó a la niña con sus padres…

—Te refieres a los abuelos paternos de la pequeña.

—Sí señor. Ellos se negaron a que la chiquilla visitara a su madre en la cárcel. Cuando Violeta salió de prisión, hizo valer sus derechos, consiguió la custodia de Amalia, y ambas se marcharon de España.

—¿Adónde?

—El último reporte las ubicaba en República Dominicana.

Salazar cogió el rotulador, se acercó a la pizarra, y escribió en forma esquematizada toda la información que acababa de recibir. Entonces, tapó el marcador y dio un par de golpes suaves a la pizarra con él.

—El panorama comienza a ser más claro. El motivo de los crímenes tiene que estar en el desfalco a Coparsa y el dinero que nunca apareció. Es evidente que parte de ese dinero terminó en la tienda de Jacinto Roca y en Dronventsa.

Remigio parpadeó cuando escuchó las conclusiones de Salazar. Ángela se inclinó hacia adelante y llamó la atención del inspector jefe.

—Señor, ¿usted cree que ellos fueron cómplices de Violeta, y ella terminó siendo el chivo expiatorio?

—Esa es una posibilidad, pero también debemos contemplar la opción de que Violeta fuera inocente.

—¿Qué te hace pensar eso, Néstor?

—La niña. Es evidente que Violeta era una madre a quién su hija le importaba, pues cuando salió de prisión, luchó por su custodia y se la llevó consigo a su nueva vida. Sería extraño que hubiera rechazado la oportunidad de acortar su condena revelando el paradero del dinero, a menos que…

Miguel lo interrumpió.

—Que no tuviera ninguna relación con el desfalco, y por lo tanto no supiera qué pasó con el dinero.

Ángela frunció el ceño.

—Pero Violeta no puede ser la asesina que buscamos… Ella no está en España.

Salazar negó con la cabeza.

—Eso no lo sabemos todavía. No perdamos de vista la posibilidad de que haya regresado con documentación falsa y bajo otro nombre.

—¿Rosa? —aventuró Miguel.

Néstor centró su atención en él.

—¿Por qué no?

Diji sacudió el bolígrafo para intervenir.

—Pero, si Rosa es Violeta, y se hizo pasar por prostituta para acercarse a los hombres que causaron su desgracia, ¿cómo es que ellos no la reconocieron cuando la vieron? En catorce años no puede haber cambiado tanto.

Salazar se quedó pensativo.

—Es una observación muy inteligente, Diji. Quizá Rosa no es Violeta sino su cómplice. Ya tenemos la seguridad de que en todos los homicidios intervino una segunda persona.

—¿Amalia? —preguntó Ángela.

—Tal vez —murmuró el inspector, y en ese momento recordó el comentario de la vecina de que a Sosa le gustaban las chicas jóvenes —. ¿Qué edad tendría Amalia ahora?

Cheick respondió a la pregunta lanzada al aire.

—Si tenía seis años en el 2010, ahora tendría dieciocho.

—Entonces, es posible que Amalia y Rosa sean la misma persona —reconoció Salazar—. En cualquier caso, es prioritario encontrar a Rosa e interrogarla.

Toro intervino, al mismo tiempo que se removía en la silla.

—Acabo de darme cuenta de algo muy importante.

—¿De qué se trata? —lo animó el inspector jefe.

—En el aparcamiento del hotel donde le pusimos la trampa a María, había una furgoneta con un nombre comercial. Estaba tan descentrado por el fracaso de la operación que no lo había relacionado, pero ahora que estamos hablando de esto, volví a recordarlo. Estoy seguro de que el nombre que leí fue «Dronventsa».

Todos los policías intercambiaron miradas entre sí. Salazar hizo la pregunta que pasó por la cabeza de cada uno de ellos.

—¿La empresa de drones está relacionada con el repunte de droga?

Remigio se quedó pensativo.

—No lo sé, pero tengo que informar a la inspectora Araujo acerca de este nuevo dato.

Salazar clavó la mirada en Toro.

—Remigio, habla también con el jefe Barros. Científica tiene toda la documentación de Dronventsa. Si aceptas una sugerencia…

—Desde luego que la acepto. Con este asunto me siento más perdido que un pingüino en el desierto.

—En ese caso, te recomiendo que compares las rutas de entrega de Dronventsa con los repuntes de droga que estáis investigando, pero debéis ir con cuidado. Todavía no queremos levantar la liebre en la fábrica de drones.

—Apuntado. Os mantendré informados.

Remigio salió de la sala y sacó el móvil para llamar a Rebeca. En pocas palabras la puso al día con respecto de Dronventsa y la posible relación entre ambas investigaciones.

—… así que tendremos que ser muy cuidadosos para no interferir en el caso de los homicidios.

—Por supuesto, Remigio. Te espero en mi despacho. Debemos elaborar una estrategia para descubrir qué es lo que está ocurriendo.

En cuanto terminó la llamada, el inspector Toro salió de la comisaría, cogió su coche y puso rumbo a la Jefatura Superior.

Capítulo 46

Mientras Remigio se encaminaba a Logroño para darle un nuevo rumbo a su caso, Salazar se dispuso a exponer su teoría, pero antes de que pudiera decir ni una palabra, el teléfono del escritorio de Miguel comenzó a repicar con insistencia. Hubo un intercambio generalizado de miradas de sorpresa. Lali no pasaría una llamada durante una reunión, a menos que fuera urgente.

—Responde, Pedrera —le ordenó el comisario con su vozarrón.

Miguel cogió el teléfono y su palidez se hizo más evidente conforme iba escuchando.

—Iremos lo antes posible, don Alejandro.

Pedrera colgó el teléfono, bajo la atenta mirada de todos sus colegas. Ortiz y Salazar fruncieron el ceño al mismo tiempo y por primera vez, su parecido resultó evidente. Ángela parecía a punto de sacudir los hombros de su compañero, para que revelara de una vez la mala noticia. Porque la expresión de Miguel no dejaba espacio a otra posibilidad que haber sido el receptor del anuncio de una desgracia.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Ortiz.

Miguel cogió aire, antes de responder.

—Era Alejandro Lamas, el director del Centro de Acogida. Juan ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? —preguntó el comisario.

—Esta mañana se escapó del Centro.

Un peso se apoderó del estómago de Néstor.

—Iros tú y Ángela y removed hasta debajo de la alfombra, pero encontrad al chico.

Miguel se frotó la cara con las manos.

—¿Qué pasará con el caso de los homicidios? Necesitaréis toda la ayuda posible.

Salazar cruzó una mirada con su hermano.

—Podéis olvidaros del caso. Esto es más importante y nosotros nos apañaremos. Tenéis que encontrar a ese chiquillo, y aseguraros de que está a salvo.

Sin titubear, Miguel y Ángela se levantaron y se encaminaron en dirección a la puerta. Antes de salir, Pedrera se detuvo frente al inspector jefe.

—No olvidaré esto, Salazar. Gracias.

Néstor le palmeó el hombro.

—No perdáis tiempo. Recuperad al chaval.

Los detectives salieron, y Salazar retomó el hilo.

—Muy bien, a lo que íbamos. Diji.

—¿Señor?

—Ocúpate de revisar la información que van a enviar desde Valencia. En el caso de que se demuestre sin lugar a duda que es el mismo homicida, sabremos que Roca fue la primera víctima.

Una nueva interrupción hizo callar a Salazar. En esta ocasión, se trató de un mensaje de Gyula entrando en su móvil. Ignorando el ceño fruncido y las orejas enrojecidas de Santiago, el inspector murmuró una excusa, lo leyó y sonrió.

—Bien, por fin una buena noticia. Acabo de recibir información sobre Rosa. Ya puedo confirmar que se trata de una prostituta.

—¿Tiene idea de dónde podemos encontrarla, jefe?

Salazar sonrió.

—Suele rondar un local de ocio nocturno en la calle Colón, llamado «El Clandestino». Según lo que me informaron, allí deben conocerla. Yo mismo me ocuparé de localizarla. Telmo.

—¿Sí, jefe?

—Indaga si Violeta y Amalia regresaron a la Península en algún momento, y comunícate con el consulado de España en República Dominicana, para que confirmen su dirección allí. Que también te digan cuándo fue la última vez que realizaron un trámite.

—¿En qué está pensando, jefe?

—Es posible que hayan regresado de forma discreta a través del espacio *Schengen*. El último trámite que realizaron en el consulado será un buen punto de partida, para comenzar a investigar si entraron en Europa.

—Si el primer homicidio fue hace tres semanas… —comenzó a argumentar Telmo.

—No estamos seguros de que ese fuera el primer homicidio. Además, en el caso de que todo esto sea una venganza de ellas, y que comenzaran a ejecutarla hace tres semanas, eso no impide que lleven mucho más tiempo en España.

—Es un buen punto —lo respaldó el comisario.

Néstor centró su atención en Cheick.

—Diji, mencionaste algo sobre un reconocimiento que recibió Jacinto Roca.

—Sí, señor. Ocurrió hace cinco meses. Le dieron un premio que se le otorga cada año a comerciantes destacados de la provincia.

Salazar señaló la pizarra con el rotulador.

—Ese pudo ser el detonante. Violeta pasó seis años de su vida

en la cárcel, perdió su matrimonio y la separaron de su pequeña hija. Y aunque hubiera participado en el desfalco, está claro que no fue la única involucrada. Si es que tuvo algo que ver.

—Sin embargo, fue la única que pagó las consecuencias —reconoció el comisario.

—Perdió su empleo, su carrera, su familia… Sin contar con lo que debe haber representado en su vida el estigma de tener antecedentes criminales.

—Lo perdió todo —sentenció Telmo.

—Por si fuera poco, después de que cumplió su condena, encontró que aquellos que se beneficiaron de su desgracia disfrutaban del dinero robado, sin haber sufrido ninguna consecuencia. Y uno de ellos, hasta recibió un premio…

Ortiz cruzó los brazos.

—Esa mujer debió ser una bomba de tiempo.

—Si su estabilidad emocional no era firme, semejante situación pudo desatar los demonios en su cabeza…

El móvil de Salazar volvió a interrumpir la reunión.

—Eres un pesado —dijo el jefe Barros del otro lado de la línea.

—Me estás llamando tú, Casi.

—¿Y qué? Sigues siendo un pesado. Además, detesto cuando tengo que darte la razón.

—¿Qué habéis encontrado?

—Eso, tú a lo tuyo. Ni un ¿cómo llevas la dieta, Casimiro? ¿Puedo llevarte un desayuno o hacer algo por ti? Nada. Tú solo piensas en ti mismo.

—Vale. Te haré una visita en cuanto pueda, pero ahora estoy muy liado.

—Muy liado, muy liado… ¿Y tú te dices mi amigo? Serías capaz de dejarme morir de hambre en el desierto. Si de ti dependiera…

—Me has llamado por alguna razón, ¿no es así?

—Ah, eso. Sí. Encontramos restos de saliva de dos personas en la copa de vino. Una era de la víctima. La otra pertenece a una mujer.

—Estoy seguro de que tenemos el ADN de la asesina.

—Eso ya lo averiguas tú. Que para algo te pagan.

—Vale, Casi. Muchas gracias.

Néstor terminó la llamada y les informó a sus compañeros acerca de las novedades. Entonces explicó su teoría.

—Tanto Rojas como Sosa, y el mismo Diez, solían contratar sexo. Estoy convencido de que Violeta los conocía bien y explotó esa debilidad de sus enemigos a través de su hija.

—Así que Amalia sería Rosa.

—Es correcto —confirmó Salazar—. Y ellos mismos le dieron acceso a sus entornos íntimos, donde eran más vulnerables.

—¿Quién disparó? —preguntó Diji—. ¿Violeta o Amalia?

Salazar lo pensó por un momento.

—Necesitaremos más evidencias para responder esa pregunta. Lo primero será localizar a Rosa, para comprobar su identidad.

—Tu teoría tiene lógica, Néstor —reconoció el comisario—, pero no tendrá fundamento frente a un juez, hasta que demostremos que Violeta Muñoz está en España. Y que cuenta con un cómplice, ya se trate de Amalia o de otra persona.

—Trabajaremos en ello.

Ortiz les pidió que lo mantuvieran informado, y dio por terminada la reunión.

Capítulo 47

Miguel y Ángela llegaron al Centro de Acogida en tiempo récord. Los chicos estaban en clase a esa hora, así que recorrieron los pasillos vacíos a toda prisa, en dirección a la oficina de don Alejandro. Marlene los hizo entrar de inmediato.

—El señor Lamas los está esperando.

Cuando cruzaron la puerta, los policías encontraron al director detrás de su escritorio. Tenía el ceño fruncido y los músculos de la mandíbula en tensión.

—Me alegra que ya estén aquí, detectives.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó Miguel—. ¿Cómo pudo un chiquillo burlar la seguridad de este centro?

Don Alejandro rechinó los dientes.

—Le recuerdo que no somos una cárcel, inspector. Tratamos de que los chavales se sientan en una escuela, que también es su hogar. Somos sus maestros y tutores, no sus carceleros.

—¿Lo que me está diciendo es que la seguridad de este lugar es insuficiente?

—No creo que esta discusión nos lleve a ninguna parte —los interrumpió Ángela—. Lo importante ahora es encontrar a Juan.

Tanto el director como Miguel se relajaron.

—Tiene razón, subinspectora. Lo lamento.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Pedrera.

—Mientras el personal de la cocina preparaba el desayuno, y antes de que el resto de los chicos se levantara, Juan se acercó hasta allí y le pidió un vaso de leche a Eloísa, la gobernanta. Le dijo que tenía hambre. Ella se lo sirvió, y el chico se lo bebió. Entonces, Juan le preguntó si podía agradecerle su amabilidad ayudando en algo. La gobernanta le dio las gracias, y le dijo que no era necesario. Que regresara a la cama hasta que llegara la hora de levantarse. Juan insistió en que quería demostrarle su agradecimiento. En ese momento, la ayudante de cocina estaba cambiando la bolsa de basura, y él se ofreció a llevar la que estaba llena hasta el contenedor…

—¿Dónde está ese contenedor?

—En un patio detrás de la cocina. Lo rodea una cerca que comunica con la calle.

—¿Y le permitieron salir hasta ese patio?

Don Alejandro negó con la cabeza.

—Todos estamos muy nerviosos, inspector, pero le ruego que me permita terminar.

Ángela apoyó la mano en el hombro de Miguel, y asintió en dirección a Lamas.

—Continúe, don Alejandro, por favor.

—De acuerdo. Eloísa le dijo a Juan que no, que no era necesario, que solo era un vaso de leche, y que si ya había saciado el hambre, que regresara a su cama y no se preocupara por nada. Eloísa tiene mucha experiencia y no es fácil que ninguno de los chicos la coja por sorpresa, pero por desgracia, la gobernanta tuvo que atender a la cocinera, que le hizo una pregunta en ese momento. Juan aprovechó que Eloísa estaba distraída para insistir con la chica… Es evidente que cuando se lo propone, ese chaval tiene mucha labia, así que la convenció de que le permitiera ocuparse de esa tarea. Una vez que salió al patio trasero, Juan dejó la bolsa en el contenedor y saltó la cerca.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Alrededor de las ocho.

—¿Por qué tardaron tanto en avisarnos?

El director frunció el ceño.

—La pinche regresó a sus tareas, sin sospechar nada. Ya recibió una reprimenda por su falta. Eloísa no se enteró de lo que había ocurrido, hasta que fue muy tarde. Ella creía que Juan había regresado a su cama. En fin, que no notamos la ausencia del chico hasta que no se presentó a desayunar, media hora después. No teníamos idea de que se había escapado. Los primeros días suelen ser muy duros para los chavales, y no es extraño que no cumplan con los horarios que se les señalan…

Ángela entornó los ojos.

—Creyeron que Juan seguía en el Centro.

Don Alejandro suspiró.

—Así es. Asumimos que estaba escondido en algún rincón, quizá llorando o maldiciendo su mala suerte… Es un proceso de adaptación por el que pasan casi todos los chavales. El psicólogo nos aconseja que los dejemos tranquilos por algunas horas, para que no se sientan presionados en exceso.

Miguel frunció el ceño.

—¿Los dejan tranquilos, sin saber dónde están o que se les está pasando por la cabeza?

—Por supuesto que no, inspector. Somos responsables del bienestar de cada chiquillo que está bajo nuestra tutela. Seguimos un protocolo. Los chicos mayores suelen colaborar en el proceso. Por lo general, ellos saben dónde se ha escondido el chaval, y cuáles son sus

principales temores. Como es natural, los recién llegados tienden a confiar más en otros chavales. Sin embargo, no fue así en el caso de Juan...

—¿Qué hicieron cuando no se presentó a desayunar?

—Les preguntamos a los chicos mayores de su dormitorio. Ninguno sabía nada de Juan. El chiquillo se cerró como una ostra. Incluso con ellos. Así que comenzamos a buscarlo por todo el Centro. En cuanto comprendimos que no estaba aquí, comenzamos a interrogar a todos los empleados. Fue entonces cuando nos enteramos de lo que había ocurrido. Por supuesto que los llamé de inmediato.

Miguel cogió aire y miró hacia el techo con los dientes apretados.

—Tres horas después… Juan podría estar en otra provincia.

—Lo lamento mucho, inspector. Créame que de haber sospechado que el chaval había huido, les habría avisado de inmediato. No he dejado de recriminármelo a mí mismo, y estoy dispuesto a pagar las consecuencias de mi error, pero eso no resuelve el problema principal: tenemos que encontrar a Juan.

Ángela volvió a apoyar la mano en el hombro de su compañero, y su voz iba cargada de comprensión.

—El señor Lamas tiene razón, Miguel. Lo único que importa ahora es encontrar a Juan, y asegurarnos de que está bien.

Capítulo 48

Cuando Salazar salió de la reunión, bajó a la recepción y le preguntó a García dónde estaba Echevarría. El agente parpadeó.

—Está patrullando con Pérez, inspector.

—Perfecto, haz que regresen a la comisaría, por favor.

García enarcó las cejas y se comunicó por radio con el coche patrulla, sin quitarle la vista de encima a Salazar. Cinco minutos después, los agentes llegaron a San Miguel, con Ander al volante, y Pérez más pálido que Margarita Gautier en La Dama de las Camelias. El inspector les dio la dirección de El Clandestino, cogió las llaves del Clío, y les ordenó que lo siguieran.

Una vez en la vía y seguro de que tenía respaldo, el inspector puso rumbo hacia la calle Colón. Aparcó frente a El Clandestino. El local todavía estaba cerrado, pero él tenía la certeza de que se estaban preparando para abrir.

Salazar llamó a la puerta con insistencia, hasta que alguien se asomó. Un hombre de mediana edad, con el ceño tan fruncido que tenía una arruga perpetua en la base de la nariz, entreabrió la puerta y lo miró de arriba abajo con franco desprecio.

—¿Qué es lo que quiere? Así no se puede trabajar. Lárguese y vuelva a las diecisiete horas, que es cuando abrimos. No sé qué se ha creído, pero usted tendrá que esperar a que abramos como cualquier hijo de vecina…

El discurso se quedó congelado en la garganta del tío cuando el inspector le plantó su identificación frente a las narices.

—Policía. Quiero hablar con el dueño del local. Y no voy a esperar a que abran.

El sujeto parpadeó y miró por encima del hombro de Salazar. Solo entonces vio a los dos agentes, que se mantenían a una prudente distancia, pero atentos a la conversación.

—Yo… Eh… Este es mi local… inspector. ¿En… en qué puedo ayudarle?

—De acuerdo, comenzamos a entendernos. ¿Cuál es su nombre?

—Hugo… Hugo Tormes. ¿Hay algún problema?

Néstor entornó los ojos.

—No lo creo, a menos que se niegue a colaborar, y consideremos que se trata de obstrucción a la Justicia.

—Nunca me negaría a colaborar con la Policía.

—Me alegra escuchar eso. Estamos tratando de localizar a una testigo, y tenemos información de que frecuenta este local. Se hace llamar Rosa.

Tormes lo pensó por un momento.

—Si la buscan en El Clandestino es porque ya saben a qué se dedica.

—Sí, lo sabemos.

—Rosa trabaja por su cuenta, pero suele contactar a sus clientes aquí. Eso es bueno para el negocio, así que para mí está bien.

—¿Dónde podemos encontrarla?

Hugo pronunció la arruga del ceño un poco más.

—¿Está en problemas?

El inspector negó con la cabeza.

—Solo queremos tener una conversación con ella. Esperamos que tenga información que nos ayude a resolver una investigación.

Tormes bajó la mirada.

—Está bien. Rosa suele llevar a sus clientes a un hotel cercano: El Brandon. Sin embargo, a esta hora debe estar todavía en su casa.

—¿Dónde vive?

—En el hostal doña Manuela, a dos manzanas. Allí está registrada con su verdadero nombre: Adriana Cordial.

Después de darle las gracias a Hugo por su espontánea colaboración, el inspector le ordenó a Echevarría que aparcara la patrulla frente al hostal, y él hizo el recorrido a pie, acompañado por Pérez.

El hostal era una amplia casa de tres pisos que hacía esquina. La fachada inferior era de piedra, y resultaba evidente que las superiores no formaban parte de la construcción original, sino que fueron añadidas después. Estaban pintadas de un color tierra, que pretendía parecerse a la piedra de la fachada original, sin ningún éxito. Salazar contó cuatro ventanas por piso.

—Espérame aquí, Pérez. Y permanece alerta por si necesito apoyo.

—Sí, señor.

La puerta era tan estrecha, que Néstor calculó que si sus hombros hubieran sido un poco más anchos, habría tenido que pasar con uno por delante. El interior se abría a un vestíbulo tampoco demasiado amplio, cuyo suelo y paredes estaban tapizados con baldosas de cerámica. La empinada escalera casi salía al paso de cualquier desinformado ciudadano que cruzara el umbral. En cuanto Néstor entró, el olor a cocido le revolvió el estómago. ¿Quién era capaz de comer cocido con aquel calor? Debería ser considerado delito.

Salazar siguió adelante por el estrecho pasillo y se fue directo a la pequeña jaula de madera que estaba encajada bajo la escalera, y que funcionaba como recepción. Adentro encontró a una mujer de considerable peso, sentada sobre un frágil banquito de madera que no parecía tener mucho futuro. En cuanto el inspector se acercó, ella clavó la mirada en la corbata de aguacates, y no la apartó de allí durante toda la entrevista. El accesorio funcionaba tan bien, que tendría que considerar la posibilidad de incorporarlo a su atuendo habitual.

—¿En qué puedo ayudarlo, caballero? Si busca habitación, me temo que de momento no tengo ninguna disponible.

El inspector levantó su identificación, y las cejas de la patrona se acercaron tanto a la raíz del cabello, que la frente quedó reducida a una pequeña franja.

—¿Usted es policía? ¿Hay alguna cámara escondida por ahí o es en serio?

—Le aseguro que es muy en serio.

La mujer parpadeó.

—No lo parece.

—Ya —Néstor pasó la mano por la corbata para aplanarla—. Algo sospechaba.

—¿Qué puede querer la Policía con mi hostal? Somos gente decente, cumplimos todas las normas municipales y tenemos los papeles en regla.

—Bien por usted, pero no estoy aquí por su negocio.

—¿Entonces…?

—Queremos hablar con una de sus huéspedes. Su nombre es Adriana Cordial.

La patrona frunció el ceño y enderezó la espalda, poniendo todos los músculos en tensión. El banquito crujió amenazante, y por unos angustiosos segundos, Salazar temió que la buena mujer terminara con sus huesos en el suelo.

—¿Por qué buscan a Adriana? Es una buena chica que trabaja en una compañía de seguros como teleoperadora en el turno de noche. Aparte de su extraño horario, no causa problemas y paga su habitación con puntualidad. Ya quisiera yo que todos mis huéspedes fueran como esa joven.

Antes de que Salazar tuviera oportunidad de responder, una chica bajó las escaleras con prisa.

—¡Adriana, hija! Acércate, por favor. Este extravagante policía te busca, porque quiere hablar contigo.

Adriana se detuvo antes de llegar a la puerta. El inspector comprendió que Hugo la había llamado para avisarle de que ellos iban en camino.

Salazar sonrió con toda su mala leche.

—¿Rosa?

La chica perdió el color del rostro.

—Está equivocado. Mi nombre es Adriana, y no conozco a ninguna Rosa.

Néstor ladeó la cabeza y puso su mejor cara de idiota crónico.

—Ah, entonces usted debe ser la chica que es teleoperadora —Adriana asintió—. ¿Le importaría decirme en qué aseguradora trabaja?

—Yo no… Eh… En una.

Adriana miró a la patrona, quien también esperaba la respuesta, pero solo fue capaz de pronunciar un balbuceo incomprensible. Salazar cogió aire.

—Es posible que se sienta más cómoda si mantenemos esta conversación en la comisaría.

—¿En la comisaría? ¿Por qué? Yo no hice nada.

El inspector sonrió con condescendencia.

—Por supuesto que no. Es solo que usted podría ser una testigo crucial en una investigación. Estoy seguro de que querrá ayudar a la Policía a mantener las calles de Haro más seguras, ¿no es así? Después de todo, usted trabaja en el turno de noche.

Adriana miró a doña Manuela de reojo. La patrona también esperaba su respuesta con mucho interés. La joven tragó saliva.

—Sí, claro, por supuesto que quiero ayudar.

—¿Le importaría acompañarnos? Con gusto la escoltaremos hasta la comisaría y la traeremos de vuelta.

La chica apretó los dientes y tragó saliva. Salazar la acompañó hasta la patrulla, le abrió la puerta y la ayudó a subir con toda la galantería de la que fue capaz. Después de dejarla bajo la custodia de Echevarría y Pérez, el inspector regresó al Clío para poner rumbo a San Miguel. Por el camino, usó la función manos libres y se comunicó con Valentina. Entonces, le informó que ya había encontrado a Rosa.

Capítulo 49

Una vez en la comisaría, Salazar subió al despacho de Santiago, para ponerlo al día con respecto a las novedades.

—Has hecho un gran avance, Néstor. Todos los indicios apuntan a que Rosa es una pieza clave de este rompecabezas.

El inspector se quedó pensativo.

—Estoy de acuerdo, pero…

—Me da miedo preguntarte. ¿Qué ocurre?

—Hay algo que me desconcierta…

Santiago se mantuvo tenso por algunos segundos, hasta que explotó.

—¿Me lo vas a decir de una vez o tendré que torturarte para arrancarte una confesión?

Salazar se dejó caer en una de las sillas.

—Está bien. Se trata de la edad de Adriana. Nuestra teoría es que Rosa sería en realidad Violeta o tal vez su hija, haciéndose pasar por una prostituta para cobrar venganza —El comisario gesticuló con la mano para animarlo a seguir—. Sin embargo, nuestra «Rosa» es demasiado joven para ser Violeta Muñoz, y demasiado mayor para tratarse de Amalia... Así que, ¿qué papel juega Rosa en todo este asunto?

Santiago se concedió unos segundos para pensar en el argumento de Néstor.

—La idea de que madre e hija estén colaborando para ejecutar su venganza es solo una teoría. Quizá una de ellas reclutó a una amiga o una amante, y la otra no tiene ninguna relación con los delitos que se cometieron. También es posible que ninguna de las dos esté involucrada.

—Quizá.

—Tal vez lo averigüemos después de que interrogues a Rosa —Salazar asintió—. Sin embargo, debes ser muy cuidadoso. Todo lo que tenemos contra ella es circunstancial, en el mejor de los casos.

—Lo sé. No te preocupes, entrevistaré a Rosa con guantes de seda.

—¿Telmo te acompañará?

—No, las indagaciones que está haciendo Telmo para precisar los movimientos de Violeta y Amalia son fundamentales, si queremos

que la investigación avance. No quiero distraerlo de su tarea. Además, el interrogatorio de Rosa también le interesa a la Guardia Civil. Los guardias que investigan el homicidio de Modesto Diez ya están en camino, así que los esperaré para que me acompañen durante la entrevista.

—De acuerdo. Mantenme informado.

Salazar regresó a su oficina y escribió un informe para el juez. No podía desaprovechar una oportunidad como esa, así que le solicitó a Aristigueta que emitiera una orden para conseguir una muestra de ADN de Adriana Cordial, alias Rosa. Apenas tuvo tiempo de enviar la solicitud, cuando García lo llamó para avisarle de que dos guardias civiles preguntaban por él.

—Gracias, García. Acompáñalos a mi despacho, por favor.

Un minuto después, Ismael y Valentina entraron en su territorio. Después de los saludos de cortesía, Valentina fue la primera en hablar.

—Te agradecemos que nos permitas acompañarte en el interrogatorio de Rosa, Néstor. Este asunto está resultando bastante espinoso.

—Ya lo creo. Os recuerdo que no tenemos nada concreto contra ella, de manera que tendremos que sacar el mayor provecho posible de esta entrevista.

Salazar les explicó su estrategia, y ambos guardias estuvieron de acuerdo. Valentina se quedó en el despacho, mientras Ismael regresaba al coche para esperar instrucciones. Solo entonces, Néstor le ordenó a García que acompañara a la testigo hasta su oficina.

Adriana entró con paso titubeante y se sentó frente a Salazar, con todos los músculos de la espalda en tensión. Su mirada se clavó en Valentina, quien estaba sentada en la silla contigua.

—¿Por qué hay una agente de la Guardia Civil aquí?

Valentina ni siquiera parpadeó, y el inspector se recostó en el respaldo de su silla.

—No tienes de qué preocuparte, Adriana. La investigación que estamos llevando a cabo involucra a la Guardia Civil. La agente Serrano los representa.

—¿Me asegura que no estoy en problemas?

Néstor desplegó su sonrisa más maliciosa. Esa que cuando ensayaba, hacía que Paca se escondiera debajo de la cama.

—Si no has cometido ningún delito y no nos has mentido, no tienes nada que temer. Solo estás aquí como testigo.

—¿Testigo de qué? Yo no sé nada que le pueda interesar a la Policía.

Néstor y Valentina intercambiaron una mirada.

—¿Desde cuándo te dedicas a la prostitución, Adriana?

—Yo no… No me dedico a eso. Solo trabajo de noche, pero eso no es delito.

—Por supuesto que no… Así que solo eres teleoperadora de noche en una empresa de seguros…

—Sí, señor.

—En una empresa de la que no recuerdas el nombre.

—Yo… Es que estaba nerviosa. Trabajo en Seguraro.

Valentina intervino por primera vez.

—Así que, si vamos ahora a Seguraro y preguntamos por ti, seguro que nos confirmarán que tienes un contrato con ellos.

—Yo, no… Le estoy haciendo un favor a una amiga.

—Un favor —repitió la agente con el ceño fruncido.

—Sí, es que mi amiga está a punto de tener un bebé, y estoy cubriendo su plaza, mientras ella sale de cuentas.

—¿La empresa no le dio permiso por nacimiento?

—Eh, sí, pero alguien tiene que cubrirla.

—Aun así, Seguraro debe tener una ficha tuya como trabajadora temporal —argumentó el inspector.

Adriana relajó todos los músculos, de modo que pareció desinflarse.

—Está bien. Ustedes ganan. Sí me dedico a la prostitución, y uso el nombre de Rosa para trabajar, pero por favor, que no se entere la patrona de mi hostal. Es muy puritana. Si llega a saber a qué me dedico, es capaz de echarme a la calle. Y no es fácil encontrar una habitación en tan buenas condiciones por ese precio.

Néstor y Valentina volvieron a cruzar miradas. El inspector se encogió de hombros.

—Por nosotros no se enterará, pero debes responder a nuestras preguntas con honestidad.

Adriana bajó la mirada por un instante, y luego la levantó con las cejas enarcadas, para centrarla en Salazar. Mantuvo el mismo tono, pero pronunció sus respuestas con más lentitud.

—Quiero acabar con este asunto de una vez, para poder irme a casa.

Salazar enderezó la espalda y se inclinó hacia adelante sobre el escritorio.

—¿Qué edad tienes, Adriana?

—Veinticinco años.

—¿Conoces a Violeta Muñoz?

La chica frunció el ceño, al mismo tiempo que negaba con la cabeza. Sostuvo la mirada del policía sin pestañear.

—¿Y a Amalia Tovar?

—Tampoco. ¿Quiénes son ellas?

—¿Qué nos dices de Rafael Rojas y Marcos Sosa?

Adriana se quedó pensativa por algunos segundos.

—Sí… esos nombres sí me suenan, pero no podría decirles de dónde… ¿Tienen una foto o algo?

El inspector abrió la carpeta del expediente y sacó las fotografías de las víctimas cuando todavía estaban vivas y gozaban de buena salud. Se las mostró a su testigo.

—Sí, ahora lo recuerdo... pero fue hace muchos años… —la chica se quedó pensando por un par de segundos — No podría decirles cuánto tiempo ha pasado, y tampoco creo que les sirva de algo.

—Aun así, dinos lo que recuerdes —la animó Valentina, con tono maternal.

—Está bien. Si eso sirve para que pueda marcharme… Yo comenzaba en el negocio y trabajaba para un tío que organizaba fiestas para adultos. Ya saben, salía de un pastel. Lo más hortera, pero los clientes pagaban bien. Estos tíos estaban en una de esas fiestas. De hecho, el pastel era para uno de ellos: el calvo. ¿Por qué les interesa? ¿Se quejaron de algo?

Ni Salazar ni Valentina respondieron.

—¿Y el nombre de Modesto Diez te dice algo?

—A ese sí lo recuerdo. Es un cerdo, con el perdón.

Valentina lanzó una rápida mirada a Salazar y volvió a centrarse en Adriana.

—¿Dónde lo conociste?

—Fue en esa misma celebración. Es amigo de los otros dos. Pasó casi toda la noche pegado a mí como una garrapata. Es poli, y un par de meses después, me arrestó en otra fiesta donde las drogas se repartieron como pirulís. Entonces, me hizo llevar a su oficina y me ofreció hacer desaparecer mis antecedentes.

—¿Cumplió? —preguntó Salazar.

—Sí, pero no estoy segura de que valiera la pena. No me dejaba en paz. Estuve a punto de denunciarlo por acoso.

—¿Por eso cambiaste el número de tu móvil?

—En parte. También tuve problemas con el tío de las fiestas. Era un explotador. Aquello me costó perder muchos clientes, pero valió la pena. Desde entonces, me lo he montado sola.

Salazar escribió una nota con las fechas y horas en que se cometieron los homicidios y la puso frente a la joven.

—¿Dónde estuviste a estas horas?

«Rosa» frunció el ceño.

—¿De qué se trata todo esto? ¿Por qué me hace esa pregunta?

La agente de la Guardia Civil intervino.

—Solo responde al inspector.

Adriana enderezó la espalda.

—¿Me están acusando de algo? ¿Debo pedir un abogado?

Salazar y Valentina intercambiaron miradas de nuevo. El inspector torció la boca.

—Está bien, te lo diré. Tu nombre apareció escrito entre las pertenencias de al menos tres víctimas de homicidio —Adriana palideció, y sus manos se agitaron con un ligero temblor—. Puedes solicitar un abogado si lo deseas. Y también puedes negarte a responder, pero si tienes coartadas comprobables, te aconsejo que las proporciones.

—¿Quieres que llamemos a un abogado? —preguntó Valentina, sin abandonar el tono maternal.

Adriana lo pensó por unos instantes.

—No lo necesito. No tengo nada que ver con ningún homicidio, y soy una persona muy rutinaria. Es muy fácil para mí recordar dónde estuve

—Te escuchamos.

—Paso las noches en El Brandon. Hacia las diez, me despido de mi último cliente y regreso a la pensión de doña Manuela para descansar. No salgo hasta después de la comida. No fue diferente los días que están anotados en este papel.

Valentina se excusó y salió del despacho. Una vez en el pasillo, se comunicó con su compañero, y le informó las coartadas que les había dado Rosa como acordaron antes de comenzar el interrogatorio. De inmediato, Ismael encendió el coche, y puso rumbo al hotel Brandon.

Mientras esperaban la confirmación del joven guardia, Valentina regresó al despacho del inspector con un café, que le ofreció a Rosa.

—Gracias… Ahora que respondí a sus preguntas, ¿puedo marcharme?

Salazar apoyó la espalda en el respaldo de su silla.

—Todavía no terminamos, Adriana. Tu colaboración es muy valiosa para nosotros.

—Pero, yo no sé nada.

—Conociste a todas las víctimas. Es suficiente. Queremos que nos hables de Rafael Rojas, Marcos Sosa y Modesto Diez.

Rosa pensó su respuesta por un momento.

—Está bien. Ya saben cómo los conocí.

—¿Los tres fueron tus clientes?

—Los tres eran ese tipo de hombre. En la fiesta, yo fui el «regalo» que sus amigos le hicieron al calvo. El otro, el gordo, me pidió mi número para contactarme después. El policía no se me despegó durante toda la celebración, y en mala hora, también le di mi número telefónico.

—¿Y los tres te llamaron? —preguntó Valentina.

—En diferentes momentos a lo largo de las siguientes semanas, sí lo hicieron. Cuando cambié mi número para librarme del pesado de Diez, estuvieron entre los clientes que perdí. Los tres eran amigos, así que no podía arriesgarme a darles mi nuevo teléfono…

—¿Te hicieron alguna confidencia? ¿Alguna vez te hablaron sobre si tenían enemigos? —preguntó Salazar.

—No. Solo iban a lo que iban… Ya saben.

Valentina frunció el ceño y el tono maternal desapareció.

—¿Cómo es que Modesto Diez corrió el riesgo de cometer un delito por ti, si ya recibía tus favores como cliente?

—Quería un trato especial. Que estuviera dispuesta para él cuando se le antojara. Acepté el acuerdo por algunas semanas, pero se volvió tan demandante, que me agobió y lo mandé a hacer gárgaras.

Un mensaje entró en el móvil de Valentina. Después de leerlo, miró a Salazar e hizo un leve movimiento de negación con la cabeza. Era la señal acordada para indicarle que Ismael había comprobado que «Rosa» tenía coartada.

Salazar rechinó los dientes, antes de hablar.

—Muy bien, Adriana. Te agradecemos mucho tu colaboración, y si la agente Serrano no tiene más preguntas para ti —Valentina negó con la cabeza—. En ese caso, puedes marcharte a casa. Haré que un coche patrulla te lleve de vuelta al hostal.

Capítulo 50

Después de que «Rosa» salió del despacho de Salazar, Valentina le agradeció que le hubiera permitido participar en la entrevista, y acordaron mantenerse en contacto. El inspector se despidió de su amiga y se encaminó a la oficina del comisario.

—Vaya cara traes, Néstor. ¿No fue bien la entrevista?

Salazar se dejó caer en la silla frente a su hermano.

—Tiene coartada para todos los homicidios. Comprobada… —Se inclinó hacia adelante— Estaba tan convencido de que Rosa era la autora de los crímenes, que todo el castillo de naipes se ha venido abajo.

—No te desanimes. Es parte del trabajo. ¿El interrogatorio no aportó nada?

El inspector lo pensó por un momento.

—Ahí sí reconozco que conseguimos descubrir algunos detalles muy interesantes.

—¿Cómo cuáles?

—Rojas, Sosa y Diez se conocían desde los años en que los dos primeros trabajaban en Coparsa.

—Entonces, ¿también el policía pertenecía al grupo?

Néstor suspiró, y le contó al comisario los detalles de la entrevista.

—… así que según «Rosa», se puede considerar que las tres víctimas eran compañeros de marcha.

Un mensaje entrando en el móvil de Salazar interrumpió la conversación.

—Es de Remigio. Dice que tiene novedades.

Néstor le devolvió la llamada a Toro, mientras Santiago esperaba, golpeando la superficie de la mesa con el índice una y otra vez, sin ser consciente de ello. Salazar activó los altavoces.

—¿Qué averiguasteis, Remigio? —preguntó el inspector.

—Rebeca y yo seguimos tu consejo y comparamos las rutas de reparto de Dronventsa con los repuntes de droga, y adivina qué… Coinciden en lugares y fechas punto por punto.

—María está relacionada con la fábrica de drones.

—Me costaría mucho creer que todo es una coincidencia.

Néstor intercambió una mirada con su hermano, y después de

pensar por un momento, volvió a poner su atención en el móvil.

—Registraremos Dronventsa. Yo me ocuparé de organizarlo —anunció Salazar.

—Vale. Le informaré a Rebeca, antes de regresar a San Miguel.

El inspector terminó la llamada. El comisario lo miró y asintió. Tenía vía libre para tomar decisiones. Ortiz se levantó de la silla.

—Vamos.

Néstor y Santiago subieron al segundo piso, y allí encontraron a Diji y a Telmo, cada uno atento a su ordenador. Ambos apartaron la mirada de la pantalla en cuanto sus superiores entraron en la sala. Salazar les hizo un resumen de la entrevista con Rosa.

—¿Vosotros habéis avanzado en vuestras indagaciones? ¿Diji?

—Sí, señor. Me comuniqué con Científica, y confirmaron que a Jacinto Roca lo asesinaron con la misma pistola que a Rojas y a Sosa. También me dieron el resultado de la comparativa del ADN del accidente con el de la copa de vino… No se corresponden.

—Así que la persona que asesinó a Roca no fue la misma que le disparó a Marcos Sosa —intervino Telmo—, aunque sí usaron la misma pistola. ¿Cómo se explica?

Salazar suspiró.

—Recuerda que manejamos la teoría de que hay al menos dos personas involucradas. Sosa nunca hubiera compartido una copa de vino con Violeta. Y es poco probable que no la reconociera, así que…

—La carnada fue su propia hija… —sugirió Telmo.

—O en todo caso, su cómplice —dijo Salazar—. De cualquier forma, no tenemos constancia de que la mujer que acompañó a Sosa fuera quien le disparó.

—Ah, ¿no? Y entonces, ¿quién?

—Digamos que Amalia fue la carnada, y consiguió entrar en el chalé. Compartió una copa de vino con Sosa, y se ausentó con cualquier excusa. Ir a buscar algo a la cocina, usar el servicio o lo que fuera… En lugar de eso, le abrió la puerta trasera a Violeta, que fue quien disparó.

El comisario lo pensó por un momento.

—Eso explicaría que el ADN de la copa de vino fuera diferente al de la sangre de la asesina de Roca.

Diji llamó la atención de sus jefes sacudiendo el bolígrafo.

—También descubrí que Jacinto Roca fue el ayudante ejecutivo de Violeta Muñoz en Coparsa.

Néstor entornó los ojos.

—Interesante. Eso lo ubicaba en una situación privilegiada para inculpar a Violeta en el desfalco. Si a eso sumamos la relación que había entre Modesto Diez, y los ejecutivos de la filial de Coparsa…

—¿En qué está pensando, jefe?

Salazar se acercó a la pizarra y conforme hablaba, escribió nombres y trazó líneas entre las relaciones.

—Si lo pensamos bien, todo encaja… Rojas y Sosa ocupaban los más altos cargos en la filial, mientras que Jacinto Roca estaba en un puesto clave para conseguir un chivo expiatorio. Además, los directivos estaban conectados con un comisario de dudosa conducta, como lo demuestra la asistencia de Modesto Diez a la fiesta de cumpleaños. Lo que todo esto sugiere es que estos cuatro se pusieron de acuerdo para desfalcar a la filial, y también para inculpar a Violeta Muñoz, consiguiendo que cumpliera condena por ellos.

Diji se inclinó hacia adelante.

—Entonces, Violeta sería inocente.

El inspector jefe se quedó en silencio por un momento.

—Del desfalco habría sido inocente, pero no estoy tan seguro de que lo sea de los asesinatos —Salazar se volvió hacia su compañero —. Telmo, ¿pudiste ubicar a Violeta y su hija?

El subinspector negó con la cabeza.

—Estoy trabajando en eso, jefe. El último contacto que tuvo el consulado con ellas fue hace tres años, cuando renovaron el pasaporte de la chica. Sin embargo, no es extraño que transcurriera tanto tiempo sin noticias. Por otro lado, todavía no he encontrado ninguna evidencia de que hayan entrado en España.

—De acuerdo, Telmo. Continúa trabajando en eso cuando regresemos de la próxima misión.

—¿A qué misión se refiere, señor? —preguntó Diji.

Salazar les informó a sus subalternos acerca de la relación de la fábrica de drones con el caso de Remigio.

—… así que quiero que dejéis todo lo que estáis haciendo, y solicitéis una orden de registro al juez. Quiero hacerle una visita a Dronventsa lo antes posible.

Capítulo 51

En el Centro de Acogida, don Alejandro cedió su despacho para que los policías pudieran llevar a cabo sus indagaciones. Miguel y Ángela entrevistaron a Eloísa y a la empleada cuya imprudencia permitió que Juan escapara, pero ninguna de ellas pudo aportar nada nuevo al relato del director. El inspector decidió entrevistar a uno de los chicos mayores del dormitorio de Juan. Después de recibir la autorización de don Alejandro, Marlene se ocupó de buscar al chaval en su clase y llevarlo hasta la oficina donde esperaban los policías.

El chiquillo tendría unos doce años, era alto y flaco, con el cabello negro rizado tan abundante y alborotado, que desviaba la atención de unos rasgos que ya tendían a afilarse con el comienzo de la adolescencia. Los detectives se miraron entre sí.

—¿Tú eres el chico de más edad del dormitorio?

—Sí, señor. Los de primaria dormimos en un ala y los de ESO en otra —el chaval enderezó la espalda—. El próximo año cambiaré de dormitorio.

Ángela sonrió y dulcificó su expresión.

—¿Cuál es tu nombre?

—Simón Ramírez, señora.

Miguel tomó la palabra.

—Muy bien, Simón. ¿Sabes por qué estás aquí?

—Marlene me dijo que el nuevo se escapó, que ustedes son policías y que quieren que los ayude a encontrarlo —el chico bajó la mirada—, pero yo no sé nada.

La subinspectora se sentó en la silla junto al chaval y se inclinó hacia adelante, para quedar a su altura.

—Simón, quiero que sepas que queremos lo mejor para Juan y que estamos preocupados por él. Está solo allá afuera y podría correr peligro. Si colaboras con nosotros, no será una traición, sino que lo estarías ayudando también a él.

—Pero es que es verdad. Yo no sé nada —El chaval sacudió la cabeza—. No nos contó nada sobre sí mismo. Solo dijo que tenía que marcharse, porque su abuela lo necesitaba.

Miguel frunció el ceño.

—¿Su abuela?

—Sí, señor, eso dijo.

—¿Mencionó dónde vive su abuela? —preguntó Ángela.

—No, señora. Solo eso, que tenía que encontrar la forma de salir de aquí para ir con su abuela. Luego se puso a llorar, pero eso siempre nos pasa cuando llegamos aquí.

Después de que comprendieron que el chaval no sabía nada más, los detectives le pidieron al director que les proporcionara una copia de la fotografía que le hicieron a Juan cuando abrieron su ficha en el Centro de Acogida. Entonces, regresaron al coche. Miguel encendió el motor con los dientes apretados, al mismo tiempo que Ángela se ajustaba el cinturón de seguridad. Ella clavó la mirada en su superior.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Seamos sensatos. Juan es solo un chiquillo, así que no debe vivir lejos del lugar que escogió para robar. Tenemos su foto. Indaguemos en los barrios cercanos a la estación. Con un poco de suerte, quizá encontremos alguien que lo conozca.

—Eso podría llevarnos días.

—¿Tienes una idea mejor?

Ángela fijó la mirada en el frente, apoyó la espalda en el respaldo y tragó saliva.

—No, supongo que ahora mismo es lo único que podemos hacer.

Miguel se incorporó a la vía en dirección a la estación de ferrocarril. Pasaron las siguientes dos horas recorriendo los barrios cercanos, y preguntando a los transeúntes si conocían al chico de la fotografía, siempre después de identificarse. No tuvieron suerte. Todos los vecinos que encontraron negaron haberlo visto nunca. El ánimo de los policías iba decayendo conforme pasaban las horas y no aparecía ningún indicio de dónde podía estar el chaval. La subinspectora fue la primera en explotar.

—¡Esto es inútil! Así nunca lo vamos a encontrar. ¿Por qué no indagamos entre los informantes? Quizá alguno de ellos sepa algo sobre Juan.

Miguel lo pensó por un momento y luego soltó un gruñido.

—No me parece buena idea. No creo que Juan tenga relación con el mundo del delito todavía, y espero que siga siendo así. Los informantes tienen conexión con gente que prefiero a toda costa que no se entere de que hay un chaval vulnerable solo en las calles.

—Supongo que tienes razón, pero debe haber alguna otra forma de encontrarlo, antes de que cumpla la mayoría de edad.

Miguel buscó la mano de su compañera con la suya y cerró sus dedos alrededor con fuerza.

—No te preocupes. Te prometo que lo encontraremos.

Una llamada entrando en el móvil de Miguel interrumpió la

discusión. El inspector hizo un gesto con la cabeza para indicarle a Ángela que respondiera, y él continuó conduciendo.

—Es de la comisaría… —anunció ella— García, ¿qué ocurre?... ¿Un chaval?... Sí, sabemos quién es… Por favor, entretenlo como sea… Sé amable y no dejes que se marche… Vamos para allá.

Ángela terminó la llamada, y Miguel la miró con todos los músculos en tensión.

—¿Juan?

—Está en la comisaría. Ya le di instrucciones a García.

Pedrera giró el volante para coger un desvío que los llevara de vuelta a San Miguel. La subinspectora puso la sirena en el techo del coche y la activó. De inmediato, su compañero pisó el acelerador. En pocos minutos aparcaron frente a la comisaría. En cuanto entraron, se encontraron a Juan sentado en la alta silla de García, balanceando las piernas, al mismo tiempo que daba buena cuenta de un bocadillo y un refresco, y sostenía una animada conversación sobre fútbol con el agente. Ángela parpadeó para disimular una lágrima, que pugnaba por salir.

—¡Juan!

El chiquillo se volvió hacia ellos, dejó lo que tenía en las manos sobre el mostrador, y corrió a abrazar a Ángela. Solo la soltó cuando Miguel se agachó junto a ellos. Entonces, el chaval rodeó el cuello de Pedrera con sus brazos, y Ángela se dio cuenta de que su compañero tragaba saliva para controlar sus emociones. Miguel respiró profundo un par de veces, antes de hablar.

—Nos has dado un susto de muerte, Juan. ¿Por qué te escapaste? ¿No te trataron bien en el Centro de Acogida? ¿Tuviste problemas con algún chico?

Juan negó con la cabeza.

—No es eso. Todos fueron muy amables, y lamento haberos asustado. Por eso vine hasta aquí, para avisaros de que estoy bien y que no tenéis que preocuparos por mí, pero… no puedo quedarme en el Centro. Tengo que regresar a casa.

Ángela también se agachó.

—¿Por qué, Juan? Puedes confiar en nosotros. Tal vez podamos ayudarte.

El chico enderezó la espalda y adoptó una actitud digna.

—Gracias, pero… es algo que debo resolver yo solo.

Los detectives intercambiaron una mirada, y Ángela fue quien puso palabras a sus pensamientos.

—Tiene que ver con tu abuela, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabéis?

Miguel apoyó la mano en el hombro del chiquillo.

—¿Dónde están tus padres, Juan?

El chaval bajó la mirada.

—No están… Murieron en un accidente de coche hace tres años —los ojos del chiquillo se humedecieron—. Cada día me resulta más difícil recordarlos.

—Por eso vives con tu abuela —aventuró Ángela.

El pequeño ladrón asintió, y ella acarició su cabeza.

—Juan, puedes confiar en nosotros. Queremos ayudarte. Dime la verdad, ¿tu abuela te maltrata?

El chico parpadeó y frunció el ceño.

—Claro que no, ella es muy buena conmigo. Dice que soy todo lo que le queda en la vida, pero…

—¿Cuál es el problema? —lo presionó Miguel.

—Es que, desde hace algunas semanas, ella está muy rara…

—¿Rara?

Con la mirada baja, Juan pivotó uno de sus pies sobre la punta.

—Algunas veces no me reconoce y me pregunta quién soy o me llama con otros nombres. Antes hacía la compra, lavaba la ropa y me preparaba la comida. Incluso me ayudaba con las tareas de la escuela. Ya no lo hace. Ni siquiera se acuerda de comer ella misma —Las lágrimas afloraron a sus ojos mientras hablaba—. Y yo tengo miedo, porque no sé qué le pasa.

Miguel y Ángela volvieron a cruzar miradas. Ya tenían claro lo que estaba ocurriendo. La subinspectora abrazó al chiquillo, y habló con el tono más amable que pudo imprimirle a su voz.

—¿Por qué no pediste ayuda, Juan? ¿Por qué no le contaste lo que ocurría a algún vecino o a tus maestros?

El chaval rompió a llorar, Miguel le dio su pañuelo y miró a su espalda cuando escuchó que alguien se sonaba la nariz. García, también pañuelo en mano y con los ojos y la nariz enrojecidos, parpadeaba y cogía aire para recuperar la compostura. El inspector volvió a centrar su atención en Juan, que ya comenzaba a calmarse.

—Yo… es que no quería que me separaran de mi abuela. Es la única persona que tengo en el mundo, y yo debo cuidarla como ella siempre me ha cuidado a mí. No quiero que se la lleven, porque tengo miedo de no volver a verla más.

El chiquillo se secó las lágrimas con el pañuelo del inspector. Ángela le acarició la cabeza.

—Cuéntanoslo todo, Juan. Queremos ayudarte, y también a tu abuela. Lo mejor que puedes hacer por ella es confiar en nosotros.

Después de un momento de incertidumbre, el chaval se abrió.

—Al principio no me di cuenta de que ocurría algo malo. Ella tenía pequeños olvidos, pero poco a poco fue a más, hasta que un día me preguntó quién era yo. Cuando me di cuenta de que no estaba bromeando, me asusté. Ya sabía que eso les podía pasar a las personas

muy mayores. Otro chico de la escuela nos contó sobre su abuelo… Se lo llevaron, nunca supo a dónde, y desde entonces no había vuelto a verlo y lo echaba mucho de menos. Yo no quería que eso nos pasara a mi abuela y a mí…

—Así que decidiste resolverlo tú solo.

—Creí que era lo mejor para ella. Le dije a mi maestra que nos íbamos a mudar a otro barrio, y que yo iba a asistir a otra escuela. Que mi abuela iría a hablar con el director en cuanto pudiera. Solo quería ganar un poco de tiempo. Entonces, comencé a robar en la estación para llevar comida a casa. No quería robar, lo juro, pero no sabía cómo conseguir dinero… Les prometo que no lo volveré a hacer. Conseguiré un trabajo… haré lo que sea, pero, por favor, no se lleven a mi abuela… Yo la cuidaré. Lo juro.

Juan volvió a romper en llanto. Ángela lo abrazó, sintiendo en el alma las sacudidas de su pequeño cuerpo, hasta que el niño soltó toda la desesperación que lo ahogaba. Cuando se separaron, ya el chaval estaba mucho más calmado. Entonces, Ángela cogió las pequeñas manos del chiquillo entre las suyas.

—Escucha, Juan. Comprendo que es difícil, pero tu abuela necesita cuidados especiales, medicinas... Lo mejor que puedes hacer por ella es decirnos dónde está, para que podamos auxiliarla.

—¿Me prometen que no nos separarán?

La pregunta causó el mismo efecto de una estaca clavándose en el corazón de los policías.

—No voy a mentirte, Juan. Es probable que deban llevar a tu abuela a un hospital o una residencia, donde los médicos la puedan atender como ella necesita, y tú deberás regresar al Centro de Acogida, al menos por el momento. Lo que sí te prometo es que no dejarás de verla —Ángela miró a su compañero, y él asintió—. Miguel y yo te llevaremos a visitarla cada vez que podamos.

—¿Lo prometen?

—Tienes nuestra palabra —respondió Pedrera con solemnidad.

Juan levantó la vista para mirar a García, quien con los ojos enrojecidos, también hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien… Vivo en el número 26 de la calle San Roque.

Capítulo 52

Salazar esperaba en el Clío junto a Telmo, con los dientes apretados y todos los músculos en tensión, tan concentrado en sus pensamientos, que ni siquiera notaba el olor del coche. Diji se encontraba en el asiento de atrás. Dos coches patrulla permanecían cerca del Clío, y aguardaban la orden del inspector jefe. Todos estaban aparcados a poca distancia de Dronventsa, cerca de una curva, para que no pudieran verlos desde la fábrica de drones. Néstor tamborileaba sin cesar en el reposabrazos de la puerta, y comprobaba el espejo retrovisor cada pocos segundos, hasta que por fin vio que el coche de Remigio se acercaba.

—Ya están aquí, vamos.

Salazar y los subinspectores bajaron del Clío, al mismo tiempo que Toro aparcaba detrás de las patrullas. Rebeca y Remigio también se apearon. Después de los saludos, el inspector jefe desdobló un croquis sobre el techo del Clío y dio instrucciones acerca de la forma en que se llevaría a cabo la operación.

—¡Echevarría! Estarás a cargo de los agentes de apoyo. Ocúpate de que los coches patrulla bloqueen la entrada del garaje, y que impidan que la cruce ningún vehículo de la empresa.

—Sí, señor.

—Asegúrate también de que nadie salga de la fábrica. ¡Diji!

—¿Señor?

—Que nadie se acerque a la furgoneta de reparto.

—Entendido, señor.

—De acuerdo, la sorpresa es nuestra mejor baza. Así es como nos distribuiremos...

Después de dar las últimas instrucciones a sus subalternos, Salazar volvió a doblar el croquis, y regresaron a los coches. Un par de minutos más tarde, el grupo de vehículos relacionados con la operación se detuvo frente a Dronventsa. Los policías se repartieron por toda la superficie de la fábrica, siguiendo las instrucciones del inspector jefe, y causando el desconcierto entre los empleados. Salazar entró con paso firme y apresurado. Dalia le salió al paso, alertada por el alboroto.

—¿Qué ocurre aquí, inspector? ¿Qué significa todo esto?

Por toda respuesta, Salazar le entregó la orden de registro, la

dejó leyéndola y continuó su camino.

Mientras tanto, Remigio y Rebeca se adelantaron, para acercarse a la zona de embalaje y transporte. Antes de que pudieran identificarse o pronunciar una palabra, uno de los chicos les tiró una caja, por suerte no demasiado pesada. Remigio la desvió de un manotazo, evitando por poco que golpeara a Rebeca. El chaval trató de salir corriendo, aprovechando el desconcierto de los detectives que iban hacia él, pero Diji estaba atento y cuando el joven trató de alcanzar la salida, se encontró de frente con una muralla humana infranqueable.

Cheick le puso los grilletes al empleado, y revisó su identificación. Ya el inspector jefe lo había mencionado en las reuniones. Se trataba de Tomás Ríos. Mientras Diji se ocupaba de llevar al sospechoso a uno de los coches, Rebeca y Remigio revisaron la furgoneta. En una primera inspección, encontraron un doble suelo falso, en el que había suficiente droga como para abastecer a toda La Rioja.

—¡Bingo! —exclamó Néstor, al mismo tiempo que llegaba junto a Toro y Rebeca.

—Parece que encontramos al cómplice de María.

Salazar apretó los dientes, y centró su atención en Rebeca.

—¿Estás bien? Lo vi todo, pero todavía estaba muy lejos. Si ese tío hubiera llegado a golpearte…

—Estoy bien. Remigio reaccionó rápido. La caja ni siquiera me rozó.

Por primera vez desde que comenzó la operación, Néstor sonrió.

—Sospecho que acabamos de conseguir un avance enorme.

—¿Nos llevaremos solo a este pájaro?

El inspector jefe negó con la cabeza.

—Acabamos de encontrar un alijo de aúpa, y no sabemos hasta dónde está infiltrada la empresa ni cuántos de sus empleados podrían estar involucrados. Nos los llevaremos a todos a la comisaría para interrogarlos.

Toro torció la boca.

—Tú mandas, San Cayetano… Supongo que tienes razón.

Salazar solicitó refuerzos para transportar a los detenidos, y dejó a dos agentes vigilando el perímetro. También llamó a Científica para que se ocupara de la revisión de la nave de Dronventsa.

—¿Es que no tienes otra cosa que hacer que darnos trabajo? —se quejó el jefe Barros—. Eres más molesto que tener picazón en la planta del pie.

—Es que no sabría qué hacer sin vuestra ayuda, Casi.

—Esa es la verdad más grande que has dicho, desde que tu

madre te parió. ¿Ese es el caso de los homicidios?

—El mismo, pero además, tenemos evidencias de que está relacionado con otra investigación que llevamos en colaboración con la Jefatura Superior.

—Ala, por si fuera poco contigo, que eres un chinche, ahora os ha dado por molestar en equipo. ¿Quién se ocupa en la Jefatura Superior?

—La inspectora Rebeca Araujo.

—Mmmm. Vale, ella me simpatiza. Solo por eso, iré ahora mismo a esa fábrica, ¡pero que no se haga costumbre!

—Gracias, Casi. Sabía que podía contar contigo.

—¡Eso sí que no! Conmigo no cuentes para nada.

El inspector terminó la llamada con una sonrisa. De vuelta en San Miguel, Salazar le preguntó a García por Pedrera y López.

—Encontraron al chiquillo que buscaban, señor. Consiguieron que les contara su historia, así que solicitaron una ambulancia y se marcharon.

El inspector frunció el ceño y envaró la espalda.

—¿Una ambulancia? ¿Hay alguien herido?

—No, pero tenían que ir a socorrer a una anciana.

Néstor parpadeó y decidió que tendría que seguir a lo suyo y confiar en ellos. Tenían bastante trabajo por delante. Los detenidos llenaban las celdas del tercer piso, pero no les quedaba otra opción que esperar a sus defensores para poder interrogarlos. Salazar le ordenó a Diji y a Telmo que elaboraran los informes correspondientes, y él subió hasta el despacho del comisario, para ponerlo al día del resultado de la operación.

Ortiz subió con él al segundo piso. Ya Remigio y Rebeca habían llegado, y colaboraban con los subinspectores para elaborar los informes. El comisario carraspeó.

—Felicitaciones. Habéis hecho un excelente trabajo.

Telmo y Diji apartaron la mirada de sus ordenadores y enarcaron las cejas al mismo tiempo. Rebeca parpadeó cuando escuchó el vozarrón del comisario, y de inmediato buscó a Néstor con la mirada. Intercambiaron una sonrisa. A Remigio no se le escapó el gesto, entornó los ojos, y se apoyó en el respaldo de su silla.

—Parece que hemos matado dos pájaros de una sola pedrada, y conseguiremos resolver ambos casos de una vez.

Salazar se quedó pensativo por algunos instantes. Luego se acercó a la pizarra.

—Es evidente que hay una relación entre Dronventsa y el repunte de droga… Me pregunto si estábamos tan equivocados, que todo se trató de esto desde el principio. Una nueva organización criminal que pretendía instalarse en La Rioja y desencadenó una lucha

por el territorio.

Toro se inclinó hacia adelante.

—No me gusta la expresión que tienes, Salazar. Significa que se nos va a complicar la vida. ¿En qué estás pensando? No será en Ivanenko.

El inspector jefe miró a Remigio a los ojos.

—Tengo que reconocer que era justo en él en quien pensaba.

Santiago se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—¿No estás un poco obsesionado con El Ruso, Néstor?

—Tengo que reconocer que Yuri sí me obsesiona. Son demasiados los años en los que ha delinquido frente a nuestras narices, sin que hayamos podido demostrarle nada hasta ahora.

—Tal vez va siendo hora de cortarle las alas —sugirió Rebeca.

—Reconozco que a mí también me gustaría tenerlo como huésped en el tercer piso —reconoció Ortiz—, pero nunca hemos encontrado ni un solo indicio de que esté involucrado. Este caso no es la excepción.

Salazar golpeó la pizarra con una sacudida del rotulador.

—Si se refiere a los homicidios, tiene razón, comisario… Sin embargo, no debemos olvidar la paliza al yonqui. Y si Dronventsa y María están relacionadas…

—No quisiera darle la razón a Salazar en esto —intervino Remigio—, pero creo que la tiene.

Santiago descruzó los brazos.

—De acuerdo, lo admito. Tus conclusiones son lógicas, pero no permitas que tus emociones te nublen el juicio. Ivanenko es un adversario formidable, y no podemos tomarlo a la ligera.

—Soy consciente de ello. Le prometo que iremos con pies de plomo.

Rebeca enderezó la espalda.

—Cuenten conmigo.

Salazar parpadeó y lo pensó por un momento.

—Gracias, inspectora. Lo haremos. También debo reconocer que, aunque consideremos esta alternativa, todavía no podemos descartar por completo a Violeta. ¡Telmo!

—Diga, jefe.

—Continúa con las indagaciones sobre la señora Muñoz. Quiero saber sin lugar a duda si ella regresó a Europa con o sin su hija.

—Enseguida, jefe.

—Diji, en cuanto termines con los informes sobre la operación de hoy, solicítale una orden al juez para coger muestras de ADN a todos los arrestados en Dronventsa, y que los comparen con la copa de vino y la sangre que encontraron en el accidente de Jacinto Roca.

—¿Qué está buscando, jefe?

—Violeta, Amalia o un cómplice podrían estar infiltrados entre los empleados de la empresa, y no podemos dejar escapar una oportunidad como esta.

Salazar enarcó las cejas cuando Telmo manifestó su aprobación con una ligera sonrisa y el pulgar hacia arriba. Tendría que buscar la explicación a su repentino optimismo en otro momento.

García se asomó para avisar de que ya habían llegado los defensores, y que los detenidos estaban listos para los interrogatorios.

—Comenzaremos por Tomás Ríos —decidió Néstor—. ¿Habéis investigado sus antecedentes?

—Sí, jefe. Está limpio. No aparece en ninguno de nuestros archivos.

—De acuerdo, si este es su primer arresto, tal vez esté lo bastante asustado para contarnos toda la historia. Remigio, Rebeca, quiero que me acompañéis.

Ambos inspectores respondieron asintiendo y levantándose de sus sillas.

Capítulo 53

Salazar, Remigio y Rebeca subieron a la sala de interrogatorios. Cuando entraron, Tomás conversaba con su abogado en murmullos. En cuanto vio a los policías, interrumpió el diálogo y se recostó en el respaldo de la silla con actitud displicente. Bajó la mirada para no verlos a la cara, y comenzó a juguetear con la argolla que sujetaba sus grilletes. A pesar del ceño fruncido y la mandíbula tensa, el rostro aniñado del testigo no ocultaba su preocupación. Néstor se sentó frente a él, puso una carpeta sobre la mesa, y la abrió. Comenzó a ojear su contenido, mientras Rebeca se sentaba a su lado, y Remigio ocupaba una esquina, en la que permaneció de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados. El abogado fue el primero en romper el silencio.

—Han cometido un error al arrestar a mi cliente, inspectores.

Rebeca entornó los ojos y clavó la mirada en el defensor.

—¿Usted cree, doctor… Robles? ¿Tengo que recordarle que encontramos un alijo de droga en la furgoneta que conducía el señor Ríos?

—Esa furgoneta pertenece a la empresa, y las sustancias ilícitas estaban ocultas, ¿no es así? Mi cliente no tenía conocimiento de su existencia. Él solo era el chófer.

Remigio bufó, haciendo honor a su apellido.

—Claro, y supongo que el intento de agresión a la inspectora Araujo fue solo porque practica el lanzamiento de cajas, y está entrenando para las próximas Olimpiadas.

—Vio a la Policía entrar como un ejército invasor y acercarse a él con actitud agresiva. Solo reaccionó para defenderse.

Salazar enarcó las cejas y ladeó la cabeza, para componer su cara «28 de diciembre». Había comenzado a titularlas, que ya eran muchas.

—Así que no sabes nada sobre la droga —Tomás negó con la cabeza, al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante, clavaba la mirada en la mesa y cruzaba los tobillos por debajo de su silla—. No te escuché.

Ríos llenó sus pulmones de aire, levantó la barbilla, y después de tragar, habló con lentitud.

—Yo no sé nada.

—Tú eres el único chófer de Dronventsa, ¿no es así? —preguntó Rebeca.

Tomás encogió un hombro con todos los músculos en tensión. Salazar entornó los ojos. Había algo extraño con ese chico.

—¿Qué edad tienes, Tomás?

—Dieciocho años.

—¿Eres de Haro? —preguntó Remigio.

Ríos clavó la mirada en el policía, y Salazar presionó un poco más.

—¿Tu familia vive aquí?

Tomás habló para el cuello de su camisa.

—No tengo familia.

Salazar se levantó de la silla, sorprendiendo a sus propios colegas.

—Ahora regreso. Seguid unos minutos sin mí.

El inspector jefe salió al pasillo e hizo una llamada a través del móvil. Un par de minutos después, regresó a la sala de interrogatorios y volvió a ocupar su silla.

—Mentir no es una buena idea, chaval —Tomás lo miró con resentimiento, mientras Salazar se explicaba—. Acabo de hablar con el director del único Centro de Acogida de Haro. Apenas tienes dieciocho años. Si fueras de Haro y no tuvieras familia, habrías pasado por esa institución sin lugar a duda. Pero no te conocen. No estás en sus archivos, así que estás mintiendo.

Tomás volvió a tragar, antes de responder.

—Está bien. Llegué a Haro hace poco tiempo. Soy de Cáceres. ¿Qué importa eso?

—Importa que trates de mentirnos. ¿Quién es María, Tomás? ¿Se trata de tu novia?

El detenido se echó a reír. Rebeca se inclinó hacia adelante.

—No es una broma, Tomás. María está en un grave riesgo. Un peligroso mafioso local le ha puesto precio a su cabeza, porque se puso a vender mercancía ilegal en lo que este sujeto considera su territorio.

—Nosotros no somos los únicos que la buscamos —intervino Néstor—. Si Yuri Ivanenko la encuentra primero…

Tomás se limitó a cruzar los brazos sobre la mesa y sacudir la cabeza.

—No diré nada más. Estoy en mi derecho.

Por más argumentos y tácticas de interrogatorio que emplearon los detectives, no pudieron sacar a Ríos de su mutismo. Cuando comprendieron que perdían el tiempo, dieron por terminado el interrogatorio y salieron de la sala. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, Salazar dejó escapar un suspiro.

—Hay algo muy extraño con ese chico, pero no soy capaz de precisar de qué se trata.

Rebeca entornó los ojos.

—Es huraño por naturaleza, y por lo visto, ejerce bien el autocontrol.

—Es parte de lo que me cogió por sorpresa —reconoció Néstor —. No es habitual que alguien actúe con tanta firmeza en su primer arresto.

—No tengas duda de que tarde o temprano descubriremos lo que esconde —intervino Remigio.

Rebeca suspiró.

—Yo debo regresar a la Jefatura Superior para elaborar un informe y continuar la investigación sobre María desde allí. Os agradezco mucho vuestra colaboración en este caso.

Néstor sonrió.

—Estamos en el mismo equipo. Debemos mantenernos en contacto. Aunque haber arrestado a Ríos es un gran avance, todavía es urgente que descubramos dónde está María. No quiero pensar en lo que ocurrirá, si Ivanenko la encuentra antes que nosotros…

—Yo también me moveré en las calles y presionaré a mis informantes —prometió Remigio—. Tenemos que evitar que esa chica termine en un descampado como pasto de las moscas.

Néstor palmeó el hombro de Toro.

—De acuerdo. Informadme si descubrís algo.

Después de despedir a sus colegas, Salazar bajó al segundo piso. Miguel y Ángela todavía no habían regresado, así que solo encontró a Diji y a Telmo. Ambos parecían estar bastante atareados.

Álvarez apartó la vista de la pantalla del ordenador en cuanto el inspector cruzó el umbral.

—Jefe, ya hice la indagación que me ordenó. No existe ningún registro de la entrada de Violeta o Amalia en la Unión Europea. Ni solas ni acompañadas. Sin embargo, tal vez usted tenga razón.

—¿A qué te refieres, Telmo?

—A que ambas desaparecieron.

—¿Desaparecieron?

—Sí, verá... Conversé con el cónsul y le expliqué lo importante que era para nosotros localizarlas, así que el consulado les solicitó a las autoridades de Santo Domingo que preguntaran en su dirección de residencia. No encontraron a nadie, y los vecinos les confirmaron que las vieron salir con las maletas hace poco más de dos años, y que nunca regresaron.

Néstor cogió aire y lo retuvo en los pulmones por algunos segundos, mientras procesaba la nueva información.

—¿Alguno de esos vecinos tenía idea de adónde fueron?

Telmo negó con la cabeza.

—No lo comentaron con nadie. Ni siquiera dijeron que pensaban viajar. A todos les cogió por sorpresa.

Salazar se quedó pensativo por algunos segundos.

—Estoy seguro de que no están lejos… Y si su entrada en España e incluso en la zona Schengen no ha sido registrada por ninguna autoridad, entonces quiere decir…

—Que entraron al país con nombres y documentos falsos —dijo Diji.

Salazar asintió.

—Podrían ser cualquiera, y ahora estoy más convencido que nunca de que están involucradas en los homicidios.

Capítulo 54

Cuando Miguel y Ángela llegaron al número 26 de la calle San Roque, ya la ambulancia se les había adelantado y los esperaba. Juan iba en el asiento de atrás del coche de Pedrera.

—No quiero hacerlo —protestó el chiquillo con lágrimas en los ojos.

Ángela se volvió hacia él y empleó el tono de voz más amable que pudo.

—Será lo mejor para tu abuela, Juan. Sé que tú quieres ocuparte de ella, pero ahora mismo necesita cuidados que tú no puedes darle. Tienen que verla los médicos, ¿lo entiendes?

—Pero se la llevarán… y no volveré a verla. Como le ocurrió a Pancho, que nunca más supo de su abuelo.

Miguel miró al chico a través del retrovisor e intervino en la conversación.

—Eso ocurrió porque los padres de Pancho se desentendieron de su abuelo, pero en tu caso, es diferente. Ya Ángela y yo te prometimos que te iremos a buscar al Centro de Acogida, para llevarte a ver a tu abuela cada vez que podamos.

—¿Y si no pueden?

Ángela le acarició la mejilla.

—Confía en nosotros, Juan.

Con un rictus de tristeza y los ojos anegados en lágrimas, el chico sacó las llaves del bolsillo de su pantalón, y se las entregó a Ángela, quien a su vez se las dio a Miguel. Los tres se bajaron del coche, y Pedrera se acercó a la puerta a paso apresurado. Los técnicos de emergencias sanitarias se fueron tras él. Juan quiso seguirlos, pero Ángela se lo impidió, sujetándolo por el hombro con suavidad, pero con firmeza.

—Tú y yo esperaremos aquí.

El polvo en suspensión era visible a través de la luz que se filtraba por las ventanas, y en cuanto el policía y los sanitarios entraron, los asaltó una vaharada fétida muy propia del material biológico en putrefacción. El aire de la casa era irrespirable y le ocasionó un par de arcadas al curtido inspector de policía. Miguel temió lo que iba a encontrar, pero siguió adelante, con los técnicos sanitarios siguiéndolo a dos pasos. La suciedad se acumulaba en el

suelo y las superficies de los muebles, y el calor era agobiante. El silencio era tan penetrante, que Miguel podía escuchar sus propios pasos. Después de pasar de largo la cocina, solo habitada por una familia de cucarachas, entraron en la siguiente habitación, que correspondía a la sala.

En una mecedora encontraron a una anciana, cuya mirada estaba perdida en un horizonte inexistente. Entre murmullos, cantaba una familiar canción de cuna. Era evidente que había perdido el control de sus esfínteres, y de ahí el olor que impregnaba toda la casa. Miguel dejó escapar un suspiro, después de haber temido lo peor. Con paso sigiloso para no asustarla, se acercó a ella y le habló con el tono más amable que pudo imprimir a su voz.

—Doña Agustina, soy el inspector Miguel Pedrera, y soy amigo de Juan, su nieto. Hemos venido a ayudarla.

Ella no se movió, no pareció notar su presencia ni comprenderle. Los técnicos sanitarios se adelantaron con la camilla y se ocuparon de preparar a la anciana para su traslado.

—¿Dice que se llama Agustina, inspector?

Pedrera tragó saliva. El nudo en la garganta le dificultaba hablar. Carraspeó para recuperar la voz.

—Sí, su nombre es Agustina Casales.

—Es evidente que vive sola.

—Con su nieto, Juan. El chico tiene 9 años y como era de esperarse, se vio superado por la situación.

—Así que no sabemos cuándo comenzaron a manifestarse los primeros síntomas…

—Juan se dio cuenta de que su abuela no estaba bien hace varias semanas, pero no dudo que el deterioro de su estado haya comenzado mucho antes, y que pasara desapercibido para el chiquillo.

Mientras el técnico hablaba con Miguel, los otros dos sanitarios ya habían acostado a la pobre mujer en la camilla y comenzaban a sujetarla. El inspector la miró, y con los dientes apretados centró su atención en el técnico.

—¿Adónde la llevarán?

—De momento, al hospital San Juan Bautista, para proporcionarle los primeros cuidados. Luego, dependerá de lo que decidan los médicos. Es pronto para decirlo.

—Supongo que no es el primer caso como este que ha visto. Me vale su opinión. El chico me lo va a preguntar y no quiero mentirle.

El técnico midió con cuidado sus palabras.

—Muy bien. Le repito que dependerá de lo que decidan los médicos, pero me temo que parece que el problema ha avanzado bastante, y no habiendo una persona adulta que pueda hacerse cargo… es muy probable que después del hospital, los trabajadores

sociales le encuentren cupo en una residencia para mayores. Dadas las circunstancias, sería lo mejor para la señora.

Los enfermeros comenzaron a empujar la camilla, y tanto Miguel como el técnico los siguieron. Ángela y Juan esperaban junto al coche. La subinspectora mantenía la mano en el hombro del chico. En cuanto vio a su abuela, el chaval se liberó de la sujeción y corrió hasta la camilla.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿Dónde se la llevan? Quiero ir con ella…

Miguel lo interceptó y lo cogió en brazos para detenerlo. El chiquillo golpeó la dura espalda del policía con sus pequeños puños y sacudió las piernas, para que lo soltara.

—Tranquilo, Juan, tranquilo. Llevarán a tu abuela al hospital para ayudarla. Allí recibirá todas las atenciones que necesita.

—Pero, yo quiero ir con ella. Suéltame, por favor. Déjame ir con mi abuela.

Con un nudo en el pecho, el inspector bajó al chico al suelo, y sin dejar de sujetarlo con firmeza por los hombros, se agachó a su lado. Miguel miró a su espalda por un segundo, y vio que ya estaban a punto de meter la camilla en la ambulancia.

—Escucha, Juan. Te dejaré acercarte a tu abuela para que te despidas de ella, pero no puedes acompañarla en la ambulancia.

—¿Por qué?

—Porque eres un niño. Te prometo que te llevaremos a ver a tu abuela al hospital lo antes posible, pero por el momento, debes regresar al Centro de Acogida, y dejar que se ocupen quienes pueden ayudarla. ¿Lo entiendes?

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Juan, y Miguel se las secó con su pañuelo, mientras el chiquillo procesaba sus palabras. Después de algunos segundos, el chaval asintió. Miguel soltó su hombro y dejó que se acercara a su abuela.

Juan cogió la mano de Agustina y la acarició.

—Vas a estar bien y nos volveremos a ver pronto, abuela. Te lo prometo. Ya lo verás.

Agustina se volvió hacia la voz familiar y sonrió. Juan se puso de puntillas y la besó en la mejilla. Miguel y Ángela ya se habían acercado al chico. La subinspectora apoyó la mano en su hombro y le susurró algo al oído. Miguel tragó saliva. Habría preferido enfrentarse a un grupo de delincuentes armados, que encontrarse en esa situación.

Las puertas de la ambulancia se cerraron con un golpe seco, y en pocos segundos, la sirena rompió el silencio de la calle San Roque.

—Ella se va a poner bien, ¿verdad?

Los ojos de Juan estaban cargados de algo más que esperanza cuando formuló la pregunta. Necesitaba una confirmación. Los policías intercambiaron una mirada, y Miguel se agachó frente al

chaval.

—Tu abuela está muy enferma, Juan, pero en el hospital van a hacer todo lo posible para que se mejore.

—¿Volverá a ser como antes?

El policía tragó saliva.

—No voy a mentirte, Juan. No lo sé. Lo que sí puedo asegurarte es que eres muy valiente por hacer lo mejor para ella.

—¿Y qué va a pasar conmigo?

—De momento, te llevaremos de vuelta al Centro de Acogida. Allí se ocuparán de ti, y estarás bien.

—¿Me visitaréis?

Pedrera le revolvió el cabello.

—Por supuesto. No creas que te librarás de nosotros con tanta facilidad. Iremos a verte con frecuencia y te llevaremos a ver a tu abuela, cada vez que podamos.

Juan se tiró al cuello de Miguel para abrazarlo, y el duro inspector sintió los rápidos latidos del corazón del chiquillo a través de su propio pecho, mientras afrontaba dificultades para contener las lágrimas.

Capítulo 55

Mientras Miguel y Ángela llevaban a Juan de regreso al Centro de Acogida, en la comisaría, sus compañeros ya habían terminado de interrogar a los empleados detenidos en Dronventsa, y comenzaban a liberarlos, en la medida en que los defensores tramitaban las fianzas de sus clientes. La única excepción fue Tomás.

Su intento de agresión cuando le tiró la caja a Rebeca lo perjudicó frente al juez. Además, él era el repartidor de la empresa, y por lo tanto, quien estaba relacionado de forma más directa con la droga que encontraron en la furgoneta. Así que Ríos se quedó como huésped temporal de la comisaría.

El vehículo de Dronventsa ya se encontraba en los talleres de Científica, y el registro del resto de la fábrica no había arrojado ningún resultado todavía. Al final del día, Ortiz les dijo a sus hombres que ya era suficiente para una jornada, y los envió a casa a descansar.

Salazar recorrió la distancia que lo separaba de la buhardilla con paso lento y pesado, bajo un sol que se negaba a dejarlos en paz. Menudo día llevaba, aunque tenía que reconocer que había sido de los más fructíferos desde que comenzó aquella desconcertante investigación.

Cuando llegó frente a La Callecita, Néstor decidió que estaba demasiado cansado para detenerse en el bar a recoger un túper. Ya comería una lata de atún o de comida para gatos, según lo que se terciara. Claro, eso si conseguía que Paca compartiera su cena con él. Menuda era su felina cuando se trataba de comida. Mientras subía las escaleras, doña Rita le salió al paso. ¿Qué habría hecho Paca ahora? La vecina se frotaba las manos.

—Inspector, lo estaba esperando… Es que, hoy no he visto a la gatita y estoy muy angustiada. ¿Ella está bien?

—No se preocupe, doña Rita. Paca está muy bien, solo que… —Néstor le contó a la vecina la última aventura de su felina—… así que, como precaución para que no se pierda, le he pedido a mi amigo Gyula…

—El dueño del bar.

—Sí, él mismo. Somos amigos desde chavales. Le pedí que por favor se ocupara de llamar a un cerrajero, para asegurar la ventana por la que se escapaba Paca.

—Ah, bueno. Siendo así, me quedo más tranquila.

—Gracias por preocuparse, doña Rita.

La vecina se encaminó hacia la escalera, mientras Salazar introducía la llave en la cerradura. Antes de que pudiera girarla, escuchó la voz de doña Rita.

—Inspector… —Néstor se volvió hacia la buena mujer, que se había detenido frente a la escalera— Solo quería decirle que si quiere que cuide a Paca en alguna ocasión, solo tiene que decírmelo y lo haré con mucho gusto.

—Gracias, doña Rita.

—Y al gatito también… Que hay que ver qué gata más dulce tiene usted.

¿Dulce? ¿Paca? Salazar decidió que debería tener una seria conversación con su gata. Con él no tenía nada de dulce.

—Se lo agradezco mucho, doña Rita, pero al gatito hay que alimentarlo cuatro o cinco veces al día, y no quisiera causarle molestias.

—Le aseguro que no sería ninguna molestia, inspector. Yo vivo sola, estoy jubilada y tengo tiempo de sobra. Me sentiré feliz si puedo ocuparme de los mininos.

Salazar no necesitó más explicaciones para comprender.

—Como usted desee, doña Rita. Le dejaré una copia de la llave de la buhardilla con Gyula, pero no se sienta obligada.

La vecina desplegó una sonrisa de felicidad, que la acompañó en su descenso por las escaleras.

Por fin, Salazar consiguió entrar en la buhardilla. Encontró a Paca en su cesta, acurrucada con el gatito y ocupada en acicalarlo a lametones. En cuanto él cruzó el umbral, ella corrió a recibirlo con maullidos de desesperación. Obedeciendo al entrenamiento al que lo tenía sometido, él se acercó a la cocina para buscar una galleta para gatos con sabor a sardina.

—No seas melodramática, Paca. Tengo la certeza de que Gyula o Dika, cualquiera de los dos pasó por aquí para ponerte tu ración de agua y pienso. Es más, si fue Dika, lo más probable es que se le haya pasado un poco la mano con el pienso. Que ya sé que sois cómplices.

—Maaauuuuu.

—No es ninguna difamación. Que ella misma me lo ha reconocido.

—Mieu.

—Esas no son formas de responder, Paca. ¿Ese es el ejemplo que le quieres dar a tu protegido?

—Mrrrraawww.

—Eso está mejor. Déjame ver qué encuentro por aquí —El inspector removió las bolsas de pienso y galletas que llenaban el

armario y sacó una lata desde atrás—. Atún. Bueno, no te ofendas, pero siempre es mejor que la comida para gatos.

—Mieeeeeeeuuuuuu.

—No te hagas la víctima, ya sé que esta lata es tuya. Te la repondré en la próxima compra.

—Brrrrr.

Antes de que Néstor pudiera responder al berrinche de Paca, su móvil comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo de inmediato y consultó la pantalla. Relajó los músculos cuando vio que se trataba de Rebeca.

—Me alegró haber compartido hoy contigo, Néstor, aunque fuera por una investigación. No sabes lo que me costó contenerme. Cuando te vi, quería abrazarte, pero tenía que guardar las formas… Yo creo que Remigio sospecha algo.

—¿Remigio? No lo dudo. Ese es zorro viejo. No importa, él es colega y seguirá haciéndose el longuis. Para mí también fue una experiencia muy grata… Quizá algún día pueda ser parte de nuestra rutina.

—Quizá, pero mientras tanto…

—Tenemos a Cenicero —Salazar cambió la entonación y habló en susurros—. ¿Qué te parece si nos reunimos el fin de semana?

—Estaba a punto de proponértelo.

—Yo haré la reserva.

—Cuento con ello.

—Se me hará muy larga la espera. Que descanses, Beca.

El inspector terminó la llamada con un suspiro.

—Mreeeeuuuu.

Con el móvil todavía en la mano, Néstor se volvió hacia su gata, que lo miró con franco reproche.

—¡Oye! Yo también tengo derecho a tener una vida.

—Mieu. Mieu.

Salazar frunció el ceño.

—¿Estás celosa?

Paca se frotó contra sus perneras, y él le acarició el lomo.

—No te preocupes, Paca. Tú seguirás siendo mi gata preferida. Son amores distintos.

Maullido lastimero que clamaba al cielo.

El inspector volvió a suspirar, y rebuscó hasta encontrar un trozo de pan. Debía tener al menos un par de días, porque cuando lo golpeó contra la encimera de la cocina, temió por la integridad de la superficie. En fin, después de mojarlo un poco, lo metió en el horno. Eso debería hacerlo comestible. Era un truco que le había enseñado Gyula, y que lo había salvado de la inanición en más de una ocasión. Diez minutos después, lo sacó del horno como si fuera pan del día, abrió la lata de atún, y esquivó los intentos de asalto de Paca. ¡Que ese

era su atún! Aunque algún que otro trocito de pescado sí terminó en las fauces de su siempre hambrienta felina.

Después de lavar los platos de la frugal cena, el inspector se recostó en el sofá, y Paca se apresuró a ocupar su lugar, entre su humano y el respaldo. Ya por reflejo condicionado, Salazar comenzó a acariciarle el lomo y a relajarse con su ronroneo. El diván de un psiquiatra no habría tenido mejor efecto.

A pesar de que hubiera querido desconectar, las evidencias del caso de los homicidios daban vueltas en la cabeza del inspector como mariposas desorientadas. Habían avanzado bastante, pero todavía no encajaban las piezas como deberían.

—¿Sabes algo, Paca? Todo este asunto se ha vuelto del revés. Ahora resulta que Rosa no tenía nada que ver con los asesinatos, y que Dronventsa está relacionada con el caso de Remigio…

—Maauuu.

—Sí, ya lo sé. Estábamos más perdidos que una cebolla en una ensalada de frutas, pero ¿qué quieres? Somos policías, no adivinos.

—Mreu.

—Perdóname por no tener el instinto felino del que tanto presumes, pero te recuerdo que soy humano.

—Brrrr.

—Ya tengo claro el concepto que tienes de los humanos, pero eso no te da derecho a insultarme.

Paca se acomodó para que le acariciara el lomo un poco más abajo, pero no dijo ni miau.

—¿Aquí? De acuerdo. Como te decía, ahora resulta que Dronventsa estaba detrás del repunte de droga… No sabemos si toda la empresa, pero al menos, su chófer… Hay algo muy extraño con ese chico, pero no termino de comprender qué es.

Salazar gesticuló sin darse cuenta, y dejó de acariciar el lomo de Paca.

—Fzzzz.

Él volvió a su tarea de inmediato.

—Oye, ¿Tú qué crees? ¿Acaso piensas que soy tu esclavo?

—Brrrr.

—Sí, claro, no es que lo crees, es que estás segura. Pues déjame desengañarte. Yo soy el que da las órdenes aquí. Permíteme recordarte que soy yo quien trabaja para proporcionarte casa y comida, además de chucherías varias. Animales superiores… Ja. ¡Qué ilusos somos los humanos cuando nos creemos animales superiores!

Paca maulló su aprobación. No podría estar más de acuerdo con él. Todos sabían que los felinos eran los únicos animales superiores. ¡Faltaría más!

—Muy bien, este animal inferior se va a dormir.

Néstor se levantó del sofá para encaminarse a su habitación, y después de pasar por su cesta, Paca lo siguió con el gatito entre los dientes.

Capítulo 56

A la mañana siguiente, Salazar se despertó con el acostumbrado lijado de oreja. Abrió un ojo y comprobó que el reloj marcaba las seis en punto. Se preguntó para qué lo tenía, si Paca era más precisa que un reloj atómico óptico de estroncio. Apartó con cuidado a su gata y se levantó. Ya tenía comprobado que era inútil protestar. El estómago de Paca no admitía excusas. Así que se puso de pie, mientras ejercía su derecho a refunfuñar, que aunque no le sirviera de nada, al menos le permitía desahogarse un poco.

Néstor se encaminó a la cocina, y Paca lo siguió con el gatito entre los dientes. Mientras le servía a Paca la leche especial para gatos adultos, y usaba un gotero para alimentar al gatito con la leche para crías de gato, el inspector comenzó a murmurar entre dientes.

—Por esta vez dejaré que pase, Paca, pero te advierto que no debe repetirse. ¡No puedes convertir la buhardilla en un albergue para gatos abandonados! Que contigo sola ya tengo tela…

Paca siguió bebiendo su leche, sin hacerle ni puñetero caso a su humano. Que la hora del desayuno se respetaba. Con un suspiro de autocompasión, Salazar terminó de alimentar al gatito, lo dejó en la cesta y se encaminó al cuarto de baño. Después de ducharse y vestirse, se aseguró de arrugar la chaqueta y aflojar el nudo de la corbata de aguacates… Aquello tendría que ser suficiente, que el calor seguía siendo agobiante. ¡Con el gabán habría terminado como recolector de aceitunas en Mordor!

El inspector salió de la buhardilla, dejando a Paca a cargo. Él era así de osado. Decidió que un policía abnegado y entregado a los demás como él, bien merecía comenzar el día con un buen café, así que entró en La Callecita. Gyula sonrió en cuanto cruzó la puerta.

—Me alegra verte, colega. Anoche te eché de menos.

—Es que llegué derrengado.

—Mejor no te pregunto qué cenaste. ¿Qué? ¿Te apetece un café?

—Si es doble, mejor.

El tabernero sirvió una taza grande, y le puso delante una rosquilla que no le había pedido.

Salazar dio buena cuenta de ambos sin rechistar, y luego puso una copia de la llave de la buhardilla sobre el mostrador.

—¿Y eso?

El inspector le habló de la oferta que le hizo la vecina para ocuparse de los felinos. Gyula recibió la información con el ceño fruncido.

—¿Es qué no estás satisfecho con la forma en que Dika y yo cuidamos de Paca?

Néstor parpadeó. Aquello no se lo esperaba. ¿Habría algún virus transmisor de celos en el ambiente, y él no se había enterado?

—No se trata de eso, Gyula. Paca y su protegido no podrían estar mejor atendidos, pero también comprendo que ahora tenéis que subir cinco veces al día para alimentar al gatito que Paca se encaprichó de adoptar. Además de atender el bar y a Quino, que no es poco. Os estoy agobiando.

—No recuerdo haberme quejado. ¿Nos estás desplazando?

—Por supuesto que no, pero también ten en cuenta que a doña Rita le va a venir bien para aliviar su soledad. Os podéis poner de acuerdo para repartiros la tarea.

Gyula comenzó a pulir la barra con el trapo que tenía en la mano.

—De acuerdo, pero solo porque esa señora está muy sola y esto le hará bien. Supongo que estaremos haciendo una buena obra.

Salazar terminó el último sorbo de café, palmeó la barra y sonrió a su amigo.

—Me alegra que lo comprendas, colega. Nos vemos, que hoy me espera un día más largo que el garaje de un tren.

Néstor salió de La Callecita y se encaminó a la comisaría, para comenzar el día. Encontró a Mendoza en la recepción, lo saludó al paso y subió hasta su despacho. Los papeles por firmar se habían acumulado en los últimos dos días. No se acordó de los muertos del comisario, porque muchos coincidían con los suyos propios, pero su hermano no se libró de un par de calificativos muy poco decorosos. El inspector se sentó ante su escritorio y comenzó a firmar documentos. Sacrificado que era uno.

Mientras firmaba, Salazar se regodeó en planificar cómo desquitarse de Santiago por mantenerle el castigo. ¡Que no había derecho a que lo hubiera condenado a la esclavitud burocrática, por un desliz de nada! El problema era que todas las ideas que se le ocurrían las iba descartando, porque eran delito. Cuando ya estaba a punto de comenzar la jornada, el inspector dejó a un lado los papeles que faltaban por firmar, y subió a la sala común. ¡Qué ya estaba bien! ¡Qué él no merecía tanta crueldad!

En el segundo piso encontró a Miguel, a Ángela y a Diji. Cheick estaba poniendo al día a sus compañeros acerca del registro de Dronventsa y el hallazgo de la droga. Pedrera se apoyó en el respaldo

en cuanto Salazar entró en la sala.

—Ya veo que habéis estado bastante ocupados. Así que todas nuestras teorías se cayeron como un castillo de naipes.

Néstor rechinó los dientes y soltó un gruñido.

—Yo no llegaría a esa conclusión tan rápido.

—Está muy claro —insistió Miguel—. Dronventsa está metida en el tráfico de estupefacientes, así que lo más probable es que los homicidios se relacionen con ajustes de cuenta entre bandas que quieren controlar toda La Rioja.

—¿Y dónde entra Modesto Diez en esa teoría?

—Era un policía corrupto. No es difícil que estuviera involucrado.

—¿Y Jacinto Roca? Él ni siquiera vivía en La Rioja. Tu hipótesis tampoco explica la desaparición de Violeta Muñoz y de su hija.

Miguel se inclinó hacia adelante.

—Roca estaba relacionado con las dos primeras víctimas. Eso lo involucra. En cuanto a las mujeres. ¿Quién dice que su desaparición tiene relación con el caso? Quizá se mudaron de barrio y no le avisaron a nadie. A fin de cuentas, estaban en su derecho.

—Tal vez tengas razón —reconoció el inspector jefe—, pero creo que vale la pena indagar un poco más a fondo esa desaparición. ¿Cómo os fue a vosotros con el chico? Ayer, cuando le pregunté, García mencionó una ambulancia.

Miguel y su compañera les contaron lo que había ocurrido con el chaval y su abuela.

—…así que llevamos a Juan de vuelta al Centro de Acogida. El director nos prometió que le van a proporcionar ayuda psicológica, para que pueda superar la separación. Me temo que el pronóstico de la señora no sea bueno.

Salazar escuchó con los brazos cruzados, sin interrumpir.

—En cualquier caso, os felicito. Habéis resuelto la situación del chico de la mejor forma que podíais.

Ángela miró a los lados como si quisiera comprobar que no había nadie más presente.

—No estamos conformes, señor. Juan se ha quedado solo, y quisiéramos… ambos queremos ir a verlo al Centro de Acogida.

Salazar lo pensó por un momento. Entonces, llenó sus pulmones de aire y lo soltó despacio.

—A ver, vuestro trabajo ya terminó. De modo que, a partir de este momento, cualquier acercamiento al chaval tendría un carácter personal…

—¿Nos prohibirá visitarlo?

—No es lo que dije… Os comprendo, y estoy seguro de que a Juan le vendrá bien vuestro apoyo, pero si lo visitáis, será de forma

extraoficial. No como policías.

Miguel y Ángela cruzaron una mirada, y ambos asintieron a la vez. En ese momento llegó Remigio y pasó por delante de Néstor, dando los buenos días. Salazar cambió de postura.

—De acuerdo, entonces hablaré con don Alejandro para que os permita visitarlo de vez en cuando.

El vozarrón del comisario se escuchó a las espaldas del inspector jefe.

—¿Visitar a quién?

—Es extraoficial —dijo Salazar—. Se lo explicaré después de la reunión.

Ortiz frunció el ceño como si se dispusiera a protestar, pero debió cambiar de opinión.

—Muy bien. Comencemos la reunión, que es para lo que estamos aquí.

—Está claro que los homicidios y la aparición del nuevo traficante son parte del mismo caso —opinó Remigio—. Lo que no termino de comprender es cómo encaja Violeta Muñoz en todo este asunto. ¿Y qué tiene que ver el tráfico de estupefacientes con el desfalco a la filial? Si es que tiene algo que ver.

Pedrera sacudió el bolígrafo.

—Yo creo que todo el enfoque de la investigación está equivocado desde el principio. Pienso que las víctimas no fueron asesinadas por ninguna venganza, sino que todo esto se relaciona con una guerra entre bandas por el territorio.

Salazar cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—No lo sé. No lo veo del todo claro.

—Pues para mí es evidente —insistió Miguel—. Todas las víctimas se conocían de los días en Coparsa. Tal vez se asociaron para dedicarse al tráfico de sustancias ilegales, y se crearon enemigos peligrosos cuando se metieron en el territorio de otro distribuidor.

Néstor lo pensó por un momento, y negó con la cabeza.

—Lo siento, Miguel. No termina de convencerme tu teoría. Tengo la sensación de que hay algo que se nos escapa.

—¿Y qué pasa con María, jefe? ¿Quién es y dónde está?

—Buena pregunta, Telmo —intervino Toro—. Yo creo que es una de las empleadas de la fábrica de drones o quizá una cómplice que Ríos encontró entre sus relacionados. Una pariente, una amiga o quizá una novia.

Néstor se sentó frente a su compañero.

—Tu razonamiento es lógico, Remigio. Sin embargo, lo que me parece extraño es la despreocupación de Tomás con respecto a su suerte.

—¿Por qué? Ese tío solo se quiere a sí mismo.

—Es posible que tengas razón. En cualquier caso, sea quien sea María, tiene a Ivanenko pisándole los talones, y corre un grave peligro. ¡Diji!

—¿Señor?

—Vuelve a trabajar con Remigio. La prioridad de ambos será encontrar a esa chica.

—Sí, señor —Cheick centró su atención en Toro—. ¿Alguna orden, inspector?

—Sí, Diji. Ocúpate de indagar acerca de ella entre los conocidos y amigos de Tomás. Comienza por su barrio. También solicita una orden de registro para la vivienda de Ríos, y comprueba si hay algún vehículo a su nombre. Necesitamos saberlo todo sobre este sujeto. Es el único hilo del que podemos tirar para encontrar a la chica.

—Sí, señor.

—Mientras tanto, yo me ocuparé de indagar entre mis informantes.

—Ángela y yo también podemos hacer preguntas en la calle —sugirió Miguel.

—Me parece bien —dijo Salazar—. Telmo y yo deberíamos bastarnos para descubrir qué fue lo que ocurrió con Violeta y su hija. Y también si tienen algo que ver con los asesinatos. ¡Telmo!

—Diga, jefe.

—Solicítale copias de las fotografías de los pasaportes de las dos mujeres al consulado. Quizá las tengamos frente a las narices y no somos capaces de reconocerlas.

Capítulo 57

El comisario dio por terminada la reunión, y cada uno se dispuso a ocuparse de las tareas que tenía asignadas. Quienes tenían trabajo en las calles abandonaron la sala. Antes de que Santiago tuviera oportunidad de reaccionar, Salazar corrió escaleras abajo, recogió las llaves del Clío en la recepción, y salió de la comisaría en dirección al coche. Después de una parada estratégica, puso rumbo a la Jefatura Superior. En la puerta se cruzó con Rebeca, que venía saliendo.

—¡Néstor! ¿Qué haces aquí y adónde vas con tanta prisa?

—Hola, Rebe. Voy al laboratorio de Científica.

Rebeca miró de reojo la bolsa de papel donde él llevaba el café y las galletas.

—Creo que mejor no pregunto. Prefiero no saber.

Salazar puso su mejor cara de longuis en activo, le estampó un ligero beso en los labios y siguió su camino. La inspectora continuó andando hacia su coche, riéndose a carcajadas.

Néstor llegó al laboratorio. ¡Qué a gusto se estaba allí, con el aire acondicionado a temperatura de iglú! En la medida en que avanzaba entre las mesas de trabajo, los técnicos le iban señalando el despacho del jefe Barros, para indicarle dónde lo podía encontrar. ¿Era tan previsible? Llamó a la puerta con un par de golpes suaves.

—¡Adelante!

Salazar se asomó.

—Ah, eres tú. Ya me parecía que había pasado mucho tiempo sin que vinieras a molestar. Me alegraba no haber visto tu fea cara por aquí, pero lo bueno no suele durar. ¿Trajiste mi desayuno?

—Por supuesto, Casi. Aquí lo tienes.

El inspector le entregó la bolsa de papel al jefe Barros, y él la abrió para ver su contenido.

—¿A esto le llamas tú un desayuno decente? Ya que te sumaste a los torturadores que me obligan a no comer azúcar, cuando menos podrías traerme el café doble o encontrar algo diferente a galletas sin azúcar. Que ya me tienen hasta los… mejor me callo.

—Si no quieres las galletas…

Salazar extendió la mano para coger la bolsa, y recibió un manotazo.

—¡Quita! Que proteste no significa que no me las voy a comer.

Tú solo toma nota para la próxima vez.

—Vale. Comprendido —respondió Néstor, frotándose la mano agredida.

—Pase por hoy, pero como vuelvas a presentarte a importunar con otra birria de desayuno como este, te voy a dar una hostia, que vas a tener que coger un taxi para volver. ¿Qué es lo que quieres?

Salazar levantó las manos.

—Haya paz, Casi. Café doble y no más galletas sin azúcar. Anotado. He venido por los resultados del ADN de la copa de vino. ¿Ya lo habéis comparado con los de las empleadas de Dronventsa?

—Pero ¿tú qué te crees que es el laboratorio? ¿Una fábrica de chorizos? ¡Que esas cosas llevan tiempo, joder!

Sin dejar de refunfuñar contra Salazar, el jefe Barros usó la centralita para comunicarse con el laboratorio de genética. Después de una corta conversación, colgó el auricular y cruzó los brazos sobre el escritorio.

—Están sometiendo todas las muestras a la «caja mágica», pero, aunque están haciendo su mejor esfuerzo, llevará un tiempo procesarlas todas. Lo que sí puedo decirte es que, de momento, todos los resultados son negativos. Ahora lárgate, te avisaré en cuanto sepa algo más.

—Gracias, Casi. Tú sí eres un amigo.

—¡Ni se te ocurra repetir eso fuera de esta oficina! Que yo sí tengo una reputación que cuidar.

El inspector salió de la Jefatura Superior un poco frustrado, volvió al coche y se incorporó a la vía en dirección a Haro. Había algo que le molestaba, pero no acertaba a precisar de qué se trataba. Así que, mientras conducía, repasó en su cabeza todo lo que había ocurrido desde el momento en que descubrieron la relación de Dronventsa con el caso que investigaba Remigio, y toda su investigación se había convertido en un cajón de sastre. De repente, comprendió qué era lo que no encajaba… El lenguaje corporal del principal sospechoso era la clave. El inspector cogió el primer desvío que le permitió regresar a Logroño. Una vez que volvió a la Jefatura Superior, entró corriendo en el laboratorio de Científica y abrió la puerta del despacho de Casimiro sin llamar.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Y por qué entras en mi despacho como una marejada? ¿Es que no piensas dejarnos trabajar en paz?

—Lo siento, Casi. Perdona mis modales, pero es importante.

—¿Qué quieres ahora? ¿Y dónde está mi desayuno? ¿Cómo te atreves a presentarte sin él?

—Pero si acabo de traerte el desayuno hace menos de media hora.

—¿Y qué? Yo desayuno las veces que me sale de las narices. A ver, ¿Qué mosca te ha picado?

—Quiero que comparéis el ADN de la copa de vino con el de uno de los varones detenidos.

—Pero ¿es que tú no escuchas o eres merluzo de nacimiento? Va a ser eso. ¡Que la saliva en la copa corresponde a una mujer! Ya sabes: cromosomas XX. Género femenino. ¿Quieres que te lo explique con un dibujito?

—Aun así, Casi. Créeme. Tengo buenas razones para pedírtelo.

—Buenas razones, buenas razones. Lo único bueno que tú tienes es la corbata, que está muy guapa, todo hay que reconocerlo.

—¿Lo harás?

El jefe Barros refunfuñó por lo bajines.

—No lo sé. Son recursos que tengo que justificar, y luego…

—El próximo desayuno será fardalejos caseros. Encontraré quien los hornee para ti. No notarás que no tienen azúcar. Recién hechos y…

—¿Rellenos con crema de almendra?

—Por supuesto.

Barros puso la mano sobre el auricular.

—Daré la orden. Y más te vale que esté justificado.

—Lo estará. No te preocupes.

Casimiro llamó al laboratorio de genética, siguiendo las instrucciones del inspector.

—Ya está. La prueba tardará unos noventa minutos.

—En ese caso, regresaré a la comisaría. ¿Me avisarás el resultado?

—Qué remedio.

Salazar salió de la Jefatura Superior, esta vez mucho más satisfecho por el resultado de la visita. Cuarenta y cinco minutos después, el inspector entró en la comisaría, y después de saludar a García, subió hasta el segundo piso. Allí encontró a Telmo y a Diji, quien ya había regresado de sus indagaciones en el barrio de Tomás. Cheick apartó la mirada del ordenador en cuanto Néstor entró en la sala

—Inspector. Telmo y yo lo estábamos esperando.

—¿Habéis averiguado algo?

Diji cambió de postura.

—Con respecto a los allegados de Tomás, sus vecinos apenas lo han visto de paso. No se ha relacionado con nadie, y no se le conocen amigos ni pareja. Pero sí encontré un dato interesante cuando indagué en los archivos de propiedad: es dueño de una motocicleta. Ya la incluí en la solicitud de la orden de registro.

—Excelente, Diji.

—Y yo ya solicité las fotografías al consulado, jefe —anunció Telmo—. Las enviarán en cuanto completen los trámites burocráticos. Ya sabe, la privacidad.

Salazar cogió aire. Avanzaban. En pocas palabras les informó sobre su teoría a los subinspectores. Ambos escucharon con atención. Cheick parpadeando de vez en cuando, y Telmo con las cejas enarcadas y sacudiendo la cabeza.

Néstor no se dejó abatir ante el evidente desacuerdo de su compañero, y terminó su exposición. Álvarez enderezó la espalda.

—Perdóneme, jefe, pero lo encuentro un poco descabellado. Además, si usted está en lo cierto, habremos identificado a Amalia, y quizá a María, pero ¿dónde está Violeta?

Salazar consultó el reloj por tercera vez en diez minutos.

—Como diría Jack el destripador, vamos por partes.

Para sorpresa del inspector, su compañero esbozó una sonrisa. Era bastante tímida, pero sí, sin duda alguna, las comisuras de sus labios apuntaron hacia arriba por un par de segundos.

—¿Cree que debemos comenzar el interrogatorio de una vez?

El inspector lo pensó por un momento.

—Tendremos más argumentos una vez que comprobemos mi hipótesis. Si es que estoy en lo cierto. Sin embargo, sí hay algo que podemos hacer mientras tanto.

—¿De qué se trata, jefe?

—Quiero que tú y Diji informéis a los demás de la nueva teoría. Este nuevo enfoque puede ayudarles a encontrar pistas con más facilidad, pues al menos sabrán lo que están buscando. Por mi parte, yo me ocuparé de explicárselo al comisario.

—De acuerdo, jefe.

Salazar bajó al primer piso, y después de cruzar la alcabala que representaba Lali, entró en el despacho de Ortiz.

—Néstor. Me alegra verte. He tenido la extraña sensación de que has tratado de evitarme en los últimos días. ¿No será por el asunto del anuncio de nuestro parentesco?

—Eh… No, claro que no, Santiago. Ya sabes que este caso me ha tenido muy liado, pero vine a explicarte una nueva teoría que tengo al respecto. Me gustaría conocer tu opinión.

Salazar le expuso las conclusiones a las que había llegado y qué era lo que lo había conducido hasta ellas. Ortiz escuchó con las cejas enarcadas, y con algún parpadeo ocasional.

—… Y bien, ¿qué te parece?

—Que es lo más absurdo que he escuchado en toda mi vida… pero quizá por eso mismo, podrías estar en lo cierto. Al menos, explicaría muchas de las incongruencias de este caso.

—Te confieso que cuanto más lo pienso, mejor encajan las

piezas.

La entrada de un mensaje en su móvil interrumpió la conversación. Era del jefe Barros, y Salazar se apresuró a leerlo.

—¡Eureka!

—¿Qué?

—El ADN de la copa de vino es idéntico al de Tomás Ríos. Científica ya nos está enviando el informe del resultado. Tal como deduje por el lenguaje corporal de Ríos durante el interrogatorio, el chófer de Dronventsa es una mujer. Y te apuesto mi gabán, a que su nombre verdadero es Amalia Tovar.

Capítulo 58

Salazar y Santiago regresaron a la sala común, y el inspector informó a Diji y a Telmo acerca del resultado del ADN. El compañero de Néstor dio un respingo cuando el comisario pronunció su nombre.

—Álvarez, envía un mensaje para informar sobre este resultado a todo el equipo.

—Sí, comisario.

Salazar cruzó los brazos y se sujetó la mandíbula en actitud pensativa.

—Tendremos que cambiar todo el enfoque de las indagaciones. El ADN de Ríos y la comprobación de que en realidad es una mujer, no deja lugar a duda: Ya tenemos a Amalia, y está involucrada en los homicidios. Ahora debemos encontrar a su cómplice.

—Que lo más probable es que sea su madre —opinó Santiago.

—Creo que ha llegado el momento de sostener otra conversación con «Tomás». Diji, avísale a García para que llame a su defensor.

—Sí, señor.

Mientras Cheick se comunicaba a través de la centralita, los ordenadores de ambos subinspectores anunciaron la entrada de un correo. Salazar y Ortiz se mantuvieron a la expectativa.

—Es del consulado —anunció Telmo—. Nos están enviando las fotografías que solicitamos.

—Distribúyelas.

—Sí, jefe.

Néstor sacó su móvil para ver las imágenes que acababa de enviarle su compañero. Ortiz las miró junto con él, y señaló la de Amalia.

—No hay duda de que esa chica es la misma persona que está detenida en las celdas del tercer piso —reconoció el comisario—. Por extraña que pareciera tu teoría, es evidente que tenías razón.

—Que Amalia se hiciera pasar por hombre para despistarnos fue una jugada muy astuta. Yo diría que genial. En cuanto a Violeta…

—¿Qué?

—La he visto, y no fue hace mucho tiempo… Es solo que no recuerdo dónde… ¡Telmo! Redacta un informe que incluya los últimos resultados de Científica, y envíaselo al juez. Ya tenemos suficientes

evidencias para acusar a Amalia de homicidio.

—De acuerdo, jefe.

El propio Salazar llamó al juez Aristigueta para explicarle la situación, y solicitarle la orden de captura contra Amalia Tovar, alias Tomás Ríos, y que la sumara a los cargos por tráfico de estupefacientes.

—… el subinspector Álvarez le enviará el informe completo en algunos minutos, señoría. Allí podrá comprobar que basamos la acusación en una prueba de ADN… De acuerdo… Muchas gracias.

El inspector terminó la llamada y se quedó pensativo.

Minutos después, Telmo enviaba el informe, y casi de inmediato recibieron una copia de la orden de captura por vía electrónica. La original iba en camino con un mensajero. Salazar respiró profundo.

—Bien, ahora solo resta esperar a que llegue el defensor.

Los policías pasaron los siguientes minutos revisando sus teorías en función de los últimos datos, hasta que Lali se asomó para anunciar que el abogado del detenido había llegado. Después de darle las gracias a su secretaria, el comisario dio una palmada en el hombro de su hermano.

—Si consigues que Amalia confiese, todo se facilitará. Confío en ti, Néstor. Yo presenciaré la sesión desde el ordenador de mi oficina.

El comisario salió de la sala y bajó las escaleras, mientras Salazar y Telmo subían a la sala de interrogatorios. Cuando entraron, encontraron a «Tomás» recostado en el respaldo, con las piernas extendidas y los tobillos cruzados. Mantenía un rictus de desprecio y pretendió no haberse dado cuenta de la llegada de los policías.

Carlos Robles, su abogado, estaba inclinado hacia adelante y mantenía la espalda recta como un palo de escoba. Ni siquiera les dio tiempo a cerrar la puerta a sus espaldas.

—Todo esto es un abuso de autoridad y tendrá consecuencias. No tienen nada concreto contra mi cliente.

Néstor se sentó frente al detenido y su defensor, mientras Telmo ocupaba una esquina con los brazos cruzados y cara de agente funerario. Los policías ignoraron las palabras de Robles. El inspector puso la carpeta que llevaba en la mano sobre la mesa y suspiró. El abogado frunció el ceño y continuó con sus argumentos.

—Si lo están reteniendo por la caja que le tiró a la inspectora, deben tener en cuenta que mi cliente es muy joven y nunca había tenido problemas con la Ley. Se sintió acosado, se asustó y reaccionó mal. Está arrepentido y es su primera falta… Eso no lo convierte en un criminal ni significa que tenga nada que ver con la droga de la furgoneta. Estoy seguro de que los dueños de la fábrica tienen mucho más que explicar sobre ese asunto.

—Los dueños de la fábrica están muertos —sentenció el inspector—. Asesinados, ¿verdad, Tomás?

El detenido miró al policía a los ojos por un instante, y volvió a fijar su atención en la mesa sin decir una palabra. Después de observar con detenimiento a «Tomás» por algunos segundos, Salazar sacó su pañuelo del bolsillo y se secó la frente. Entonces, se puso de pie, y se quitó la chaqueta y la corbata.

—Aquí hace más calor que en una pollería de Córdoba —Néstor volvió a sentarse— ¿No tienes calor, Tomás?

El aludido apretó los dientes y guardó silencio. Robles frunció el ceño sin perder de vista al inspector.

—¿Quieres un vaso de agua o un refresco? Con este bochorno, quizá tengas sed.

«Ríos» sacudió la cabeza por toda respuesta. Al defensor se le veía cada vez más tenso.

—¿Cómo soportas la chaqueta, Tomás?

El detenido clavó la mirada en el policía.

—Estoy acostumbrado.

Néstor suspiró.

—Por fin has dicho algo que es verdad. Estás acostumbrado… Debes estarlo, porque en República Dominicana hace calor todo el año, ¿no es así?

«Tomás» parpadeó.

—No lo sé ni me importa.

Robles rechinó los dientes, y Salazar apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Por supuesto que lo sabes. Después de todo, viviste allí muchos años.

Ríos enderezó la espalda y miró a ambos lados, antes de encarar de nuevo al detective. Levantó la barbilla y proyectó la voz hacia adelante. Se escuchó un poco más grave de lo habitual.

—Le repito que no sé de lo que habla.

—Por supuesto que lo sabes. Y es la razón por la que no te quitas la chaqueta. Por más calor que haga, te permite esconder la forma de tu cuerpo. Por cierto, has hecho un buen trabajo cambiando tu voz para que tuviera un tono más bajo. Tengo que reconocer que en nuestro primer encuentro conseguiste engañarme, a pesar de que presumo de tener un buen oído. ¿Cómo lo hiciste? ¿Usaste alguna hormona o…? —El inspector detalló el rostro de «Tomás»—. No, no lo creo… No tienes acné ni vello facial, que serían las consecuencias más visibles…, pero ahora que estoy más atento, levantas la barbilla cada vez que vas a hablar. Una técnica que se emplea para bajar el tono de la voz. Una de muchas. ¿Eso fue lo que hiciste? ¿Ejercitaste tu voz, hasta que conseguiste que pudiera pasar por la de un chico?

«Tomás» lanzó una mirada de profundo odio al policía, pero no respondió.

Con un suspiro de hastío, el inspector sacó la fotografía de Amalia de la carpeta y la puso sobre la mesa.

—Ya sabemos que eres una chica, y que tu verdadero nombre es Amalia Tovar.

Robles abrió los ojos como flotadores de elefante.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

—¿No se lo has contado a tu abogado, Amalia?

Telmo chasqueó la lengua con desaprobación desde su esquina, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Eso no se hace, Amalia. Tu defensor es tu mejor amigo… ¡qué digo!, es tu único amigo en esta sala… No está bien que le hayas mentido.

El abogado miró a los dos policías y se quedó con Salazar.

—No sé qué artimaña se trae entre manos, inspector. Ya tengo noticias de su reputación, pero le advierto que será mejor que no involucre a mi cliente en uno de sus juegos.

—¿Juegos? Yo nunca juego, abogado. El homicidio es un crimen muy serio como para tomarlo a la ligera. Es su cliente quien ha estado jugando con usted y con todos nosotros desde el principio. Mire esta fotografía, y dígame que no es la misma persona que tiene sentada a su lado.

A su pesar, el defensor obedeció. Después de algunos segundos, tragó saliva. Antes de que pudiera recuperarse de la impresión, Néstor le puso delante un resultado del laboratorio de Científica. Era la comparación del ADN de «Tomás» con el de la mujer que compartió una copa de vino con Marcos Sosa, poco antes de que fuera asesinado. Se trataba de la misma persona.

—Quiero hablar a solas con mi cliente.

—Lo hará, abogado, pero el tiempo apremia —El inspector ignoró a Robles y se centró en Amalia—. ¿Dónde está tu madre? ¿Quién accionó el gatillo? ¿Ella o tú? La respuesta puede significar muchos años de prisión, así que piénsalo bien.

—Váyase a la m…

—¿De quién fue la idea de vengarse? Si colaboras, podrías conseguir una reducción de tu sentencia. Piénsalo bien, Amalia. Eres muy joven.

La chica se volvió hacia su defensor.

—¿Usted no tiene nada que decir? ¿No se supone que está aquí para ayudarme, so inútil?

Robles parpadeó.

—Ayudo a mis clientes lo mejor que puedo, señorita, pero para ello, exijo que me digan la verdad. Solo así puedo hacer bien mi

trabajo —el abogado se puso de pie—. Ahora si me disculpan, me niego a defender a quien me insulta y me miente.

—Espere un poco, doctor Robles —le dijo Salazar—. Todavía hay una asesina libre que ya ha acabado con la vida de cuatro personas, y no sabemos si tiene pendientes en su lista. Nos urge identificarla y detenerla. Podrá renunciar al caso cuando salga por esa puerta, pero ahora le ruego que nos permita terminar el interrogatorio.

El defensor volvió a sentarse.

—De acuerdo, inspector. Representaré los derechos de la señorita Tovar lo mejor que pueda, mientras usted cumple con su trabajo. Luego, ella tendrá que buscarse otro abogado. A mí me asignaron la defensa de Tomás Ríos, quien por lo visto, no existe.

—Oiga, no me puede dejar así…

Telmo se encogió de hombros desde su esquina.

—Es lo que pasa cuando no eres sincera, Amalia.

La chica frunció el ceño y rechinó los dientes, antes de responder.

—No importa lo que digan, no voy a delatar a mi madre. Encuéntrenla si pueden. Si son lo bastante listos, pero no esperen que yo la traicione. Esos cerdos merecían lo que les pasó.

—No les pasó, Amalia. Vosotras los asesinasteis a sangre fría.

—¿Sangre fría? Será cabrón… Esos malnacidos destrozaron la vida de mi madre y la mía. Me separaron de ella cuando tenía seis años. ¿Tienen idea de lo que eso significó para mí? ¿Dónde estuvo la Policía entonces, con toda su palabrería? Se lo diré, estuvo del lado de esos desgraciados, y les ayudó.

—No fue la Policía, Amalia —argumentó Néstor—. Fue un policía corrupto. Una sola manzana podrida.

—Da igual. El resultado es el mismo. Mi padre se largó en cuanto las cosas se torcieron, y me dejó con sus padres. Él sabía muy bien que mi abuelo era un maltratador, y que mi abuela aceptaba en silencio todo lo que él hacía, porque le tenía miedo. Aun así, me entregó a ellos.

Salazar bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Lo lamento, pero eso no justifica el asesinato.

—¿No lo justifica? ¿Qué sabrá usted? Seguro creció entre algodones y por eso se hizo policía. Mi vida en esa casa fue un infierno. Hasta que mi madre salió de prisión y pudo rescatarme. Así que entérese de una vez, haría cualquier cosa por mi madre. Y si creen que la voy a delatar, van listos.

Salazar suspiró.

—¿La droga fue idea tuya o tu madre también está involucrada?

—A ella no la meta en eso. No tiene nada que ver. Es más, ella no estaba de acuerdo, porque pensaba que podía echarlo todo a perder.

—Entonces, el tráfico de estupefacientes fue idea tuya.

—Solo mía. Hice algunos contactos en República Dominicana, para conseguir los documentos que nos permitieran regresar con otros nombres. La gente que me los proporcionó estaba interesada en traer mercancía a España, y me ofrecieron un buen porcentaje si me ocupaba de la distribución. Mi madre nunca participó.

Telmo y Salazar intercambiaron una mirada.

—Tú eres María, ¿verdad? —preguntó el subinspector.

Después de dudar por algunos segundos, Amalia asintió. Salazar no le dio oportunidad de pensar.

—¿Cómo lo hacías?

—Fue muy fácil. Quedaba con los clientes en los hoteles, el día y la hora que cuadraban mejor con la ruta de entrega de la fábrica. Entonces, entraba en el servicio de la recepción del hotel de turno, y allí me vestía de mujer. Cuando terminaba la transacción, me volvía a disfrazar de hombre, y así "desaparecía".

Robles intervino.

—La ética me obliga a aconsejarle que guarde silencio antes de que se incrimine más, señorita Tovar.

—No se preocupe demasiado, abogado —le aconsejó Salazar—. Todo lo que ocurre en esta sala está siendo grabado.

—No responderé más preguntas. Si quieren saber algo más, averígüenlo.

Salazar dio por terminado el interrogatorio, cuando comprendió que Amalia mantendría su decisión con firmeza. En cuanto salieron de la sala, Telmo comenzó a sacudir la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer, jefe? No conseguimos que dijera nada acerca de Violeta Muñoz. Y no creo que cambie de opinión.

El inspector lo pensó por un momento.

—Tendremos que identificarla por otros medios, Telmo. Al menos, tenemos la confesión de Amalia, y la certeza de que ambas cometieron los crímenes.

Capítulo 59

Cuando Salazar y Telmo regresaron a la sala común, encontraron a Diji, Miguel y Ángela intercambiando opiniones. Ortiz llegó a los pocos segundos. El inspector jefe informó a sus compañeros acerca del interrogatorio. En cuanto terminó su explicación, Miguel apoyó la espalda en el respaldo de su silla y comenzó a balancearla un poco, mientras hablaba.

—Nosotros no tuvimos suerte. Nuestros informantes no tienen idea sobre este asunto, y no saben nada acerca de Violeta ni de su hija. También hablé con Remigio hace algunos minutos. El mismo resultado: nadie las conoce.

—No es de extrañar —reconoció Néstor—. Ni Amalia ni Violeta están relacionadas con los bajos fondos de Haro.

—Pero usaron una pistola para cometer los asesinatos —argumentó Ángela—. ¿Cómo la consiguieron?

Salazar soltó un gruñido.

—Es una buena pregunta. Sin duda alguna, tuvieron que adquirirla cuando ya estaban en España… Si no entraron en contacto con los delincuentes de Haro… —El inspector se golpeó la frente con la palma de la mano— Por supuesto, es obvio… la organización criminal que les dio los documentos falsos y usó a Amalia como camello, debió proporcionarles el contacto con alguien que les vendió la pistola. Esa transacción pudo llevarse a cabo en cualquier lugar de Europa.

—¿Y cómo averiguamos quién les vendió la pistola y dónde, jefe? Aunque no es lo que investigamos, no estaría mal quitar del medio a un traficante de armas.

—Tienes razón, Telmo, pero de momento, debemos centrarnos en Violeta. Mientras ella esté libre, no podemos distraer nuestro objetivo. ¿Diji?

—Científica ya está registrando el piso de Amalia, señor. También se llevaron su motocicleta, y la están sometiendo a peritaje.

—De acuerdo. ¿Dónde está Remigio?

—En Logroño, señor. Está atendiendo una llamada de la inspectora Araujo, quien le pidió que se reuniera con ella en la Jefatura Superior.

Salazar se acercó a la pizarra, y cogió el rotulador, para

esquematizar sus ideas conforme las exponía a su equipo.

—Muy bien, ya hemos arrestado a Amalia y comprobamos que teníamos razón con respecto a los homicidios. Ahora tenemos que encontrar a Violeta lo antes posible. ¿Alguna idea para identificarla?

Ángela aceptó el desafío.

—Amalia se empleó en Dronventsa, es posible que para acercarse a sus víctimas. La deducción más lógica es que Violeta también sea una de las empleadas de la fábrica.

Miguel se inclinó hacia adelante.

—No lo veo tan claro… Que Amalia consiguiera una plaza en una empresa en particular ya fue una proeza. Quién sabe de qué se valieron para conseguirlo. Que las dos pudieran infiltrarse en Dronventsa, me parecería casi un milagro.

—Estoy de acuerdo contigo, Miguel —reconoció Salazar—. La plaza de Amalia no fue producto de la casualidad. El anterior chófer, Edgar, fue quien renunció y recomendó a Tomás para que lo sustituyera. Es probable que Edgar fuera sobornado, extorsionado o quizá recibió amenazas para actuar como lo hizo. Aun así, necesitamos estar seguros. Ángela, ocúpate de comparar la fotografía del pasaporte de Violeta con las de las fichas que les abrimos a todos los empleados de Dronventsa. ¿Alguna otra sugerencia?

Diji sacudió el bolígrafo para llamar la atención.

—Violeta supo dónde encontrar a todas sus víctimas aun después de haber perdido contacto con ellos, y haber permanecido fuera del país por varios años. Eso es notable.

Salazar parpadeó, guardó silencio por un momento, y luego sonrió con malicia.

—Diji, eres un genio. No solo tienes razón, sino que acabo de recordar por qué el rostro de Violeta me resulta familiar: La conocí en el Registro de la Propiedad de Haro cuando estaba indagando acerca de Dronventsa. Es lógico. Desde allí debió resultarle muy fácil averiguar dónde podía encontrar a Rojas y Sosa o incluso conseguir la dirección de la casa de Modesto Diez en Ezcaray.

Miguel frunció el ceño.

—¿Y Roca? Su tienda no estaba registrada en La Rioja.

—Jacinto Roca salió en la prensa, a causa del premio que recibió —El inspector jefe hizo una pausa—. Diji, solicita una orden de busca y captura contra Violeta Muñoz.

—¿Bajo qué cargos pretendes arrestarla? —preguntó Miguel—. En realidad, no tenemos nada contra ella. Ni siquiera sabemos el nombre que está usando en este momento.

—En eso te equivocas, Miguel. Ella fue quien me entregó la copia de los registros de Dronventsa, y si bien es cierto que no recuerdo su nombre, estoy seguro de que no se presentó como Violeta

Muñoz, lo cual significa que podemos acusarla de falsedad documental.

Telmo se inclinó hacia adelante con el ceño fruncido.

—Lo más probable es que ya se haya enterado del arresto de Amalia o lo sospeche, jefe. No me sorprendería que ya se encuentre muy lejos.

—Tienes razón. Diji, date prisa con la solicitud de la orden al juez. Telmo, ven conmigo.

Sin perder el tiempo en dar explicaciones, Salazar salió de la sala común, seguido por su compañero. Cruzaron la ciudad a toda velocidad en el Clío, usando la sirena para dejar la vía libre. El inspector la apagó cuando se acercaron a la calle Julián Fernández Ollero. Entonces, se apearon del coche y entraron a la sede del Registro de la Propiedad a paso apresurado. Salazar buscó la ventanilla de Violeta con la mirada, pero quien ocupaba ese escritorio era otro empleado. No había señales de la sospechosa en toda la sala.

Los policías se acercaron al empleado, se identificaron, y le mostraron la fotografía del pasaporte. Sin disimular su desconcierto, el hombre la miró.

—Sí, claro que la conozco. Es la señora Méndez.

—¿Sabe su nombre completo?

—Victoria Méndez. Hoy no vino a trabajar ni llamó para justificar su ausencia. ¿Qué ocurre? Todo esto es muy extraño.

—Le agradecemos mucho su colaboración —El inspector le entregó una tarjeta—. Por favor, avísenos si tiene alguna noticia de la señora Méndez.

Antes de que el empleado pudiera responder, ambos policías salieron de la oficina del Registro.

—Y ahora, ¿qué, jefe?

El anuncio de la entrada de un mensaje desvió la atención de Salazar hacia su móvil.

—Ya tenemos la orden de busca y captura.

El inspector llamó a Miguel y le proporcionó el nombre falso que usaba Violeta.

—… ocúpate de organizar una operación para evitar que huya del país. Envía su foto y la orden de captura a todos los puertos, aeropuertos, y estaciones de ferrocarril, de todas las provincias. También a las fronteras.

Salazar terminó la llamada y se encontró con el ceño fruncido de Telmo.

—Desde que detuvimos a Amalia, Violeta ha tenido tiempo de salir del país. Es probable que todo ese esfuerzo sea inútil, jefe.

Salazar rechinó los dientes. ¿Qué iba a hacer con ese chico?

—Quizá tengas razón, Telmo, pero, aunque sea como dices,

debieron quedar registros de su salida, los cuales nos permitirán perseguirla, aunque sea necesario que pidamos colaboración a los colegas de otros países. A nadie le gusta tener un asesino dentro de sus fronteras.

Telmo tensó los músculos de la mandíbula, pero no puso más objeciones. Cuando ambos policías regresaron a la comisaría, subieron al segundo piso para incorporarse a la operación comandada por Pedrera. En cuanto entraron en la sala común, Miguel levantó la mano y cubrió el auricular del teléfono.

—¡Creo que la encontramos!

Después de tomar nota y decirle a su interlocutor que podían proceder, colgó con un suspiro de satisfacción.

—¡Ya la tenemos! Estaba en Barajas, y ya se había subido a un avión con destino a Santo Domingo. Los colegas del aeropuerto ordenaron el retraso del despegue, y están a punto de subir a la aeronave para arrestar a Violeta.

Minutos después, un mensaje entró al móvil de Pedrera. Él lo consultó y sonrió.

—Me complace anunciaros que Violeta Muñoz ha sido arrestada por el delito de falsedad documental. Nos están enviando copia del pasaporte y el DNI que le encontraron encima, y será trasladada de vuelta a Haro, en cuanto se cumplan los trámites burocráticos.

Capítulo 60

Remigio llegó en el momento en que la euforia se había apoderado de sus compañeros.

—¿Qué es todo este revuelo? ¿Quién se ganó la lotería?

—San Miguel —respondió Néstor — Ya detuvimos a las responsables de los asesinatos, y solo es cuestión de atar algunos cabos sueltos para cerrar el caso.

—Felicitaciones a todos. Ya me contaréis los detalles, pero en este momento, me urge hablar contigo en privado, Salazar.

El inspector jefe frunció el ceño cuando notó la preocupación en el rostro de su colega.

—Acompáñame a mi despacho, Remigio. Miguel, ocúpate de informar al comisario acerca del arresto de Violeta y el inminente cierre del caso.

—De acuerdo.

Néstor y Remigio bajaron a la oficina del inspector jefe. Salazar ocupó su silla detrás del escritorio y esperó a que Toro se acomodara frente a él.

—Te escucho. ¿Qué ocurre?

—La inspectora Araujo tiene más redaños que la mayoría de los policías que conozco, pero tú y yo somos amigos y compañeros desde hace algunos años, así que creo que debes saberlo.

El inspector envaró la espalda y frunció el ceño.

—Saber, ¿qué?

—Ivanenko. A Rebeca se le ha metido entre ceja y ceja que hay que sacarlo de las calles. Se lo ha tomado de forma muy personal —dijo Toro—. ¿Te recuerda a alguien?

—¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Rebeca y yo hemos elaborado un plan para detener a Ivanenko de una vez.

Salazar sintió como la sangre abandonaba su rostro.

—¿Le explicaste lo peligroso que es ese sujeto?

—¿Por qué crees que te dije lo de los redaños? Lo tiene muy claro, pero aun así, está decidida a seguir adelante. Argumenta que es una oportunidad que no podemos dejar escapar.

El inspector respiró profundo un par de veces. Se dijo a sí mismo que por más que le preocupara, ella también era policía, y él

no tenía derecho a coartarla en su profesión, por más miedo que sintiera. Lo que sí podía hacer era darle apoyo.

—Cuéntame de qué se trata. Tal vez pueda ayudar.

Remigio parpadeó.

—Muy bien. La idea fue de Rebeca. Sabemos que Ivanenko quiere dar una lección ejemplarizante con María, pero no tiene idea de quién es.

—Y es muy poco probable que lo adivine —reconoció Néstor—. Ahora comprendo la actitud de «Tomás» cuando tratábamos de presionarlo con su supuesta novia.

—Bien, pues ahora que «María» está a salvo, la inspectora quiere hacerse pasar por ella, y servir como señuelo para atrapar al mafioso in fraganti cuando vaya a ejecutar su venganza.

Salazar se puso de pie y comenzó a recorrer la habitación de un lado a otro.

—¿Es que os habéis vuelto locos? Lo que estáis proponiendo es que Rebeca se ponga delante de un cañón para que le disparen. No solo Ivanenko es un tío muy peligroso, sino que no suele hacer ese tipo de trabajo él mismo. Nadie puede garantizar que conseguiréis atraparlo y el riesgo es enorme. No puedo permitirlo.

Toro se acomodó en la silla.

—Vaya, esos también fueron mis argumentos. Por desgracia, ni tú ni yo tenemos autoridad para impedirlo, y me temo que Rebeca está decidida, y lo hará, con o sin nuestro respaldo.

—¿Le dijiste que yo no iba a estar de acuerdo?

—Fue mi primer alegato. Me dijo que te quiere mucho, pero en su profesión, ella decide. Y que no va a permitir que ese tío siga cometiendo delitos, si puede impedirlo. Así que tenemos dos opciones, colega. La ayudamos o la dejamos sola con el marrón.

El inspector se dejó caer en su silla.

—Dime, Remigio. ¿Tú también tienes desacuerdos similares en tu matrimonio?

—Yo tuve el buen juicio de enamorarme de una mujer que no tiene nada que ver con la profesión, pero no creas, eso también tiene sus contratiempos. La convivencia no suele ser fácil.

Salazar se frotó la cara con las manos.

—Te agradezco que me lo hayas contado, Remigio. Y también que hicieras todo lo posible para disuadirla. Soy consciente de que Rebeca puede ser una cabezota cuando se lo propone. ¿Cuándo pensáis hacer la operación?

—En cuanto lo tengamos organizado.

Néstor cambió de postura.

— Quiero estar cerca. Contad conmigo, y con los hombres de la comisaría que sean necesarios.

—No esperaba menos.

Salazar usó el móvil para llamar a Rebeca y decirle que ya Remigio lo había puesto al día con respecto a lo que planeaban.

—Será mejor que no trates de impedirlo, Néstor.

—No es mi intención. Al contrario, te llamo para ofrecerte todo nuestro apoyo. También para pedirte que no hagas nada, todavía. Reúnete con nosotros en San Miguel. Esto debemos planearlo bien, para que tenga oportunidad de tener éxito.

—No estarás tratando de protegerme.

—Por supuesto que sí, pero haría lo mismo por cualquier colega. Además, ten en cuenta que Remigio y yo conocemos a Ivanenko desde hace mucho tiempo, así que tenemos información acerca de sus fortalezas y debilidades, que resultará muy útil a la hora de ponerle una trampa.

Rebeca guardó silencio por un par de segundos, antes de responder.

—De acuerdo. Me reuniré con vosotros ahora mismo. Esperadme.

Néstor terminó la llamada con un suspiro de resignación.

—Rebeca viene en camino. Por favor, regresa a la sala común. Estaré contigo en unos minutos.

Ambos detectives salieron del despacho. Mientras Toro subía al segundo piso, Salazar se acercó a la oficina del comisario. Lali lo recibió con elogios y felicitaciones por la exitosa resolución del caso, y le permitió pasar sin siquiera anunciarlo.

Santiago estaba ocupado firmando papeles cuando él entró, y sonrió de oreja a oreja en cuanto lo vio. Joder, parecía un tiburón.

—¡Felicitaciones, Néstor! Ya Miguel me informó los detalles del cierre del caso. Hiciste un gran trabajo.

Néstor parpadeó y trató de sonreír, pero tenía la cabeza en otra parte.

—Gracias.

—¿Qué ocurre? Parece que vienes de un sepelio, cuando deberías estar dando saltos de alegría.

El inspector se sentó frente a Santiago y pareció desinflarse. Entonces, le habló sobre los planes de Rebeca con respecto a Ivanenko.

—¡Es una idea absurda! ¿Es qué la inspectora Araujo ha perdido el juicio? ¿Tiene idea de quién es ese sujeto y de lo que es capaz?

—Lo tiene muy claro, pero me temo que está decidida y no creo que podamos hacerle cambiar de opinión.

—Se estará dibujando un blanco en la frente.

—¿Crees que no lo sé? Este plan me parece tan peligroso como

a ti, pero la conozco bien. No va a desistir, así que tenemos dos opciones: la dejamos sola o le brindamos todo el apoyo y tratamos de protegerla. Yo escojo la segunda, y quiero saber si cuento contigo.

—Conoces las consecuencias si esto sale mal, ¿no es así?

—Las tengo muy claras. No solo correrá riesgo su vida, sino también la de todos los que la acompañemos en la operación. Además de que los mandos pedirán nuestras cabezas si el plan no resulta.

Santiago se frotó la cara con las manos.

—¿Cuántos hombres necesitas?

—En primera línea, Remigio y yo. Toro ha trabajado con Rebeca codo a codo en este caso, y yo me sentiré mucho más tranquilo si yo mismo estoy allí para protegerla. En segunda línea, necesitaremos al menos cuatro agentes. También quiero contar con Telmo, y con Echevarría.

Santiago se removió en la silla.

—No debes saltarte ningún reglamento.

—Te doy mi palabra.

El comisario clavó la mirada en el rostro de su hermano. Pocas veces en su vida había hablado tan en serio.

—De acuerdo. En ese caso, dame unos minutos para solicitar los recursos y resolver los trámites burocráticos.

—Tómate tu tiempo. Rebeca viene en camino, y todavía tenemos que trazar un plan.

Capítulo 61

Después de decirle lo que iban a necesitar para ejecutar el plan contra Ivanenko, Néstor dejó a Ortiz en su despacho, ocupado en conseguir todos los recursos, y subió a la sala común. Sus colegas estaban atareados, resolviendo los últimos detalles del caso Rojas-Sosa. Miguel fue el primero que notó la presencia del inspector jefe.

—Salazar, te estábamos esperando. Todavía no tenemos suficientes evidencias para acusar a Violeta de los homicidios. Nos preocupa que su abogado la libere bajo fianza, antes de que podamos reunir las pruebas.

—Tenéis razón —reconoció Néstor—. Debemos encontrar esas evidencias lo antes posible. Nos apoyaremos en la falsedad documental y su intento de usar esas falsificaciones para salir del país, además de que su hija está involucrada en tráfico de estupefacientes. Debería ser suficiente para solicitar una orden de registro de su vivienda. Conviene estar preparados también para realizarle una prueba de ADN en cuanto llegue, y que Científica la compare con la sangre que encontraron en el coche de Roca lo antes posible. Ocúpate tú mismo de todos los detalles y el seguimiento.

Pedrera recibió la orden con un fruncimiento de ceño.

—¿Quieres que cierre el caso por ti?

—Remigio y yo debemos ocuparnos de otro asunto, que tiene carácter urgente.

Salazar les contó a sus colegas acerca del plan de Rebeca.

—… así que necesitaré que me cubráis, para que yo pueda apoyar a la inspectora Araujo.

—¿Vas a respaldar esa locura? —preguntó Pedrera.

—Por lo visto, no tengo alternativa.

Ángela miró a Miguel a los ojos, antes de hablar.

—Puede contar con nosotros, señor. Nos aseguraremos de atar todos los cabos de la investigación.

—Déjalo en mis manos —dijo Pedrera con un fruncimiento de ceño.

—Gracias.

Los detectives continuaron discutiendo los procedimientos que todavía tenían pendientes, para asegurarse de que Violeta y Amalia no pudieran librarse por ningún desliz legal. Rebeca llegó al cabo de

algunos minutos. Era evidente que Santiago estaba pendiente, porque subió a la sala común, pisándole los talones.

—Todo está listo —anunció el comisario—. Ya tenemos autorización para brindarle apoyo a la inspectora Araujo en la operación.

Salazar centró su atención en Rebeca.

—¿Cómo has pensado armar la trampa?

—Es muy simple. Quiero hacerme pasar por María, y estar preparada para recibir a Ivanenko cuando vaya a por mí.

El comisario sacudió la cabeza.

—Me temo que Yuri no trabaja así, inspectora. Sus gorilas son quienes hacen el trabajo sucio.

—Ya lo he tenido en cuenta, comisario. No soy tan ingenua. Sin embargo, si atrapamos in fraganti al sujeto que envíe, antes de que Ivanenko tenga tiempo de reaccionar, es probable que encontremos evidencias de su participación en las órdenes que reciba el esbirro.

—¿Cómo piensas conducirlo hasta ti?

—Mauro, el yonqui que recibió la paliza, está dispuesto a colaborar. Hará correr la voz de que le hará una compra importante a María.

Salazar negó con la cabeza.

—Ivanenko no es tonto. Se olerá la trampa. Si queremos que funcione, tenemos que conseguir la colaboración de alguien de quien Yuri no sospeche.

Rebeca parpadeó.

—Alguien, ¿cómo quién?

—Aguardad unos momentos—El inspector salió de la sala común, y regresó quince minutos después—. Ya está.

Los policías intercambiaron miradas entre sí, sin comprender a qué se refería Salazar. El comisario no se anduvo con rodeos.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que ya está?

—Recordad que tenemos a «María» en las celdas de arriba. Amalia no está dispuesta a traicionar a su madre, pero se enfrenta a una condena muy larga, así que aceptó darme el nombre de uno de sus clientes en Calahorra: Armenio Torrealba.

—¿Querrá colaborar?

—En realidad, eso no importa. Diji, por favor busca información acerca de Torrealba. Quiero saber si tiene antecedentes.

Cheick se centró en el ordenador. Un par de minutos después anunció el resultado de su indagación.

—Aquí está, señor. Dos arrestos por posesión de sustancias ilícitas, y uno por desorden en la vía pública.

—Perfecto.

Néstor consultó el mapa de Haro, y lo recorrió con el dedo,

hasta señalar un pequeño hotel en la LR-134. El frente daba a la vía, de un lado tenía un viejo almacén abandonado y medio derruido, y del otro, un descampado.

—Aquí. Este es el lugar ideal para poner la trampa. Diji, envíale a García toda la información que tenemos sobre Torrealba, incluyendo su fotografía y su dirección.

—Sí, señor.

El inspector jefe usó la centralita desde el teléfono de Telmo, para comunicarse con la recepción.

—García, debes estar recibiendo la ficha de un sujeto. Su nombre es Armenio Torrealba. Quiero que se la envíes a Mendoza. Él y su compañero deben ir hasta Calahorra y proporcionarle protección de manera muy discreta.

—Les transmitiré su orden de inmediato, inspector.

Salazar colgó el teléfono, expuso los detalles del plan, y miró a Rebeca.

—Es el hotel Leovigildo. Ya puedes hacer la reservación.

La inspectora se comunicó con ellos, después de buscar el teléfono en Internet.

—… necesito dos habitaciones contiguas… Sí… La once y la doce... Solo las separa una puerta. Perfecto… Estaré allí a la hora acordada. Gracias.

Rebeca terminó la llamada y levantó el pulgar. Néstor murmuró unas palabras en el oído de Telmo, y el subinspector salió de la sala común sin perder tiempo.

—Ya solo queda un detalle —anunció el inspector jefe, al mismo tiempo que hacía una llamada con el móvil—. ¡Gyula! Todo bien. Escucha, necesito que me hagas un favor… Quiero que hagas correr un rumor en nombre de un sujeto llamado Armenio Torrealba… Sí, debe llegar a oídos de Ivanenko… No te preocupes, sé lo que hago. De acuerdo. Lo que dirás por ahí es que Torrealba se reunirá con María en la habitación número doce del hotel Leovigildo, hoy a las diecisiete horas. Sí, ¿ya lo tienes? Cuento contigo, colega.

Cuando Salazar terminó la llamada, Echevarría se asomó. Llevaba un paquete en la mano.

—Comisario, aquí tiene lo que solicitó a la Jefatura Superior.

—Entrégaselo a la inspectora Araujo. Es para ella.

Rebeca recibió el paquete y lo abrió con el ceño fruncido.

—¿Una chaqueta? No comprendo qué…

—Es una chaqueta antibalas —explicó Salazar—. Está fabricada con Kevlar.

—¿No llamará la atención que use chaqueta con este calor?

El inspector se encogió de hombros.

—Es posible que cause extrañeza, pero no creo que nadie

adivine su verdadera finalidad. Después de todo, estás de incógnito.

La inspectora iba a protestar, pero la llegada de Telmo la interrumpió, así que se puso la chaqueta, al mismo tiempo que el subinspector le entregaba una caja a Salazar.

—Aquí tiene, jefe.

El inspector la abrió y sacó dos pares de pinganillos. Le entregó el primero a Rebeca y después de que ella se lo puso, comprobó que no era visible. Entonces, le dio uno a Remigio y otro a Telmo, conservando el último para sí mismo. Después de probarlos, Salazar suspiró.

—Bien, ya estamos comunicados entre nosotros. No debéis quitároslos por ningún motivo. Ahora, vamos. Si queremos llegar a tiempo a la cita, debemos darnos prisa.

Capítulo 62

Rebeca, Salazar y el equipo de San Miguel se desplazaron hasta Calahorra. Solo Pedrera y su compañera se quedaron en la comisaría, ocupándose de los últimos detalles del caso de los homicidios. Diji también permaneció en San Miguel, para apoyar la operación desde allí. Salieron de la comisaría, seguidos por dos patrullas. Una vez en la LR-134, Salazar ordenó que aparcaran los coches a una distancia prudente del hotel, y distribuyó a los agentes alrededor del edificio.

—Telmo, tú quedarás a cargo de la vigilancia del perímetro, y que te apoye Echevarría.

—Sí, jefe.

—De acuerdo. Ya todos sabéis lo que tenéis que hacer. Vamos, Remigio.

Después de ponerse sus chalecos de Kevlar, y asegurarse de que Rebeca usaba la chaqueta a prueba de balas, Salazar y Toro entraron en el hotel y preguntaron por el gerente, quien no disimuló su sorpresa cuando se identificaron. Durante toda la conversación, mantuvo la mirada clavada en la corbata de Néstor.

—No comprendo qué interés puede tener la Policía en nuestro pequeño hotel…

El inspector jefe cambió de postura.

—No hay nada de qué preocuparse. Debemos realizar una operación y necesitaremos su colaboración.

—¿Causará problemas a los clientes? Mi deber es que su estancia en nuestras instalaciones sea lo más agradable posible, y no creo que una intervención de la Policía…

—Ni siquiera tienen por qué enterarse. ¿En qué piso están las habitaciones once y doce?

—En el tercero.

—Muy bien. Solo necesitamos que desaloje ese piso durante algunas horas. Busque cualquier excusa…

El gerente parpadeó y miró a ambos lados.

—¿Qué excusa puedo darles a nuestros huéspedes?

—Dígales que deben hacer un trabajo de fontanería por la inundación de una habitación, que habrá mucho ruido, trabajadores, materiales y escombros. Que la gerencia no quiere que nadie se lastime. Por cierto, que tampoco usen las escaleras…

El pobre hombre cogió aire, preparándose para protestar, pero lo dejó escapar sin decir una palabra.

—Haré lo que usted dice, inspector. Colaboraremos en lo que podamos.

Después de agradecerle por su buena disposición, Salazar le pidió al gerente que les mostrara las habitaciones donde tenían pensado poner la trampa. Como le habían informado a Rebeca cuando hizo la reservación, se trataba de cuartos contiguos, separados tan solo por una puerta. El gerente dejó a los policías allí, y bajó a su oficina para seguir las instrucciones de Salazar. Después de avisar a Rebeca a través de los pinganillos, Néstor y Remigio se ubicaron en posiciones estratégicas. Toro se ocultó en la escalera que conducía al cuarto piso, con la vista fija en la habitación número doce, mientras Salazar se quedó en la habitación once, con la puerta comunicante abierta en una rendija apenas perceptible.

A las diecisiete en punto, el inspector jefe escuchó la voz de Rebeca, que hablaba en murmullos casi inaudibles.

—Estoy entrando en el hotel en este momento. Hay un sujeto enorme sentado en la recepción, leyendo en su móvil —Entonces, subió el volumen de su voz. Debieron oírla hasta fuera del hotel—. Mi nombre es María. Hice una reservación hace unas horas.

—Sí, señorita. Su habitación es la número doce. Está en el tercer piso. Aquí tiene la llave.

—Gracias, estoy esperando a alguien… El señor Torrealba.

—No se preocupe, cuando el señor Torrealba llegue, le informaré cuál es su habitación.

—Gracias.

Después de un corto silencio, Rebeca volvió a hablar en murmullos.

—Voy a coger el ascensor… El tío que estaba con el móvil se levantó y viene detrás de mí…

Un escalofrío recorrió la espalda de Néstor.

—No creo que se atreva a nada en la recepción, pero no dejes que entre contigo en el ascensor.

—… No pasa nada, se fue por la escalera. Estad atentos.

—Remigio.

—Copiado, Salazar. No seas angustias... Lo tengo a la vista, el tío es más grande que una ballena vigoréxica.

Con el corazón en la garganta, el inspector jefe manipuló su pistola para poner una bala en la recámara. Pocos segundos después, escuchó la cerradura de la habitación doce y entrevió a Rebeca.

Todo ocurrió tan rápido, que Salazar no tuvo tiempo de pensar. Solo reaccionó.

El esbirro de Ivanenko empujó a la inspectora con tal fuerza,

que la hizo volar hasta la cama.

—¡Alerta! —El grito salió a la vez de las gargantas de Néstor y de Remigio. Salazar no vio la pistola en la mano del asesino, pero sí su reflejo. Empujó la puerta comunicante y de un salto se interpuso entre el arma y Rebeca. Apuntó al esbirro, sujetando su pistola con ambas manos, al mismo tiempo que Remigio aparecía por detrás del sujeto, con el cañón de su arma dirigido hacia su espalda.

—¡Suelta el arma, cabrón! —gritó Toro—. Acabas de atentar contra una agente de la Policía, y si mueves un solo dedo, se te va a caer el pelo.

Salazar echó una ojeada a la inspectora, antes de volver a centrarse en el sujeto. Ella sostenía el arma que había mantenido oculta con su cuerpo, y también apuntaba al sicario.

—Rebeca, ¿estás bien?

—No podría estar mejor, Néstor. Este imbécil cayó como un pardillo.

El esbirro apretó los dientes y sus orejas se enrojecieron, pero no dijo ni una palabra. Miró a los lados con un movimiento rápido de los ojos que no involucró su cabeza. Parecía una fiera en una trampa. Quizá lo era. Salazar clavó la mirada en él y frunció el ceño. Su tono de voz recordó al comisario.

—Baja el arma y acuéstate en el suelo bocabajo con las manos en la cabeza. Muy despacio. Y será mejor para ti que no seas muy creativo. Cuando me pongo nervioso, me tiembla el dedo.

El esbirro obedeció con movimientos lentos y precisos. El inspector sacó su pañuelo del bolsillo para coger la Glock y apartarla del alcance del gorila. Solo entonces, desplegó una sonrisa, e intercambió una mirada de complicidad con Rebeca. Ella le devolvió la sonrisa, pero hizo un leve movimiento de negación con la cabeza. Él lo comprendió de inmediato. No era el lugar ni el momento. Ya tendrían oportunidad de felicitarse por haber salido bien librados.

Salazar centró su atención en el detenido. Entonces, volvió a fruncir el ceño.

—Yo te conozco… Tú trabajas para Yuri Ivanenko. Te vi en su oficina en una visita que le hice durante una investigación. Tú eres su guardaespaldas. ¿Cuál es tu nombre?

El esbirro gruñó por toda respuesta. Rebeca se acercó, también lo miró con atención y negó con la cabeza.

—Te conviene colaborar y responder a las preguntas del inspector. Por si no te has dado cuenta, estás en graves problemas. Te acusaremos de intento de homicidio a una inspectora de Policía. Así que lo mejor que puedes hacer si quieres salir de prisión algún día, es confesarnos quién te envió.

—Quiero salir, pero vivo —respondió el tío con un gruñido.

Remigio comenzó a registrar los bolsillos del sujeto.

—Mal te veo, colega. Los que trabajan para Ivanenko tienen una expectativa de vida muy corta.

Toro le entregó el móvil del detenido a Néstor, y él cogió su billetera, la revisó y encontró la licencia de conducir.

—Se llama Rogelio Marín.

Salazar se ocupó de trastear con el teléfono.

—¡No pueden revisar mis bolsillos ni mi móvil sin mi autorización! Esto es una invasión a mi intimidad.

Remigio soltó un bufido.

—Claro, porque cuando tú empujaste a la inspectora para meterle una bala en la cabeza, fuiste muy respetuoso de la privacidad. ¡No me jodas! ¿Tienes idea de lo que significa in fraganti?

Mientras Remigio colocaba los grilletes en las muñecas de Marín y lo ayudaba a ponerse de pie, Salazar comprobó las últimas llamadas y mensajes que tenía registrados en el teléfono. Todas correspondían al mismo número, y en ellas se especificaban con claridad las instrucciones para «ocuparse» de María. Néstor le entregó el móvil a Rebeca.

La inspectora comenzó a chatear. Que se hiciera pasar por Rogelio era parte del plan del inspector jefe. Salazar usó su propio teléfono para llamar a la comisaría.

—Diji, infórmale al comisario que la primera fase de la operación se completó según lo planeado.

—Estoy aquí, Néstor —respondió la voz atronadora de Santiago —. ¿Estáis todos bien?

—Todos intactos, comisario.

Más que escucharlo, Néstor adivinó el suspiro de alivio de su hermano.

—Felicitaciones.

—Gracias, pero todavía falta conseguir el objetivo más importante de esta misión —admitió Salazar—. Diji, anota este número… Quiero saber a quién pertenece, y comunícate con la empresa telefónica para solicitar una triangulación lo más rápido posible.

Néstor terminó la llamada. Entonces, los tres policías se quedaron inmóviles rodeando al detenido, y permanecieron en silencio. Rebeca continuaba ocupada con el móvil. Al cabo de algunos minutos, Marín cambió el peso del cuerpo y miró de un lado a otro.

—¿Qué hacen? ¿No piensan llevarme a la comisaría?

Salazar negó con la cabeza.

—Todavía no, Rogelio. Tu jefe puede tener vigilada la entrada del hotel, y si sabe que te llevamos arrestado, lo pondremos sobre aviso.

Al cabo de cinco minutos, Diji le devolvió la llamada a Salazar.

—El número corresponde a un teléfono prepago, señor. Ya tenemos las coordenadas de dónde se encuentra en este momento. Acabo de enviárselas a Telmo.

—Perfecto, Diji —El inspector activó el pinganillo—. Telmo, ¿me escuchas? ¿Lo tienes?

El subinspector respondió en murmullos

—Sí, jefe. Ya recibí las coordenadas. Estamos en un aparcamiento a dos manzanas del hotel. Hay un Mercedes negro del año. Yo me estoy aproximando por un lado con dos agentes, y Echevarría por el otro con dos compañeros más.

—¿Puedes ver el interior?

—Sí, jefe. Los cristales son oscuros, pero no lo suficiente. Hay personas en el interior, y el motor está encendido.

—¿A cuántos sospechosos ves?

—Dos. El chófer, que parece un elefante con paperas, y tiene cara de estar más aburrido que un heladero en invierno—Salazar enarcó las cejas. ¿Telmo haciendo chistes? —. También hay un pasajero, pero desde aquí no se le distingue bien.

—Ese debe ser Ivanenko, y el chófer su guardaespaldas, así que lo más probable es que esté armado. Id con cuidado.

—Descuide, jefe. Ya Ander también sabe lo que tiene que hacer.

Los agentes rodearon el coche, apuntando con sus armas. Cuando estuvieron a la vista, Telmo le hizo gestos al chófer para que destrabara los seguros. Entonces, el subinspector abrió la puerta trasera y le apuntó a un hombrecillo con aspecto bonachón y rasgos eslavos, que sostenía un móvil en la mano.

El subinspector relajó los músculos de los hombros.

—Listo, jefe. Me complace anunciarle que ya tenemos a Ivanenko.

Entonces, Telmo le arrancó el móvil de las manos al mafioso, y de inmediato lo guardó en una bolsa de pruebas.

Capítulo 63

Después de que los agentes se llevaron a Ivanenko y a Marín en las patrullas, Salazar le ordenó a Telmo que regresara a San Miguel con Remigio, y comenzara a ocuparse del papeleo de los arrestos.

—La inspectora Araujo y yo os seguiremos en el Clío.

El subinspector parpadeó.

—De acuerdo, jefe.

Con una media sonrisa, Remigio le guiñó un ojo a Néstor y palmeó el hombro del desconcertado subinspector.

—Vamos, chaval. Tengo mucho interés en que me cuentes los detalles de cómo pillaron a Yuri con las manos en la masa.

En cuanto Néstor y Rebeca perdieron de vista el coche de Remigio, se acercaron el uno al otro como si los hubiera atraído un imán. Entonces, se fundieron en un abrazo y juntaron sus labios, en un primer momento con timidez, pero poco a poco se dejaron arrastrar por la marea de emociones que los embargaba, hasta que se fundieron en una explosión de sensaciones que los invadió por completo. Cuando se separaron, mantuvieron juntas sus frentes, negándose a perder el contacto.

—Tuve mucho miedo —le confesó él, en un murmullo—. Corriste mucho peligro, y si te hubiera pasado algo…

—Lo sé. Yo también tuve miedo por ti cuando te interpusiste entre la pistola y yo. Eso fue una imprudencia, Néstor.

El inspector cogió aire.

—Quizá, pero no iba a permitir que salieras lastimada. No, si podía evitarlo. No quiero perderte… No lo soportaría.

Rebeca lo cogió por las orejas, sonrió, y clavó la mirada en los ojos humedecidos de él.

—¿Perderme? Si crees que te vas a librar de mí con tanta facilidad, estás muy equivocado. Tengo más vidas que la gata neurótica con la que compartes piso. Y ahora que te encontré, no te voy a dejar escapar por ningún motivo.

Salazar respondió volviéndola a besar. Cuando por fin separaron sus labios, intercambiaron una sonrisa, manteniendo el contacto de sus frentes.

—Tenemos que regresar a la comisaría —dijo Rebeca—. Nos deben estar esperando.

—Mmjjú.

—También debo informar a mis superiores.

—Mmmmmsí.

—¿Néstor?

El inspector puso su alma en el tercer beso. Luego dejó escapar un suspiro de resignación.

—Supongo que el deber llama.

—Pero nos queda Cenicero —lo animó Rebeca.

—¿Este fin de semana?

—Yo me ocupo de reservar el hotel.

Después de que consiguieron separarse, ambos subieron al Clío para regresar a la comisaría. A pesar de que la conversación se centró en los detalles de la operación, las miradas y gestos que se dedicaron uno al otro, no dejaron duda de qué era lo que en realidad ocupaba sus mentes.

En cuanto llegaron a San Miguel, y después de responder a la felicitación de García, subieron juntos al segundo piso. Como Néstor había previsto, todos sus colegas los estaban esperando. En cuanto entraron, Salazar captó un rictus de suspicacia en el rostro de su hermano. Apenas duró un par de segundos, y dio paso a una franca sonrisa.

—El arresto de Yuri Ivanenko es la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo. Felicitaciones, Néstor. También a usted, inspectora, y a ti, Remigio. Hicieron un excelente trabajo.

Salazar relajó los músculos de los hombros y sonrió.

—El mérito es de Rebeca. La idea de aprovechar las circunstancias para ponerle una trampa a Ivanenko fue suya, y corrió un enorme riesgo cuando actuó como cebo.

La inspectora negó con la cabeza.

—El éxito de la operación solo fue posible gracias al trabajo en equipo. Y a la cuidadosa planificación del inspector jefe.

Salazar carraspeó, y centró su atención en Miguel.

—¿Has recibido noticias de Violeta Muñoz?

—La están trasladando, así que llegará pronto. Ya los peritos criminalistas compararon las huellas de los documentos falsos. Confirmaron que Victoria Méndez y Violeta Muñoz son la misma persona. Científica todavía se ocupa del registro de su piso. Por cierto, el jefe Barros me pidió que le enviara saludos a tu madre… No sabía que conociera a tu familia.

El inspector jefe parpadeó.

—Ya. Creo que se me va a hacer muy difícil hacérselos llegar.

Miguel enarcó las cejas cuando la inspectora hizo un esfuerzo evidente para no soltar una carcajada. Rebeca recuperó el control de sí misma cogiendo aire, y cambió el tema de conversación con una

sonrisa.

—Bien, les agradezco el apoyo que me proporcionaron en este caso. En especial a usted, comisario.

—Ha sido un placer, inspectora.

—Ahora debo irme. Ustedes tendrán que cerrar su investigación, y yo debo informar a mis superiores acerca del arresto de Ivanenko.

Ortiz asintió, y en cuanto Rebeca salió de la oficina común, Salazar ladeó la cabeza, un gesto que dibujó una media sonrisa en el rostro de Santiago. Néstor se hizo el desentendido, y el vozarrón de su hermano lo centró en el presente.

—Mientras esperamos que llegue la sospechosa, y que Científica envíe los primeros resultados, quiero que me contéis los detalles del arresto de Ivanenko.

Salazar y Remigio relataron a sus colegas cómo se había desarrollado la operación, sin que la sonrisa se borrara del rostro del comisario. ¡Aterrador! En cuanto terminaron, Ortiz se dirigió a Toro.

—Remigio, ocúpate tú de redactar el informe.

—Sí, señor.

Antes de que el comisario pudiera dar la siguiente orden, el móvil de Salazar comenzó a sonar. El inspector jefe miró la pantalla y respondió.

—Y tú vas, y respondes de inmediato. Ahora tengo que mantener una conversación contigo. ¡Qué mala suerte la mía!

—Hola, Casi, si no quieres hablar conmigo, ¿por qué me llamas?

—Porque no tengo alternativa, mastuerzo. Pero vamos a lo que importa, así cuelgo rápido, y dejo de perder el tiempo con un cebollino como tú.

—Vale, te escucho.

—Lamento tener que darte una buena noticia. Comparamos el dibujo de las llantas de la motocicleta del último registro…

—La de Amalia Tovar.

—¿Me vas a dejar hablar o te mando a pelar cactus?

—Vale, me callo.

—Pues bien, esa motocicleta. El dibujo coincide con las huellas que se encontraron en las escenas de los crímenes. Además, las muestras de tierra también se corresponden. Así que ahora sí disteis en el clavo.

—Gracias, Casi. Después de que encontramos su ADN en la copa de vino, no quedaba ninguna duda de que Amalia participó en los crímenes, pero esto reforzará aún más nuestro caso frente al juez.

—¡Ya salió el aguafiestas! Si no sé para qué me molesto, pero en fin, todavía estamos ocupados con el registro, y esto parece la

cueva de un dragón.

—El registro de…

—Tú eres más tonto, que el que giró el cuadrado en el tetris. ¿No solicitaste el registro del piso de una sospechosa?

—Ya claro, pero es que por ahí te debe llegar otra orden. Esta para las oficinas de Ivanenko.

—Joder, que no te enteras… que tengo más trabajo que el fontanero del Titanic, y tú vas y ala, a por más, que para eso está Casimiro… Uno de estos días, te voy a dar una hostia que nos vamos a morir los dos. Tú del golpe y yo de la onda expansiva.

—Dijiste que habíais encontrado algo.

—Ah, sí. La cueva. Pues que según el informe que me enviaron tus colegas, la señora vive aquí sola, pero hemos encontrado cuatro relojes de hombre. ¿Te sirve?

—¡Desde luego, Casi! Es probable que pertenezcan a las víctimas.

—Bien, pues entre ellos hay un reloj de oro, que debe ser más caro que comprarle zapatos a un ciempiés. También hay una cadena de oro del grosor de un pulgar…, pero lo más importante que encontramos fue una *Ruger SR22*, que ya va camino hacia el laboratorio. En poco tiempo sabremos si se trata del arma homicida. Ya te estoy enviando la lista por correo para que la sumes a las evidencias del caso.

—Gracias, Casi. No sé qué haríamos sin tu trabajo y el de tus chicos.

—Ahí, ahí le has dado. Ahora a ver si pasamos de las palabras a los hechos. ¿Ya encargaste mis fardalejos?

—Pues he estado muy liado, pero en cuanto me desocupe…

—Muy liado, muy liado… Tú naciste liado y lo llevas en tu código genético. Ahora déjame trabajar, y no me vuelvas a interrumpir.

Antes de que el inspector pudiera protestar su inocencia, Casi terminó la llamada. Salazar esbozó una sonrisa y les informó a sus colegas acerca de los hallazgos de Científica en el piso de Violeta.

—… Me juego el gabán a que la pistola es el arma homicida.

En esta ocasión, todos se mostraron de acuerdo. El comisario se hinchó como un pavo.

—Hoy es un día para celebrar: no solo cerramos el caso de los homicidios, sino que tenemos a Ivanenko en una de nuestras celdas, con pocas probabilidades de librarse. Os felicito. Habéis hecho un gran trabajo.

Durante los siguientes minutos, se levantó un coro de murmuraciones y Ortiz repartió felicitaciones y palmadas en el hombro a diestra y siniestra. Los dejó baldados con cada palmada, y

cuando sonreía parecía un pitbull defendiendo un hueso, pero como ya lo conocían, el susto fue más leve.

Una vez que felicitó a cada uno, el comisario aplaudió con fuerza para llamar la atención de sus subalternos, y la sala quedó en silencio de inmediato. Ortiz miró a Néstor con una media sonrisa que erizaba la piel. El inspector jefe le devolvió la mirada con los ojos más abiertos que la boca de un cocodrilo. Santiago amplió la sonrisa.

—Creo que este es el mejor momento para que lo sepáis. Salazar y yo queremos deciros algo. Adelante, Néstor.

El inspector jefe parpadeó, y un nudo subió a su garganta. ¡Ah, que además tenía que decirlo él! Eso merecía un desquite.

—Yo… Eh… Quizá alguno de vosotros ya lo sospechabais… El caso es… Bien, allá va… El comisario y yo somos hermanos.

Con excepción de Telmo y Remigio, todos los demás abrieron los ojos formando circunferencias perfectas, y sus mandíbulas cayeron como si hubieran perdido sujeción.

—Yo ya lo sabía —sentenció Telmo, hinchando el pecho.

Remigio asintió despacio.

—Yo ya me olía algo… Eso explica muchas cosas.

Diji se había quedado inmóvil. Miguel y Ángela intercambiaron una mirada, y fue él quien rompió el silencio primero.

—¿Lo saben los mandos, señor?

—Por supuesto —respondió Ortiz.

Diji salió de su estupor con un parpadeo.

—Pero, si son hermanos… ¿Cómo es que tienen diferente apellido, comisario?

—En realidad, somos medio hermanos —aclaró Santiago—, y un juez le cambió el nombre a Néstor siendo niño, por motivos que no vienen al caso.

Un ligero carraspeo desde la puerta los interrumpió. García se encontraba allí, con las cejas enarcadas y expresión alelada. Dio un paso atrás cuando todos centraron su atención en él.

—Yo… Lamento interrumpir… Vine a avisarles de que la sospechosa que esperaban ya está en las celdas del tercer piso. Su abogada está con ella.

Salazar dejó escapar un suspiro de alivio y miró a Cheick.

—Diji, pídele al juez una orden para recoger una muestra de ADN a Violeta. Telmo, ven conmigo. Veremos qué tiene que decir.

Capítulo 64

Los detectives subieron a la sala de interrogatorios. Violeta estaba sentada con la espalda muy recta y parecía ajena a lo que ocurría a su alrededor. Su abogada frunció el ceño y rechinó los dientes en cuanto los policías cruzaron la puerta. Néstor se quitó la chaqueta para colocarla en el respaldo de la silla, y se aflojó el nudo de la corbata, que ahora era más visible. Él y Telmo se sentaron frente a la detenida y su defensora. El ambiente de la sala se fue haciendo más pesado conforme pasaron los segundos sin que nadie hablara.

Con movimientos lentos, el inspector jefe comenzó a revisar los documentos y fotografías que contenía la carpeta que llevaba en las manos como si fuera la primera vez que los veía. La detenida clavó la mirada en la corbata de Salazar y relajó los hombros. Néstor pretendió no darse cuenta. Después de identificarse y presentar a su compañero, comenzó el interrogatorio.

—Violeta Muñoz. Ese es su verdadero nombre, pero el DNI y el pasaporte que las autoridades de Barajas le encontraron, la identifican como Victoria Méndez. Sus documentos son falsos. ¿Cómo lo explica, señora Muñoz?

La abogada enderezó la espalda y casi saltó del asiento.

—Está llegando a conclusiones apresuradas, inspector. No tiene ninguna evidencia de que los documentos de identidad de mi clienta sean falsos. No es posible que hayan tenido tiempo de hacer un peritaje en condiciones.

—Así que niega ser Violeta Muñoz.

—No conozco a esa señora —dijo la sospechosa—. Mi nombre es Victoria Méndez, y trabajo en la oficina del Registro de Propiedad de Haro. Lo sabe, porque colaboré con usted mismo, entregándole la información que solicitó hace pocos días.

Néstor y Telmo intercambiaron una mirada.

—¿Se lo decimos? —le preguntó Salazar a su compañero.

El subinspector se encogió de hombros.

—Tarde o temprano lo va a saber.

—Saber, ¿qué? —preguntó la abogada con el ceño fruncido.

—El consulado de España en República Dominicana nos envió una copia de su pasaporte. El auténtico. Por cierto, también tenemos el de Amalia. Usted es la mujer que aparece identificada como Violeta

Muñoz.

—Tal vez se trate de una persona muy parecida —argumentó la abogada.

—¿Con las mismas huellas dactilares? — Telmo negó con la cabeza despacio y chasqueó la lengua—. No cuela, abogada.

—Además —continuó Salazar—, en vista de los documentos falsos y su parentesco con Amalia Tovar, a quien detuvimos por tráfico de estupefacientes, el juez emitió una orden de registro…

—¡No tienen derecho de entrar en mi casa!

Salazar ladeó la cabeza y compuso su mejor cara de imbécil en funciones.

—Abogada, por favor explíquele a su clienta que, si existen suficientes evidencias de delito como es el caso, y mediando una orden judicial, no solo tenemos derecho a entrar en su casa, sino que todo lo que encontremos será válido como prueba a la hora de juzgarla. Y vaya si hemos encontrado cosas interesantes…

El color abandonó el rostro de Muñoz. La abogada entornó los ojos.

—Ya me habían advertido de su astucia, inspector Salazar. Su ridícula corbata no me engaña. Antes de continuar con este interrogatorio, exigimos que nos informe cuáles fueron esas evidencias.

Néstor parpadeó con inocencia, buscó en la carpeta y le entregó uno de los documentos a su compañero.

—Haznos los honores, Telmo.

Mientras Salazar golpeaba la mesa con el dedo en un movimiento lento y rítmico, siguiendo un compás de ¾, Álvarez cogió el papel y comenzó a leer la lista que había enviado el jefe Barros.

—… y una *Ruger SR22*.

Violeta no se contuvo.

—¡Es para defensa personal!

El inspector detuvo el golpeteo.

—Y supongo que tiene licencia de armas… —Violeta rechinó los dientes y bajó la mirada—. Ya veo. Continúa, Telmo.

—Eso es todo, jefe.

La abogada se apresuró a intervenir, antes de que su clienta tuviera oportunidad de decir nada.

—Encontraron algunos relojes, una cadena de oro y una pistola que la señora «Méndez» tiene en su casa para defensa personal. Eso no prueba nada.

El inspector le dedicó una mirada de lástima a la defensora.

—Déjeme explicárselo, abogada. Las víctimas fueron despojadas de sus relojes, y en concreto, al señor Rojas le robaron un reloj y una cadena de oro, después de asesinarlo a sangre fría con una veintidós…

el mismo tipo de arma que encontramos en el piso de la señora Muñoz. Solo es cuestión de horas para que Científica compruebe si se trata del arma homicida. Por otro lado, estoy dispuesto a creer en alguna que otra coincidencia, pero esto… Es demasiado. Por cierto, ¿qué hizo con los móviles de las víctimas?

Violeta rechinó los dientes y se mantuvo en silencio.

—¿Qué cree usted que hizo con los teléfonos, jefe?

Salazar cogió aire.

—Estoy seguro de que se deshizo de ellos para eliminar evidencias.

—¿Por qué guardó los relojes y la cadena? —preguntó Telmo con el ceño fruncido—. Hacerlo fue bastante torpe.

Ante el silencio de la detenida, el inspector jefe respondió.

—Esos fueron trofeos, ¿verdad, Violeta? Creíste que te saldrías con la tuya. Guardar los móviles era muy arriesgado por la información que podían contener, pero una cadena y algunos relojes… te parecieron inofensivos. ¿Qué sentías cuando los veías?

Muñoz levantó la cabeza y clavó una mirada de odio en los ojos del policía.

—Que después de todo, yo había ganado.

La abogada se removió en su asiento.

—Quiero que me concedan unos minutos para hablar con mi clienta.

Los detectives se miraron entre sí y Salazar dio una suave palmada sobre la mesa. Entonces, ambos salieron de la sala de interrogatorios y decidieron darle una nueva oportunidad al café de Lali. Bajaron al primer piso, y se arrepintieron después del primer sorbo. Vaya, que no aprendían. Diez minutos después, regresaron con la detenida. La abogada ni siquiera les dio tiempo a sentarse.

—¿Qué beneficios tendrá la señora Muñoz si hace una declaración completa?

Néstor negó con la cabeza.

—¿Beneficios? Eso dependerá del juez. Asesinó a cuatro personas a sangre fría, así que de la cárcel no la salva ni la Corte Celestial, pero es posible que su señoría tenga en cuenta su confesión a la hora de dictar sentencia.

La abogada asintió. Violeta llenó sus pulmones de aire, cerró los ojos y comenzó su declaración.

—Ya no me importa lo que me pase, pero les diré lo que quieran saber si eso beneficia a Amalia.

A Salazar no le cogió por sorpresa la solicitud de Violeta. Se acomodó en el asiento y la miró a los ojos.

—Además de su implicación en los homicidios, y la acusación por falsedad documental, Amalia también tendrá que responder por

tráfico de estupefacientes. Nada de lo que declare despenalizará esos delitos.

Violeta entrelazó los dedos y tensó los hombros.

—Es cierto que Amalia me ayudó, pero ella no mató a nadie. Solo yo les disparé a esos malnacidos.

—¿Cuál fue el papel de su hija en todo esto?

—Ella… me proporcionó información acerca de las rutinas de Rojas y Sosa. También me recogió con la motocicleta después de que todo había pasado. Le repito que ella no mató a nadie.

—Encontramos su ADN en una copa de vino en la casa de Marcos Sosa.

Violeta soltó un gruñido.

—Sosa era un cerdo. Le gustaba contratar sexo, y prefería a las chicas jóvenes. Amalia solo lo acompañó hasta su casa, y antes de que la tocara, le preguntó dónde estaba el servicio y me abrió la puerta trasera… No hizo nada más… Ella es demasiado joven para pasar la vida en la cárcel…

—Debió pensarlo antes de involucrarla en su venganza —opinó Telmo.

Violeta negó con la cabeza.

—Yo no…

Néstor la interrumpió.

—Usted no creía que las íbamos a atrapar. Estaba convencida de que se saldrían con la suya. Dígame algo, señora Muñoz, si le preocupa tanto el futuro de su hija, ¿por qué estuvo dispuesta a abandonarla, huyendo a República Dominicana? Si no la hubiéramos bajado de ese avión, hoy Amalia estaría haciendo frente a todos los cargos.

—No iba a abandonarla… Al contrario, si conseguía salir de España, estaría en una mejor situación para contratar un buen abogado que la sacara de la cárcel.

—Los buenos abogados no hacen milagros, Violeta —argumentó el inspector jefe—. Las evidencias contra Amalia son demasiado contundentes como para que el mejor defensor pudiera hacer algo en su favor.

—Esa solo es su opinión.

Néstor se inclinó hacia adelante.

—Bien, si quiere autoengañarse, adelante. Sin embargo, la situación no se desarrolló como usted esperaba. Si quiere hacer algo por Amalia y por sí misma, será mejor que nos lo cuente todo.

Con el rostro del color de la pared y la cabeza gacha, Violeta apoyó los brazos en la mesa y comenzó a hablar.

—Todo comenzó en el año 2008. Yo era la directora ejecutiva de finanzas de la nueva filial de Coparsa en Haro. La vida me sonreía.

Era una mujer exitosa en un alto cargo ejecutivo, mi marido y yo nos llevábamos bien, y teníamos una hija preciosa de seis años. Rojas y Sosa eran el presidente y vicepresidente de la filial. Jacinto Roca cumplía funciones como mi ayudante. Nunca imaginé que me estuvieran preparando una celada.

»Cuando todo explotó, yo misma colaboré con el inspector Diez. Fui una ingenua. No se me pasó por la cabeza que él también formaba parte de la conspiración. Manipularon las evidencias para que yo pareciera culpable del desfalco. Ya saben el resultado: me condenaron a seis años de prisión. Mi vida quedó destruida, mientras ellos disfrutaban de los beneficios de su delito…

—Es lamentable —reconoció Salazar—, pero no justifica el homicidio.

—Ah, ¿no? Me separaron de mi hija, y su padre se la entregó a un abusador. Yo sabía lo que le estaba ocurriendo a Amalia y no podía hacer nada para ayudarla. ¿Sabe lo que eso significa?

—¿Por qué no denunció la situación de su hija?

—¿A quién? ¿A una sociedad que me condenó, siendo inocente? O a quienes premiaron a unos delincuentes que destruyeron mi vida sin ningún remordimiento. Como comprenderá, inspector, mi fe en la Justicia se resintió bastante después de mi sentencia.

—Modesto Diez era un policía corrupto, pero se trataba de una excepción.

—Esa es su opinión. No tiene por qué ser la mía.

Salazar bajó la mirada.

—De acuerdo, lamento lo que le ocurrió, pero no estamos aquí para que cambie sus puntos de vista. Continúe.

—En cuanto cumplí mi condena, hice todo lo que pude para arrancar a Amalia de manos de sus abuelos… hasta que por fin lo conseguí, pero mi situación era desesperada. A causa de mis antecedentes, en España no fue posible conseguir trabajo. Así que decidí marcharme con mi hija, para reiniciar nuestra vida en el exterior.

—¿Fue entonces cuando se fueron a República Dominicana? —preguntó Telmo.

—Sí, pero no crean que fue fácil. Mi nombre estaba marcado a fuego. Cuando quería buscar trabajo, a pesar de que era una ejecutiva excelente, en cuanto me investigaban, volvían a surgir mis antecedentes criminales por desfalco en España, y de inmediato me negaban cualquier oportunidad. Amalia y yo tuvimos que salir adelante con trabajos de supervivencia. Y todo por unos tíos que hicieron fortuna a costa de nuestra desgracia.

—Han pasado catorce años —señaló Salazar—. ¿Por qué decidió ejecutar su venganza ahora?

—Durante todo este tiempo rumié mi resentimiento, pero estaba demasiado ocupada en sobrevivir. La gota que derramó el vaso fue un artículo que leí en una revista española en Internet. Allí elogiaban a Jacinto Roca, a quien habían nombrado empresario del año. Jacinto era un inútil al que había que supervisar para que no la pifiara. Para mí, fue como si algo hubiera hecho cortocircuito en mi cabeza.

La abogada aprovechó para intervenir.

—Comprenderán que toda esta situación alteró la salud mental de mi clienta. Solicitaré una revisión psiquiátrica. Estoy segura de que no estaba en su sano juicio cuando hizo lo que hizo.

Los policías intercambiaron una mirada. Fue Salazar quien respondió.

—Puede intentarlo, abogada, y será el juez quien decida. Por lo que respecta a nosotros, ese argumento es irrelevante. Continúe, señora Muñoz. ¿Qué ocurrió después de que supo que Jacinto Roca había sido premiado?

—Amalia tenía ciertos contactos…

—¿Qué tipo de contactos?

Violeta se removió en la silla y se permitió pensarlo bien, antes de responder.

—Amalia siempre fue una niña dulce y bondadosa, pero después de que pasó seis años con sus abuelos, cambió. Nunca volvió a ser la misma…

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Telmo.

—Estaba enojada. Con todo y con todos… Yo era la única persona en quien confiaba, pero aun conmigo… Se volvió rebelde, consumía drogas y frecuentaba malas compañías.

Salazar entornó los ojos. Comenzaba a comprender.

—¿Esas malas compañías la ayudaron en su plan de venganza?

Muñoz tensó los músculos de la mandíbula antes de responder.

—Sí. Ellos… consiguieron los documentos falsos, y…

—¿Y qué?

—Nos proporcionaron un contacto en Barcelona que nos vendió la pistola.

El inspector jefe se apoyó en el respaldo de la silla y miró a su compañero.

—Díganos el nombre, dirección y número de teléfono de ese contacto.

Violeta parpadeó.

—No esperará…

Salazar puso un papel en blanco frente a la detenida y le entregó un bolígrafo.

—Quiere benevolencia para Amalia y para usted, ¿no es así?

Deberá darnos una buena razón para que se la concedamos.

Con un suspiro de resignación, Violeta escribió lo que el policía le había pedido. Néstor le quitó el papel y el bolígrafo de inmediato.

—Ahora, continúe. ¿Tenían un plan o improvisaron?

—Lo planeamos todo antes de llegar a España. A mí me podían reconocer, pero a Amalia no. En especial, si se hacía pasar por un chico. Sus amigos le consiguieron una llave maestra electrónica para coche. Fue muy útil para entrar en los vehículos de Jacinto y de Rojas, y esperarlos allí…

—¿Cómo convencieron a Edgar Soliz de que renunciara a su trabajo para cedérselo a «Tomás»? —preguntó Telmo.

—Los amigos de Amalia le informaron que Soliz era uno de sus camellos, aunque en muy pequeña escala. Ellos mismos amenazaron a Edgar. Sufriría las consecuencias si no le cedía su plaza de trabajo en la fábrica a «Tomás».

—¿Por qué estos sujetos fueron tan colaboradores con ustedes? —preguntó Néstor.

—Les interesaba que Amalia creara una red de distribución en España para ellos. Y confiaban en ella.

—De acuerdo, continúe.

—Amalia estaba en una posición privilegiada para estudiar las rutinas y costumbres de Rojas y Sosa. Mientras tanto, yo me presenté a las oposiciones para un empleo en el Registro. Ya les dije que estoy muy calificada, y el nombre de Victoria Méndez estaba limpio, de modo que no fue difícil conseguir el trabajo. Así tuve acceso a toda la información sobre las propiedades de los hombres que arruinaron nuestras vidas.

Salazar golpeteó con el pulgar sobre la mesa.

—Siga.

—Roca, Diez y Rojas no sospecharon lo que se les venía encima, así que, gracias a la llave maestra que consiguió Amalia, me escondí en el suelo del asiento de atrás de sus coches y los sorprendí. No fue difícil. El imbécil de Roca trató de salvarse estampando el coche contra un árbol, pero no le sirvió de nada.

Salazar cambió de postura.

—Sí sirvió de algo, Violeta. Los compañeros de Valencia encontraron sangre en ese coche que no era de la víctima, y ya hemos emitido una orden para comparar ese ADN con el de usted. Un clavo más para su ataúd, pero no se detenga. Cuanto más colabore, con mejores ojos la verá el juez.

Violeta cerró los ojos y suspiró.

—Matar a Sosa fue más difícil, porque el desgraciado ya estaba prevenido y no era tonto. Se volvió más precavido. Debió suponer quién estaba detrás de la muerte de su socio. Sin embargo, su

perdición fue que me subestimó. Amalia consiguió acercarse a él, haciéndose pasar por prostituta…

—Había conocido a Amalia como Tomás en la fábrica —la interrumpió Telmo—. ¿Cómo fue que no la reconoció?

—Fue la secretaria quien se ocupó de contratarla. Sosa ni siquiera la había visto de cerca, pues no solía acercarse a la zona de embalaje. Por otro lado, una mujer puede cambiar mucho su rostro si sabe cómo maquillarse.

—Continúe —le ordenó el inspector.

—Amalia lo abordó en la calle donde él solía buscar ese tipo de favores, lo sedujo, y cuando él la llevó a su casa, ella abrió la puerta trasera para que yo pudiera entrar. No necesité más de un par de minutos. Entré en la sala y le disparé cuando estaba tendido en el sofá. Eso fue todo… Si Amalia no hubiera tenido que involucrarse en el tráfico de estupefacientes, nunca nos habrían atrapado.

Salazar cerró la carpeta y se puso de pie. Telmo lo imitó.

—Es posible que sea cierto lo que dice —reconoció el inspector jefe—, pero no fue lo que ocurrió. En cualquier caso, ya todo terminó.

Epílogo

Más de tres meses después, Salazar estaba en la buhardilla frente al espejo, asegurándose de que la pajarita estuviera derecha y el esmoquin tuviera buena caída. Ni una arruga en la ropa ni un solo cabello fuera de lugar ni señal de las gafas. Paca lo miraba con ojos desorbitados y soltaba algún que otro miau de admiración de vez en cuando.

—Gracias, Paca. ¿Sorprendida?

—Meuuuu.

—Es que espero que esta sea una noche muy especial.

—¿Mraw?

El timbre de la puerta interrumpió la conversación.

—¿Esperas a alguien, Paca?

Néstor abrió y encontró a doña Rita en el umbral. Ella enarcó las cejas en cuanto lo vio.

—Inspector… ¿llegue en mal momento?

—No, doña Rita, no se preocupe. Pase, por favor.

Néstor se hizo a un lado para dejar entrar a la vecina. Doña Rita se quedó de pie en medio de la sala, hasta que Paca corrió hacia ella y se frotó contra sus piernas. La vecina se agachó para acariciarle la cabeza, mientras Salazar se acercaba a la cesta, donde el gatito dormía con placidez.

Se le veía un poco más grande y menos indefenso. Ya era independiente de su madre adoptiva. Salazar lo cogió y se lo entregó a doña Rita.

—Muchas gracias, inspector. Le prometo que tendrá los mejores cuidados, y lo traeré conmigo cada vez que suba a hacerle compañía a Paca, y consentirla con alguna chuche felina.

—Se lo agradezco mucho, doña Rita. Y estoy seguro de que eso hará feliz a Paca, y contribuirá a que haga menos travesuras.

—También me hará feliz a mí. Esta gatita ha cambiado mi vida.

Doña Rita acarició la cabeza de la susodicha felina y regresó a su casa con el gatito en las manos, más contenta que suegra aprendiendo vudú.

Después de consultar el reloj, Salazar regresó frente al espejo para terminar de acicalarse.

—Mieeeeuuuuu.

—No te preocupes, Paca. Seguirás viendo a tu protegido y podrás jugar con él todos los días, pero comprende que no puedo hacerme cargo de dos gatos. Además, acabamos de hacer muy feliz a doña Rita.

Antes de que Paca consiguiera hacerlo sentir culpable, Néstor salió de la buhardilla y recorrió la corta distancia que lo separaba de la iglesia de San Miguel.

Los invitados ya llenaban la nave, y el cura esperaba en el altar. Néstor se apresuró, para no ser responsable del retraso de la ceremonia.

Santiago y Miguel lo esperaban en la puerta.

—Quita esa cara de angustia —le dijo su hermano en cuanto lo vio—. Todavía faltan unos minutos.

Pedrera lo saludó con un gesto, sin dejar de moverse y de mirar hacia la calle por la que debía llegar la novia. Néstor sonrió con malicia.

—Angustias, el que tienes al lado, Santiago, que parece más nervioso que perro paseando por el barrio chino.

Miguel frunció el ceño.

—Ya me gustaría verte en mi lugar. A ver si vas a estar nervioso o no.

Salazar sonrió, y palmeó el hombro de su colega.

—Vamos, mejor esperamos a la novia junto al altar.

Pedrera dejó escapar un suspiro y se dejó conducir. La iglesia estaba repleta de gente. Salazar usó su pañuelo para secarse el sudor de la frente. Un murmullo de voces indefinido le recordó la corriente de un río, y el olor a incienso mezclado con humedad los envolvió en cuanto entraron. El cura permanecía con las manos entrelazadas, listo para comenzar la ceremonia.

Aunque solo era el padrino, Néstor se sintió sobrecogido. No le sorprendió la repentina palidez que se había apoderado de Miguel.

El inspector escaneó la nave repleta de invitados, y sintió un escalofrío en la espalda cuando vio que Santiago le guiñó un ojo a Rebeca, en el momento en que regresaba a su lugar junto a Carmela.

Minutos después, el murmullo se fue apagando poco a poco, hasta llegar a un silencio abrumador. Entonces, comenzaron a sonar los acordes de la marcha nupcial. La figura de Ángela apareció recortada en el umbral. El contraste de la luz de la plaza con la oscuridad del interior de la iglesia formó un halo a su alrededor. La novia recorrió el pasillo del brazo de su padre, entre murmullos de admiración. A pocos pasos, Juan los seguía con las arras sobre una bandeja. Miguel contempló a su futura mujer desde el altar, con cara de embelesado.

El cura comenzó la ceremonia, y a Néstor le pareció que no se

terminaba nunca. Cuando por fin llegó el momento de que la nueva pareja se besara, y el cura dio por terminada la boda, los novios salieron de la iglesia arropados por felicitaciones, buenos deseos y chascarrillos.

Ya en la plaza, los invitados se organizaron para trasladarse al salón de bodas Lily, donde se iba a llevar a cabo la recepción. Cada grupo se separó en busca de su coche. Rebeca acompañó a Salazar hasta el aparcamiento donde guardaba el Seat Ibiza azul metálico del año 2017, que Gyula le había conseguido a muy buen precio.

Se dirigieron hacia la N124, donde se encontraba el salón en el que se iba a celebrar la recepción. Allí se reunieron las familias de los novios, algunos amigos de la pareja y los policías de San Miguel. El ambiente festivo dominaba el salón. Cogidos de la mano, Néstor y Rebeca se acercaron para ocupar sus sillas en la mesa de los contrayentes. Ángela les presentó a sus padres, y Pedrera a su madre.

—Miguel me ha hablado mucho de usted, inspector Salazar —dijo la señora Díaz.

—No crea nada de lo que le dijo. No soy tan malo.

La madre de Miguel sonrió, al mismo tiempo que pasaba el brazo por encima de los hombros de Juan, quien se encontraba sentado a su lado.

—Sé que usted está siendo de gran ayuda en los trámites de la adopción de mi querido nieto, y se lo agradezco mucho.

Néstor le devolvió la sonrisa.

—Solo aporté una buena referencia. Es gracias a su hijo y su nuera que Juan muy pronto formará parte de su familia.

La señora Díaz cogió la mano de Salazar y la apretó con fuerza.

—Aun así, se lo agradezco.

Miguel se acercó acompañado de Santiago, e interrumpió la conversación para presentarle su madre al comisario. Néstor aprovechó para escabullirse, sin soltar a Rebeca. Ambos se sentaron junto a Carmela, quien ocupaba un extremo de la misma mesa. La atención de su cuñada se centraba en los gemelos, y les daba instrucciones acerca de cómo debían comportarse. La aparición de su tío fue providencial para los chavales. Ellos corrieron a abrazarlo y antes de que su madre retomara su discurso, desaparecieron para ir en busca de Juan y los otros niños. Salazar saludó a Remigio, que estaba sentado junto a Josefa en la punta de la mesa. En ese momento, llegaron los demás colegas de la comisaría con sus parejas, y al verlos aparecer juntos, el inspector comprendió que se habían puesto de acuerdo para compartir el mismo coche.

Diji fue el primero en localizarlo y acercarse. Lo acompañaba una chica de baja estatura con el cabello castaño claro y los ojos grises. El subinspector carraspeó.

—Le presento a Montse, inspector. Es mi novia.

—Es un placer, Montse.

Mientras Salazar estrechaba la mano de la joven, Echevarría y su novia se aproximaron. Junto con ellos venía Telmo, cogido de la mano con una chica alta, delgada y morena de ojos café. Después de un ligero parpadeo, Néstor sonrió a los recién llegados. Fue Ander quien hizo las presentaciones.

—Ella es Miren, mi chica, inspector —Entonces señaló a la joven que acompañaba a Álvarez—. Y quiero que conozca a mi hermana, Aintza. Ella y Telmo se hicieron amigos en los encuentros de motocrós, y ahora son inseparables.

La sonrisa de Telmo involucró sus ojos, al mismo tiempo que palmeaba el hombro de Ander.

—Tanto, que te advierto que quizá muy pronto tendrás que presentarme como tu cuñado.

Una profunda satisfacción se apoderó del ánimo de Salazar cuando se dio cuenta de que su compañero no mostraba señales de su habitual pesimismo. Al parecer, había encontrado la cura que necesitaba.

Ortiz regresó y después de darle un beso a su mujer, se sentó junto a ella. Una vez cumplidas las correspondientes presentaciones, los policías más jóvenes de San Miguel ocuparon una de las mesas cercanas. Santiago aprovechó que Carmela y Rebeca comenzaron a conversar entre ellas, para lanzarle indirectas a su hermano sobre su estrecha amistad con la inspectora. Salazar pasó casi toda la velada esquivando bromas. Goliat lo tenía en sus manos.

Hacia la mitad del festejo, Santiago frunció el ceño y carraspeó.

—Tengo dos noticias para ti, Néstor.

—¿Dos noticias? Ay. ¿De qué se trata?

—La primera es que voy a dar por finalizado tu castigo. A partir del próximo lunes, yo volveré a ocuparme de la burocracia que me corresponde.

Carmela y Rebeca comenzaron a prestar atención a la conversación de los chicos, pero sin decir palabra. Salazar sonrió.

—Me alegra que hayas recapacitado acerca de la injusticia que estabas cometiendo.

El comisario frunció el ceño un poco más, hasta el punto de que casi consigue atemorizar a su hermano. Casi.

—Injusticia. Conque esas tenemos… Pues debes saber que estuve a punto de prolongarte el castigo al menos seis meses más, después del susto que me diste.

—¡Qué poco sentido del humor tienes, Santiago! Si fue una bromilla de nada.

—¿A eso llamas tú una bromilla de nada? Casi me dio un

infarto cuando se activó la bocina de aire que pusiste debajo de mi silla. Hasta Lali se asustó cuando me senté, y la escuchó desde la antesala del despacho.

Carmela y Rebeca se cubrieron la boca con la mano para disimular la risa.

Néstor cogió aire y se removió en la silla.

—No tienes ninguna prueba de que fuera yo. Además, nadie salió lastimado. Solo fue una broma inocente.

—¿Inocente? Señor, dame paciencia, porque si me das fuerza, por más que lo quiera, lo mato a hostias.

Salazar parpadeó con actitud inocente.

—Creo que mejor cambiamos de tema, antes de que decidas poner a prueba tu cariño. ¿Cuál es la segunda noticia? ¿Es buena o mala?

—Eso tendrás que decidirlo tú… A ti también te interesa esto, Rebeca: Los mandos han decidido otorgaros la medalla de oro de la Orden del Mérito Policial a vosotros y a Remigio, por el arresto de Ivanenko y el consecuente desmantelamiento de su red delictiva. El acto se llevará a cabo el 2 de octubre, próximo día de Los Ángeles Custodios.

Antes de que Salazar pudiera reaccionar, los novios se despidieron y Ángela se preparó para lanzar el ramo. Todas las chicas solteras se agruparon en un lado del salón, mientras los demás invitados hicieron un corro en el otro lado. Cuando el arreglo floral salió volando, terminó en las manos de Aintza, quien corrió junto a Telmo para mostrárselo.

Carmela y Santiago emprendieron el regreso a su mesa. Él pasó el brazo por encima de los hombros de su mujer, la acercó a su cuerpo y le dio un beso en la mejilla.

—No vi a Rebeca entre las chicas solteras. Tenía la esperanza de que ella cogiera el ramo…

Carmela se detuvo y obligó a su marido a imitarla.

—Rebeca no estaba entre las chicas… Tampoco creo que hiciera falta.

Siguiendo la mirada de su mujer, Santiago vio a Néstor y a Rebeca sentados a su mesa, abrazados, y enzarzados en un largo y apasionado beso.

Querido lector, espero que hayas disfrutado esta novela. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta o comentario, así como recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones, e intercambiar impresiones con otros lectores de la serie y conmigo, puedes unirte a mi canal en ***Telegram***. Si lo prefieres,

también tienes la opción de contactarme en la siguiente dirección: m.j.fernandezhse@gmail.com. Me complacerá mucho responder a cualquier inquietud que quieras plantearme. Gracias.

M.J. Fernández

En las siguientes páginas encontrarás información acerca de otros libros de esta serie y mucho más:

Serie del inspector Salazar

Rodeado por los fértiles viñedos de la Rioja Alta, el extravagante y poco convencional inspector Salazar se ocupa de investigar los crímenes que turban la paz de la ciudad de Haro con la colaboración del equipo de detectives de la comisaría de San Miguel, al mismo tiempo que afronta las vicisitudes de su compleja vida personal, y supera su eterna soledad con la compañía de la pequeña felina que lo adoptó como su humano.

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.

El peculiar inspector Salazar y su nueva compañera reciben una llamada rutinaria. Juan José Belmonte, quien fuera el candidato con más opciones para ganar la alcaldía de Haro, se disponía a dar su discurso de campaña cuando cayó muerto en medio de sus colaboradores y rodeado de la multitud. Todo indica que se trata de una muerte natural, pero el levantamiento del cadáver exige la presencia de las autoridades, y los acontecimientos dan un giro inesperado…

El simple trámite se convierte en una investigación criminal cuando Salazar descubre que el caso que tienen entre manos no es lo que parece. Belmonte murió asesinado, y detrás de ese homicidio existe una complicada red de delitos que deben resolver... pero pronto descubren que no es una tarea sencilla, pues los involucrados en ese entramado están dispuestos a matar para protegerse. Nadie estará a salvo, ni siquiera los policías que se ocupan de descubrir la verdad...

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02)

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de Haro, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. Sofía se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de Salazar. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, en un intento de mantenerlo con vida…»

Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, el suicidio de un adolescente, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus

compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que no sigan muriendo chicos inocentes, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima.

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03)

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro, mientras el inspector Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de los acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda.
Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él…

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04)

Mientras Haro se prepara para las fiestas navideñas, una llamada rutinaria se convierte en un caso de dimensiones insospechadas que pone a prueba la astucia del inspector jefe y la eficiencia de sus compañeros de la comisaría de "San Miguel". La puesta en escena de un triple homicidio para que parezca un accidente dispara todas las alarmas, iniciando un despliegue de actividad por parte de todo el equipo. Deben resolverlo deprisa, porque de ello depende la salvación de muchos inocentes. Al mismo tiempo, la vida personal de Salazar se ve sacudida por un acontecimiento inesperado que le imprime un giro desconcertante. Nada volverá a ser lo mismo.
Vuelven el inspector Salazar y sus compañeros en un relato de suspense e intriga que no dejará indiferente a ningún lector, con nuevos personajes, anécdotas y situaciones que ponen en aprietos al entrañable inspector. La historia además de intriga proporcionará emociones a quien acompañe a los personajes a las calles de la ciudad, para compartir esta nueva aventura policíaca.

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar

05)

El inexplicable asesinato de una anciana enfrenta a Salazar a una situación difícil cuando su mejor amigo es acusado y detenido. Deberá emplear toda su inteligencia y experiencia para convencer a sus colegas de la inocencia de Gyula. Mientras Néstor se esfuerza en ayudar a su compañero de infancia, su hermano Santiago recibe amenazas a causa de un oscuro secreto de su pasado que también afecta al inspector, y cuya investigación los conducirá a un resultado desconcertante y peligroso.

LOS GATOS CAEN DE PIE (Inspector Salazar 06)

Salazar deberá enfrentarse a un crimen desconcertante, al mismo tiempo que atraviesa por uno de los momentos más difíciles de su vida personal.
En un barrio elegante de Haro asesinan a toda una familia durante la celebración del cumpleaños de uno de sus miembros. Todos los Acosta están muertos excepto el hijo menor, a quien encuentran en su habitación drogado, dormido y con el arma homicida en la mano. A pesar de la brutalidad del crimen, la resolución parece muy sencilla a primera vista, hasta que Salazar encuentra evidencias que le hacen sospechar que hay mucho más detrás del aparente parricidio y fratricidio.
Conforme avanza la investigación, los detectives de «San Miguel» descubren que los Acosta ocultaban secretos inconfesables que los convertirían en el objetivo de la venganza de un gran número de personas, algunas en extremo peligrosas… Incluso para el propio Salazar.
Al mismo tiempo, don Braulio le pide ayuda a Néstor para encontrar a dos jóvenes que se fugaron y perdieron el contacto con sus familias. Lo que en un primer momento parece una chiquillada sin importancia, adquiere carácter oficial con la aparición de un cadáver. Dependerá de Salazar y su equipo detener al homicida antes de que haya nuevas víctimas…

SIETE VIDAS Y UN GATO (Inspector Salazar 07)

Porque la vida puede volverse del revés en pocos minutos.

Salazar se enfrentará a uno de los casos más desconcertantes de su carrera cuando encuentran el cadáver de un hombre sin identificación al pie de los Riscos de Bilibio. ¿Se trató de un suicidio? ¿Un homicidio? ¿Quién era y por qué su vida acabó así? A medida que el

inspector jefe y su equipo avanzan en las investigaciones, afloran descubrimientos inesperados que trascienden fronteras. Salazar deberá concentrar sus esfuerzos y hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para centrarse en el caso, al mismo tiempo que trata de encontrar y detener al asesino de policías que atentó contra una persona muy importante para él.
Con su peculiar estilo, el inspector deberá desentrañar la madeja, aun cuando sabe que en la medida en que se acerque a la verdad, su vida correrá más peligro.

NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS (Salazar 08)

Un crimen escalofriante sacude Haro. Se trata del asesinato a sangre fría de un famoso abogado, cuyo cadáver aparece marcado con un cuchillo. Todo indica que se trata de un crimen ritual, y que involucró a más de una persona. ¿Escogieron a la víctima al azar? ¿Quién será el próximo? El miedo se apodera de la ciudad frente a la posibilidad de nuevas víctimas. Nadie se siente seguro, y la responsabilidad de la investigación recae sobre los policías de San Miguel.
El comisario Ortiz le asigna el caso a Salazar, quien a pesar de los graves problemas que enfrenta, deberá concentrar todos sus esfuerzos en encontrar al escurridizo criminal. Para desesperación de Néstor y su nuevo compañero, todas las indagaciones conducen a callejones sin salida. El inspector jefe deberá dejar a un lado sus propias preocupaciones, para resolver la que podría ser su última investigación.

LAS CINCO PATAS DEL GATO (Inspector Salazar 09)

Un asesino brutal recorre las calles de Haro, y nadie en la ciudad se siente seguro. Amanda, una joven estudiante de la universidad de Logroño, muere asesinada en una pensión. Solo estaba de paso, pero nadie sabe el motivo por el que viajó hasta la ciudad jarrera, ¿Qué fue a hacer allí? ¿Por qué la mataron? ¿Y qué argucia empleó su verdugo para que le permitiera entrar en su habitación? ¿Tenía relación con el truculento triángulo amoroso en el que estaba involucrada?
Salazar debe responder a esas preguntas y encontrar al homicida lo antes posible, pero las indagaciones lo sumergen en un entramado de intrigas que dificultan su trabajo. La vida de Amanda era mucho más compleja de lo que parecía en un principio. Antes de que el inspector sea capaz de desenredar la madeja de una investigación cuya solución

se le escapa, la solidaridad con una persona por quien siente un gran aprecio lo obliga a inmiscuirse en un caso fuera de su jurisdicción, y lo conduce a una situación impredecible. Al mismo tiempo, la vida personal de Salazar sufre un fuerte revés, del que será muy difícil que se recupere.

Trilogía Argus del Bosque

El insociable y adusto comisario Argus del Bosque se enfrenta a los casos más difíciles, en aquellos lugares donde sus habilidades especiales, que son producto de un entrenamiento poco convencional, lo convierten en el investigador ideal. Al mismo tiempo deberá enfrentarse a un pasado que habría preferido olvidar, pero que irrumpe en su vida y la cambiará para siempre.

MUERTE EN EL PARAÍSO (Argus del Bosque 01)

María muere apuñalada en el lugar más seguro del mundo: la isla privada de Antonio Abelard. Argus del Bosque, un talentoso comisario de la Policía Nacional, recibe la orden de encargarse de la investigación. El crimen tiene un carácter ritual, lo que despierta el temor en la familia Abelard de que se trate de una secta que ya actuó contra ellos en el pasado. El destino de la joven acaba con la tranquilidad de todos los habitantes de la isla. Argus debe resolver el misterio para que Marañón vuelva a ser un refugio seguro, pero conseguir su objetivo significará enfrentarse a intrigas, prejuicios, testigos hostiles, fuerzas naturales, y un asesino que está dispuesto a todo para evitar que lo descubran. Incluso a volver a matar.
Durante la investigación, Argus volverá a encontrar el amor y se enfrentará a fantasmas que ya creía olvidados, pero que irrumpirán en su vida para seducirlo y atormentarlo por igual. Después de su paso por Marañón no volverá a ser el mismo, si consigue salir con vida...

ENIGMA. (Argus del Bosque 02)

El homicidio de una anciana es el primero de una serie de crímenes diabólicos que desconciertan a la Policía de Calahorra. La inspectora Luisa Burgos deberá ocuparse de la investigación en una carrera contra el tiempo. Junto a cada cadáver encuentran una nota con un acertijo, donde el asesino usa palabras crípticas para señalar quién será la próxima víctima. Tienen veinticuatro horas para descifrarlo, o un nuevo inocente morirá.
Desesperado, el comisario de «San Celedonio» le pide ayuda a su viejo amigo Bejarano, quien decide enviar a Del Bosque, pero se enfrenta a un problema, pues Argus dimitió de su cargo a su regreso de Marañón. Su jefe decide presionarlo para que colabore con la Policía de Calahorra, a cambio de permitirle avanzar en su extraña investigación personal. Si Argus quiere descifrar su pasado y también acabar con la

ola de asesinatos que azota a la ciudad riojana deberá descubrir quién es Enigma y detenerlo, aunque para ello deba sobreponerse a la resistencia de la inspectora encargada del caso, mientras enfrenta a un asesino que no tiene reparos en eliminarlos a su compañera y a él.

EL BAILE DE LOS ESCORPIONES (Argus del Bosque 03)

Un hombre muere asesinado en plena Gran Vía de Madrid… Y solo es el comienzo. La Policía se enfrenta a una serie de homicidios que tienen un factor en común. En cada uno, el asesino firmó con una runa y demostró habilidades poco comunes en la ejecución de sus crímenes. Todas las evidencias apuntan a un solo sospechoso: el comisario Argus del Bosque.
Inmerso en la búsqueda de la verdad con respecto a su pasado, Argus será el blanco de la persecución de sus propios compañeros, al mismo tiempo que se convierte en la presa de un despiadado asesino. Aun siendo fugitivo de la Policía y la Guardia Civil, y reticente a involucrar a su familia, Argus deberá afrontar la investigación más difícil de su carrera, al mismo tiempo que conjura los fantasmas de su traumática infancia. Contra todo pronóstico, estará obligado a tener éxito o perderá su libertad y tal vez, hasta su vida.

Bilogía Ryan y Bradbury

Cuando Josh Bradbury, detective de la Policía de Florida, pide traslado a Nueva York con la finalidad de indagar acerca de sus orígenes, no imagina el remolino en el que está a punto de sumergirse. Los acontecimientos lo arrastrarán a él y su compañero a través de un laberinto de intrigas y traiciones, al mismo tiempo que deben investigar los crímenes más desconcertantes de sus carreras.

EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan y Bradbury 01)

Josh Bradbury, detective en el Estado de Florida, atraviesa por una crisis cuando por coincidencia descubre una verdad desconcertante que lo afecta en forma directa. Solicita traslado a Nueva York, donde se encuentra con la mayor sorpresa de su vida. Además, el mismo día de su llegada descubren el cuerpo de una joven que ha sido violada y asesinada en un parque. Es el primero de una serie de homicidios que sembrarán el miedo en la ciudad. La relación entre las víctimas es desconocida, salvo que se trata de mujeres jóvenes violadas y asesinadas por asfixia y que todas han sido encontradas en parques de Nueva York. Josh se ocupa del caso junto con Cody Ryan, un respetado detective de Brooklyn. Al mismo tiempo, debe convencer a su compañero de investigar un suceso acaecido mucho tiempo atrás que les concierne a ambos, mientras un poderoso criminal pone precio a sus cabezas.
Una historia que mantiene la intriga desde el principio, aumentando según se acerca a un desenlace inesperado.

El ALIENTO DEL CUERVO (Ryan y Bradbury 02)

El pasado todavía acecha…

Ryan y Bradbury deberán resolver el asesinato a sangre fría de una pareja de ancianos en su propia casa. Lo que parecía una investigación rutinaria, se convierte en un desafío para los detectives. Si quieren encontrar al asesino, tendrán que desenmarañar un entramado de intereses, mentiras y falsas apariencias. Pero ese no será su único desafío: la poderosa organización criminal que asesinó a su madre biológica sigue activa, y su tercer hermano continúa desaparecido. Si quieren encontrarlo y reparar las heridas del pasado, Cody y Josh

deberán desafiar a quiénes condicionaron sus vidas, aunque saben que sus enemigos están dispuestos a lo que sea necesario para impedir sus indagaciones. Incluso al homicidio de dos policías entrometidos. Los detectives gemelos también tendrán que hacer frente al FBI y a sus propios jefes, que no verán con buenos ojos su interferencia en un caso federal. Los riesgos son muy elevados, pero evadirlos no es una opción…

Books By This Author

LOS PECADOS DEL PADRE

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de Europa, un asesino en serie acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, comisario de Scotland Yard que conoce su modus operandi, obsesionado con detenerlo, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial que involucra dos países, Inglaterra y España, mientras un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación…

TRAMPA PARA UN INOCENTE

Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el cadáver de una joven desconocida a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo con el que la chica fue apuñalada en el suelo lo señalan como culpable, al mismo tiempo que la Policía llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su libertad por poco tiempo a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. ¿Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué? De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá desentrañar el misterio antes de que lo encuentre la Policía, o los hombres que lo buscan para matarlo…

LOS HIJOS DEL TIEMPO

Un hombre nacido en la Edad Media se ve obligado a recorrer el mundo. La búsqueda de la respuesta a un misterio del cual depende su supervivencia, lo lleva de las iglesias y castillos de la Europa medieval, hasta los confines de la ruta de la seda en el Lejano Oriente, en una época en la que las supersticiones dictaban el comportamiento de la sociedad. En el año 2010, la desaparición de un empresario y la muerte de un librero son las claves de una lucha entre colosos que se desarrolla a lo largo de los siglos, cuyo origen se encuentra en la respuesta a aquel mismo misterio.

LOS CRÍMENES DE CASTAÑAL (José Expósito 01)

Año 1885. La tranquilidad ha llegado a su fin en el pueblo de Avernesa, provincia de Salamanca. La ocupación de Castañal por sus propietarios ya es un motivo suficiente de agitación, pero cuando comienzan los asesinatos, nadie vuelve a dormir tranquilo. Para colmo de males, la Guardia Civil detiene a uno de los jóvenes habitantes de la villa como presunto asesino, con el riesgo de que sea condenado al garrote vil. Aun así, la ola de crímenes continúa, por lo que la dueña de Castañal interviene, y le pide ayuda a su amigo, el comisario Holguín.

Desde Salamanca capital, el comisario mueve los hilos para que le permitan ocuparse del caso, pese a que no le corresponde a su jurisdicción. Cuando consigue la autorización del Ministerio de la Gobernación, envía a Avernesa a su investigador más prometedor: el subinspector José Expósito. Para descubrir al responsable de los crímenes, antes de que vuelva a matar, José deberá desentrañar una red de intrigas que lo conducirá por derroteros insospechados. Tendrá que continuar hasta las últimas consecuencias, aunque hacerlo puede costarle su propia vida.